

CUANDO VENGAN LOS MÍOS

EDUARDO RODRIGÁLVAREZ



de

Bilbao, 1960. Una cuadrilla de *txikiteros* más o menos chirene fantasea, mientras juega al mus, con la idea de atentar contra Franco, aprovechando una visita que, supuestamente, el dictador tiene previsto realizar a la basílica de Begoña. Sus conversaciones entre envidios y órdagos, copas de anís y carajillos, llegan a oídos de un grupo anarquista, que un buen día coloca sobre el tapete la bomba que podría trocar la fantasía en realidad. Poco después, uno de los miembros de la cuadrilla, precisamente el elegido para hacer estallar el artefacto, muere en atentado. El comisario pone al frente del caso al más novato de los inspectores a su cargo, recién llegado de Medina de Rioseco.

Cuando vengan los míos es una novela negra con una trama intrincada y excelentemente trabada, anclada en pocos pero muy significativos hechos históricos y ambientada en un Bilbao que hoy, aunque no haya desaparecido, nos cuesta reconocer. Pero, además, es una novela de humor, aunque sea el humor amargo de los protagonistas, todos ellos perdedores, personas combadas por el peso de la vida o sobrepasadas por los acontecimientos.



Eduardo Rodrigálvarez

Cuando vengan los míos

ePub r1.1

Titivillus 20.12.2019

Título original: *Cuando vengan los míos*
Eduardo Rodríguez, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



A mis hijos, Zuriñe y Gorka,
por estar siempre ahí, aquí, allí.

—**M**ira, Emiliano, la melancolía es la tristeza de los ricos y la tristeza es la melancolía de los pobres. *Agur!*

Y, como siempre, apuró la copa de anís, tropezó con la banqueta vacía de la barra y se fue.

—Ve con Dios, Ernesto.

—Y tú con tu puta madre.

Como siempre, hasta que sonó un disparo, quizás demasiado estruendoso, propio de un festejo popular, como si un cohete te explotase en las manos y se quedase mudo, ahogado en la pequeña cuna que forman las palmas, abortado su vuelo y enojado por no alcanzar el cielo que soñaba. La sangre, primero escondida tras la camisa de mahón y después esparcida como una salsa densa que asomaba por un costado, tímida y rugosa, anunciaba que Ernesto Acevedo había muerto, víctima de un disparo, uno solo, por la espalda, quizás unos segundos antes de que entonara su «¡Viva Rusia!» habitual, que inauguraba su apogeo ético y filosófico.

—¡Le han disparado desde una motocicleta! —gritó Herminia, la de la quincalla de enfrente, que tenía la rara habilidad de mirar con un ojo los hilos y con el otro la calle en horas de labor, que eran todas menos las del sueño y la manutención—. Una motocicleta pequeña que ha girado después por la Ribera —explicaba Herminia sin mirar a nadie salvo a los ojos muertos del muerto, mientras Remi, desde el bar, llamaba por teléfono al 091 comunicando el suceso y pedía nervioso la presencia de una ambulancia.

—Le han disparado después de cruzarse con un señor que ha echado a correr tras oír el disparo y ha desaparecido también por la calle de la Ribera.

Un disparo. Uno solo. Aunque en realidad todos los disparos son distintos. Ernesto hubiera dicho eso si en vez de ser el muerto hubiera sido uno de los muchos curiosos que ahora rodeaban su cadáver, del que seguía saliendo aquella salsa densa y granate, quizás sin tiempo aún de metabolizar la última copa de anís Castellana. «Una copa perdida, un dinero malgastado», hubiera dicho, quizás, sin cambiar de rumbo, conocida su afición por las sentencias y los aforismos que él definía como su conocimiento de la filosofía. En realidad, era un aficionado a las frases célebres que iba extrayendo de los libros de citas o del reverso de las hojas de los calendarios que se hacían eco de lo dicho por Chesterton o al abate Prévost, los más célebres, es decir los más habituales, aunque su preferido era Heráclito de Éfeso, y, de entre sus

reflexiones, aquella de que nunca te bañarás dos veces en el mismo río. «Nada es, todo fluye, nada permanece», repetía Ernesto cada vez que la vida le daba un revés o un regalo inesperado. Por eso aquel disparo era único, porque no hay dos disparos iguales, aunque salgan del mismo arma, con la misma munición y desde la misma mano.

Fue un disparo que sonó seco, sucio y solitario, pero no era una bala perdida. Al contrario, le buscaba la nuca o la espalda, de forma apresurada, pensando más en huir que en hacer diana en el blanco móvil de Ernesto, ya zigzagueante por los efluvios del anís.

En pocos minutos, aparecieron dos *zetas* de la Policía Armada y un K. La Comisaría de la calle María Muñoz estaba a pocos metros del lugar del asesinato y, además, la Policía patrullaba con bastante asiduidad por todo el Casco Viejo bilbaíno y sus alrededores. Relativamente cerca se encontraba la zona de las Cortes, conocida como *la Palanca*, el barrio chino bilbaíno, donde se alternaban los bares de putas con locales de variedades, pollerías, farmacias, metalisterías y, un poco más abajo, el cine Vizcaya, conocido como *el Chegas*, en el argot de los adolescentes, sin que el apodo respondiera a ningún significado concreto (quizás era una derivación dialéctica del mal de Chagas, ese insecto malévolo que depositaba sus detritus en la piel humana causando un picor insufrible). También le llamaban *el Pulguero* por razones, en este caso, obvias. Allí convivían los que iban cegados por la luz de las estrellas (John Wayne, Humphrey Bogart o Rita Hayworth) y los que solo buscaban la oscuridad del cine para llevar a cabo el guion de sus propias fantasías. Era una ciudad dentro de la ciudad, un reducto canalla en el Bilbao santurrón, que los fines de semana congregaba a los amantes furtivos con las familias de orden a la hora del *vermouth* y los adolescentes precoces que miraban los pechos sobresalientes y los muslos flácidos de aquellas mujeres de la calle. Con un poco de suerte, además, alguna se levantaba la falda y mostraba sus pequeñas braguitas o invitaba a mamar, entre risas, mientras enseñaba un pezón. Pero a veces se producían altercados, alborotos, por cuentas impagadas o peleas de chulos, y aparecía la Policía de inmediato, que, según decían, en muchos casos era juez y parte de la trifulca.

—¡A ver, venga, hagan sitio, que ya viene la ambulancia! —dijo un policía de mediana edad al que el uniforme le quedaba notablemente grande, dándole una apariencia más brutal de la que transmitía su aflautada voz.

Del coche camuflado se bajó el comisario Andrade, acompañado por otros dos secretas, Liborio y *el Zambo Rober*, cuyo único secreto era adivinar quién haría de poli bueno y quién de poli malo cuando te llevaban a Comisaría. Se turnaban, más por estados de ánimo que por estrategia. Se decía que, cuando se trataba de detenidos políticos, lo echaban a suertes, y al poli bueno le hervía la sangre y producía más temor que el poli malo. Se lo jugaban a los chinos, a la carta más alta, a pares o nones, tratando de equilibrar las habilidades de cada uno en los juegos de azar. Un prólogo estrambóticamente democrático del reparto de hostias subsiguiente. Para el

detenido, la única diferencia era que Liborio era zurdo y *el Zambo* Rober, diestro, lo que implicaba saber de antemano qué lado de la cara tendría el privilegio de arrancar el carrusel y acabar más dañada.

—Ernesto, se te acabó el anís. Siempre pensé que la cirrosis acabaría contigo, pero alguien se le ha adelantado —dijo el comisario Andrade, puesto en cuclillas frente a la cara del «filósofo» recién abatido—. Bueno, todos los que estaban en el bar, que no se vayan. Los que hayan visto desde fuera algo de lo ocurrido, tampoco.

La ambulancia llegó con el estruendo habitual. Fidel, el farmacéutico, que había tratado de auxiliar a Ernesto, le dijo al médico que no tenía pulso y que al parecer había muerto en el acto. El sanitario lo corroboró sin dudar, por lo que el comisario Andrade comunicó al juez de guardia el suceso para que procediese al levantamiento del cadáver. Los miembros de los dos *zetas* acordonaron la zona, a la que iban llegando más y más personas que habían salido de las tiendas y bares adyacentes sorprendidos por aquel disparo brutal.

—¿Quién es el que ha llamado? —preguntó el comisario Andrade mientras rebuscaba en los bolsillos de la chaqueta su bloc de notas.

—Yo. Me llamo Remigio Urteaga y soy el dueño del bar. Ernesto Acevedo venía casi siempre a esta hora desde hace varios años.

—Ya, supongo que eso mismo pueden decir muchos otros taberneros, solo con cambiar la hora de visita. Bueno, igual ni eso, porque el filósofo se sentía Dios y, por lo tanto, podía estar en varios sitios a la vez donde hubiera algo que beber.

Estaba claro que al comisario Andrade la muerte no le impresionaba. No es que hubiera muchos asesinatos en una ciudad por lo general tranquila, solo sobresaltada por huelgas, manifestaciones más o menos esporádicas y colocación de ikurriñas, como actos públicos del descontento popular a los que la represión convertía en gigantes, cuando parecían miniaturas. Pero Andrade concebía la muerte como un objeto de trabajo, ocurriera o no, y su pasado delataba que la vieja de la guadaña le había desbrozado el camino muchas veces.

—Luego sigo con usted. Pero antes quiero saber si alguien ha presenciado el asesinato.

—Yo, señor policía.

—¿Cómo se llama usted?

—Herminia Garay, y tengo esa quincalla de ahí enfrente.

—Bueno, ¿y qué fue lo que vio?

—Ernesto salía un poco... ya sabe usted... un poco piripi. Bueno, todo el mundo sabe que le daba al pimple.

—Sí, todo el mundo lo sabe. Pero ¿qué fue lo que vio? Vaya al grano.

—Salió y giró hacia la derecha, hacia la Ribera, pero no había andado ni un par de metros cuando alguien se subió a una moto, arrancó, le disparó y salió pitando. Torció hacia la Ribera y ya no vi más.

—¿Le pudo ver la cara o se fijó en algún rasgo característico?

—No, todo ocurrió de espaldas a la quincalla. Lo único que le puedo decir es que el que disparó llevaba una chaquetilla de pana como amarilla, ya sabe, de mielero...

—¿Y la moto? ¿Se fijó en la moto?

—¡Ay, yo no entiendo de eso! Era una moto rara, creo que roja... o granate quizás.

—Bueno, mañana a primera hora pásese por la Comisaría. Le enseñaré modelos de motos a ver si identifica alguno. Muchas gracias. Dele sus datos personales a mi compañero.

Andrade señaló a Liborio, que miraba el cuerpo de Ernesto sin mover una ceja, a pesar de conocerlo más que a su familia, porque pasaba muchas noches en el calabozo de la calle María Muñoz y más de una vez y de diez le había pintado la cara con sus manos pequeñas y gordas. Se decía que, en sus ratos libres, que eran pocos, pintaba cuadros, pero nadie había visto ninguno y se suponía que era una invención suya convertida en leyenda gracias a su extraño sentido del humor.

El juez llegó acompañado del secretario judicial y, después del examen del médico forense, ordenó el levantamiento del cadáver. *El Zambo* Rober y Liborio, después, preguntaban a unos y otros detalles de lo sucedido. Andrade interrogaba a Remi sobre las costumbres de Ernesto, más allá de sus habilidades alcohólicas por todos conocidas y su gusto por comenzar siempre sus naufragios con unas copas de anís Castellana antes de que el vino ocupara su lugar en el trono de las Siete Calles. Que si había estado con gente no habitual en el bar, que si quiénes eran sus contertulios habituales, que si había notado actitudes extrañas, que si se había peleado o discutido con alguien, que si... todo eso que se pregunta siempre en estos casos y a lo que se responde siempre, en estos casos, que no.

—Señor policía —continuó Herminia Garay—, cuando salió del bar y antes de que lo matasen, se cruzó con un hombre y tropezaron hombro con hombro. Seguido, ocurrió lo del disparo, el hombre aceleró el paso y ya no me fijé más, porque salí a ver qué le había ocurrido a Ernesto.

Al *Dandy* le apodaban así no por su estilo ni por sus modales, sino por su afición a la colonia Varón Dandy, con la que creía que ocultaba su deficiente higiene. Él aseguraba que su manera de vestir era fruto de su admiración por Antonio Machado, el del torpe aliño indumentario. «Si no puedo parecerme a él escribiendo, porque nadie es tan ingenuo como para siquiera pretenderlo, al menos debeisme que os lo recuerde cada vez que veisme», decía, haciendo gala, o eso creía, de una erudición poética que sus colegas definían como «erección poética».

En realidad, todos los colegas tenían apodo, aunque no todos lo aceptaban con la misma deportividad y suficiencia que Tasio Zabala, *el Dandy*. Por ejemplo, Remigio Urteaga era *el Químico*, no por su afición a la ciencia que estudia la materia, sino porque tenía un bar; Miguel Arévalo era *el Poncho*, no por vocación sudamericana alguna, sino por su afición al ponche (siempre Caballero, nunca Soto), del que decía que era una bebida bendecida por Dios, porque, en las películas, todas las buenas familias americanas tomaban ponche para celebrar sus buenos actos. A Ernesto Acevedo le apodaban *Madame*, porque decían que su vida estaba llena de citas; a Juan Cardenal le molestaba especialmente que le llamaran *el Púrpura*, porque decía que todo el que lo oía pensaba inmediatamente que era maricón y algún día le iban a descubrir.

—*Madame*, tú eres el elegido. Ni un seductor Mañara ni un Bradomín has sido. Así que eres perfecto —*el Dandy* tiraba de Machado para todo: para pedir un vino, decía que necesitaba beber porque venía ligero de equipaje; sin duda, *Retrato* de Antonio Machado era su poema favorito, tanto que quien le conociera un poco podría pensar que ese era el único que había leído—. Nadie pensará —continuó— que un filósofo borrachín, querido por la Policía, a la que tanto visita para entrar en calor, un trabajador del muelle, un padre de familia, un tío culto que sabe que Heráclito era un nadador griego, un tanto caprichoso, sea capaz de hacer una cosa así. Está claro que tú eres, en el buen sentido de la palabra, bueno. Hasta el comisario de María Muñoz piensa eso de ti.

—*Dandy*, ¿te has echado la colonia o te la has bebido? ¡Tú sí que eres un nadador! ¡El campeón de la nada! A ti el Machado ese te está convirtiendo en un sinsorgo. ¿Y por qué no tú? Nadie pensaría que un tío que va dejando tal tufo a colonia y recitando versos de ese Machote o Machado o como coño se llame, sería capaz de una cosa así.

—No, amigo. Mi rastro me delataría. Además, Machado era de los míos, de los nuestros. Era un rojo, un exiliado, y por recitar sus versos ya me he llevado un capazo de hostias de la Policía. Yo estoy muy vigilado. Soy un sospechoso permanente. Además, no dices tú que un borracho es un valiente desarmado... Pues eso. Piénsatelo, aunque en realidad yo creo que ya está decidido.

—Lo habréis decidido tú y tu puta madre.

—Pienso, luego insisto, ¡ja, ja, ja! Me voy a San Mamés, que, si la juventud del maestro fueron veinte años en los campos de Castilla, la mía fue en campos de fútbol. ¿Ves cómo nos parecemos Antonio y yo?

—Efectivamente, los dos tenéis la cara *pa'lante* y el culo *pa'trás* —respondió Ernesto, encerrando su mirada en el redondel de la copa de anís como si allí se ocultara el mismísimo monstruo del lago Ness a punto de salir a la superficie.

Tasio Zabala compartía su pasión por Antonio Machado con su afición al fútbol, dos actividades nada incompatibles, porque también el poeta amaba por igual la música clásica, con especial predilección por Mozart, y la música popular, la folclórica. Juan Cardenal le recriminaba el cultivo de ese opio del pueblo que era el fútbol.

—Si Marx hubiera sabido de ese juego de patosos, lo hubiera puesto a la altura de la religión en cuanto a las adormideras del pueblo —decía *el Púrpura*.

—El fútbol es una religión laica —respondía *el Dandy*— y el Athletic, su revolucionario profeta. Seguro que si fuera un juego de maricones habrías sido trotskista. Por lo del entrismo, digo... —*el Dandy*, fiel a la férrea moral comunista, tenía a los maricones en el permanente punto de mira. García Lorca le sacaba de sus casillas, aunque lo respetaba por rojo y mártir. Y así a tantos otros, pero no a los que revoloteaban por el Bataclán, un *cabaret* de *la Palanca* donde reinaba Juanito el Trianero, un transexual, antes conocido como *Penélope* y luego convertido en *Jeanette*.

El Dandy había sido socio del Athletic desde siempre, es decir, desde que consiguió su trabajo como profesor de técnicas de soldadura en la Escuela de Artes y Oficios de Bilbao, que al principio engordaba sus ganancias como soldador en el taller de su padre y al final se convirtió en su único medio de vida. Siempre había sido un muchacho avisado y detallista, pero mal negociante y poco hábil en el difícil arte de engañar al prójimo, por lo que prefirió vender el negocio que heredó a la muerte de su padre y vivir de las rentas y del sueldo de profesor, un trabajo liviano y aburrido por igual. Para él, enseñar a aquellos muchachos del subsuelo social de Bilbao en los años sesenta, en pleno desarrollismo de la negruzca Vizcaya, era un apostolado comunista. «De aquí no salen soldados, de aquí salen comunistas», era la máxima que le impulsaba a seguir presuponiendo que todo trabajador, por el hecho de serlo, lleva un comunista dentro, aunque él no lo sepa. A sus 58 años, seguía pensando lo mismo, porque estaba convencido de que la Revolución de Asturias no era el final, sino el principio de la Revolución definitiva, la revolución de los

soldadores convertidos en soldados, esta vez sí —no como en la guerra civil, perdida por la traición de los nacionalistas y la locura de los anarquistas—. «La famélica legión se va a poner las botas», repetía. «Por fin nuestras voces se impondrán a vuestros ecos. Te vas a cagar, *Patxikin*», que así llamaba a Franco, el enanito de sus desvelos.

En tanto la Revolución llegaba, el fútbol acunaba sus sueños, aunque había dejado de ser socio del Athletic tras la final de Copa de 1942 y ahora entraba al campo gracias a que un amigo portero —*boinasrojas* les decían a los custodios de la entrada— le colaba en la General, cuando el partido ya había comenzado, siempre y cuando el inspector no rondase a sus espaldas. Como la General era de pie, siempre cabía un alfiler más. La peste a Varón Dandy le abría generalmente más hueco del necesario entre la abigarrada multitud. «¡Mierda! Inspectores por aquí, inspectores por allá... ¡Nos vigilan hasta en el fútbol!». Pero siempre acababa entrando, salvo un día que jugaba el Barcelona y detrás de su amigo se colocó un inspector, al que no le gustaba el fútbol, y se pasó medio partido dándole palique al *boinarroja*, mientras *el Dandy* paseaba por los aledaños como un novio abandonado.

Tasio rompió el carnet de socio en 1942, cuando el Athletic perdió la final de Copa contra el Barcelona (3-4) tras una emocionante prórroga. Aquel día, en aquel tiempo añadido, con 3-3 en el marcador, Zarra, el infalible, la cabeza privilegiada, el goleador implacable, falló un gol en la puerta vacía de Miró y, en el contragolpe siguiente, Martín, el extremo izquierdo del Barcelona, marcó el cuarto gol, que le daba la Copa del Generalísimo. Tasio nunca le perdonó a Zarra aquel error que prevalecía sobre la ingente cantidad de goles que marcaría en su carrera como futbolista, doblegando incluso en el Mundial de 1950 en Brasil a la selección del país al que *Patxikin* llamaba «la pérfida Albión». Aquel gol tampoco convenció mucho al *Dandy*, porque, en su opinión, daba alas al franquismo, que trataba de salir del aislamiento internacional. Por culpa de Zarra decía que rompió el carnet, aunque sus íntimos tenían una versión muy diferente de la historia. Contaban que, cuando vendió el taller de su padre, se hizo un asiduo del *cabaret* Las Columnas, en *la Palanca*, que ocupaba curiosamente el local que antes había sido de Auxilio Social. «Bueno, antes se auxiliaba el estómago y ahora se auxilia la bragueta» —dicen que decía—. Y que también frecuentaba El Bataclán, a 25 pesetas el polvo, y el Shangai, y que se divertía con las actuaciones de Angelillo Barredo, *Colorines*, un transformista ambiguo, y su compañera de fatigas, Tania *la Muñequita*. Y que se hizo muy amigo de Tere *la Topolino*, una acreditada *madame* de la zona. Y que, en definitiva, se le fueron los cuartos en su afán de evangelizar a las putas con libros de Machado entre polvo y polvo.

Fuera lo que fuese —había creyentes en ambos bandos—, lo cierto es que *el Dandy* se disponía a presenciar un Athletic-Real Madrid, ida de la Copa del Generalísimo, cariacontecido por la escasa presencia de futbolistas de la zona obrera, solo *Canito* y Etura, «finos soldados de la margen izquierda», según les bautizó

Tasio, para quien los futbolistas no tenían otra vida que la que exhibían en el terreno de juego. *Canito*, que como él, era conocido por el apodo y no por el nombre, Nicanor, ni por el apellido, Sagarduy, aunque en realidad se apellidaba Trapero hasta que se lo cambió sin que nadie supiera por qué. En realidad, lo que pretendía *el Dandy* era liberar la mente durante un par de horas, demasiado ocupada en lo que estaban a punto de hacer y que significaría el comienzo de la Revolución. O algo muy parecido.

—**C**omisario, aquí hay una señora que pregunta por usted.

—¿Quién es? —preguntó malhumorado Andrade entre una nube de papeles envueltos en humo.

—Es Herminia Garay, la que vio el asesinato de Ernesto Acevedo ayer en el Casco Viejo y a la que usted dijo que se presentara hoy en Comisaría para no sé qué de una moto...

—Estoy yo ahora para motos y borrachines, con los anarquistas estos de mierda que han matado a una niña en San Sebastián. Que la interroguen Liborio o *el Zambo*... Bueno, mejor atiéndela tú, que estos son capaces de liarse a hostias con la vieja si no identifica la moto. Es un tema menor, chavalín, pero Ernesto era un amigo odioso al que le había cogido cariño. Era un cabrón, pero quien le mató era un hijo de puta y puestos a elegir... Enséñale fotos de motocicletas, a ver si identifica la que conducía el que le disparó. La vieja, lógicamente, no sabe de motos, pero tiene buena vista. De paso, le insistes en la reconstrucción de los hechos, porque seguro que hay algo que no nos ha contado. Yo qué sé, si era zurdo, rubio, canoso. Por algo hay que empezar, *Candil*.

A Anselmo Vela nada le molestaba más que le llamasen *Candil*, pero, si protestar en la calle significaba una condena, en la Comisaria era un suicidio. Llevaba apenas unos meses en Bilbao y ya se había dado cuenta de que había algo que unía a delincuentes y policías: ambos tenían apodos que había que respetar. Rober era *el Zambo*, algo nada ingenioso. A Liborio le llamaban *Rubens*, él creía que por sus improbables aptitudes pictóricas, pero en realidad era por su exceso de grasa. Un secreto bien guardado era el apodo del comisario Andrade, que Anselmo se esforzaba por conocer, aunque aún no se había graduado como para hacer tamaño descubrimiento y aún no estaba en condiciones de comprobar sus sospechas.

—Acompáñeme, señora. Será solo un trámite.

—Ya le dije al policía lo que vi. No creo que pueda añadir mucho más. Además, esta tarde es el funeral del pobre Ernesto. Menos mal que mi cuñada se ha quedado en la quincalla, porque, si no, entre una cosa y otra, pierdo todo el día y no está la cosa para echar cohetes... Pero lo del pobre Ernesto ha sido un mazazo. Era un borrachín, pero buena gente. Se han tenido que confundir, ha tenido que ser un error... Ernesto, ¡Dios mío!, ¡si era un pedazo de pan!

—Le entiendo, señora... Aquí todo el mundo le conocía y, por lo que veo, le habían cogido cariño.

—Siempre andaba con Rusia a vueltas y avisando de que en breve vendrían los suyos. En la guerra luchó con los rojos, pero era buena gente, aunque a veces la bebida le hacía decir tonterías y echaba discursos desde la ventana. Pero era por culpa del alcohol. Luego se le pasaba y era un trabajador más. Nunca hizo mal a nadie. Bueno, a su mujer no le dio precisamente buena vida, pero ya se sabe cómo son estas cosas...

—Ya, ya me han contado que el calabozo era como su segunda vivienda, pero vamos al grano. Usted dijo que le disparó alguien vestido con una chaqueta de pana, de color amarillo, o algo así, desde una moto. Creo que dijo que era una moto roja, ¿no es cierto?

—Sí, pero yo no entiendo de motos.

—Eso tiene arreglo. A ver si la identifica entre estos modelos.

Anselmo Vela le abrió una carpeta donde se almacenaban recortes de revistas en las que aparecían motocicletas de todo tipo.

—No se fije en el color, sino en la forma, y dígame si alguna de ellas es la que vio o si, al menos, se le parece.

Herminia, acostumbrada a mirar vestidos, hilos y madejas, observaba con la minuciosidad del especialista, aunque sabía tanto de motos como de aviones.

—Era esta o parecida a esta, no sé.

—Mire todas, no vaya a ser que haya otras parecidas. Necesitamos saber, si es posible, de qué modelo era la motocicleta utilizada para el asesinato. Hay que empezar por algo, dice el jefe.

Herminia llegó hasta el final de la carpeta estudiando las motocicletas como si midiera el grosor de un hilo de seda. Y su decisión fue concluyente:

—Era esa, no hay duda —dijo tajante.

A *Candil* le pareció que lo decía como si hubiera descubierto al asesino. «Sin duda es más fácil reconocer una moto que una cara», pensó, y vio tanta determinación en aquella señora que le animó a creer en su memoria. Anselmo apuntó: «Derbi 250, 9 caballos, roja, nueva o seminueva», porque el modelo había sido puesto en el mercado en 1953. Primer dato, para empezar.

—Ahora que está más calmada, ¿no se acuerda de algún dato más de los que les contó a mis compañeros después del crimen? Supongo que en aquel momento estaba confusa y alterada. No es para menos. Un hombre muerto, allí, en el suelo, y además un amigo. No es fácil pensar en ese momento, ya le entiendo. Pero igual ahora... Cualquier detalle puede ser importante.

—La verdad, señor, no vi más que lo que dije ayer. O, si lo vi, no lo recuerdo. Alguien desde una moto, que era esa, creo, con una chaqueta como de pana amarilla disparó. Y luego vi a Ernesto en el suelo. Bueno, que supe que era Ernesto cuando me

acerqué a él. Y vi a un hombre que salió corriendo hacia la Ribera. Llevaba una chaqueta de cuadros. Pero quizás solo corrió porque se asustó por el disparo.

—¿El hombre salió corriendo?

—Bueno, andaba rápido. Como cuando llueve y te pilla sin paraguas.

—¿Era alto, bajo, gordo, delgado, calvo, canoso?

—El pelo no sé cómo lo tenía porque llevaba boina. ¿Alto? Pues más o menos como usted. ¿Gordo? Pues no sé, porque le vi por detrás. Quizás sí, parecía hermosote.

—Bueno, Herminia, muchas gracias. Si necesitamos algo más de usted, me paso por la quincalla y seguimos hablando.

—Muchas gracias, señor...

—... Anselmo.

—Pues eso, muchas gracias señor Anselmo. Y qué quiere que le diga, si yo tuviera que buscar al que ha matado al pobre Ernesto, no sabría por dónde empezar.

—Pues mire, lo de la moto ya es algo, aunque sea poco.

—Pero la moto no le ha atropellado. Le han disparado.

—A veces las motos hablan, Herminia.

—Hablan, hablan... Lo que hacen es ruido.

Anselmo Vela sonreía mientras Herminia Garay abandonaba la Comisaría a paso ligero camino de la quincalla, que, quizás por primera vez, había dejado en manos de otra persona, por más que fuera su cuñada. Releyendo sus notas, «Derbi 250, chaqueta de pana amarilla, hombre corpulento con chaqueta de cuadros, boina», se fijó en una anotación marginal: «Rusia a vueltas, se han tenido que confundir». En el tiempo que llevaba en Bilbao, había escuchado a todos los borrachines acabar sus peroratas dando vivas a Rusia y nunca había sabido discernir si lo hacían por la fe en el comunismo soviético (donde hay trabajo para todos, donde existe el amor libre y donde no hay ricos y pobres) o porque estaba prohibido. Le extrañaba, por su juventud, que fuera Rusia y no la URSS el objeto de sus proclamas, aunque, bien pensado —pensó—, gritar «Viva la URSS» para un borrachín con un buen melocotón encima era difícil, por la pronunciación. Y, en el fondo, la URSS fue el fruto de la Revolución rusa. Además, en esos momentos, uno no tiene la almendra para disquisiciones sobre el zarismo y el leninismo.

Anselmo Vela se había criado en la cultura del orden como valor supremo de la convivencia y no le había dado más vueltas al asunto. El orden era la base de la familia, del trabajo, de las relaciones sociales, de todo lo que afectaba al ser humano allí donde estuviera. Sin orden, era imposible construir nada perdurable y el orden lo había llevado a ser policía para garantizar el orden de la vida. «Si los documentos tienen su lugar en el archivo, las personas tienen su lugar en la vida. Todo se organiza por orden de importancia y todos son necesarios, pero por orden. Si cambias los papeles de lugar, el caos está asegurado. Si pierdes los papeles, pierdes la vida». Esas, y muchas más, eran sus máximas de conducta. La lucha de clases no era sino la

ambición de los papeles archivados en la Z por pasar a la carpeta de la A en un salto mortal. Inconcebible: la A siempre estará al principio y la Z al final, por más que Rusia tenga un alfabeto cirílico.

Por eso le inquietó la muerte de Ernesto. ¿Cómo se apellidaba? Acevedo. Pura casualidad, pensó. Los apellidos sirven para distinguirnos, como los títulos en los cuadros abstractos, y a veces ni eso. «A de Acevedo, B de borrachín, C de calle, D de Derbi, E de Ernesto, F de fracaso, G de gordito, H de hombre, I de incógnita, J de... ¡joder, vamos a dejar este jeroglífico!», pensó, y cerró la libreta de cuero negro, que, cuando se llenaba, era sustituida por otra idéntica, todas compradas en la librería Malumbres y luego guardadas en un archivador. La verdad es que no llevaba muchas, porque hasta ahora solo había realizado un trabajo policial subalterno lleno de Herminias y Ernestos de poca monta. Pero Anselmo asumía que él era la Z del organigrama y, si quería llegar a la A, debería recorrer el alfabeto al revés, letra a letra, declaración a declaración, y quién sabe si, en algún momento, caso a caso.

—Comisario, la señora ha identificado la moto y creo que no tiene ninguna duda. Ha visto las fotos dos veces y ha insistido en que era un Derbi 250.

—Mira, *Candil*, ¿tú sabes lo que es el DRIL?

—Supongo que una rima de las suyas, señor.

—Déjate de rimas, chaval. La muerte de esa niña en San Sebastián hace cuatro días la reivindicó un tal Directorio Revolucionario Ibérico de Liberación. ¿Qué te parece el nombre, *Candil*?

—Demasiado rebuscado.

—Bien visto. Los nombres rebuscados solo tratan de confundir. ¿Y quién trata de confundir? Quien se parapeta detrás de ese nombre imposible. Tanto se quiere resguardar que acaba por convertir el parapeto en una barricada transparente. Para mí que han sido los de la boina. Son cuatro locos que andan jugando con explosivos, bicrucíferas y panfletos, pero hace tiempo que vengo diciendo que a los explosivos y a las pistolas se les acaba cogiendo gusto. En cuanto vean un fusil, se les va a poner la picha gorda.

—¿Y usted cree que ya se les ha puesto?

—Yo creo que sí, pero en Madrid siguen más preocupados con los anarquistas que andan sueltos y que sueñan con reconstruir un maquis de ciudad en vez de echarse al monte. Pero ahí no existe ni orden ni concierto. Vale, que la pueden liar en un momento dado, pero son más visibles que una puta de *la Palanca*. Por cierto, ¿tú has estado en *la Palanca*? No digo como poli, sino por tu cuenta y riesgo.

—No señor, no me gusta la gonorrea.

—Tarde o temprano, le perderás el miedo. Pero, en fin, a lo que vamos. A cuenta de todo esto, ando a caballo entre Bilbao, San Sebastián y Madrid, porque los de la picha gorda van creciendo y los anarquistas menguando, y en esta comisaría ya no hay tiempo para los chorizos y los cantantes rusos, así que no podré perder ni un minuto con el asesinato de Ernesto. Liborio y Rober son mis manos aquí. Ya sabes

que los juegos de manos —y Andrade movió los puños imitando a un boxeador— son su especialidad. Así que, Anselmo, prende el candil, porque te vas a encargar tú de resolver este asunto. No es que sea prioritario en la Comisaría, pero, joder, pienso que le debo a Ernesto una reparación, aunque sea después de muerto. Supongo que en sus pendencias dejó muchos enemigos.

—Pues Herminia dice que no tenía enemigos —interrumpió Anselmo en un acto de valentía.

—La vieja es una beata y los beatos vuelan, no pisan la calle. Pero Ernesto era un broncas y eso se acaba pagando.

—Pero de ahí a pegarle un tiro...

—Tú sabrás, *Candil*, el caso es tuyo. Así que la investigación y las elucubraciones son también tuyas. No obstante, si tienes alguna duda, no te cortes en planteármela. Seguramente te mandaré a tomar por el culo, pero tú insiste. ¡No en darme por el culo, en la duda, chaval, en la duda! Liborio y Rober son unos bestias, pero saben el oficio, así que acude a ellos si lo crees conveniente. Si te mandan a tomar por el culo, no insistas, dales tiempo, y, en cuanto puedas, se la metes doblada.

—Muchas gracias, señor. Si no le importa, esta tarde voy a ir al funeral para familiarizarme con el entorno y quedarme con algunas caras. No sé, hay que empezar por algún sitio. Por cierto, ¿dónde es?

—¡Pues sí que empiezas bien, *Candil*! No sé. Supongo que en la iglesia de San Antón. Si es así, le das recuerdos a don Claudio, el cura, aunque no creo que él te los dé para mí.

Anselmo Vela abandonó el despacho del comisario como Herminia había abandonado la Comisaría, turbado y con prisa por comenzar al mismo tiempo. Lo primero que pensó es que debería comprar unas cuantas libretas más en la librería Malumbres, aunque en este caso no serían negras, sino marrones, para distinguirlas a primera vista del resto y porque había avanzado una letra en su abecedario laboral. Ya era una Y. «¿Y ahora qué hago? —pensó—. Supongo que conseguir el informe del asesinato, donde figuran el levantamiento del cadáver, las declaraciones de los testigos —que seguramente serán incompletas y atribuladas—, si se encontró el casquillo de la bala, y esperar al informe del forense sobre la autopsia, aunque de ahí no creo que surja nada que merezca la pena. Y, después, reconocer el lugar de los hechos y hablar con más calma con quienes estaban por allí». «No te ofusques, Anselmo, lo primero es saber quién era Ernesto Acevedo, que no tienes ni puñetera idea», le dijo la voz de su conciencia, que se mostraba burlona cada vez que los nervios le alteraban el orden. A veces, incluso le llamaba *Candil*, en vez de Anselmo, como un aviso de que estaba dejando de ser Anselmo. Como no tenía muchos amigos en Bilbao, su conciencia le irritaba y le socorría como solo un amigo sabe hacerlo. «Una amiga, Anselmo, una amiga, que soy del género femenino».

El informe lo tenía Liborio, que era más ducho que *el Zambo* Rober en la redacción —por decirlo de algún modo— y en la mecanografía. Decían que Rober

trataba a las teclas de la Olivetti con la misma delicadeza que a los detenidos.

—No me digas, *Candil*, que vas a perder la virginidad con el asesinato de Ernesto Acevedo. Perdona, pero creo que va a ser un polvo rápido, un mete-saca y a jugar al mus.

—¿Tan clara está la cosa, Liborio?

—Al contrario. Puede haber sido cualquiera y por cualquier motivo, y no creo que te dejen mucho tiempo con la que parece que va a caer tras la muerte de esa niña en San Sebastián. Ernesto era un pinchauvas y, una de dos, o encuentras un asesino creíble, ya me entiendes, o se archiva el caso y a otra cosa.

—Pero un disparo es un disparo y no creo que haya mucha gente por aquí con una pistola en casa.

—Pues ya está: encuentra la pistola y tendrás al asesino. Si hay pocas, no será muy difícil encontrarla. En fin, aquí tienes el atestado. Es poca cosa. ¡Ah!, en aquel archivador hay una carpeta con las andanzas de Ernesto, ilustre visitante de esta sagrada comisaría, donde, a menudo, era recibido a bombo y platillo. Últimamente, ya solo lo encerrábamos una noche y no se llevaba ni una hostia. Porque una hostia no es solo un deber, sino también un placer, y Ernesto lo que daba era pena. Era bravo, eso sí, y, aunque no pudiera ni sostenerse, te lanzaba algún *crochet*, porque era un amante del boxeo. Allí tienes su hoja de servicios. Y buena suerte, *Candil*.

—Gracias, *Rubens*.

—¡Ah! Si encuentras al asesino, me lo traes, por favor, que me apetece pintarle un cuadro en la jeta.

«Orden, Anselmo, orden. No pierdas el orden. Si hasta el comisario ha dicho que el problema de los anarquistas es que no tienen ni orden ni concierto». Para Liborio y Rober, el orden es la sucesión ordenada de puñetazos al detenido, «hasta que la gallina ponga un huevo», repetían. Para el comisario, el orden es tener un plan, una estrategia a seguir. Para Ernesto, al parecer, el orden era Rusia (sin ricos ni pobres, con amor libre y trabajo para todos). «Para mi padre, el orden era defender el orden establecido. Para mí, el orden reside en el alfabeto y en las libretas». ¿Y para el asesino? ¿Cuál sería el orden del asesino? ¿Sería cumplir una orden que en sí misma encerraba el significado de su vida o sería poner las cosas en su sitio? «Ernesto, creo que tú y yo vamos a ser buenos amigos».

«**C**onque ya está decidido... Que si yo no soy sospechoso... Que si yo soy el elegido... ¡Cuánto honor y cuánta gloria, por los siglos de los siglos, amén! Este Tasio, más que un rojo, parece un cura. ¡El elegido! ¿No eran muchos los llamados y pocos los elegidos? Pues me parece a mí que en este asunto era uno el llamado y uno el elegido. ¿A ver si va a resultar que el rastro de colonia del *Dandy* no es sino la tinta del calamar, que le vale para escurrir el bulto cuando se pone en riesgo la supervivencia? ¡El elegido! El elegido no es el que dispara el cañón, sino el que está debajo de la bomba. El elegido era aquel muchacho que se cruzó conmigo durante la batalla de Sabiñánigo, ambos armados y ambos con el miedo en el cuerpo. Supongo que yo tuve más miedo que él y por eso disparé antes. En la guerra, el miedo es más eficaz que la valentía. El miedo a morir es tu fe de vida. El valiente no tiene miedo a morir y por eso es el primero que cae en la batalla. El valiente es el primer gilipollas de la contienda, pero las guerras las ganan los cobardes, los que alimentan el espíritu de supervivencia, los precavidos. Por eso perdimos la guerra, porque había muchos valientes que iban al frente a dar la vida, no a quitársela al enemigo. Los franquistas eran un ejército de cobardes, de miedosos, dirigidos por generales cobardes que soñaban con ganar la guerra y disfrutar entonces de la valentía del vencedor. A los valientes los tenían como carne de cañón, como los requetés, que eran bestias pardas, y a las bestias hay que abatirlas. Aquel muchacho era uno de aquellos panteras del Valle de Tena que pensaba que mi muerte era una muesca de la victoria, un deber con la patria. Yo pensaba que era un deber conmigo mismo. Por eso murió él. Entonces, ¿quién fue el elegido? Aunque, a decir verdad, los miedosos que sobrevivimos las estamos pasando más putas que en vendimia, convertidos en muertos vivientes. Así que, en cierto modo, chaval, tú y yo estamos parecido. Tú descansaste aquel día y yo no he descansado desde entonces. Supongo que yo no te hice un favor, pero los tuyos me lo están haciendo pagar con creces y los míos están muy lejos y no acaban de llegar. ¡Joder, si parece que vienen andando desde Vladivostok! Estoy harto de esperar y por eso quizás ha llegado el momento de hacer la Revolución por nuestra cuenta».

«¿El elegido de quién?, ¿de Tasio? ¿El elegido para rociar esta mierda de vida con el perfume de la Revolución o el elegido para llenar de colonia barata esta mugre? ¿El elegido del *Púrpura*, ese mariconazo que se oculta bajo un traje gris de cajero en un banco y convierte la Revolución en el disfraz de su silencio?, ¿o de Remi, el

Químico, que se hace el mismo lío mezclando el país con el mundo que cuando mezcla vino con agua para rebajar el grado, según dice? ¿O de esos intelectuales que siguen pensando que todo acto necesita un cronista que lo lleve a la posteridad y, por lo tanto, jamás pueden caer en la batalla, por el bien de la historia? ¿O el elegido del *Poncho*, funcionario de día y contable de tarde en sus ratos libres para fomentar el reparto de la riqueza? ¿El elegido de quién?». *El Dandy* podía haber elegido una disculpa mejor que la de padre de familia y todas esas chorradas. Podía haber elegido la disculpa habitual: el elegido del destino, como si no supiera que ese lugar desconocido es una pensión a la que nadie jamás le ha quitado el polvo. «El destino es la excusa de los poderosos y la fe de los imbéciles». Y anotó la frase en el reverso de un recibo, porque a menudo los pensamientos se evaporaban en el aire viciado de su vida, y se fue para casa. Fernanda ya habría comido y estaría escuchando la radio, pero habría sobrado algo de pisto y algo de pollo, el menú de los domingos. Tanto pensar le despertaba el hambre. No mucho. Lo suficiente para ir tirando. «Y este gilipollas en el fútbol dando alaridos y atufando al personal», dijo en voz alta, aunque nadie le oyó.

Fernanda, efectivamente, tenía la radio encendida y escuchaba el programa de discos dedicados. «Para Isabelita, por ser la mejor hija del mundo, de sus padres». «Para Ascen, la abuela que mejor cocina, de sus nietos», y así una retahíla de dedicatorias antes de que sonara la canción de moda que seguramente no conocían ni la hija ni la abuela. A Ernesto le gustaba jugar con la idea de si esta canción era la preferida del objeto o del sujeto de la dedicatoria. O si la había puesto el de la radio porque le gustaba a él. Era un juego sin premio que te permitía ganar o perder siempre que quisieras, una especie de lotería amañada, pero sin ningún tipo de rentabilidad. La verdad es que a Ernesto la música ni fu ni fa. Su péndulo musical se balanceaba entre *El frente de Gandesa* y Antonio Machín, cuyos *Angelitos negros* siempre acababan exigiéndole tragarse las lágrimas, como quien se traga la vergüenza de las emociones. Cuando terminaba la canción, canturreaba *El manisero* para engañar los sentimientos con la indiferencia de una fingida felicidad. *El frente de Gandesa*, sin embargo, ejercía el poder de un himno, aunque fuera un homenaje al sufrimiento. «Las canciones son sensaciones, y las sensaciones son particulares», era una de sus múltiples sentencias.

—Otra vez tarde, para variar —le dijo Fernanda mientras calentaba en la chapa de carbón el pisto y el pollo—. Tu hijo ha venido antes de comer.

—¿Ha preguntado por mí?

—No. ¿Para qué?

Ernesto acabó de comer y se fue a echar la siesta. Fernanda bajó un poco el volumen de la radio. Cuando empezara a roncar, podría subirlo de nuevo.

Debe de ser la mujer, pensó *Candil*, deduciendo su rango por el lugar que ocupaba en la bancada de la iglesia de San Antón, abarrotada de un público popular que guardaba un silencio solo roto por el juego de pañuelos y narices. La nariz es, en

el silencio de los funerales, el viaducto por el que se escapan las lágrimas reprimidas. A fin de cuentas, son agua y al agua no la para ni Dios. «Vale, la separa, pensó *Candil*, suponiendo que el relato bíblico no sea una artimaña literaria, pero pararla no la para ni Dios». Se puede llorar por dentro o por fuera, de rabia o de alegría, de dolor o de satisfacción, pero llorar se llora. Y una lágrima es agua concentrada. Gotas con sal que por fuera enrojecen la retina y por dentro dan sed. Aquella de la primera fila de la bancada, envuelto el pelo y media frente en una mantilla transparente, acompañada por un joven erguido, tenía que ser la mujer de Ernesto Acevedo, pero no lloraba por fuera, imaginó Anselmo Vela traduciendo el orden lógico de las cosas. «Vale, no llora por fuera, pero llorará por dentro, porque llorar hay que llorar, sobre todo si la muerte ha sido trágica, sorprendente, inesperada. La enfermedad es la publicidad de la muerte, pero la tragedia es un golpe seco, como cuando se funde un filamento y te quedas sin luz. Así que seguro que está llorando por dentro», se consoló.

Desde que decidió que aquella era la esposa de Ernesto, Anselmo Vela perdió su olfato policial y, en vez de rastrear todas las bancadas y sus aledaños en busca de vaya usted a saber qué, solo tuvo ojos para aquella mujer, más alta de lo normal, de formas poderosas, amplias caderas y piernas que habían subido y bajado muchas escaleras. La suya era una madurez rocosa, en la que prevalece la fortaleza sobre los años caídos como hojas en un estanque y el recuerdo de un pasado que de alguna manera misteriosa se negaba a desaparecer.

El color negro apenas estrechaba un ápice su estructura, más cercana a las catedrales que a las ermitas; la mantilla prolongaba su misterio. Anselmo se iba moviendo por la iglesia para verla por detrás, de frente, de costado, para indagar sus gestos, su mano entrelazada en la del jovenzuelo erguido (por lo que dedujo que debía ser su hijo, suponiendo que Ernesto tuviera un hijo). No se guiaba por su instinto de policía meritorio atendiendo a su primer examen, sino por la inquietud que le producían aquella mujer hierática, sin un asomo de flaqueza, y aquel jovenzuelo que miraba al retablo como quien busca un error, una errata, un descuido. Dos miradas perdidas por las que seguramente estaba desfilando una vida entera llena de viñetas sin necesidad de lenguaje alguno que explicase lo ocurrido.

A Anselmo Vela le pareció que aquello alteraba el orden de las cosas, porque dicen los cánones que los funerales deben ser tensos y compungidos, nunca fríos, incluso ruidosos, especialmente cuando el sacerdote relata los haberes sentimentales del finado y, más aún, cuando trata de convencer a los deudos de que ha pasado a mejor vida como si los presentes desearan ser los ausentes, envidiosos del gozo de la vida eterna. Anselmo Vela no sentía la religión como algo suyo, sino como algo derivado del orden establecido, aunque por eso su jodida conciencia le tiraba más de un dardo envenenado cuando estaba ociosa.

Pero esa mujer le resultaba tan misteriosa como Ernesto Acevedo y, sobre todo, como el porqué de una muerte tan ruidosa en un ser tan insignificante, un borrachín al

uso que adoraba Rusia en la euforia del alcohol, aunque seguramente debía haber algo más, para ser asesinado, que una retahíla de clichés y detenciones más que políticas por escándalo público.

Quizás el secreto estaba en esa mujer, en la pupila de sus ojos, en su apariencia indestructible, o en ese que parecía ser su hijo, que reposaba su mirada en el retablo de esa iglesia gótica de San Antón, que al parecer concitaba más atención que la propia catedral de Santiago, habitualmente cerrada, porque en esto de las iglesias también hay un orden jerárquico, un alfabeto que no debe saltarse.

Anselmo no comulgó porque estaba en acto de servicio. Ya lo haría el domingo en la iglesia de los Santos Juanes, que le pillaba cerca de la pensión en la que vivía, en espera, pero sin prisa, de acceder a una vivienda en propiedad, algo ahora inconcebible porque los destinos policiales son demasiado caprichosos y el sueldo tampoco permitía actitudes arriesgadas. «Como sigas esperando, se te muere la patrona, *Candil*», le decía su conciencia, hiriente como un témpano de hielo cuando de su vida privada se trataba. «Un hombre solo es medio hombre», le insultaba, provocando su desmedido afán por el orden establecido; «¡que ya tienes un par de entradas en la frente a punto de juntarse en la coronilla, *Candileja!*» (esa palabra la usaba solo en los momentos decisivos).

Pero esa mujer anulaba incluso la voz de su conciencia. Por eso le insultaba y sacaba todas sus malas artes. «Quizás nunca fue bella —reflexionó Anselmo—, pero seguro que jamás pasó desapercibida». De eso estaba seguro. No era cuestión de talle, sino de porte, que son cosas distintas. Por algo una empieza por «p» y otra por «t», y ya se sabe que la «p» va antes que la «t». La razón es sencilla. El talle se pierde enseguida, el porte no se pierde jamás. Y estaba claro que esa mujer, en un momento tan difícil, no había perdido el porte. Su hijo —si lo era— iba por el mismo camino. ¿Y Ernesto?, ¿sería también un hombre de porte o los genes del hijo serían solo femeninos?

«*Candil*, tienes mucho trabajo y poco tiempo. Recuerda a Liborio. Si te enredas en los detalles, te van a meter el caso en el archivo donde se guardan las trifulcas de Ernesto con una anotación final: “Muerto el 1 de julio de 1960 por el disparo de un desconocido. ¿Razón? Ajuste de cuentas”. Y se te va a quedar una cara de panoli como la que tienes ahora mirando a esa mujer que quizás solo esté manteniendo el tipo, ¡ah, no!, el porte, como tú dices». La jodida conciencia estaba ociosa. Se ve que las iglesias excitaban su verborrea. Menos mal que el funeral concluyó. El orondo cura, que debía ser el tal don Claudio al que se refirió el comisario, y el féretro llevado por unos cuantos hombres corpulentos y serios salieron de la iglesia como alma que lleva el diablo. La mujer y el que podía ser su hijo salieron detrás y se sometieron a los abrazos, lloros y saludos de los asistentes con las mismas miradas fría de ella y escudriñadora de él, que ahora, en vez del retablo, examinaba la piedra del pórtico. El desfile fue rápido y en poco tiempo la gente se perdió por la calle de la Ribera. Unos, hacia Urazurrutia, la Peña y la calle de San Francisco; otros, hacia

Achuri; los demás, hacia el Casco Viejo; algunos hacia el trolebús que les llevaría a Dios sabe dónde de un Bilbao al que le iba creciendo la barriga y olvidando su delgadez aldeana de caseríos y *txakolís*. Y esa mujer se perdió en ese mar negro de mantillas negras y medias negras bajo el cielo gris que le daba a la ciudad el encanto y la tristeza de la madurez obligatoria.

En la desbandada organizada de prisas y saludos, Anselmo divisó a Herminia Garay, la testigo, que enfilaba Ribera abajo.

—Herminia, ¿qué tal?

—Ah, es usted el policía, ¿no?

—Sí, soy Anselmo Vela, veo que se acuerda. Solo quería preguntarle una cosa: la mujer alta y fuerte que estaba en el primer banco supongo que era la esposa de Ernesto...

—Sí, la pobre Fernanda.

—Y el chico era su hijo, supongo.

—Sí, Francisco. Vive mucho tiempo fuera por motivos de trabajo.

—¿Le importa si paso mañana por su tienda y charlamos un ratito, Herminia?

—No hay problema, pero venga mejor por la mañana, que hay menos gente.

—Vale, me paso a eso de las once.

Pero Herminia no le contó nada que no pudiera deducirse de los informes que sobre Ernesto Acevedo había en la Comisaria. Algunos detalles más propios del cuchicheo que de una investigación. De aquellos informes había extraído su primer retrato robot, apenas un carboncillo personal y sentimental que le había acercado al personaje. Todas sus detenciones tenían que ver con el escándalo público (fruto de la borrachera) y la proliferación de gritos subversivos y contra las autoridades del Estado. Nada que ver con organizaciones clandestinas ni participación en huelgas o manifestaciones ilegales ni tenencia de materiales prohibidos. Solo escándalos y siempre en fin de semana, lo que a *Candil* le hacía pensar que se trataba de un trabajador ejemplar que no ponía en riesgo su puesto de trabajo por cuatro vivas a Rusia o un cántico de *La Internacional*. Apenas nada más, en aquellos informes redactados con desgana por Liborio, *el Zambo* Rober o cualquier otro miembro de la Comisaría. Sin embargo, en los informes más antiguos le extrañó que a menudo se citase «posible relación con grupúsculos comunistas», una coletilla que luego desapareció tras sus múltiples visitas a Comisaria y no para renovar el carnet de identidad, precisamente. Supuso que el policía de turno lo borró de su memoria a medida que lo fue conociendo o, quizá, la rutina elevó aún más el nivel de su desgana y pensó que con el nombre y lo del escándalo público zanjaba la ingrata tarea de redactar un informe. Anselmo Vela, tan comedido y estricto, no entendía ese odio que tenían sus compañeros a darle a la Olivetti.

Por eso la visita a Fernanda le parecía la pieza básica para comenzar una investigación sobre el extraño asesinato de una persona desconocida y aparentemente insignificante, para cuyo esclarecimiento no disponía de mucho tiempo.

«Difícilmente puedo encontrar al asesino si no sé quién es el muerto». En los pocos meses que llevaba en la Comisaría de Bilbao, Ernesto Acevedo no había pisado el calabozo y el último informe de un arresto era siete meses anterior a la fecha de su muerte.

Fernanda vivía en la calle Ollerías Altas, que, según cómo se mirase, estaba en la parte baja o alta de Achuri, un barrio popular que tenía incluso canciones que le honraban a él y a sus habitantes. Incluso una bilbainada decía que «viste con elegancia / la aristocracia en Neguri / pantalones de mil rayas / al igual que los de Achuri». Otra honraba a un equipo de la zona, el Acero, y relataba cuando «por el río Nervión / bajaba una gabarra / rumba la rumba, la run / con once jugadores / del club atxuritarra...».

Pero Achuri era un barrio obrero donde prevalecía el buzo de trabajo más que los pantalones de mil rayas (que eran para los domingos, llegado el caso) y al que se accedía desde el Casco Viejo. Un barrio oscuro pero lleno de vida, con las tabernas necesarias y un callejón tenebroso y frío que hacía de tránsito entre la plaza de la Encarnación y la plazuela de Artechu, donde los niños tenían a bien inundarse en la fuente en sus juegos infantiles. Entre plaza y plaza, vivía Fernanda y había vivido Ernesto Acevedo, hasta que un solo disparo lo mandó al otro barrio, que seguramente era el barrio de Rusia con el que tanto había soñado. Quizás ahora estaría vagabundeando por la Plaza Roja, visitando la estación del metro de Kropotkinskaia, tras haber rendido pleitesía a Lenin.

Pero mientras Ernesto vagabundeaba por el paraíso, Anselmo Vela se preparaba para lo que consideraba un infierno: hablar, por primera vez en su vida, con la viuda de un muerto asesinado. Las calles que conducían a esa casa no le eran ajenas. Desde que había llegado a Bilbao, el Casco Viejo había sido su hábitat natural: la Comisaría se encontraba en la calle María Muñoz, cercana a la plaza de Brigadas de Navarra, a la que mucha gente seguía llamando plaza de los Auxiliares, su antiguo nombre en la dictadura de Primo de Rivera; desde que llegó de su Medina de Rioseco natal, en la provincia de Valladolid, se alojaba en una pensión de la calle Jardines, y las horas baldías, que eran pocas, las mataba entre las iglesias de la zona, que eran muchas, y el cinema Gayarre, en la confluencia de las calles Iturribide y Prim, un cine de reestreno, y el cinema Bilbao, más pequeño, en la calle de la Esperanza, junto al ascensor de Begoña, donde se reestrenaban los reestrenos. El teatro Arriaga, más solemne, se abarrotaba cuando venían las grandes compañías de Madrid y allí triunfaba con derecho propio Paco Martínez Soria, hasta que el cine fue ganando terreno al teatro. La Gran Manzana que le pareció Bilbao a Anselmo Vela se reducía casi exclusivamente a esas calles entrecruzadas, que se asemejaban a un gran bazar, perfectamente organizado, de telares, tabernas, mercerías, tiendas de muebles y tiendas de caramelos, de tebeos, pastelerías en las que se alzaban majestuosos los bollos de mantequilla, tan propios y únicos de Bilbao, y los pasteles rusos (viva Rusia, el amor libre...) tan dulces y débiles al mismo tiempo. Más de una vez había

sentido Anselmo Vela la tentación de tomarse un chiquito de vino en aquellos vasos rotundos de cristal, que eran una obra de arte sin necesidad de tallas, puro cristal, que pesaban como diablos, en los que parecía que te estabas bebiendo un mar de vino y apenas estabas probando el dudoso néctar que salía de los pellejos de la Alhóndiga, donde se criaba el vino con los mismos posibles con los que se criaba a un niño. Anselmo no bebía, pero aquellos vasos ejercían una poderosa atracción en la que, fiel al orden, no había caído, bien a su pesar. Cada vez que los veía, recordaba los chistes que había escuchado en la Comisaría sobre la extraña habilidad de los borrachos para contonearse como barcos a la deriva sin que se les derramase jamás el vino. Una vez, uno se cayó y, cuando se vio en el suelo, rodeado de aquella química granate y espesa, clamó: «¡Por Dios, Señor, que sea sangre!». Era un chiste con el que Liborio solía tratar de agradar a los visitantes cuando relataba las andanzas de los borrachines por la calle Iturribide, cercana a la Comisaría. Más de una vez, Anselmo se había detenido ante la casa en la que había nacido Miguel de Unamuno, en el número 16 de la calle Ronda, un dato que conocía de *estrangis*, porque el escritor y filósofo bilbaíno era un desafecto al Régimen y había osado enfrentarse al general Millán Astray. A Anselmo, sin embargo, le producía una enorme curiosidad este personaje que era capaz de incomodar a unos y otros (los nacionalistas no le tenían ninguna ley y los comunistas no le tenían por uno de los suyos, aunque admiraban su valentía para no sucumbir al silencio). Pero, aunque no había leído nada de su obra, se le quedó grabado que aprendió danés para poder leer a Kierkegaard en versión original. «Ese sí que era un tipo de orden que hacía las cosas comenzando por el principio». Sus visitas a la calle Ronda las ocultaba como un vulgar delincuente. Sabida su pasión por las golosinas, enmascaraba su tributo a Unamuno con las visitas al almacén de golosinas y frutos secos El Buen Gusto, que estaba enfrente de la casa del filósofo y escritor, que vendía sobre todo a los quioscos y tiendas del ramo, pero también atendía a particulares.

Así que, cuando cruzaba la plaza de la Encarnación y enfilaba el oscuro callejón para llegar a pocos metros de la plazuela de Artechu, no se sentía un extraño en aquel homenaje a la humedad, a aquella bruma que parecía querer esconder el paraíso que llegaba después, aunque solo fueran unas escaleras, con el descansillo de la plazuela. Allí, tantos y tantos hacían parada obligada en el bar de *Cagancho*. Algunos, como estación de destino; otros, como lugar de avituallamiento para seguir subiendo a Ollerías Bajas (las que estaban arriba, según se mirase), bien escaleras arriba, bien por la cuesta paralela, que te ahorra el juego de rodillas pero te cargaba los músculos en una ascensión constante, sin descansos («aquí podía haber acabado una etapa de la Vuelta Ciclista a España», pensaba). De aquella zona se le había quedado grabada una imagen: entre la casa que presidía la plazuela, con todo el esplendor de la humildad, y la que estaba detrás, discurría un callejón minúsculo, prohibido para gordos y claustrofóbicos, apenas quince metros de largo, siempre oscuro, que comunicaba las escaleras con la cuesta y que sugería a la chavalería todo tipo de

imaginerías y ensoñaciones a las que los adultos jamás podían acceder, a lo sumo recordar, si hubiera tiempo para ello. En cierto modo, aquel pasillo era como la miniatura de un Casco Viejo en el que parecía que siempre se ponía el sol y del que, cuando salías, se antojaba la liberación de un cielo gris, espeso, que te saludaba con la sonrisa de quien cierra un paraguas y enciende la luz, por tenue que sea.

Antes de todo eso, le esperaba Fernanda Berridi, la primera viuda de su primer muerto, el primer hilo de una madeja de la que desconocía todo o casi todo y que presumía llena de nudos, «porque lo cotidiano es lo más complicado del mundo», le decía su conciencia. «Qué te voy a contar yo a ti, *Candelario*, que has hecho de tu monotonía un cuadro abstracto. A ver cómo te portas, *Candil*, que tú ante una mujer no has sabido nunca qué decir y mucho menos qué hacer».

—Buenas tardes, soy Anselmo Vela, de la Comisaría de María Muñoz.

—Pase, pase.

—No he querido citarla en Comisaría porque...

—Ya, se lo agradezco. Me hubiera traído muchos recuerdos, malos recuerdos. Le agradezco que no haya más visitas.

Fernanda era una mujer de espalda ancha, el pelo largo y ligeramente ondulado, negro como una noche de invierno, de estatura mediana. Le calculó unos cincuenta y tantos, pero en ese tiempo la edad de las mujeres de clase baja, incluso media, era difícil de calcular, porque el esfuerzo superaba a menudo el cuidado de la piel y las ojeras confundían la belleza de los ojos, medio ocultos entre aquellas bolsas que encerraban la historia de la vida. Además, pensó Anselmo, el llanto habría incrementado esa mirada morada, ya de por sí castigada por el tiempo. Pero se imaginó, o quiso imaginarse, el recuerdo de la que habría sido una mujer hermosa, de amplias caderas y pechos poderosos que ahora, cabizbajos, rendían pleitesía al paso del tiempo. Anselmo Vela no era un amante de los grandes pechos, prefería los pequeños, porque su turgencia la presuponía más duradera, aunque, a decir verdad, aún estaba por llegar el día en que sus manos los acariciasen, fueran grandes o pequeños. Solo una vez, en Medina de Rioseco, había llegado a rozar suavemente los leves senos de Eugenia, una vecina a la que creyó haber querido hasta que, años después, cuando abandonó el pueblo con destino a la Academia de Policía, se dio cuenta de que en su memoria no había quedado un mínimo lugar para su recuerdo. En el de Eugenia, tampoco, más ocupada en contentar a su novio, un agricultor que seguramente la rodearía de hijos en la casa grande de sus suegros, que luego heredaría.

Fernanda le dirigió hacia la sala de estar, que no era sino una habitación de las tres que poseía la vivienda, reconvenida al efecto para hacer de lugar de reposo, aunque su escaso mobiliario anunciaba que la vida, como en todas las casas, se hacía en la cocina, al calor del fogón y con el sonido de la radio como inevitable compañía. Le contó que ella había nacido en Bilbao, aunque sus padres provenían de Estella, en Navarra. Ambos eran carlistas y, por lo tanto, las relaciones entre ellos y Ernesto

Acevedo habían sido tormentosas hasta que ya no fueron nada. «Ni siquiera acudió a sus funerales», dijo Fernanda con resignación, cuando el padre murió de pulmonía y, poco tiempo después, «mi madre moría de pena, aunque oficialmente la causa fuera la tuberculosis», añadió. «Él decía que no iba porque no creía en Dios, y mucho menos en los curas, y hubiera sido un hipócrita de haber entrado en la iglesia, pero la realidad es que unos y otros se odiaron mutuamente y jamás se dieron un descanso para pensar en el presente y no en el pasado».

—Conocí a Ernesto cuando yo tenía 26 años. Él venía huyendo de Aragón. Decía que allí se había dado cuenta de que había perdido la guerra y de que la huida era una victoria. Sé que se había escondido no sé dónde, en casa de unos conocidos, no sé si familiares, y que siempre alardeó de su huida, porque hay que tener el mismo valor para ir que para volver. Lo primero, decía, lo dicta el corazón y lo segundo, la cabeza. Un muerto no vale para nada, a lo máximo que puede aspirar es a ser un problema, y en mi caso ni eso, solía decir, porque no le gustaba hablar de aquella época. Sobreviví y punto, decía, aunque no sé para qué. Lo decía cuando hablaba, luego dejó de hablar de aquello. Y de más cosas. Gracias a algunos amigos y a algunas circunstancias favorables, llegó a Bilbao, nunca dijo cómo, y se alojó de patrona aquí al lado, donde Rosita, pero no vaya usted a preguntar, porque la pobre murió hace unos años y sus hijos vendieron el piso. Yo le conocí entonces, cuando andaba vagabundeando por el barrio y la ciudad en busca de trabajo. Al final, lo encontró en el Puerto gracias a Remi, que tiene un bar en el Casco Viejo y que en su día había trabajado de estibador y había hecho algunas amistades. Entonces saldó sus deudas con Rosita, que mezclaba su espíritu cristiano con el de los abogados de los imposibles. En el fondo, la pobre nunca supo si era comunista o religiosa, pero, en cualquiera de los casos, e incluso en ambos, lo era a tope. Ella no perdió ni un minuto en resolver el crucigrama, porque decía que hacer el bien o te lo pide el cuerpo o no lo haces.

—O sea que su difunto marido no se significaba por sus actuaciones políticas, viniendo de donde venía...

—Mire, señor comisario...

—Inspector, solo inspector. Anselmo Vela, a secas.

—Pues eso, señor Vela. A mí me da ya todo igual. Mi marido era un rojo, como dicen ustedes, pero ya lo han matado, así que tienen un trabajo menos. Vale, ya saben que era un borrachín, que estaba más tiempo en el calabozo que en casa, que soñaba con Rusia, que daba mítines en el balcón, pero debe saber que nunca hizo mal a nadie, que jamás me puso la mano encima. Sí, es verdad que fueron muchas las veces que quise darle con la puerta en las narices, pero fueron exactamente las mismas las que me arrepentí a tiempo y decidí no hacerlo. Supongo que en la vida pesa más el pasado que el presente y yo me agarré al pasado para olvidar un presente que era cualquier cosa menos agradable. Y no lo digo solo por las borracheras, que ya tenían lo suyo, aunque, insisto, nunca fue violento, sino porque poco a poco se fue metiendo en su mundo y daba igual que estuviera en casa que en la calle. Bueno, de la calle me

enteraba por la Comisaría o por las vecinas, que ya sabe que son muy generosas en la narración de lo que hacen los demás.

—Perdóneme, pero tengo que preguntarle si tenía enemigos, si se llevaba especialmente mal con alguien, si alguien le había amenazado alguna vez, si...

—Supongo que sí. ¡Yo que sé! Ya le digo que vivía en su mundo y que estaba peleado con el otro mundo. Muchas veces yo pensaba que la guerra no había terminado para él. Que los enemigos que dejó en León o en Teruel, o donde fuese, seguían presentes, ¿sabe? Como Don Quijote, que peleaba contra molinos de viento creyendo que eran gigantes. Pues sí, supongo que había mucha gente que no le tragaba, empezando por los vecinos, que odiaban sus mítines desde la ventana, y supongo que los taberneros que no encontraban la manera de sacarle del bar. Pero de ahí a que le quisieran matar va un trecho... Sabe Dios en lo que estaría metido. O quizás le confundieron con otra persona. Mire, señor comisario...

—Inspector, solo inspector.

—Pues eso, señor inspector, que ya da lo mismo. A mí me da igual saber quién le disparó y por qué. No, no crea que no me duele su muerte. La procesión va por dentro y, aunque usted no lo crea, yo siempre le quise, aunque a veces lo hubiera querido matar, como se suele decir. Supongo que eso no me convierte en sospechosa, ¿no?

—Por Dios, señora. Ya sé que es una manera de hablar. Aunque, de verdad, me sorprende su entereza, como me sorprendió el día del funeral. Estaba con su hijo, ¿verdad?

—Sí. Pero ya le digo que la procesión va por dentro. Mi hijo, Francisco se llama, como su abuelo, lo lleva también muy mal. Él trabaja en montajes y está a menudo fuera de Bilbao. Pero se llevaba muy mal con su padre. De hecho, últimamente no se hablaban. Ernesto fue un buen padre... hasta que dejó de serlo. Se ve que en su mundo no cabíamos ni su hijo ni yo. Su mundo eran sus amigos y sus sueños y en esa habitación tan estrecha no había sitio para nosotros. Ahora él es lo único que me preocupa: está como ido, como si no hubiera pasado nada.

—Suele ser normal. Es como un escudo de autodefensa. En estos casos, ignorar la realidad es una forma de vencerla.

—¿No me diga que usted también es un aficionado a las citas?

—No, ¿por qué lo dice?

—Porque Ernesto era un loco de las citas, las suyas y las ajenas. Solía decir que la filosofía era mejor que el Piramidón para los quebraderos de cabeza. Fíjese si tenía pasión por las citas que las iba apuntando en dos cuadernos: uno para las suyas y otro para las ajenas. Porque mi Ernesto en realidad era dos personas en una: de lunes a viernes, trabajador incansable, pero de viernes por la noche a domingo, borrachín empedernido. Bueno, qué digo borrachín...

—¿Y guarda usted esos cuadernos? —le interrumpió Anselmo Vela, sorprendido, como si de pronto hubiese visto la luz.

—Sí, claro. ¿Le interesan?

—Si no es mucha molestia, me gustaría echarles un vistazo.

Fernanda se levantó y se dirigió a una habitación contigua. Anselmo esperó su regreso curioseando con la mirada aquella sala pequeña, limpia como la patena, con una minúscula ventana por la que entraba una luz gris desde la calle y se escuchaba el griterío de los niños que jugaban en la plazuela tras salir de la escuela, que estaba un poco más arriba, justo donde empezaba la cuesta que ascendía, o descendía, hasta Ollerías Bajas.

—Estos son —la voz de Fernanda interrumpió el curioso de Anselmo y sus ojos se posaron en aquellos dos cuadernos de anillas con las tapas azules perfectamente cuidados, que la viuda de Ernesto le ofrecía sin concederle mayor importancia.

Ya en la calle, tras haber pedido y obtenido de Fernanda el consentimiento para nuevos encuentros y haberse despedido de ella, el inspector sintió que aquellos cuadernos quizá no resolverían el asesinato, pero sin duda le proponían un ejercicio apasionante. Estaba claro que Ernesto y él coincidían en algunas cosas: ambos sabían separar su trabajo de sus aficiones, por distintas y opuestas que fueran, y ambos cultivaban una pasión por el orden que en su caso era un *modus vivendi* y en el de Ernesto estaba por descubrir.

Mientras bajaba las escaleras que llevaban al frío y oscuro callejón que conducía a la plaza de la Encarnación y luego al laberinto de las Siete Calles (que en realidad eran muchas más), Anselmo no quiso ni siquiera abrir ambos cuadernos. Solo observó que en la cubierta de uno de ellos se leía *Citas célebres* y en la del otro, *Citas que serán célebres*. Estaba claro que Ernesto, además de rojo y borrachín, quién sabe si pendenciero, era un tipo ocurrente, ingenioso, y entonces decidió que ese día, cuando acabase su trabajo en Comisaría, no iría a pasear por el Casco Viejo, ni subiría a la Gran Vía a disfrutar mirando a las señoritas de postín. Se quedaría en la pensión leyendo esas dos obras que el destino de un muerto había puesto en sus manos. «*Candil*, creo que vas a volver a perder el tiempo», le decía su conciencia, que, al menos, había tenido la deferencia de estar callada mientras hablaba con Fernanda. «Quién sabe, amiga, quién sabe», murmuró Anselmo entre dientes. «Definitivamente, chaval, tu futuro como investigador es el mismo que tu futuro como amante, un desierto y sin sol», le replicó la conciencia, demostrando que tanto tiempo de silencio le había sentado mal. «Quién sabe, amiga, quién sabe», volvió a murmurar Anselmo. «Lo que usted diga, comisario, ¡uy perdón!, señor inspector».

La reunión no tenía buena pinta. Al *Dandy*, el 3-0 contra el Real Madrid le había dejado buen cuerpo y, sí, le había liberado la mente. *Canito* había cumplido su misión, defender la fortaleza ante el gran Di Stéfano, «la *Saeta Rubia* teñida, diría yo», solía repetir. Etura incluso había marcado un gol, el segundo, demostrando que los finos soldadores (todos eran soldadores para *el Dandy*) lo mismo sueldan que saben picar la piedra. Y Koldo Aguirre, con sus pases entrefinos, había jugado a la altura de otros partidos. «Los goles son el arco iris del fútbol. Empatar a cero es perder el tiempo», pensaba siempre que el marcador no se movía. «Es como echarse a la calle con el tabaco y sin el mechero, como follar con los ojos cerrados. Vamos, una mierda pinchada en un palo».

Por su parte, Ernesto Acevedo no había disfrutado de una buena siesta. Se la había amargado *el Dandy* con su extraño sentido de la ironía y su pasión por la autoridad. Por eso se la había pasado dando vueltas en la cama, durmiendo a saltos, recordando imágenes que no podía borrar y que le asaltaban en cuanto mostraba bajas sus defensas: la cara de aquel muchacho valiente, de pronto teñida de sangre, era un referente de los malos pensamientos, una constante de la lucha por la vida en un territorio de muertos vivientes. Pero sobre todo había sido *el Dandy*, con su aire de niño de San Ildefonso extrayendo las bolitas de un macabro sorteo en el que solo jugaba *Madame*. «¡Mierda de *Dandy*!», masculló mientras se enfundaba la cazadora verde y se dirigía al lugar de la reunión. Salió a la calle de la Ribera y cruzó el puente de San Antón, por el que accedía a la calle de San Francisco, desde Bilbao la Vieja, donde se habían citado en una taberna en la que *el Dandy* tenía mano y en la que solía parar antes de adentrarse en las correrías por *la Palanca* con el digno afán, solo eso, de cultivar a las putas en el arte de la poesía machadiana.

Era una taberna discreta, ajena al trajín que se vivía un poco más arriba, aunque en cierto modo era subsidiaria de sus calores. Allí, muchas veces, artistas, putas, clientes y proxenetas llenaban la panza antes de dedicarse cada uno a sus afanes: los unos, a imitar a Estrellita Castro; las otras, a enjaular pajaritos revoltosos; los clientes, a vivir esa pasión privada de poder elegir a quien quisieran en la seguridad de no ser rechazados; y los proxenetas, a cobrar por la holganza a los anteriores en concepto de una supuesta protección para sus pupilas que era en sí misma una amenaza permanente para ellas. Pero en aquella taberna coincidían también

conductores de autobús, estibadores del Puerto, dependientes de los comercios de la zona y toda una mezcla de personas de bien que no infundían sospechas.

Ernesto, *el Dandy* y compañía se reunían allí para sus citas clandestinas a la luz del día, pero iban cambiando de lugar para que todo resultase más ocasional que premeditado. *El Dandy* era demasiado conocido de las comisarías como para andar ocultándose a los miles de ojos que escudriñaban una ciudad pequeña como Bilbao. Así que se dejaba ver (y oler) en cualquier sitio, a sabiendas de que, a la vista, era menos sospechoso de nada que desapareciendo de sus miradas. Que le vieran con Ernesto no era ningún peligro, porque *Madame* era insignificante y sus relaciones con la Policía habían pasado del odio y la persecución a la conmiseración y la molestia. Ernesto, más que un peligro, era un peñazo, que a veces se llevaba unas cuantas hostias si tenía el infortunio de coincidir con algún policía enfadado con su mujer o con algún recién llegado que necesitaba un cursillo intensivo de cómo hacer hablar a un mudo y que dijera —esto ya era para *cum laude*— lo que tenía que decir, es decir, lo que el policía quería escuchar. Algunos aprobaban justo, justo, porque Ernesto era un tipo rocoso que a veces parecía inmune a los guantazos y, sobre todo, porque no tenía nada que decir ni sabía qué tenía que decir para salir cuanto antes del redondel. Así que muchos se cansaban y lo dejaban para otro día.

No obstante, había que tomar algunas precauciones. Por eso, en las reuniones simulaban jugar al mus. Sorteaban a reyes para ver quiénes jugaban y el resto actuaba de público o de jueces rodeando la mesa y evitando, no siempre con fortuna, la presencia de curiosos que estropeasen la coartada. En el mus nunca se ha sabido si son más los que quieren jugar o los que prefieren mirar. Por eso quedaban al atardecer, cuando los parroquianos están más de paso que de estancia, y *el Dandy* convencía a su amigo el dueño para que les dejara unas cartas, un tapete y unos garbanzos para contar las piedras y los *hamarrekos*. Al dueño no solía importarle esta deferencia (el tiempo de juego se centraba más en las primeras horas de la tarde que en las últimas), porque sabía que las consumiciones serían abundantes y lucrativas y porque *el Dandy* y él solían discutir a menudo sobre si era mejor poeta Antonio Machado o Miguel Hernández.

Así que, entre diálogos de mus, que naturalmente exigen vociferios y estruendos, se intercalaban conversaciones más sutiles que pasaban inadvertidas para el respetable, que solo atendía a las discusiones que siempre se producen entre los compañeros de juego; bueno, siempre no, solo cuando uno pierde lo apostado movido por el corazón y no por la cabeza. Bien es cierto que esas escenificaciones eran como la banda sonora de un diálogo más subterráneo. Al poco de comenzar el juego, su conversación pasaba inadvertida. Aun así, utilizaban algunas claves que agilizaban la charla o, en este caso, las decisiones. Así, el rey no era el Rey, sino Franco, *Patxikin*; el Rey era el caballo, porque llevaba encima al rey, o sea, a Franco; la sota, la Policía, porque tenían pinta de paje al servicio del rey y del caballo. Una sota sin rey y sin caballo es poca cosa, aunque dos sotas ya eran un problema, tres una adversidad y

cuatro un ejército traicionero. El as eran los empresarios, porque sin ellos el juego vale menos, y el dos, la Iglesia, porque en el mus, a los efectos, el dos es como un as, aunque no lo parezca: vale lo mismo y engaña mucho mejor. Lo del medio es la tropa: juntos valen para algo, por separado se tiran al montón en cuanto hay posibilidad de descarte.

—Pero la tropa puede con un rey, *Madame*. ¿O no es verdad? Y tú eres un español que quiere vivir y a vivir empieza, entre una España que muere y una España que bosteza, como decía Antoñito.

—Tú sí que me haces bostezar. Mejor dicho, hoy me has jodido la siesta, cabrón.

—Venga, hombre, seguro que tienes tres sietes escondidos en un rey para joderle las treinta y una de mano que lleva aquí *el Poncho*. Ya sabes que a los reyes se les gana con astucia y tú eres un tipo listo, Ernesto, uno que sabe acercarse al rey para levantarlo por los aires. ¡Treinta y una real! ¡Jugada maestra, *Madame*!

—Maestro es el que aprende de lo que enseña y en los sueños hay poco que aprender. La suerte no enseña, confunde. Es como la colonia del fracaso y de colonias tú sabes un huevo.

—Venga, *Madame*, que tú eres el rey de los sietes. ¡Uy, perdón por lo de rey! Eso le pega más decirlo al *Púrpura*...

—Vete a la mierda, *Dandy* —dijo Juan Cardenal, temeroso de que alguien le quitara el celofán a la flor de su secreto.

—Venga, dejaos de hostias —terció *el Poncho*—. A ver, *Madame*, ¿te la juegas o no?

«Españolito que vienes al mundo te guarde Dios...» —canturreó Tasio, *el Dandy*, con esa media sonrisa que tanto molestaba a Ernesto, que apuraba un sorbo largo de anís, sabiendo que en ese órdago se jugaba toda la partida y, si perdía, tendría que pagar los platos rotos, que en este caso superaban con creces la mitad del valor de las consumiciones—. «Yo quiero ser llorando el hortelano de la huerta que ocupas y estercolas, compañero del alma tan temprano» —replicó el dueño del bar, añadiendo a la pugna del mus el eterno combate poético entre Machado y Hernández que mantenía con *el Dandy*.

—¡¡¡Quiero!!! —gritó Ernesto.

—**H**ola, *Candil*. Perdón, igual debía llamarte *Marlowe*, ese detective de las novelas. Bueno, no, que a él le gustaba beber y tú eres abstemio. Aunque sí te gusta la poesía y eres cuadriculado, como él, pero a ti no te gustan las mujeres y el único coño que has visto es el de tu madre, aunque en realidad no lo viste porque tenías los ojos cerrados cuando naciste. En fin, te podría llamar *Medio Marlowe*.

—Liborio, vete a la mierda.

—Venga, chaval, que es una broma, no te pongas así. Si además tengo un regalito para ti.

—Has pintado un coño y no sabes a quién regalárselo, supongo.

—¡Qué mas quisieras! Ahí, en el calabozo, tienes al *Dandy*.

—¿A quién?

—¿No me jodas que no sabes quién es *el Dandy*? ¿Tú estás investigando el asesinato de Ernesto o cómo se hacen los niños? *El Dandy* es un amigo íntimo de Ernesto que tiene todos los defectos posibles: es rojo, ateo, vago, activista, bebedor y putero. Bueno esto último bórralo de la lista de defectos. ¿No me digas que aún no has hablado con los amigos de Ernesto Acevedo? Yo les llamo *el Bombero Torero* y sus bolcheviques. Mira, *Candil*, a este paso, te archivan el caso antes de que vuelva a llover. Y te recuerdo que estamos en Bilbao, no en Rioseco.

—He estado hablando con la viuda de Ernesto, una mujer interesante, pero inquietante, que no se alegra de la muerte de su marido, pero tampoco manifiesta demasiado dolor. Habla bien de él, pero da la sensación de que hace tiempo que no tenían nada en común. Quizás eso explique su falta de lágrimas. Al parecer, su hijo tampoco tenía relación con el padre, y con sus suegros no hacía más que discutir.

—Muy bien, muy bien, *Medio Marlowe*. Y, cuando acabes de hablar con toda la familia, escribes un artículo para *El Caso* o, mejor, haces un libro de esos que llaman psicológicos sobre una familia hecha pedazos. Ya veo los titulares: «Un inspector en prácticas, apodado *Candil* y *Medio Marlowe*, nuevo Premio Nobel de Literatura»; «El primer español que gana un premio Nobel recibido por el Caudillo en El Pardo».

—Yo sería el cuarto en Literatura, porque ya se lo han dado a Echegaray, Benavente y Juan Ramón Jiménez. Además, en Medicina también se lo dieron a Ramón y Cajal y a Severo Ochoa.

—¡Joder, tantos! Bueno, pero ninguno era un policía en prácticas. A ver, dejémonos de hostias...

—Y tú que lo digas.

—Me estás tocando los cojones, chaval. Que tienes ahí al *Dandy*, que seguro que sabe algo. Este era el que mejor conocía a Ernesto y, aunque andaban siempre a la gresca, en el fondo se querían. ¡Coño, que cursilada acabo de decir!

—¿Y por qué está detenido, si se puede saber?

—Digamos que... por malas compañías. Pero eso a ti no te interesa. Tú a lo tuyo. Supongo que ya estará recuperado del interrogatorio, aunque, cuando te vea entrar, pensará, primero, que vienes a darle el segundo plato y, después, que eres el poli bueno. Así que no le preguntes nada de por qué está aquí. Tú vete a lo que te importa. Seguro que hablar de Ernesto le tranquiliza.

—Hombre, para mí hubiera sido mejor hablar con él sin que estuviera detenido por... sus malas compañías. No estaría a la defensiva, cagado de miedo. Porque no creo que, si era su gran amigo, se lo haya llevado por delante, por mucho que anduvieran a la gresca.

—Vamos, que hubieras preferido que te pintase un coño. No sé lo que ha ocurrido para que Ernesto haya sido asesinado y menos de esa manera. Pero estoy convencido de que, si alguien de su entorno sabe algo, ese es *el Dandy*.

—En fin. Voy para abajo.

—¡Ah!, espero que el olorcito del calabozo le haya borrado la peste a colonia.

—Gracias por la advertencia. A cambio, te doy un consejo: no pintes coños, no hace falta, los llevas en la frente.

Anselmo Vela guardó el cuaderno de las citas de Ernesto en el cajón de su mesa, antes de bajar a los calabozos. En realidad, estaba más interesado en lo que escondían aquellas hojas, en descifrar su contenido, aunque resultara inútil, que en interrogar a ese hombre al que no conocía, que estaría aún aturdido por la «presión» de Liborio y compañía, y que se iba a quedar de piedra cuando le preguntase por Ernesto. «Si estoy aquí por “malas compañías”, ¿qué hace este panoli preguntándome por Ernesto Acevedo?», pensaría.

Desde que llegó a la Comisaría, Anselmo Vela había estado en los calabozos en varias ocasiones, siempre por delitos menores que afectaban a timadores, descuideros, alguna pelea callejera o robos en los coches. Cosas de poca monta en las que no hacía falta casi ni interrogatorio, porque la mayoría de las veces los detenidos habían sido pillados in fraganti y estaban allí en espera de que después el juez les aplicara la Ley de Vagos y Maleantes, con el resultado que incluso los propios detenidos conocían de antemano.

Aun así, aquel lugar le inquietaba. Aceptaba que un calabozo no ha de estar tan impoluto como la sala de espera de un médico de pago, pero tampoco tiene por qué ser una guarida de mofetas. En alguna ocasión, había escuchado los gritos de los detenidos cuando eran «presionados» por sus compañeros del Cuerpo, algo que le producía escalofríos. Pensaba que en esos momentos, más bien horas, a veces días, el miedo era más grande que el dolor, y que los detenidos solo deseaban que el dolor se

incrementase de tal forma que acabase por ser más poderoso que el miedo, y ambos se durmieran en la inconsciencia. ¿Cuándo lo pasarían peor: cuando oían las pisadas de sus compañeros dirigiéndose al calabozo o cuando comenzaba el baile? «El miedo es terrible —pensaba— y el dolor solo duele». «¡Coño, *Candileja*, parece una cita sacada de los cuadernos de Ernesto Acevedo!», le espetó su conciencia. «Ya, ya sé que no los has leído, pero te los imaginas, no me digas que no. ¡Un crucigrama filosófico! ¡Albricias! Eso es de tebeo, chaval». Su conciencia no dormía jamás.

Nunca había asistido a un «baile», aunque sabía que tarde o temprano ese día llegaría. Y ese día pensaría que era mejor estar en un pelotón de fusilamiento que en esa rueda infernal, porque en los fusilamientos puedes errar el disparo a propósito, pero en el «baile» no puedes rehuir el golpe cuando el detenido cae de tu lado. «¡Y cae, vaya que si cae!», le repetía su conciencia, que al parecer había asistido a todos y cada uno de aquellos «bailes».

El Dandy, del que no sabía ni su nombre real, «lo cual —pensó— igual me viene bien, porque él dará por supuesto que le conozco y que sé de sus andanzas y así me ahorro la rutina», estaba acurrucado en el centro de la pared frente a la puerta, con la cabeza escondida entre las manos y los brazos apoyados en las rodillas. No había sangre ni en su ropa ni en el suelo, lo que revelaba dos cosas: que le habían presionado lo justo y que solo había sido el entremés del menú de una boda. Anselmo Vela fue directo al grano, nada de poli bueno y poli malo:

—*Dandy*, no sé por qué estás aquí ni me importa, aunque me lo puedo imaginar —«así, de chuleta, muy bien, *Candileja*», le susurró su pertinaz amiga—. Yo estoy investigando el asesinato de Ernesto Acevedo, tu gran amigo, y sé que no estás aquí por eso, al menos de momento —«eso es, presionando, presionando, pero con finura y decisión»—. Te preguntarás si te vamos a acusar también de la muerte de Manolete. Pues no, ha quedado demostrado fehacientemente que fue Islero y ocurrió en Linares, no en Bilbao. Y que Islero era negro *bragao* y no rojo. Pero ¿sabes?, los asesinatos de las personas, sean las que sean, nos importan, aunque supongo que tú ahora piensas todo lo contrario. Y, además, nos pagan para que nos ocupemos de ellos, es decir, si no encontramos a los asesinos, nos ponen de patitas en la calle. Así que me he propuesto encontrar al asesino de Ernesto y supongo que tú estarás de acuerdo conmigo en este caso. ¿Que por qué vengo ahora con esta historia? Porque, como no sé los motivos por los que estás aquí, igual no te vuelvo a ver en un tiempo y eso me causaría un serio problema.

—¿De verdad le importa lo que le pasó a Ernesto? —preguntó Tasio Zabala, *el Dandy*, levantando la cabeza y mostrando un rostro tan hinchado que le obligaba a mantener los ojos semicerrados y a hablar con notable dificultad.

—No voy a repetirte lo que ya te he dicho.

—Supongo que me va a preguntar si tenía enemigos, tanto como para matarle, si había tenido problemas graves recientemente, si se había metido en líos gordos, si había hecho daño a alguien y ahora pagaba por ello. Mire, en otras circunstancias, no

me importaría hablar con usted el tiempo que fuera necesario, pero me gustaría aprovechar este descanso para reponerme un poco antes de que la orquesta vuelva a iniciar el baile. Solo le diré una cosa: Ernesto era un poeta, aunque él no lo sabía o, si lo sabía, no lo reconocía. Y hay mucha gente a la que los poetas no le gustan nada. ¿Usted qué cree, que a García Lorca lo mataron por poeta o por maricón? Piense en eso: ¿a quién no le gustan los poetas? Pues probablemente entre esos a quienes no les gustan se encuentra el que lo mató.

—La verdad es que no me has ayudado mucho.

—Dígaselo a sus compañeros.

«Se supone que en este momento deberías soltarle una hostia, *Candileja*, porque está... cómo se dice... vituperando al Cuerpo». Pero Anselmo Vela prefirió reconocer su derrota. Una hostia solo lo hubiera alejado aún más de él, suponiendo que volviera a verlo, en el supuesto de que su implicación en asuntos mayores no lo anulara del «caso Ernesto Acevedo». Dio media vuelta y se fue. Por un rato había olvidado los cuadernos azules que había guardado en su mesa. Pero ahora no le inquietaba menos la actitud de ese tal *Dandy* que, molido a palos, solo le había reclamado un poco de caridad en el sufrimiento. «Busque entre la gente a la que no le caen bien los poetas», le había dicho, o sea, aproximadamente el 90 % de la población. «No seas ingenuo, *Candileja*, el 100 %. Bueno, el 90 % si descuentas a muchas mujeres y a los maricones». «¿Y yo qué soy, troglodita, mujer o maricón?». «Pues me pones en un aprieto, porque no has tenido cojones para soltarle una hostia y la única relación que te conozco con una mujer es conmigo». Anselmo y ella a veces establecían diálogos concienzudos.

—¿Qué has dicho, *Candil*, qué has dicho?

—Nada, nada, Liborio. No era a ti. Iba pensando en voz alta.

—¿Qué tal el rey de la colonia?

—Creo que no era el momento de interrogarlo a fondo. Me parece que tiene otros problemas en la cabeza.

—¿Solo en la cabeza? ¡Ja, ja, ja! Eres un cachondo, *Candil*.

—Hablaré con él más adelante. Cuando la orquesta deje de tocar, me avisas.

—Vale, vale, chaval. No te gusta el alcohol, no te gusta la música de baile, no te gustan las mujeres. ¿Se puede saber qué te gusta a ti?

—Los huevos con patatas fritas. Y mucho.

Anselmo se dirigió a su mesa y abrió el cajón de su secreto. A un lado, la carpeta con los expedientes policiales de Ernesto Acevedo, que había revisado pero sin prestarles más atención que la exigida por la burocracia; al otro, un poco por encima, los cuadernos azules, donde se encontraban las citas o pensamientos filosóficos que quizás explicasen mejor la biografía de aquel hombre que lo que de él contasen sus compañeros. Decidió repasar con más detenimiento el expediente policial, a sabiendas de que ni los hechos ni la literatura de las detenciones le abrirían los ojos. «A veces en la burocracia está el quid de la cuestión, joven amigo. Un buen policía, o

incluso tú, debe saber leer entre líneas. ¿No te has fijado que Agatha Christie resolvía siempre los casos por un detalle sin importancia? Si no fuera por mí, serías un zampahuevos con patatas...». «Vale, a ver, desorden público por proferir gritos contra la moral. 23:45 horas. Barrencalle Barrena». «Desorden público en estado de embriaguez. 22:30 horas. Calle Somera». «Alteración del orden profiriendo consignas y gritos a favor de la Rusia comunista en plena calle y resistencia a la autoridad. 23:15 horas. Calle Jardines»...

«Esto es una pérdida de tiempo», pensó, aunque, siguiendo las sagradas escrituras de la investigación, fue leyendo una a una todas sus denuncias y estancias en el calabozo, ese donde ahora *el Dandy* probablemente dormitaba, en espera del siguiente sobresalto musical. «Así me gusta, chaval, hasta el final. Ahora no has visto nada, pero luego, cuando estés en la cama, atarás cabos y encontrarás el alfiler que buscas. Además, como no tienes mujer que te quite el sueño, tienes mucho tiempo para pensar». Anselmo Vela se secó el sudor de la frente, como queriendo borrar el rastro pejiguero de su conciencia, y guardó el expediente, en el que, a modo de título, solo figuraba: «Ernesto Acevedo». Alguien, sin embargo, había escrito debajo con lápiz: «Calabozo número 3. Cliente preferente».

Candil sacó inmediatamente los cuadernos de notas de Ernesto. Había decidido llevárselos a la pensión para leerlos con detenimiento, pero no pudo resistir abrir la primera página. La primera cita era demoledora: Voltaire: «El que revela el secreto de otros pasa por traidor; el que revela el propio secreto pasa por imbécil». «La noche en la pensión será larga», decidió.

—¿Has visto al secreta que estaba apoyado en la barra poniendo la oreja mientras jugábamos la partida? —le dijo *el Dandy* a Ernesto mientras bajaban por el puente de Cantalojas hacia la plaza de España. Habitualmente lo hacían por la calle de San Francisco hacia Urazurrutia y desde allí cruzaban por el puente de San Antón hacia el Casco Viejo. Era un camino agradable, entre putas, descuideros, chulos y artistas de quinta categoría que soñaban con ser artistas de tercera. Un cierto rojerío también pululaba por la zona, rojerío de rompe y rasga, con más práctica que teoría. Y también entre secretas que peinaban la zona no siempre para garantizar el orden público sino para mantener el orden privado de los negocios de la carne. Como era domingo, decidieron bajar por el centro, donde paseaban las gentes de bien, ellas colgadas del brazo de ellos con el único afán de llegar a alguna parte y dar la vuelta para volver por el mismo camino, aunque por la otra acera, y ver otros escaparates que vendían más o menos lo mismo pero con otros maniquís.

A Ernesto no le gustaba ese paseo, al que llamaba *el Tontódromo* por razones obvias, y por eso caminaban a buen ritmo, como quien huye de alguien y duda entre andar o echar a correr.

—No, no me he fijado —replicó Ernesto con alguna desidia.

—Estaba a tu izquierda y, de vez en cuando, se arrimaba un poco, como interesándose por la partida, pero solo quería poner la oreja. ¡Qué pinta de panoli tenía! He estado a punto de soltar una carcajada, pero me ha dado pena...

—Hay tantos secretas que un día se van a investigar los unos a los otros y van a acabar a hostias entre ellos.

Sobrepasaron la estación de Renfe y bajaron por Brigadas de Navarra hacia el Arenal. Ahí se abrían las puertas del Casco Viejo, algo así como la frontera entre un Bilbao y otro. Penetrar en las Siete Calles era como aventurarse por múltiples cruces de caminos, un pequeño laberinto donde apenas daba el sol, entre comercios *familiares*, hoy cerrados, al ser domingo, y bares siempre abiertos. A Ernesto le gustaba especialmente pasar por la calle Correo. Allí había una farmacia que, como reclamo publicitario, tenía un maniquí que representaba un estómago abierto donde se podía ver nuestros adentros con un realismo espeluznante. A los niños les daba miedo, pero a Ernesto le embrujaba, le parecía un reflejo de los tiempos, todos con las tripas abiertas, y a veces se detenía imaginando el tránsito del anís desde que pasaba por la garganta hasta que acababa en la pirula y volvía al exterior hecho pis

contra alguna pared. «El misterio de la vida, Tasio, he aquí el milagro del anís convertido en pis. Pagamos por mear, mi buen amigo».

A Ernesto le gustaba de vez en cuando pasear entre la gente para preguntarse por qué era amigo de esta persona y no de aquella, con quién pasarían las fiestas de Navidad y por qué no eran sus amigos sino del de la otra acera. Tenían la misma nariz que *el Dandy* o la misma boca que *el Poncho* y, sin embargo, no eran sus amigos. Igual es que no pasamos aquel día por la misma acera o no tomamos un vino en el mismo bar. Igual, si hubiera perdido aquel día el autobús, la vida hubiera dado un vuelco. ¿Por qué ellos van a contramano? Por eso, solo por eso, les miraba a veces fíjamente a los ojos y ellos le veían como un loco. A Ernesto le hubiera gustado grabar todas las caras en su memoria para repasarlas en las horas de hastío y buscar las razones que le acercaban o le alejaban de esas personas.

—Era un secreta, fijo, quizás nuevo, un aprendiz de esos a los que les vale todo porque nada hay que probar. Pero tengo para mí que ni siquiera sabía jugar al mus, y, claro, así es imposible distinguir entre farolas y faroles, que, como tú bien sabes, no es lo mismo.

—Yo creo que era un *pringao* en espera de su putita, una de esas a las que le metes tú poemas de... ¿cómo se llama?, ¿Manchado?, mientras meneas el cimbel para que roce con algo.

—Mira que eres bruto, *Madame*... ¡Que era un secreta! Si lo llevan en la cara... Alguien le había hablado de nosotros. ¿Tú crees que habría entendido algo de nuestro lenguaje oculto?

—Lo dudo. Están tan acostumbrados a descubrir la verdad a hostias que no pierden el tiempo en pensar. A la más mínima duda, o tú o yo o los dos estaríamos ahora en comisaría reconociendo que íbamos a matar a Franco, o a *la Collares* o al rey de Roma...

—¿Y por qué no, *Madame*?, ¿por qué no?

—Pues porque una cosa es jugar a la Revolución y otra muy distinta hacer la Revolución. Tengo la sensación de que Rusia está más lejos de lo que pensaba y tiene bastante con regar sus huertos como para regar los ajenos. Me parece que la Revolución es cosa de *dandys*, lo que te convierte a ti en el Lenin español. Además, sois como dos gotas de agua: tú con esos rizos y él con esa calva... ¡Igualitos, igualitos, ja, ja ja!

—¡Y de qué nos vale este juego de cómo asesinar a Franco si al final acabará muriendo de viejo! Parecemos vejestorios. «Al borde del sendero un día nos sentamos. Ya nuestra vida es tiempo».

—Olé tus cojones, *Dandy*.

—Es de Antonio Machado.

—Fíjate que yo pensaba que era tuyo... Mira, yo creo que, cuando Franco venga a Bilbao, tú te escondes en un alto y desde allí le tiras a la cabeza las obras completas

de Machado. Seguro que *el Enano* no soporta un golpe tan alto y tan bajo al mismo tiempo.

—Pero el elegido eres tú. Y esto no es un juego, *Madame*. Esto va en serio. Jugamos a que parezca un juego. Nos jugamos apenas unas hostias más si algún secreta, como el panoli ese, le vende una milonga a su jefe y nos llevan a Comisaría. Pero si tú o yo o *el Poncho* o cualquiera le dice que queremos matar a Franco, al comisario Andrade le da un ataque de risa que igual las hostias le caen al panoli. Nuestra fuerza radica en nuestra aparente fragilidad, nuestra inteligencia radica en nuestra presunta locura.

—Mira, Tasio, me ha dado un calentón y he querido el órdago porque me has jodido la siesta, la calma y la partida. Pero era un calentón suicida. Si en ese momento hubiera entrado *el Enano* le hubiera dado con la silla en la cabeza, pero no entró, y el fresquito me ha aclarado las ideas. Media España se ha planteado o ha soñado alguna vez con matar a Franco: maquis, nacionalistas, visionarios, correligionarios heridos, pero ese jodido parece que ve con el ojo del culo. Así que déjate de elegidos, de revoluciones, de cambios en el rumbo de la historia, y sigamos jugando a matar al dictador, que en eso sí vamos ganando. Está más muerto que Fernando el Católico.

El Casco Viejo era un hervidero de gentes que apuraban las últimas horas del domingo, entre vino y vino, antes de recogerse en espera de un nuevo día laborable. Uno más, otro igual que el siguiente. Unos, enfundados en los trajes oscuros y bien planchados de los bancarios o los dependientes de comercio; otros, en los buzos azul mahón de los obreros; otros, en las chaquetillas grises casi infantiles de los tenderos. Un paseo de boinas negras, con algunas excepciones para las de color azul Bilbao, más propias de los domingos que de los días laborables. Bilbao siempre ha tenido una particular forma de vestir, como si los ciudadanos se mimetizasen con el ambiente en un afán desmedido por pasar desapercibidos. Como si el color rompiera el gris del cielo y los edificios y te señalara con el dedo como se señala a los locos de atar, a los extravagantes, a los *ganorabakos* (que así se llama en Bilbao a los desatentos, apáticos, gentes sin fundamento). El color no solo estaba prohibido políticamente en Bilbao, sino estéticamente, por lo que tenía de transgresión al canon de la elegancia que apenas contemplaba el gris marengo y el azul en un arco iris canijo y aburrido.

Cuando entraron en el bar Urteaga, Remigio ya estaba detrás de la barra. *El Químico* sí había vuelto por el camino habitual, porque tenía que relevar a su hermana y a su sobrino para atender a los cansinos de la tarde y, sobre todo, de la noche, y recoger el bar y hacer el arqueo y todas esas cosas en las que un bar se parece a una empresa. Antes de que *el Dandy* y *Madame* se acodaran en la barra, Remigio ya había llenado dos chiquitos con aquella jarra de porcelana blanca en la que se escondía el vino de la Alhóndiga, rugoso, negro con ligeros rebordes granates, de esos que dibujan por igual el vaso que la comisura de los labios.

—Enhorabuena, *Madame*, por aceptar el órdago. Solo tú puedes ganar la partida. Invita la casa —dijo Remigio con una efusividad fuera de lo normal.

—Te acepto la invitación, pero creo que aquí nuestra *Madame* se ha marcado un farol para la galería —murmuró *el Dandy* mirando fíjamente a los ojos de Ernesto como si emulara un primer plano de Humphrey Bogart en *Casablanca*. ¡Lástima que no fumara para que el humo cegase sus ojos!

—O sea, que te has cagado, *Madame*, ¿o quizás debía llamarte *Señorita*?

—Llámame como te salga de los cojones. Pero yo al menos huelo a mierda, mientras vosotros vivís estreñidos —apuró el vino y se marchó, no sin antes tropezar con una silla, como mandaban los cánones.

—¡*Candil*, pasa por mi despacho!

La voz del comisario Andrade no era ni inquisitorial ni amigable. Era simplemente su voz y su manera de decir las cosas, aunque Anselmo Vela se temió lo peor, es decir que dejaba la investigación, el caso se archivaba en un cajón y en unos meses se le daba carpetazo, como un incidente aislado basado en inquinas personales o cuestiones accidentales. «Tranquilo, *Candil*, que no has hecho nada mal, ni bien, eso es cierto», jugueteaba su conciencia, mientras seguía al comisario Andrade a su despacho temiéndose lo peor, ahora que había cogido un ovillo multicolor con los cuadernos de Ernesto Acevedo, aunque a ciencia cierta no sabía a dónde le llevarían.

—¿Qué tal, *Candil*, cómo va esa investigación? —preguntó el comisario Andrade. Anselmo Vela dedujo de su tono un esfuerzo de fingida amabilidad.

—Pues no sé muy bien qué decirle, comisario. No hay arma, no hay móvil aparente; una relación familiar un tanto extraña, un amigo, *el Dandy* le llaman, que está aquí abajo, en el calabozo, y dos cuadernos de notas que de momento me han tenido en vela toda la noche. Igual es prepotente por mi parte, pero creo que en esos cuadernos está todo. Otra cosa es saber leer entre líneas.

—¡No me digas que Ernesto era escritor! Aunque, claro, si es verdad que los escritores se inspiran con el alcohol, Ernesto podría ser un premio Nobel. Pero, en fin, dejemos eso. Yo quería hablarte del *Dandy*, al que ya has conocido.

—Sí, hablé con él en el calabozo, pero estaba tan aturdido que no pude sacar ninguna conclusión.

—¿Aturdido? Bonita palabra, sí señor.

—Es curioso. Aparentemente, es un asunto intrascendente y, sin embargo, resulta de lo más intrigante. ¿Sabe lo que me dijo cuando le pregunté quién podría tener interés en matar a Ernesto? Que mirase entre aquellos a los que no les gustan los poetas. ¿Raro, no?

—La colonia hace estragos, querido *Candil*. Lo que está claro es que así él se quitaba de en medio, porque adora a Antonio Machado y va de poeta putero. De él quería precisamente hablarte. Ya te dije que iba a estar ocupado en exclusiva con el caso de la bomba que mató a una niña en San Sebastián.

—Lo del DRIL y todo eso.

—El asunto se está complicando. No te puedo dar detalles, pero las aguas bajan muy revueltas. Lo que vamos a hacer es dejar libre al *Dandy* y quiero que te

conviertas en su sombra. Podíamos tenerle aquí sin motivo y, seguramente, con otro par de bailes más, diría aquello que quisiéramos oír. Pero no es el caso. Si le detuvimos fue porque teníamos noticias de que mantiene contactos con algunos de la boina y también con grupúsculos anarquistas y comunistas. No creo que él esté metido en nada concreto, pero puede ser nuestro *Garbancito* para encontrar el camino adecuado. La investigación del asesinato de Ernesto puede ser una buena tapadera para que tú estreches relaciones con él. Vamos, lo que te pido es que seas un agente doble. ¿Apasionante, no? Al *Dandy* no le caemos bien los policías, obviamente, pero tú eres un policía virgen que, además, quieres encontrar al asesino de su amigo. Eso te facilitará el camino.

—¿Y lo de Ernesto?

—Lo uno no quita lo otro. Quiero que me traigas al hijo de puta que lo ha matado. Ese es un asunto personal. Ya te he dicho que Ernesto en el fondo me caía bien. Pero no creas que lo que te encargo con el *Dandy* es un trabajo menor. Los grandes asuntos se resuelven casi siempre mediante pequeños detalles. Ya sabes, la madeja y el ovillo. ¡Ah!, y de esto ni una palabra a nadie.

Dos ovillos, dos madejas, dos cuadernos. Y ahora tendría que comprar en Malumbres otro bloc de notas de distinto color para separar dos casos distintos aunque con un protagonista común. «¿Sabes lo que necesitas, *Candileja*? Echar un buen polvo. Mejor dicho, que te lo echen, porque, como tengas que llevar tú la iniciativa, igual no aciertas con el agujero». La voz de su conciencia era como un martillo pilón, aunque agradecía sus destrozos. A fin de cuentas, siempre había sido un tipo un tanto solitario, lo que conduce a hablar consigo mismo quizás en exceso. «¿Qué hago yo en Bilbao, sin novia, sin amigos, sin vivienda, en una pensión, eso sí, de confianza, donde no sé si me tratan bien por miedo o por voluntad propia?», se preguntaba a menudo. Al menos ahora tenía una misión, se respondía, o, mejor dicho, dos, algo que alteraba su orden establecido. Ahora resulta que lo primero no es lo primero y lo segundo no es lo segundo, sino que hay dos primeros. «Bueno, a veces, también pido dos primeros cuando almuerzo fuera. No es tan extraño», se consoló.

—*Zambo*, ¿Ernesto era parroquiano habitual del bar en el que le mataron?

—Parroquiano era de todos los bares, pero ahí se reunía a menudo la cuadrilla, de la que el dueño también forma parte. Gente inofensiva, voceros, borrachines a los que muchas veces hay que callar la boca.

Mientras hablaba con *el Zambo* Rober, *el Dandy* pasó a su lado acompañado por Liborio. Su aspecto era un poco mejor que el que presentaba cuando le interrogó en el calabozo, pero las huellas eran aún visibles. Su mirada no delataba ni miedo ni amargura, si acaso cansancio.

—Hasta la próxima, Tasio. Date un poco de colonia cuando llegues a casa —se burló Liborio mientras *el Dandy* se acercaba a la puerta de la calle.

Anselmo Vela tuvo un sentimiento de piedad cuando lo vio alejarse por la calle Ronda en dirección a la Ribera. Resulta que ahora su soledad estaba escoltada por un

muerto y un vivo. «Vaya *ménage à trois* que te has montado, *Candil*. Seguro que de esta no sales sin que te den por el culo. Oye, igual te hacen inspector, pero yo apuesto más a que te dan por el culo». ¡Oh, la conciencia! Anselmo siguió desde la puerta con la mirada al *Dandy*, que, efectivamente, se dirigía hacia la calle Ronda, una calle sombría que, sin embargo, acogía dos templos sagrados para *Candil*: la casa de Unamuno —porque aprendió danés, no por sus ideas— y el almacén de frutos secos y caramelos El Buen Gusto, que le endulzaba un poco la vida.

—Liborio, ¿dónde vive *el Dandy*? —preguntó Anselmo Vela.

—No me digas que te ha invitado a comer...

—Déjate de chorradas.

—Vale, vale, señor premio Nobel. En la calle Ronda, número 7. ¿Algo más, señor doctor en Psicología?

—No, muchas gracias, *Rubens*, puede retirarse.

—No dude en llamarme para lo que quiera el señor.

Anselmo Vela se puso corriendo la chaqueta y salió de la Comisaría como si perdiera el último autobús. Estaba claro que *el Dandy* no estaba para juergas y se iba a su casa a reponerse de tanto baile, y a dormir, sobre todo a dormir. Por eso pensó que era un buen momento para visitar el bar Urteaga, donde nadie le conocía, y así mataba dos pájaros de un tiro. Conocería el lugar siendo un cliente más, sin levantar sospechas, a sabiendas de que, cuando coincidiera con *el Dandy*, ya solo sería un policía más. Era un bar pequeño, con mucha estructura de madera y una barra alta, con soporte metálico, para que los taberneros pudieran servir bien los vasos haciéndolos patinar por ella con una destreza nada superflua. Cuatro o cinco banquetas altas permitían sentarse sin sentirse una miniatura ante la barra, aunque en realidad nadie las usaba para sentarse, sino para apoyar un pie, estableciendo una línea continua con el codo recostado sobre el mostrador, algo así como el tránsito del equilibrio entre la cabeza y el pie.

—Uno con leche, por favor —pidió Anselmo Vela, que solo bebía agua, café o infusiones en un país en el que el alcohol y el tabaco eran productos básicos en la cesta de la compra.

Supuso que el tabernero era Remigio Urteaga, el amigo de Ernesto y quien llamó a la Policía cuando lo asesinaron. Era un hombre de mediana estatura y espaldas anchas, de pelo entrecano y manos regordetas, por lo que pudo advertir cuando le acercó la taza sin mediar palabra. Las ojeras denotaban cansancio y su mirada tenía un punto de abatimiento, quizás fruto del madrugón de las tabernas en las horas del café, la cazalla o el carajillo. Anselmo Vela sabía que en breve tendría que hablar con él, interrogarle, pensaría el tabernero, y sería un momento difícil. Pero ese momento no había llegado. «Las cosas tienen un orden que no conviene alterar», pensó cuando la ansiedad le puso a prueba. «Joder, chaval, pareces el funcionario de *Vuelva usted mañana*. Si eres igual con las mujeres, te acabarás estrenando con una abuela», dictó su conciencia con su habitual habilidad para hacerle dudar.

Un grupo de viejos jugaba al tute en una de las dos pequeñas mesas que se situaban a la espalda de la barra, en cuya pared colgaba una foto de un gol de Zarra, a quien Anselmo Vela no podía poner nombre, dada su indisimulada ignorancia futbolística. Sí apreciaba que era un gol titánico en el que el rematador parecía King Kong y los rivales (que debían ser los que llevaban otra camiseta), enanos asustadizos ante la mole que bajaba (él pensaba que bajaba) de los cielos. «Es un gol bíblico», pensó. «Toma ya, *Candil*, los curas te están quitando la vida», dijo su pertinaz compañera sentimental.

Ensimismado en el descendimiento de los cielos del gran Zarra, lo sorprendieron unas palabras de Remigio que lo emparentaron con la cara de asombro del portero de la fotografía.

—Coño, *Dandy*, ya era hora.

—Remi, no me toques los cojones y ponme un carajillo.

Anselmo Vela estaba de espaldas al *Dandy* y, por un momento, pensó en salir escopeteado del bar, pero existía un pequeño problema: no había pagado el café. Apuró un sorbo largo y soñó con pasar desapercibido.

—¿Me cobra, por favor?

—Cóbrame a mí lo del señor.

La voz del *Dandy* sonó como un insulto cansado, difícil de distinguir si era un improperio, un reproche o un acto de superioridad del vencido frente a su vencedor.

—No, por favor, cóbremelo a mí. ¿Cómo es? ¿La ley del bar se llama aquí, no? El que está dentro es el que paga.

—Déjese de historias, en este bar usted es un forastero y a los forasteros se les invita.

«Primer asalto. Anselmo Vela, *el Candil* de Rioseco, tumbado en la lona, pero, señoras y señores, se levanta, se acaricia la nariz y vuelve a la pelea». La conciencia se hizo árbitro.

—Bueno, tú sabes más que yo de las tradiciones locales.

—¿Ha venido a buscarme o a hablar con Remi? Él también era un buen amigo de Ernesto, y como lo mataron aquí al lado... Pero ya le dije que busque entre quienes odian a los poetas. Ya, ya sé que no es una pista muy precisa, porque la poesía se hace para la inmensa minoría, como dijo Juan Ramón Jiménez, que era un poeta de mierda, pero que acertó con la frase. Remi, te presento a...

—Anselmo Vela.

—... es policía y está investigando el asesinato de *Madame*.

Remi dio media vuelta y se puso a limpiar la cafetera como quien seca un charco de agua mientras llueve.

—Mira, Zabala, cuando me dijiste eso, la verdad es que me pareció una salida de pata de banco, pero luego le he encontrado algún sentido, aunque aún no acierto a desentrañarlo. Resulta que han llegado a mis manos unos cuadernos que Ernesto Acevedo tenía en su casa. En uno, están recogidas citas de célebres filósofos o de

personas conocidas por sus citas, que no es lo mismo. En el otro, figuran citas propias que supongo que retratan su estado de ánimo, situaciones personales, hechos para mí desconocidos. Algo así como un diario íntimo ilustrado, en el que conviven la poesía, el chascarrillo, el ingenio y las ocurrencias.

—Por eso le llamábamos *Madame*, porque era como una casa de citas, pero dudo mucho que ese crucigrama le proponga alguna solución. Insisto: busque entre quienes odian a los poetas.

—No me lo pones fácil. Déjame hacer mi trabajo y ayúdame en lo que puedas. Supongo que querrás que atrapemos al asesino...

—Reconocerá que esta situación es un tanto estrambótica. Acabo de salir del *hotel* y, la verdad, estoy muy insatisfecho con el servicio. Y usted forma parte del servicio, aunque no le tocó hacerme la cama. Entienda que opine que quizás ahora piense hacerme la cama.

—Si te soy sincero, pensé que no ibas a venir por aquí. No creas que te he venido siguiendo. Lo lógico es que te fueras a tu casa. Solo quería hacer eso que se llama reconocimiento del terreno. Ya sabes, aquel detalle, aquella circunstancia que entonces pasó desapercibida. Pero, ya que has venido, te diré que me gustaría que nos viésemos con más tiempo y con más calma. Cuanto más y mejor conozca a Ernesto, menos difícil será resolver el caso.

—Solo le pongo una condición: Liborio y Rober no deben saber nada de esto.

—¡Candileja, al despacho! —gritó el comisario Andrade.

—Creo que la has liado, chaval. No suele gritar así salvo que lleve tiempo sin follar. Tú sabrás lo que has hecho.

El Zambo solía ser menos tocagüevos que Liborio, o sea que el asunto tenía mala pinta. Para *el Zambo*, los asesinatos, los de la boina, los maricones, las putas, eran rutina que se solventaba siempre de la misma manera: «El olfato, amigo, el olfato, la experiencia y la frialdad. Siempre frío. Se habla lo justo. Se actúa lo justo».

«No te preocupes, *Humphrey Bogart*, es imposible hacer algo mal cuando no has hecho nada», le sugirió su conciencia con afán de inquietarle. Pero, paradójicamente, le tranquilizó mientras se dirigía apresuradamente al despacho del comisario.

—¿Conoces al *Púrpura*?

—¿...?

—Hostia, el maricón, Cardenal, que también... ¡manda cojones!, apellidarse así y ser maricón...

—Lo siento, comisario, no sé quién es.

—¡Pero tú qué cojones estás investigando! ¿El asesinato de Ernesto o el robo en una quincalla? *El Púrpura* ha aparecido muerto en la Ría esta mañana. Se supone que habrá sido de madrugada. Eso lo determinará la autopsia. ¿Dónde estabas esta noche?, ¿ follando?

—No, durmiendo.

—Ah, es verdad, que lo de follar no va contigo.

—Estaba leyendo el cuaderno de Ernesto. Con el debido respeto, comisario, creo que ahí están las claves del asunto, pero hay que desentrañarlas.

—Pues ya van dos muertos: un borrachín y un maricón, que, dicho así, parecen poca cosa. A fin de cuentas, la Ría está llena de muertos más o menos anónimos. Pero ¿no te resulta extraño que ambos fueran amigos?

—No sé, igual se cayó, como tantos otros, según cuentan.

—Sí, con las manos y los pies atados. ¡Qué casualidad! Igual se fue a atar los zapatos y se hizo un lío... Muchacho, empiezo a tener la impresión de que igual esto te viene grande. Aprieta las tuercas a esa tropa, pero manténme tranquilo al *Dandy*... Yo estoy frito con lo del DRIL, ¿te acuerdas?, pero tampoco quiero que ahora se me soliviente el personal pensando en asesinos en serie o cosas parecidas. Esta es una ciudad tranquila en todo, salvo en lo político. Si no te ves capaz, me lo dices y les

pongo a Rober o a Liborio en el asunto y a ver si lo arreglan por el método tradicional.

—Con el debido respeto, señor comisario, creo que todo está en la citas de ese cuaderno.

—Pero van dos muertos, *Candil*. Creo que podemos parar la alarma en la prensa, aunque ya me han llamado algunos de sucesos y no sé si es más peligroso alimentarlos que tenerlos hambrientos. Dime lo que sea, dime que es el DRIL, amoríos, deudas del juego, crímenes pasionales, pero dime algo.

Su cuerpo flotaba, hinchado y morado, en la Ría sucia de Bilbao. No llamaba la atención más que por el bulto, que no era extraño sino distinto. La Ría era un vertedero acuático, donde igual se arrojaban los residuos químicos que el orín generalizado de los viandantes ahitos de vino, que de borrachos que decidían acompañar al orín hasta el confín de la vida, porque lo que se hace juntos se acaba juntos, en un matrimonio étlico más indisoluble que el eclesiástico. Muchas cosas acababan en la Ría, el epicentro oscuro de aquel Bilbao oscuro que tenía el cielo oscuro y todo lo veía oscuro, entre nubarrones que sonreían y de vez en cuando se separaban para que se viera un pañuelo azul que desaparecía sin dar tiempo a secarte el golpeo de las gotas de lluvia que se habían ido a tomar un café urgente. En la Ría, precisamente en la Ría, donde se tiraba de todo, donde el orín era oro y la herrumbre, pan mojado, el jariguay de mejunjes que se antojaba pan con mantequilla y mermelada de naranja mal conservados. En la Ría aparecían cadáveres a menudo, acunados por ese abrazo meloso, empalagoso y desabrido. Cadáveres de suicidas aburridos, de borrachos empedernidos que calcularon mal su última meada. La pequeña barandilla era una tentación para el balanceo, un ritmo mortal que te proponía el más allá a medio metro de distancia. No es fácil mear con la mente nublada, viendo aquellos animales mitológicos que decían que existían en los suburbios subacuáticos, en las alcantarillas. Quedaban viejos que decían que habían visto nadar por la Ría cerdos marinos, enormes, balanceando los brazos, sí, los brazos, creando un estruendo que llamaba la atención de toda la ciudad. ¡Cerdos que nadaban, enormes, marrones, decían que eran! Cerdos de dos patas sobre el agua como albatros incapaces de volar. Cada vez que la Ría se enrabetaba, todo Bilbao esperaba la llegada de los cerdos marinos nadando junto a las gabarras que aún transportaban el carbón a los ferrocarriles que luego los llevaban al puerto y después a Inglaterra. Nadie los vio, pero muchos los habían visto. Como a los animales informes que habitaban bajo las alcantarillas, animales ciegos, ni malos ni buenos, pero extraños, desclasificados, fallos de la naturaleza que los empleados municipales veían por doquier, y aseguraban que el monstruo del lago Ness era un osito de peluche comparado con aquellas fieras subterráneas.

En la Ría, entre las aguas que acunaban cadáveres día a día, anónimos, asesinados, caídos, suicidados, perdidos, y en las alcantarillas, donde habitaban bestias informes, generalmente negras (quizás por falta de sol, de colágeno, quién

sabe), en la Ría, apareció el cuerpo morado e hinchado de Juan Cardenal, *el Púrpura*, el atildado y discreto maricón que ni hablaba ni daba que hablar, que vivía con su hermana en un piso heredado de sus padres que excedía con mucho sus necesidades personales. El hombre tímido, pequeño, el habitante de las sombras que odiaba tanto su apodo como su apellido: el primero, porque le delataba; el segundo, porque le oprimía. El hombre tan medroso de sí mismo que le liberaba en ocasiones del miedo a los demás, aunque vivía con él como se vive con el miedo a los perros o a los rayos. Siempre crees que te vendrán encima. *El Púrpura*, siempre pendiente de que le cayera encima el peso de la púrpura de los demás, el maricón que medía sus amores furtivos lejos de *la Palanca*, donde todo se sabe, y prefería los locales donde había que llamar a la puerta tres veces (una corta, una larga, una corta; al mes siguiente, al revés, una larga, una corta, una larga), a sabiendas de que de vez en cuando un policía en peligro sexual lanzaría una ofensiva contra los bares de maricones, como los policías que castigaban a sus putas mordiendo el clítoris para salir del atolladero que los amenazaba («No te preocupes, luego esto se olvida, lo abres con otro nombre y a seguir follando»).

En la Ría apareció su cuerpecillo, que bien pudiera haber sido arrojado en un canasto por cualquier madre soltera amedrentada por las monjas de la soledad, de no haber sido porque sus manos y sus pies estaban atados y su cuerpo desnudo.

La Ría estaba revuelta ese día y, cuando se revuelve, agita su color marrón como un mal café con leche. Huele. La marea la lleva a empujones, con prisa. Parece que no quiere ir a su destino, el mar, donde se supone que encontrará la placidez. Se revuelve. Da miedo la Ría cuando baja revuelta. La gente siempre piensa que se va a desbordar y a veces se rebela. Debe ser terrible, piensa Anselmo Vela, mientras se apoya en la balastrada de camino al depósito de cadáveres. El agua siempre le ha extrañado. En Medina de Rioseco, el canal de Castilla es manso y sobre él se vuelcan los árboles, encorvándose en busca de la humedad, doblándose erguidos para aspirar el frescor del agua donde revolotean los mosquitos al caer la tarde en busca de venas aparentes, líquidas fuentes de alimentación. Mosquitos veteranos como toreros que buscan el rincón de las agujas del ser humano. Mosquitos sin los cuales sería imposible concebir su pueblo; sin ellos perdería grandeza el calor, la leve humedad del canal, los inclinados árboles, el secano que le rodea solo roto por el río Sequillo (¡vaya nombre!, siempre pensó), donde dicen que habitaban las gallinas ciegas, eso le dijo su abuelo, animales de charca, murciélagos de río. «¡Qué cosas! Allí, gallinas ciegas de río, aquí cerdos marinos, y yo sin ver ni a las unas ni a los otros». Mitología de ciudad y de pueblo, o no.

Por un momento, en el balaustre del puente del Arenal, creyó ver a aquellos cerdos enormes, marrones, boquiabiertos, casi desfilando con el chapoteo de las ballenas (ya puestos a imaginar...), yendo a ninguna parte, porque iban a contracorriente, y, a su lado, las gallinas ciegas, acompañando el desfile como las coristas, anunciaban el espectáculo en el Teatro Argentino o en el Radio Teatro, antes

de que la primera tonadillera se arrancase por Marifé de Triana, rompiendo la magia de los muslos sudorosos. Nunca había olvidado aquella *troupe* de chicas.

«¿Te acuerdas de aquella corista rubia que tú creías que te miraba con los ojos escondidos entre el barrizal de polvos y cremas? Estabas convencido, Anselmo, no lo niegues. Tú creías que te miraba, aunque estaba en la segunda fila de las coristas, porque sus piernas no eran suficientemente largas, ni sus tetas suficientemente grandes, ni su culo suficientemente puntiagudo como para estar en la primera». «¡Déjame, estaba pensando en los cerdos marinos!».

—*Candileja*, ¿se te ha apagado la luz? —la voz de Andrade atronó el despacho.

—Perdone, comisario. Estaba pensando en ese pobre hombre. Seguro que para mucha gente era una especie extraña, insignificante, pero extraña.

—¡Y tanto que extraña! Era maricón, y no sé si te has enterado de que los maricones en este país o no existen o están presos. Pero el problema no es ese. El problema es que era uno de la cuadrilla de Ernesto y también ha sido asesinado, porque aparecer en la Ría atado de pies y manos no creo que sea un ritual julandrón.

—A mi entender, señor comisario, aquí hay una trama. Si le digo que a los dos les gustaba la poesía, igual se descojona...

—Han muerto dos tipos, amigos, enloquecidos, un borracho y un maricón. ¡Y tú me hablas de jeroglíficos en un cuaderno de notas! A ver, Anselmo, la investigación criminal tiene sus pautas, sus rutinas, su par de hostias si llega el caso, y, vale, también les dejo las diez de últimas al ingenio, la casualidad, la adivinanza, la intuición si quieres. Pero si antes te han cantado las cuarenta, las diez de últimas valen muy poco.

—Con el debido respeto, comisario. La primera frase del diario de Ernesto es: «La melancolía es la tristeza de los ricos y la tristeza es la melancolía de los pobres».

—Perdóname, *Candileja*, solo hay una cosa peor que no follar y es follar en sueños. ¿No será usted maricón, señor Vela?

El comisario salió de su despacho como si huyera de la peste. Anselmo reconoció en su actitud la hipocondría de una sociedad enferma. Si no tienes novia, eres maricón; si te gusta la literatura, eres maricón; si piensas en lo que otro dice, eres maricón; si no has follado por la elemental circunstancia de no haber encontrado con quién ni cuándo ni cómo, eres maricón. Además, ¿no es verdad que los mandamientos del Régimen elevan la cópula a la categoría del débito conyugal? «Las putas están exentas de los mandamientos, *Candileja*, que no te enteras...». Si hablas en vez de actuar, eres maricón; si no golpeas a un preso que ya está ciego, desconcertado, los ojos embotados, el labio amoratado, mudo, doliente, sangrante no, que para eso nos cuidamos, eres maricón. La tristeza, la melancolía, son cosa de sarasas, porque todos los rojos, en el fondo, son sarasas, y todas las rojas son putas, que ya se sabe lo que predica la Unión Soviética, el amor libre, todos con todos, aquí te pillo aquí te chingo, el famoso coño soviético, siempre disponible, y la polla soviética como un misil apuntando a los límpidos coños de Occidente. La polla capaz

de traspasar el Muro de Berlín, la polla infecta, promiscua, atea, viciosa; el coño húmedo perfecto del invierno rojo, las putas que espían con el coño, con las cámaras intrauterinas que la KGB les instala justo al lado de la matriz para que grabe el prepucio donde se esconde el microfilm que guarda la ubicación de los misiles del vigía de Occidente. «Pero no te confundas, *Candileja*, todos son maricones. Cuando chingan, lo hacen por encargo de la KGB, del soviet, para joder a Dios, para demostrar que el pecado no mata. Pero tanta ópera, tanto realismo soviético, no es sino cosa de maricones. Y tú eres un maricón que solo ha sacado el prepucio para mear, que no ha arreado ni una hostia en el calabozo, que lee diarios como un adolescente que hurga en las intimidades, en la penumbra de la realidad. ¿Melancolía?, ¿tristeza?... Patrañas. La vida está en los huevos: si sale el pollo, ha merecido la pena; si acaba en tortilla, es tiempo perdido. ¡Despierta, *Candileja*, que ya está la sartén en el fuego y lo que van a freír son tus huevos, que a este paso matan a medio Bilbao y tú no has comprado ni el pan!».

Ernesto, tras recolocar la silla de la taberna en su sitio, decidió volver a casa. Sabía que le esperaba su esposa haciendo el enésimo jersey para su hijo y quizás su hijo aún estuviera en casa si no había emprendido su enésimo viaje al montaje del enésimo encofrado de la enésima fábrica, quizás en Huelva, en Mondoñedo o en Jerez de la Frontera. Quién dijo que viajar era la salida al infinito... cuando en realidad era huir de uno mismo, reencontrar la misma pensión con las paredes de distinto color, con las mismas camareras que reclamaban del nuevo joven recién llegado al príncipe azul que las rescatara del tedio. Aún recordaba a aquella rubita frondosa y angelical que un día, cuando vagabundeaba para esquivar el reloj de su pasado, le dejó una nota en la bata granate de rombos raídos que colgaba de la percha de la puerta: «Eres muy serio. Podías mirarme cuando te miro en el comedor». ¿Qué era aquello, una declaración de amor o un reproche?, ¿una acusación de soberbia o una incitación al apareamiento?, ¿amor o desesperación? A fin de cuentas, él no era un buen partido, un anónimo ser que ocultaba su realidad entre la sopa caliente y la pescadilla con tomate de un hostel en un barrio húmedo de Madrid. Quizás sucede que los desesperados se buscan y se encuentran, se miran, se sonríen y luego se despiden entre los sones de lo que pudo haber sido y no fue. Más tarde, en otros hostales, incluso más tórridos que aquel, se excitó con aquel recuerdo y soñó con una noche de locura que hubiera ocurrido solo con haberla mirado cuando le miraba, solo con ese acto de mutua gratitud ajeno a cualquier consideración estética, romántica, amorosa. Puro apareamiento sincero, leal y necesario, pura gratitud compartida, puro intercambio de fluidos bendecido por sonrisas complacientes. Dos desconocidos conociéndose en profundidad, dos desheredados heredando su fracaso como una fortuna.

Miedo, el miedo de siempre. El miedo a la rubia que clamaba por tu mirada y ahora el miedo al hijo que la rehuía como quien esquivo los ojos triangulares de los verdugos. ¿Qué decir a estas alturas? Él, el hijo nacionalista, tan vengativo, tan poderoso en su juventud, tan activo, decía, frente a la inacción de los súbditos de la Unión Soviética, frente a la mentira de los EEUU de acabar con Franco, tahúres del Misisipi que jugaban con siete barajas. Él, exultante en su frenesí, desbocado como la mirada de aquella rubia que buscaba el futuro en cada día, en cada mirada. Él, que no perdonaba a los vencidos el espíritu de la derrota, la herida de la derrota, la muerte que habita en cada derrota. Él, que no conocía la mirada de aquel intrépido requeté

que cayó rendido, muerto, porque pensaba que no tenía miedo y que el valor le protegía... Él quizás estaba allí, en casa, esperando el momento de salir corriendo a Huelva, a Mondoñedo, a Jerez de la Frontera a encofrar su indescifrable futuro mientras libraba una batalla perdida con el presente. Él...

—Que tu hijo se va a Huelva pasado mañana, dijo Fernanda.

—¿Y es para mucho?

—En principio, para un mes —respondió Francisco. Lo dijo como cortesía y porque las discusiones con su padre no solían traspasar los límites de la educación. Imperaba la frialdad, la distancia sideral entre dos personalidades áridas que ponían sus fronteras una muy cerca de la otra. Difícil respirar en una habitación social sin ventanas ni balcones para que corra el aire.

—En un mes puedes pedir la independencia de Andalucía —dijo Ernesto queriendo hacer un chiste. Pero en las habitaciones donde no corre el aire, el humor anda con muletas, pesadamente, y se tropieza con cualquier pared y resbala con una gota de agua.

—Bueno, igual liberamos antes Andalucía que lo que tarda el Ejército Rojo en liberar tu país.

—¿Te quedas a cenar? —intervino Fernanda, a sabiendas de la respuesta.

—No, *ama*, tengo muchos preparativos que hacer —endulzó Francisco su negativa para no contrariar a su madre y no engordar la tensión con su padre—. Mañana me acerco para despedirme.

Besó a su madre y le hizo a Ernesto un gesto de despedida con la mano. Hacía años que ellos no se besaban y los abrazos y las palmadas olían ya a naftalina.

—Desde luego, eres un auténtico burro, Ernesto. ¿No eres capaz de dirigirte a tu hijo sin incordiarle? A veces pienso que la política es más importante para ti que tu propio hijo.

—Esta es otra batalla perdida, qué le vamos a hacer. Es mi destino, perder batallas una detrás de otra.

—El problema es que no quieres ganar ninguna.

La última frase que quería oír Ernesto era esa. Fue como afilar un puñal en una costilla, como si hubiera metido un enchufe en el corazón de Ernesto y lo hubiera rociado de agua. No era la primera vez, ni la segunda, ni la trigésima que Ernesto se había preguntado qué coño hacía en esta vida, si es que a esto se le puede llamar una vida, se preguntaba. «Esto no es vivir, es un ir y venir», había escrito en su cuaderno azul. «Vivir es como beber y mear, una rutina», había escrito un poco más abajo. «Realmente, ¿cuándo acabó la guerra?, ¿qué es la paz?, ¿un intermedio, como ese que ponen en el cine de reestreno donde se lee “Visite nuestro ambigú”?», pensó mientras cenaba en silencio y su mujer escuchaba la radio a la vez que recogía la cacharrería depositada en la fregadera. Aquella noche soñó con Franco. Se le aparecía en el callejón estrecho, oscuro y húmedo que daba acceso a las escaleras que llevaban a Ollerías Altas. Aparecía y desaparecía, a veces vestido de militar, a veces detrás de la

barra del bar de *Cagancho* sirviendo un vino granate como la sangre imposible de beber que se derramaba continuamente en el vaso y se perdía por el suelo de la taberna hacia la alcantarilla cercana. A veces parecía una prostituta anciana y barriguda que le incitaba a subir por una escalera sin luz donde solo se adivinaba al final una vela enorme que se apagaba y se encendía espasmódicamente. Se despertó sobresaltado. Se levantó. Meó y volvió a la cama. Franco ya no apareció más.

Al *Dandy* lo que más le excitaba era lavarle el coño a Milagros. Lo que venía después era secundario, algo inevitable debido al puro impulso de la sangre cuando se agolpaba en sus cavernas. A fin de cuentas —pensaba—, los curas también lavan los pies de los peregrinos, así que, puestos a elegir, yo prefiero lavar coños en vez de pies que en muchos casos tienen la costra del caminante.

—Tasio, ya vale, que no tengo todo el día. Ni que fuera una guarra...

—«Besar tus labios y apresar tus senos, le dijo don Antonio a Leonor. Todo a esta luz de abril se transparenta».

—Venga, Tasio, éntrame ya que me constipo, que últimamente ya no sé si follas conmigo o con Machado.

—No te rías de los poetas, Milagros. Ellos no follan, eyaculan.

El introito siempre le había excitado más que el coito. El puro acto de follar carecía de sentido para él, un proyecto fallido de metalúrgico delicado. A Tasio le seducía la caricia más que el empujón, esa presunta guerra aceptada de sexos, aunque con Milagros no había guerra. Ella se dejaba hacer, al principio incluso fingía un gemido más, con la intención de promover el final del acto más que de procurar satisfacción a su poco voluntarioso macho. Después, ni eso. A veces miraba hacia el ventanuco de la pequeña habitación donde se acumulaban olores que la colonia del *Dandy* solo empeoraba, al mezclarse con el perfume del sudor, de los fluidos ajenos. A veces miraba al techo, mientras su poeta amante se afanaba por dar cumplida respuesta a su hombría. A veces resoplaba como una parturienta incitando a su poeta a que acabase su soneto de amor. Al principio, Tasio, sobreexcitado por la higiene vaginal del inicio, caía al segundo asalto, pero los años iban convirtiendo su soneto en un romance de ciegos que se asomaba a la eternidad. Cuando eso ocurría, Milagros apelaba a la tiranía del reloj y a las regañinas de *la Doña* que regentaba los pisos, porque había gente esperando y «para un polvo no hace falta todo el día».

—Además, luego me dice que no excito a los hombres y que, si sigo así, me pone en la puta calle —suplicaba Milagros poniendo esa voz de niña cariñosa que envejecía aún más al *Dandy*.

Concluidos el introito y el coito, Tasio se limpiaba con una toalla, se lavaba la cara en el pequeño lavabo, se rociaba de colonia, creando esa pasta de colonia barata y sudor, a su vez mezclada con la colonia amoniaca y el sudor de Milagros, que era como el sollozo del sexo esparcido poco a poco por todo su cuerpo.

En el dintel de la puerta, Tasio se despedía de su amada, de su particular Leonor, tan secreta y tan conocida como ella: «Qué otra flor para ti de tu poeta, si no es la flor

de la melancolía». Y se iba feliz y melancólico mientras Milagros pensaba: «Qué bien habla el cabrón y qué mal folla».

—¿S eñor Vela?

—Sí, ¿quién es?

—Digamos que un colega. Le voy a dar un dato que igual le ayuda en el caso de los asesinatos de Ernesto y de Cardenal. Estos locos estaban planeando matar a Franco.

—¡Pero qué dice! ¡Oiga, oiga!

La comunicación se cortó. Sería un loco, un bromista, un tocagüevos. «*Candela*, habla con *el Dandy* antes que con el comisario, no vaya a ser que se descojonen de ti o se te vaya de las manos un asunto de Estado». Por una vez, su conciencia parecía compadecerse de su desconcierto e indicarle el camino apropiado. Quizás fuera el de los cerdos marinos, desperdigados en las dos orillas de la Ría, perdidos, como tú, desorientados, como tú, chapoteando como tú. O como las gallinas ciegas, como en tu Rioseco natal, que nadaban hasta el infinito, sin saber que el fin del mundo estaba en cada vuelta de la esquina. «¿Te imaginas tú a las gallinas chapoteando en la calle Lázaro Alonso, *de los Portales*, que dicen allí? ¿Te imaginas tú a los cerdos nadando por la Ría? Vamos, *Candela*, vuelve a la tierra, no seas gilipollas. Habla con *el Dandy*. Ese esconde algo».

Nadie en su sano juicio dice que alguien quiere matar a Franco y se lo dice a un poli que investiga dos asesinatos de dos pobres parias, un borracho vociferante y un insignificante maricón. ¿Un colega? «¡Y una mierda! Si ese es de los tuyos, yo me vuelvo al pueblo y que les den por el culo», se soliviantaba la conciencia, viendo que o bien el asunto se enredaba o alguien se estaba riendo del pobre Anselmo Vela. A un hombre organizado como él, las madejas enredadas le irritaban tanto como le atraían. Le recordaban los tiempos de la infancia, cuando su madre le alzaba los brazos e iba pasando la lana después de desenredarla de aquella bola en la que se hacían múltiples nudos. No solo se sentía útil sino que disfrutaba viendo cómo lo malo se convertía en bueno, lo desordenado recuperaba su orden lógico. Cuando aquellas madejas se convertían, días después, en jerséis, con aquellos picos ribeteados de colores chillones que tanto llamaban la atención de sus amigos, Anselmo Vela se sentía partícipe de su elaboración. Sí, las manos de su madre lo habían tejido, pero sus antebrazos habían contribuido a ordenar lógicamente aquellas madejas endiabladas. Estas de ahora eran otras madejas con ese color más granate que rojizo de la sangre o amoratado de los ahogamientos.

—Comisario, ¿tiene un instante?

—¿Qué pasa, Anselmo?, ¿sabemos algo?

—¿Recuerda que le dije que esto tenía el aire de una trama? Quizás le parezca absurdo e insignificante lo que le voy a decir, pero he recibido una llamada no sé si importante o extravagante. Una llamada anónima acaba de decirme que tanto Ernesto como *el Púrpura* estaban planeando matar a Franco.

—¡Vamos Anselmo! ¡No estamos para chorradas! ¿Sabes cuántas llamadas anónimas se reciben al día? Con ellas no se llenarían dos cuadernos de citas como esos de Ernesto a los que tú das tanta importancia, sino una novela de esas de Georges Simenon, ¡e incluso una enciclopedia!

—Ya lo supongo, por eso en principio no le di mucha importancia. El tipo que llamó me dijo que era algo así como un colega. Y colgó. Supuse que también eso sería habitual. Pero no me pareció un loco ni un tocapelotas. Tampoco se trataba de un borracho, ni tenía voz afeminada.

—Comprenderás que con esos datos no se puede ir muy lejos.

—Supongo que la agenda del Caudillo es secreta. Eso lo sabe usted mejor que yo, pero también he oído que no se descarta que viaje a Bilbao.

—Mira, Anselmo, no elucubres, hay muchos locos y menos locos que se han planteado matar a Franco, pero el Caudillo tiene más vidas que un gato y no ha gastado ninguna. El servicio secreto ha ido abortando uno tras otro los intentos y ninguno ha llegado siquiera a producirse.

—Pero supongamos por un instante que el informador tiene razón y que estos dos locos andaban metidos en algún complot, incluso como tontos útiles. Es evidente, como usted dice, que ningún intento ha cuajado, pero asesinarlos cambia la dirección del tiro, si me permite la metáfora...

—En cristiano, *Candileja*, que cualquier día me hablas en vascuence...

—Me refiero a que hasta ahora podíamos pensar en venganzas, asuntos internos, usted ya me entiende.

—Sí, eso lo pillo, pero no bromees con esas cosas.

—Bueno, me refiero a que igual vamos en la dirección equivocada y, como le dije, estamos ante una trama. Ya, ya sé que yo no soy nadie para crearme más listo que los servicios secretos, pero mi misión es cazar a los asesinos de Ernesto y del *Púrpura* y temo ir en la dirección equivocada. No es que me desentienda de los asuntos de Estado, pero...

—Vale, Anselmo, ya sé... lo de los cuadernos de citas. En fin, ¿qué tal va el seguimiento al *Dandy*?

—Le vi en el funeral del *Púrpura* y hemos quedado esta tarde. Antes voy a hablar con la hermana de Juan Cardenal.

—Gregoria. Trabaja en el Ayuntamiento. Le llaman Goyita.

—¿La conoce?

—Los padres murieron en un accidente de autobús y los hermanos solo se tenían el uno al otro. Ella venía a buscarlo cuando era detenido por escándalo público. El pobre creía que nadie sabía que era maricón, pero era *vox populi*.

«¿Y por qué me han encargado a mí ese asunto, si resulta que todo el mundo conocía a esta cuadrilla, a sus familiares, sus andanzas, su historial, sus lugares? ¿Por qué no al *Zambo* o a Liborio? Entiendo que el comisario no se pringue en estos asuntos, pero ¿por qué yo, que no les conozco de nada? Tengo la sensación de que voy siempre por detrás y detrás tengo un toro que está a punto de empitonarme». «Ya me jode tener que darte la razón por una vez, *Velilla*, pero yo pienso lo mismo. Hablas de tontos útiles y me parece que yo conozco a uno que no sé si es más tonto o más útil. Bueno, al menos tienes un papel en este sainete, aunque no sea precisamente el más ejemplar para contárselo a tus nietos. ¡Ah, no!, que para tener nietos hay que tener hijos y para tener hijos hay que...», confirmó su conciencia, notablemente molesta por darle la razón. «Vete a freír espárragos».

—Deja los espárragos y aplícate. Ahí tienes la autopsia del forense sobre el cadáver del *Púrpura* —la voz de Liborio parecía más seria de lo habitual; ni él ni *el Zambo* Rober solían dirigirse a Anselmo sin utilizar algún sarcasmo, chanza o ingenio, o sea lo que ellos entendían por cachondeo.

El informe confirmaba la obviedad: muerte por ahogamiento, producida seguramente un par de días antes de hundirse en la Ría. Atadas las manos y los pies. Desnudez, que agravó la hipotermia. Una línea más abajo, la última: golpes múltiples en la boca con rotura de varias piezas dentales.

Ernesto Acevedo no tenía el día. Eran las siete y media de la mañana y se procedía a la primera llamada a los estibadores fijos del Puerto de Bilbao. El responsable iba recitando los números de los elegidos mientras los eventuales esperaban que después alguien leyera su nombre, si se necesitaban más trabajadores por la llegada de algún carguero repleto. El Puerto de Bilbao vivía su apogeo, pero, aun así, la demanda de trabajo superaba la oferta. A Ernesto normalmente no le faltaba trabajo y él superaba con extraña facilidad las noches etílicas y los madrugones de resaca. «No hay nada que no pueda superar un sol y sombra por la mañana», le decía al *Químico* cuando, antes de coger el tren, retomaba en su bar su relación con el pimple. A las siete y media se producía la primera llamada de los trabajadores; la segunda, a las doce y media, y la tercera a las cinco y media de la tarde. Junto a los fijos, deambulaban estudiantes en busca de financiación, trabajadores a relevo en pos de un segundo ingreso a costa de deslomar un poco más sus maltrechas espaldas, marinos en paro, en un Bilbao que, sin embargo, florecía industrialmente y recibía una ola de inmigración interior que generaba tensiones sociales, sordas pero latentes.

Esta vez tocaba acarrear sacos de cemento caliente que pesaban unos 50 kilos cada uno y los estibadores los transportaban durante los 15 metros que separaban la bodega del barco del pie de la escotilla. No era ni mejor ni peor que acarrear carne argentina, que llegaba en piezas de 60 a 100 kilos a 10 grados bajo cero. Entonces, se juntaban 12 trabajadores en la bodega, que eran sustituidos por otra docena cada hora, y depositaban la carne en una red para que una grúa la transportase hasta los camiones. Otras veces se trataba de goma virgen, o de caucho, en fardos de 100 kilos. A Ernesto le molestaban particularmente las descargas de copra, que era la médula del coco de la palma, y que se utilizaba para hacer pienso. Llegaba en sacos de 60 kilos y predominaban los bichos y la suciedad. Sucio y peligroso era también descargar materias resinosas para tintes y betunes. Nunca tirar del lomo había sido una actividad placentera.

Pero Ernesto no tenía su día porque no había tenido su noche, perseguido por el fantasma del *Enano*. Habitualmente descansaba bien, sin dormir mucho, «porque el cuerpo, cuanto más le das, más te pide», aunque, cuanto más repetía esa sentencia, más le sonaba a disciplina militar, y se odiaba a sí mismo. Pero era cierto. Y la pereza no había estado nunca entre sus prioridades en la vida. «¡Seré gilipollas! ¡Si la pereza

es el estado natural del hombre!», pensaba, mientras el cemento le quemaba en la espalda. Uno, otro, otro... 15, 30, 45 metros... y el día avanzando con una lentitud de mulo al atardecer, cansino y cansado del mismo recorrido. Uno, otro, otro, saliendo de aquella boca inacabable de un barco enorme, un saco sin fondo lleno de sacos, una barriga eternamente insatisfecha, un buche de cemento indigesto y caliente.

Por la tarde, tras vaciar la bodega, había quedado con *el Dandy* y *el Poncho* en el bar de Remigio. Juan Cardenal, *el Púrpura*, no podía venir porque tenía algún asunto personal (algo que venía sucediendo con frecuencia y que para sus amigos significaba que se había echado algún novio). Además, estarían un tal Emiliano, al que apodaban *Judini*, y su novia Aurora, una estudiante que, según le había dicho *el Dandy*, era tan bella como ingenua, «una anarquista, *Madame*. Miedo me dan estos locos. Y más estas locas, pero dicen que es muy mañosa, con la misma habilidad para reparar que para destruir».

A Ernesto las nuevas compañías le ponían nervioso. Prefería saludar a la gente que tenerla a su lado, más allá de su cuadrilla del arte a la que no tenía que ocultar sus aficiones (el alcohol y las citas célebres), sus locuras, sus discursos y su mal café. En Bilbao era imposible pasar desapercibido. Cualquier trayecto, por corto que fuera, implicaba encontrarte con una, dos o cinco personas de esas que se integran en la categoría de conocidos. Y eso ocurría a cualquier hora, excepto ya entrada la noche de los días laborables, porque Bilbao se acostaba pronto. Quizás por eso le gustaba la noche. Por eso y por el vino, ¡qué demonios!

—Emiliano, Aurora —recitó Remigio *El Químico*—, os presento a Ernesto, más conocido por *Madame*...

—Aunque el apodo no le viene por lo que estáis pensando, sino por otra cosa —se sintió en la obligación de aclarar Tasio Zabala *el Dandy* engolando la voz como los cómicos de la legua.

—Emiliano, Aurora, os presento a Tasio, más conocido por *el Dandy*, aunque no por lo que estáis pensando, sino por lo que estáis oliendo, aunque yo diría que más que olor es *apestor*.

—Solo los que discuten se quieren —dijo Aurora con una voz angelical que escondía su áspero carácter.

Emiliano tendió su mano a Ernesto, mientras Miguel Arévalo, *el Poncho*, reía a la vez que apuraba su copa de ponche, Caballero, naturalmente.

—Ya veis que nosotros, como don Antonio, Machado, por supuesto, también amamos los mundos sutiles, ingrátidos y gentiles...

—Como pompas de jabón —concluyó Emiliano, al que apodaban *Judini* por su habilidad para huir de la Policía. Emiliano era también anarquista, pero sin filiación conocida, como Aurora. En eso coincidía con sus nuevos amigos, todos comunistas, pero ninguno afiliado al PC ni a ninguna de sus múltiples escisiones o facciones, todas hechas, naturalmente, apelando a la unidad. «El comunismo parte de una

apuesta individual que sueña con ser colectiva» solía decir *Madame* cuando le incitaban a compartir sus ideales.

—Para matar a Franco solo hacen falta valor e ingeniería —soltó Aurora con la naturalidad de quien hace la lista de la compra o de quien mete la varilla en la ranura para comprobar el nivel del aceite del motor de un coche. No movió ni un párpado, ni siquiera se atusó el cabello para dar importancia a su frase. Las palabras cobran más sentido en función de la entonación y, a veces, por la falta de entonación. En el segundo caso, suenan más secas, más certeras, como disparadas por un francotirador que hubiera apurado hasta el último milímetro de su juego de lentes y el pulso magnético que separa la piel de su dedo del gatillo. «Valor e ingeniería», pulso y gatillo, y, después, ¿qué? «¿Huir, esconderse, morir? ¿Sangre por sangre? ¿Los unos por los otros? ¿Tu muerte por mi muerte, valiente hijo de puta? ¿Vale más tu muerte que la mía?», pensó Ernesto. «¿Valía más la de aquel requeté que descansó en paz que la mía que sigo buscando un destino improbable frente a su éxito mortuorio? ¡Coño, que los suyos ganaron, aunque él no lo pudiera ver!».

—Lo que quiere decir mi compañera es que nosotros tenemos el material con el que podemos matar a Franco, pero necesitamos a alguien que sea capaz de colocarlo en el lugar adecuado —señaló *Judini*.

—Nosotros tenemos o creemos tener a ese hombre, hay mucho tiempo para prepararlo. Hay rumores de que *el Enano* podría visitar Bilbao en octubre —dijo *el Dandy*.

—Las bombas no actúan solas. Por sí mismas, son inertes. Hay temporizadores, pero los tienen que programar las personas. Nada funciona solo, salvo la enfermedad. Y nosotros no somos un virus, sino un antivirus —la perorata de Aurora sonaba dulce; la melodía tenía mucho que ver con las tonadillas de Domenico Modugno, así, entrecortadas, para dar más verosimilitud a las palabras.

Ernesto no sabía qué decir. «Matar es como tirar el fardo de copra al mar; el siguiente te espera en la bodega», pensaba, mientras Aurora desgranaba un discurso impoluto entre la tecnología y la ideología, entre el ingenio y el arrojo:

—Solo necesitamos un lugar apropiado, un momento oportuno y la capacidad de sorpresa para evitar a los servicios de información del Régimen, que son más poderosos de lo que creemos, pero menos de lo que ellos creen.

«O sea que tenemos lo importante: el artefacto, el ingenio, el discurso, la ideología. Solo nos faltan dos chorraditas: un lugar y un imbécil», cavilaba Ernesto mientras sus ojos repasaban el cuerpo menudo pero terso de Aurora. Tenía esa mirada fija que incomoda lo mismo que penetra. Pero sus ojos se detuvieron en sus pechos, que punzaban su camisa de cuadros. Estaba claro que Aurora no usaba sujetador, como correspondía a alguien que presumía de espíritu libertario. Senos juveniles, porque Aurora apenas rebasaba la veintena de años, pechos tersos y breves como un buen soneto, rimados perfectamente con acento en la «o» de pezón. Aurora seguía desgranando el cómo y el porqué de algo que podía parecer una locura. Ernesto,

saltando de un pezón a otro como un funambulista en el invisible hilo que unía ambos pechos, había perdido el otro hilo, el de la conversación.

—*Madame*, su turno —le espetó *el Poncho*, mientras removía la copa de ponche, un acto litúrgico que precedía siempre a la ingesta de ese licor que ninguno de sus compañeros había probado jamás. Lo bebía a poquitos, como si paladeara un Rioja de verdad, porque *el Poncho* se empeñaba en mostrar actitudes aristocráticas que contrastaban con su pasión por la boina y las chirucas.

Ernesto Acevedo despegó súbitamente los ojos de aquellos pechos que los habían apresado con cadenas de oro y que se resistían a dejar de ser el foco de atención. Aurora le miraba con sus ojos inquisitoriales, con esa atención que reclama urgentemente una respuesta y que te concede como mucho segundo y medio antes de levantarse de la silla y marcharse por lo que consideraría una indecisión insoportable.

—Mirad, no sé lo que os habrá contado este bote de colonia andante, pero en ningún momento he dicho que yo soy ese hombre al que estáis aludiendo.

—*Madame*, ese hombre —dijo en voz baja *el Dandy*, esbozando su fingida sonrisa burlona. Hacía unos meses que se había estrenado el documental *Franco ese hombre*, de José Luis Sáez de Heredia.

Ernesto Acevedo le miró con desgana sin intentar siquiera una respuesta airosa que iniciase una competición de ingenio:

—Nadie querría matar a Franco más que yo. Vosotros —dijo dirigiéndose a Aurora y al tal *Judini*— le odiáis por lo que ha hecho, pero yo le odio por lo que es. Y le odiaría igual si en vez de militar hubiera sido cura, actor o fontanero, porque en todos los casos hubiera sido odioso. Le odio profundamente, hasta los higadillos, y le culpo de todos mis males. Pero si no me mató en la guerra, no me gustaría darle el placer de que me matase en esta larga posguerra.

—Sé claro, Ernesto. Tienes miedo. Y lo peor no es tenerlo, sino no reconocerlo —dijo el tal *Judini*, con una compasión que *Madame* hubiera preferido que se la metiera por el culo—. No quieres sufrir una derrota y para eso renuncias a una victoria. Así, Franco acabará muriendo en la cama y mucho me temo que eso ocurrirá muy tarde, tardísimo. Si nos quitamos a Franco de en medio, el franquismo se debilitará. Sí, al principio habrá una represión brutal, pero el franquismo sin Franco es inconcebible.

—Veo que lo tienes claro como el agua, y no me refiero a la de la Ría, precisamente —replicó Ernesto, recostándose en la silla como si hubiera asestado un puñetazo sutil con guante de seda en la cara de su adversario y esperase su rectificación.

—Que no hay franquismo sin Franco es una certeza —se cubrió el joven anarquista.

—No es literal, pero alguien dijo que quien desee alcanzar la certeza debe saber dudar a tiempo —respondió Ernesto.

—Vaya, nos ha salido filósofo —terció Aurora con un cierto desdén.

—Lo dijo Aristóteles, no yo.

—Pero aquí no hemos venido a discutir sobre filosofía, que por otra parte es un asunto apasionante. Ahora estamos en la praxis, Ernesto —zanjó *Judini* haciendo gala de su capacidad para huir de los problemas sobrevenidos—. Si no tenemos un autor, no tenemos obra. Y eso es lo que hay que resolver. Lo demás, sería perder el tiempo.

—Pues yo creo que tenemos a ese hombre —dijo Ernesto aún repanchingado en la silla, convertida virtualmente en un sillón de piel.

—¿Quién? —preguntó *Judini*, visiblemente interesado por la respuesta.

—Tú.

El silencio fue tan atronador que ninguno de los cuatro escuchó el trueno que iniciaba una habitual tormenta en Bilbao y que dejó sin luz el bar de Remigio, *el Químico*.

La noche fue larga. Tenía que ser larga. Se supone que a los investigadores de crímenes extraños las noches se les tienen que hacer largas para ser importantes. Llegar, cenar y dormir es asunto de oficinistas aburridos, estibadores agotados, borrachos destrozados por los taninos indescriptibles de los vinos adulterados (la uva como coartada, el perro muerto, el pellejo tan bello como el maquillaje de una prostituta...). Ya empezó larga, porque Sabina, la dueña de la pensión de la calle de la Ribera, tenía ganas de cháchara. Ella era la única —o eso pensaba Anselmo Vela— que sabía su condición de policía. No en vano se la había recomendado *el Zambo* y se había cuidado de que la indiscreción tuviera un precio. Sabina, tan pulcra como el suelo que fregaba rodilla en tierra, jamás se refirió a «eso», ni hubo un comentario, ni un guiño, ni el más leve asomo a la connivencia entre la patrona y el policía. Ni un favor le había pedido en todo el tiempo que llevaba alojado en el hostel, donde convivía con comerciales de paso, calorifugadores con fecha límite y algunos estudiantes de Ingeniería, los únicos que solían llegar más tarde que él con notable estruendo de tacones y las sonrisas de la noche que se convierten en un hipo gracioso, pegajoso, molesto.

La noche iba a ser larga. Sabina, tan solícita, había preparado de cena sopa de arroz y chicharro frito, con un poco de vinagre «para levantar el ánimo... del bicho», decía. A Anselmo la sopa le dejaba impávido, salvo que fuera «la sopa», es decir, la de cocido, con las lagunas que deja el chorizo enrojeciendo el agua, y media docena de fideos flotando como náufragos a los que hay que rescatar con una cuchara salvadora. La sopa de cocido era su salvación y la sopa de arroz, su condena. Pero a Sabina no se le escapaba una. Cuando Anselmo se sentó a la mesa, se encontró con una ensaladilla rusa a la que fue incapaz de sacar ningún defecto. Ciertamente abundaba la zanahoria, pero esa patata troceada hasta el límite de las uñas, ese huevo cocido que parecía un sirimiri blanco y amarillo, la cebolla escondida como una avergonzada adolescente tras su primer beso, el espárrago enhiesto y el bonito alardeando de su poderío, le arrancaron una sonrisa que maquillaba una lágrima. «Así la ponía mi madre», pensó y calló.

—El arroz, para la paella, ¿no, don Anselmo?

—Cada cosa en su sitio, Sabina. El arroz flota en el agua, no en la sopa, aunque nunca he entendido por qué a esta ensalada le llaman ensaladilla.

—Por las uñas, don Anselmo, por las uñas...

María, la sobrina de Sabina, le trajo el postre: natillas con galleta, nada nuevo. El chicharro, de segundo, ya sabe, nunca falla. Es un bicho agradecido. El besugo de los pobres, el manjar de los ricos. Recordaba Anselmo el bacalao, plato habitual en Castilla, hecho a la manera de otros con las propias manos, porque fue el pescado más generoso contra el hambre. En Medina de Rioseco se hacía buen bacalao porque la sal cura cualquier herida, previene de cualquier mal y permite conservar las virtudes del bicho. La sal de la tierra era, en realidad, la sal del mar, de donde viene.

María no se veía, no se sentía. Era una muchacha tímida, que no andaba, flotaba sobre el sintasol de los pasillos o el comedor. Su levitación proporcionaba sustos notables al tropezártela por la espalda. Anselmo Vela siempre pensaba que hubiera sido una magnífica ladrona de microfilms. Nunca hubiera sido una Mata Hari porque su candidez no era fingida. Y no era bella, sino sencilla, como una sopa de arroz. Tampoco estaba buena, aunque, según decía Liborio, «para saber si una mujer está buena hay que verla desnuda. Si está vestida, solo puedes saber si es guapa. Por eso, *Velilla*, hay mujeres guapas que no están buenas y mujeres feas que están muy buenas». Según el criterio liboriano, María no era guapa ni seguramente estaría buena, aunque lo segundo Anselmo no se lo podía ni imaginar. Apenas había advertido dos senos pequeños, cuando el calor le aliviaba de ropa, y unas piernas delgadas con las rodillas dañadas por el reto cotidiano de la limpieza.

Sabía poco de su vida. Había nacido en una pequeña aldea de la zona de Gernika, cuyo nombre no consiguió retener, y había venido a Bilbao a servir en la pensión, porque Sabina era su tía segunda, o algo así (los parentescos no eran su fuerte). Sabía euskera, pero no lo hablaba. Alguna vez lo utilizaba con su tía, pero solo cuando pensaban que nadie les oía. El euskera estaba mal visto. La represión del franquismo no solo había infundido miedo sino que había conseguido inocular la idea de que era un idioma inculto, hablado por bárbaros para asuntos bárbaros. El miedo al subdesarrollo era equivalente al miedo a las consecuencias de su uso y en las aldeas el mensaje había calado con fuerza. Tendría veintipocos años y a él, que apenas tendría unos cinco o seis más, calculaba, le parecía una niña. Quizás ayudaba su imagen frágil que, frente a su corpulencia, la empequeñecía un poco más.

María recogió el plato de natillas, donde aún quedaba un resto de la innegociable galleta, y se retiró a la cocina. «Muchacho, deja de soñar y ponte a currar que se te acumulan los fiambres y no has dado un palo al agua», le reclamó su infatigable amiga, que más que conciencia era un martillo pilón.

La última frase que Ernesto había escrito en el cuaderno de frases ajenas era una de Albert Einstein que decía: «La vida es muy peligrosa. No por las personas que hacen el mal, sino por las que se sientan a ver lo que pasa». La había anotado tres días antes de su asesinato. En el otro cuaderno, el de frases propias, la última era del día anterior a su muerte: «La melancolía es la tristeza de los ricos; la tristeza es la melancolía de los pobres». Extrañamente se repetía como el cielo metálico, brillante y molesto.

Anselmo Vela amaneció con más dificultad que el día, que anunciaba un calor pegajoso, ese bochorno que en Bilbao moja más que la lluvia. Por fin había ordenado algunas ideas. Por el tenor de las citas que Ernesto Acevedo había anotado en sus cuadernos, estaba claro que desconfiaba de alguien. Tanto las propias como las ajenas reflejaban un estado de ánimo que había ido decreciendo en los últimos meses. «Tienes que hablar con *el Dandy*, por las buenas o por las malas. Si no quiere, pues lo detienes», le exigió su conciencia, que se había despertado con malos humos, agotada de dar tantas vueltas en la cabeza de su dueño. «Vaya día te espera: hablar con la hermana del tal *Púrpura*, que, oye, igual está buena, y sentarte con *el Dandy* con las cartas boca arriba. Esperemos que no aparezca otro cadáver y te den el título de enterrador de la villa».

—A ver, Tasio, vamos a dejarnos de jueguecitos e ir al grano.

—Empecemos por el principio, señor inspector: buenos días.

—Déjate de hostias, *Dandy*, que no estoy para bromas.

Había quedado con él en el café Boulevard, frente a la plaza del Arenal. Era como un lugar neutral: a sus espaldas discurría el Casco Viejo y de frente se avistaba la plaza de España, tras cruzar el puente del Arenal y ascender suavemente por la calle Brigadas de Navarra. Anselmo quería huir del bar de Remi porque era un cuadrilátero que *el Dandy* conocía bien y en el que se sentía a gusto, respaldado, guarecido. En el Boulevard, Tasio Zabala podía sentirse más incómodo, aunque era un lugar de tertulias literarias que, sin embargo, al *Dandy* le parecían tan inútiles como resolver un crucigrama.

—El otro día recibí una llamada anónima que me hizo pensar dos cosas: o el comunicante estaba absolutamente loco o los locos erais vosotros.

—¿Nosotros? —replicó *el Dandy*, rompiendo el discurso de Anselmo Vela.

—Sí, vosotros, tú y tus colegas del bar de Remigio, entre ellos los dos muertos.

—Ah, nosotros. Y qué le dijo, si puede saberse. ¿Que éramos miembros del KGB, agentes de Krushev o agentes dobles de Eisenhower?

—Me dijo que vo-so-tros estabais planeando asesinar a Franco.

La risa del *Dandy* se oyó en varias mesas de alrededor.

—O dejas de reírte o te reservo habitación en el hotel. Comprenderás que no soy tan palurdo como para creerlo, pero igual vo-so-tros sí sois tan palurdos como para pensarlo.

—Perdóneme, inspector. Me parece que ya sé quién le ha llamado, aunque no me pregunte su nombre, porque ni lo conozco ni me importa. Yo le explico. Usted, como todos en su comisaría, sabe de qué pie cojeamos. A estas alturas, ocultar nuestras ideas sería más falso que oírnos gritar «¡Viva Cristo Rey!». Mire, desde hace tiempo veníamos utilizando en el mus un código privado que permitía identificar los lances del juego con lo que podría ser el fin de Franco. Era como disputar dos partidas en una. Si quiere algún día se lo explico, pero eso no es lo importante. Era eso, un juego, sueños de viejos vencidos. Las últimas veces, cuando Ernesto y *el Púrpura* aún

estaban vivos, me fijé en que había un «desconocido» que solía poner la oreja en la partida. No hacía falta ser muy listo para saber que era un *secreta*. Perdoneme, pero los secretas son cualquier cosa menos secretos. Yo lo comenté con Ernesto y nos reímos un rato. De hecho, cuando se acercaba a la mesa, solíamos poner más énfasis en nuestro código y el tío estiraba el cuello como una jirafa cuando le ofreces comida. Según me dijo Guzmán, que es el dueño del bar y un amante total de la poesía de Miguel Hernández, el desconocido solo aparecía por allí los fines de semana. O sea, que el pobre creía que estaba detrás de un complot fantástico que iba a suponer su obra cumbre como agente secreto. Supongo que será él quien le ha llamado.

—¿Y, teniendo al supuesto policía siguiéndoos la pista, continuasteis yendo al mismo bar a jugar la partida?

—De haber cambiado de lugar, hubiéramos dado alas a las elucubraciones de su colega, o lo que fuera.

—¿Él dio a entender que fuese un colega?

—Eso pertenece a sus asuntos internos. Supongo que no le será difícil dar con él. Yo, en eso, no le puedo ayudar. Igual no era un secreta, sino un confidente. Si es él quien le ha llamado, que supongo que sí, es probable que sea un confidente. Un policía se hubiera identificado ante usted. ¿Qué problema podría tener en hacerlo?

—Mira, Tasio, no sé si es más ridícula la llamada o la historia que me acabas de contar. En cualquier caso, lo comprobaré. Pero ¿sabes?, hay algo muy raro en estos asesinatos y creo que tiene poco que ver con los que aman o los que odian a los poetas. Cada vez estoy más convencido de que Ernesto fue traicionado. No sé por quién ni por qué, pero tengo motivos suficientes para pensarlo. Nada de cuentas pendientes, peleas de borrachos y cosas por el estilo. Alguien traicionó a Ernesto y creo que tú sabes mucho más de lo que cuentas, que, por cierto, es nada.

—Si quiere, le digo que fui yo y nos ahorramos el baile. Y fui yo también el que mató al *Púrpura*, porque odio a los maricones, o algo así. Pero el día que mataron a *Madame* yo estaba echando un polvo con Milagros, aunque supongo que el testimonio de una puta valdrá poco en estos casos. Y cuando mataron al pobre Cardenal, estaba en mi casa después de haber pasado unas maravillosas horas en su hotelito y de haberle invitado a usted a un café.

—Mira, Tasio. Yo creo que Ernesto sabía que estaba condenado a muerte. Solo necesito conocer la razón para dar con el culpable.

—Con el debido respeto, inspector, creo que tiene usted muchos pájaros en la cabeza. Recuerde lo que escribió don Antonio: «Nuestras horas son minutos, cuando esperamos saber, y siglos cuando sabemos lo que se puede aprender».

—¿Sabes cómo acaba el poema, Tasio? Dice don Antonio: «Busca a tu complementario, que marcha siempre contigo, y suele ser tu contrario». Tú decides, digo yo, no don Antonio.

—¡Joder, inspector! Usted no odia a los poetas, o sea que usted no ha sido. Por cierto, si le vuelve a llamar su comunicante anónimo, pregúntele si le gusta jugar al

mus.

Emiliano y Aurora salieron del bar sin fijarse en que la tormenta no destilaba la lluvia, sino que la lanzaba a trompicones, algo poco habitual en Bilbao, donde, como todas las cosas, llovía dentro de un orden. Bilbao prefería la insistencia a la sorpresa, porque no era una ciudad sorprendente, sino una ciudad en la que las cosas sucedían una tras otra, como una tras otra caen las gotas de lluvia, ni un segundo antes ni un segundo después. Por eso, mojarse en Bilbao no tenía mayor importancia. Una mojadura jamás provocaba una conversación que superase un minuto. Lo habitual solo provoca conversación cuando impera el hastío, y lo superfluo, cuando lo obvio se apodera de lo cotidiano como un escudo que protege de lo inconveniente. Lo cotidiano nos hace sentirnos invulnerables, porque los días se suceden como las gotas de la lluvia, y uno se acostumbra a las mojaduras como se arrancan las hojas del calendario.

La pareja salió en silencio. Emiliano se subió el cuello de la chaquetilla. Aurora caminaba mirando hacia el suelo absorbida por los círculos que las gotas de lluvia dibujan en los charcos. Enfilaron por la calle Somera sin fijarse en los escaparates que anunciaban aquí ropa interior, allí gabardinas, más allá zapatos. El silencio solo se rompió cuando giraban hacia la derecha, hacia la calle de la Cruz, donde hacía esquina la iglesia de los Santos Juanes.

—Creo que todo esto ha sido una pérdida de tiempo. Al final voy a pensar que Franco es intocable, inmortal. Quizás esta idea de contar con actores imprevisibles era tan descontrolada como ellos. Emiliano hablaba sin mirar a Aurora, que seguía dirigiendo su vista hacia el suelo, con sus ojos grises sumergidos en los círculos del agua.

—Quizás la idea de tu amigo, ¿cómo han dicho que le llamaban?, ¿*el Púrpura*?, era demasiado hermosa para ser cierta. No sé, yo esperaba un poco más de conciencia social y un poco más de inconsciencia. Esa es siempre la mezcla perfecta para llevar a cabo las grandes empresas —respondió Aurora, sin levantar la vista del suelo.

Tras rodear la iglesia de los Santos Juanes, enfilaron la calle Ascao, dejando atrás la plaza de los Auxiliares y el inicio de las calzadas de Mallona que ascendían hasta el barrio de Begoña, donde se ubicaba la basílica en la que reside la virgen considerada patrona de Vizcaya. Ascao era una calle estrecha, siempre sombría, donde los comercios y los bares se juntaban hombro con hombro en un abrazo solo roto por los pocos portales que daban acceso a los pisos superiores. Desde allí se

llegaba a la calle de la Esperanza y, más adelante, a la plaza del Ayuntamiento, desde las que se podía acceder al Campo de Volantín o, por la derecha, al barrio de Urizarri. En ese barrio vivían Emiliano y Aurora, en un pequeño piso que no daba para una comuna, menos aún para unos anarquistas tan libertarios que no encontraban acomodo en ninguna sigla. El sueldo de maestra de Aurora unido al de Emiliano, que trabajaba como proyeccionista en el cine Gayarre, les permitía disfrutar de una vida desahogada. Emiliano no podía evitar comprar un sobre de tebeos en el kiosco del Ayuntamiento cada vez que regresaba a casa. Por un par de pesetas, compraba un sobre sorpresa que podía ser repetido, de *Hazañas Bélicas* o de *El Jabato* o cualquier otra saga de menor éxito. Si había suerte, le salía una novedad del año pasado. En las Siete Calles había otro local donde se adquirían tebeos de mayor fuste.

—Quizás no fue una buena idea decirle al *Purpurita* que no acudiera a la reunión —apuntó Aurora mirando los escaparates que le ofrecían a su paso bañadores, ropa interior o zapatos topolino.

—Por lo que hemos visto, Cardenal tenía poca ascendencia sobre la curia. Está claro que el tal *Dandy* y Ernesto son los que cortan el bacalao. La presencia del *Púrpura* apenas hubiera sido una anécdota, una exposición exagerada. ¿Qué hubiera podido hacer un cordero entre los lobos? —Emiliano abrió el sobre como los niños abren los regalos de Reyes, cuidadosamente, retrasando la emoción hasta el límite de la paciencia: otra vez *El Jabato*. «Al menos, este es nuevo», pensó.

—¿Porque tú no lo vas a hacer, no? —requirió Aurora, mientras enfilaba la calle del Cristo, mirando al frente, midiendo la cuesta que se ofrecía ante sus ojos.

—Aurora, quien piensa no actúa y quien actúa no piensa. Es el destino.

—Quizás debiéramos hablar con el *Purpurina* ese. Quizás, que sea tan insignificante incluso para el grupo de sus insignificantes compañeros le convierta en un tipo interesante. Por cierto, Emiliano, nunca he entendido tu pasión por esos tebeos.

—Ya ves, me gustan las sorpresas. En cuanto a Cardenal, no creo que me dé una sorpresa. No lo veo yo como un *Jabato*. Pero mañana hay que estar con él.

Ya en casa, Emiliano preparó la mesa, encendió la chapa con un poco de carbón de antracita y puso a calentar una porrusalda que había sobrado del mediodía. Sirvió dos copas de vino y cenaron. Ya en la cama, apenas pasaron diez segundos antes de que Aurora lo amarrara con sus piernas y comenzara la pelea. El sexo siempre ha tenido algo de lucha libre. Los amantes utilizaban las llaves con brazos y piernas para inmovilizarse mutuamente, como si ambos temieran que la presa se escapase y les dejara con la miel en los labios. Aurora se movía con una agilidad felina, rebuscando los rincones de Emiliano como quien merodea en busca de un tesoro que tiene perfectamente localizado. Emiliano no lo ocultaba, sino que exhibía el toisón de oro para facilitarle el camino. De vez en cuando, giraban sobre sí mismos, pero casi siempre era Aurora la que dominaba la situación. El timbre de la puerta sonó como un disparo en la madrugada. Los amantes se quedaron inmóviles unas décimas de

segundo antes de que Aurora diera un brinco y apareciera, como una gimnasta, de pie sobre la alfombra, con su cuerpo frágil levemente iluminado por la luz lateral de la lámpara de la mesilla. Emiliano saltó después y se dirigió desnudo hacia la puerta. Por la mirilla, que era como una persiana rectangular gobernada por un cerrojo, vio la figura de Juan Cardenal, que apenas superaba su foco de visión.

—Espera un segundo, Cardenal. Ahora te abro.

—¡Abre, por Dios, abre!

Aurora se acababa de vestir apresuradamente.

—Es *el Purpurina*; algo pasa —dijo Emiliano mientras se cerraba la bragueta del pantalón.

Cuando abrió la puerta, Juan Cardenal entró como escapa un gato por una leve rendija.

—¡Cierra rápido y apaga las luces! ¡No hagáis ruido!

El Púrpura se metió en la cocina, que daba a un patio interior, invisible desde la calle, mientras Aurora, desde la ventana de la habitación, miraba a través de los visillos. Desde allí se veía la acera del portal y desde allí vio cómo dos hombres pasaban corriendo y doblaban la esquina.

—Creo que el peligro ha pasado. Al menos de momento —susurró Aurora escondiendo su nerviosismo en una firmeza exterior un tanto fingida.

—En fin, Juan, tú dirás... —proclamó Emiliano.

Lo primero que pensó al ver a Gregoria, la hermana de Juan Cardenal, alias *el Púrpura*, fue que le llamaban Goyita por su menudez. Anselmo Vela supo después, al hilo de su entrevista, que bien hubieran podido llamarle así por su afición a la pintura y en especial por don Francisco de Goya y Lucientes, el genio de Fuendetodos, cuyas láminas revestían buena parte de las paredes de su casa, enmarcadas con un gusto exagerado que, en vez de ocultar la pobreza de las reproducciones, la elevaban a la categoría de quiero y no puedo.

Goyita vestía de negro absoluto, lo que adelgazaba aún más su pequeña figura. Sus ojeras delataban que apenas le quedaban lágrimas. No solo había muerto su hermano sino que a ella le habían asesinado media vida.

—Perdone el desorden, inspector, pero realmente ahora todo importa poco o nada.

—La entiendo, señora. No se preocupe. Mi trabajo es mantener el orden, pero entre las personas, no entre las cosas —«Mientes como un bellaco, Velilla; tú ves un jersey mal doblado y te da un cólico», martilleó su conciencia, siempre dispuesta a entrometerse en su trabajo. «Ahora mismo te está pidiendo el cuerpo ordenarle la casa a la mujercita».

—¿El orden? El orden es morir de viejo, por enfermedad o por un accidente, pero el orden no es morir asesinado. Porque me han dicho que Juanito fue asesinado... — requirió Gregoria sin alzar la mirada.

—Efectivamente, por eso estoy aquí, porque, aunque no podemos resucitar a los muertos, sí podemos encarcelar a los asesinos. Hábleme de su hermano, de su vida, de sus problemas, de sus amigos, de su trabajo...

—Supongo que ya sabe que era...

—Sí, lo sé.

—El pobre creía que era un secreto, y lo sabía todo el mundo. Cuando, desde niño, tus compañeros de la escuela, tus amigos, tus vecinos, te llaman *Purpurina*, resulta difícil guardar un secreto.

—Creía que lo del *Púrpura* era un mote más reciente que le habían puesto sus amigos. Vamos, algo privado.

—No había nada privado en la vida de Juanito. Su infancia fue difícil, pero digamos que se ganó el respeto que inspiran los débiles. Cuando murieron nuestros padres, en aquel accidente de autobús, regresando de Alcañiz, el pueblo de mi madre, su carácter cambió. Hasta entonces se había acostumbrado a convivir con la

injusticia, con el silencio. A partir de entonces se obsesionó con la idea de acabar con la injusticia, de rebelarse contra el orden establecido. Decía que era comunista o anarquista, según las épocas. Supongo que ahora se lo puedo decir, porque no creo que vayan a detener a un muerto, ¿no?

—No, yo quiero detener a quien lo mató. Me gustaría saber si tuvo problemas con sus, digamos, relaciones sexuales. Usted ya me entiende...

—Si se refiere a si tuvo novio, ¿se puede decir así?, a mí no me consta. Yo creo que él solo pretendía satisfacerse sexualmente sin atarse a nadie. Sin embargo, de joven, tuvo una novia, Maite, pero yo creo que la usaba de tapadera y como escudo frente a las habladurías. La cosa no duró, porque no podía durar, y las mentiras tienen fecha de caducidad. Maite era una buena chica, pero no era tonta. Le creyó hasta que fue imposible creerle. Ella no lo veía como un sarasa, sino como un chico sensible al que le gustaba la poesía y por eso lo llamaban maricón. Más aún si tu poeta favorito es García Lorca. Ella era más de Bécquer, ya sabe, el de «poesía eres tú» y esas cosas de las pupilas y del arpa. Juanito odiaba a Bécquer, pero lo leía para que ella no se enfadase y se alejase de él.

—¿Y qué fue de esa tal Maite? ¿La cosa acabó bien o mal? —«Ya salió el cotilla vestido de investigador; te estás imaginando a la Maite y te estás poniendo cachondo; me parece que, más que *Velilla*, ahora eres un cirio encendido», sentenció su conciencia.

—La cosa, como usted lo llama, no acabó ni bien ni mal. Sencillamente acabó. Ella sufrió más, porque le había cogido mucho cariño a mi hermano y se sintió engañada, utilizada. Ya le he dicho que no era una ñoña tonta y marginada. Ya no vive aquí. Se casó y se fue a Madrid. Creo que su marido es policía, así que no le resultará difícil encontrarla, aunque no veo yo ninguna relación con la muerte de mi hermano. ¡Pobrecilla!

—La verdad es que yo tampoco. Pero, por si acaso, ¿recuerda su apellido?

—Echevarría. Maite Echevarría. Cuando rompieron, me alegré por ella. Más de una vez estuve tentada de contarle la verdad y probablemente fui injusta al no hacerlo, pero tampoco quería herir a mi hermano. Así que me declaré neutral. Espero que ahora sea feliz.

—¿Y qué me dice de sus amigos actuales? Si le soy sincero, yo no creo que sea casual que asesinaran a Ernesto Acevedo y ahora a su hermano.

—Eran buenos con él, pero creo que no eran los amigos que necesitaba. Encontró refugio en esa cuadrilla, pero la Comisaría se convirtió en su segunda casa, como usted ya sabrá. Por cierto, usted es nuevo, ¿no?

—Llevo algún tiempo, pero siempre he estado en asuntos burocráticos. En realidad, este es mi primer caso.

—Mire, Ernesto era un buen hombre. Le perdía el alcohol. Juanito siempre hablaba muy bien de él. Incluso lo admiraba. Nunca le oí una crítica hacia él, ni una queja. Decía que era un burro con muy buenas ideas. El otro, al que llaman *el Dandy*,

le sacaba de quicio. El sentido del humor no ha sido una de las virtudes de mi hermano y, al parecer, el tal *Dandy* es el rey del sarcasmo. Supongo que le tomaría mucho el pelo por ser... maricón, aunque nunca hablábamos de ello, porque, oficialmente, yo no sabía nada sobre sus inclinaciones sexuales. Además, ¡había tenido novia y todo! Pero muchas veces oía murmurar a Juanito contra *el Dandy*. Hay varios más en la cuadrilla, pero yo no les conozco demasiado. Desgraciadamente, conozco más a su comisario, que siempre ha sido educado conmigo. Perdóneme, pero no puedo decir lo mismo de alguno de sus compañeros. El tal Liborio, mejor tenerlo lejos que cerca. Lo siento, es lo que pienso. Si quiere, puede detenerme. A mí ya me da todo igual.

—Tranquila, ser sincero no es un delito.

—No, es el peor de los delitos en estos tiempos —«*Touché*, Velilla, esta tía los tiene bien puestos», intervino de nuevo su conciencia—. Yo no sé si ambas muertes tienen alguna relación, pero, si le soy sincera, hubiera preferido que a mi hermano le hubieran disparado como a Ernesto, en vez de tirarlo a la ría.

Por primera vez asomaron algunas lágrimas, las pocas que quedaban recluidas en los ojos arrasados por el dolor. Anselmo Vela le extendió su pañuelo, perfectamente doblado y con la letra A bordada en una esquina. Al fijarse en aquella inicial, Anselmo tuvo que reprimir la emoción al recordar a su madre que había fallecido poco antes de desplazarse él a Bilbao. De hecho, su muerte convirtió su destino casi en una huida. Siempre había querido salir de Medina de Rioseco, donde le esperaba la rutina del campo como único objetivo, como a su hermano, que seguía allí viviendo con su padre, ya carne de dominó y tute subastado.

—Gracias y perdone, pero nunca podré borrar la imagen de mi hermano magullado e inflado como todos los ahogados. Hasta en los asesinatos habría que tener algo de piedad.

—La entiendo, aunque me temo que los asesinos no piensan en esas cosas. Pero, dígame, ¿había tenido su hermano disputas recientes?, ¿problemas con alguien?, ¿notó usted si estaba nervioso por alguna razón? Lo más mínimo puede ser lo máximo para resolver el caso.

—Mire, yo intuía la vida de mi hermano, no la conocía, aunque creo que no había mucho trecho entre lo uno y lo otro. Llegaba de madrugada, a veces feliz, a veces indignado, y se levantaba a veces feliz, a veces indignado. Como todo el mundo.

—¿Pero no observó nada anormal en los últimos días?

—Nada especial. Sí es verdad que últimamente repetía una frase que nunca comprendí: «Los verdugos nunca te miran a la cara», decía.

—O sea que conocía a su verdugo o a su posible verdugo. O temía a alguien.

—No lo sé. Pero andaba revuelto. Dos días antes de aparecer muerto no durmió en casa.

—Justo después del asesinato de Ernesto Acevedo. Qué casualidad, ¿no le parece?

—Ese es su trabajo, no el mío.

Anselmo Vela no encontraba la hebra de la madeja, aunque intuía que estaba entre sus brazos, como cuando su madre desentrañaba aquel albondigón de lana enredado entre sus manos. Tenía el material del jersey pero no hallaba el punto necesario para hilvanar la bufanda.

—Supongo que no le dijo dónde había estado.

—Ya le he dicho que era difícil penetrar en su intimidad. Vivíamos juntos, pero eso no quiere decir que conviviésemos juntos.

—¿Alguna excusa cuando lo volvió a ver por casa?

—Me dijo que había andado «por ahí». Por si acaso, yo le había llamado al trabajo para saber si le había pasado algo. Todo normal, si es que el silencio es algo normal entre dos hermanos que, sin embargo, se quieren.

—En fin, Gregoria, si recuerda algo más, por insignificante que le parezca, no dude en llamarme. Ya sabe dónde encontrarme.

—La verdad, espero no volver a visitar su oficina. Llámeme usted si encuentra a quien lo mató.

Anselmo Vela salió de aquel pequeño museo de reproducciones de Goya, poco acertadas, es cierto, pero entrañables y no habituales en una España que tenía a la cultura secuestrada por los festivales de coros y danzas. Los pintores estaban en París o en la cárcel y los calendarios reproducían amorosas imágenes de vírgenes ascendiendo a los cielos o cristos que exhibían su luminoso corazón como quien exhibe un anillo de oro. Su propio cuarto, el de la pensión, estaba dominado por la Virgen de Begoña, que vigilaba desde un calendario con los festivos señalados en rojo («Sé que estás pensando que cómo se le escapó al Régimen ese color para definir los mejores días de la semana», le susurró su conciencia). Rojo, para los festivos; azules o negros, para los días laborables («Pues eso, membrillo, rojo y azul, los colores de la Falange y de las JONS; vamos que, si tienes la misma perspicacia para resolver el caso, te mandan a lacrar sobres a Correos», murmuró su conciencia, que cumplía escrupulosamente su misión de atormentarlo y contradecirle continuamente).

Dejó atrás la casa del *Púrpura* y Gregoria y se encaminó a la Comisaría. Siguió por la calle Gregorio Balparda hacia la plaza Zababuru, donde precisamente se encontraba el famoso palacio de la poderosa familia Zababuru, Villa Mena. Se percibía distinción en la línea rectísima de las construcciones de aquella parte de Bilbao, con pisos amplios, pensados para albergar a la familia y su correspondiente servicio. Curiosamente, esta zona de alcurnia lindaba con San Francisco, donde a la agitada vida comercial se le unía el ejercicio de la prostitución y donde convivían truhanes y señoritos, obreros, dependientes, contables y empleados de nivel, persiguiendo el olor a perfume barato entre cuerpos excesivos y variedades difusas. No era un mal día para atravesar esa zona tan prohibida como legal, que siempre había evitado. La prostitución no había sido nunca de su interés, ni siquiera despertaba su curiosidad. Pero, si la cuadrilla de los sueños —como había decidido

denominarla— frecuentaba el lugar, no estaría de más saber cómo era aquel parnaso amoroso que tanto interesaba a algunos de sus colegas y que estaba en boca de todos.

¿Cómo se llamaba la calle principal, o sea, la de las putas y las variedades? No era San Francisco («Hombre, *Velilla*, un santo dando nombre a un barrio chino... Tú estás gagá. ¡Que esto no es Alemania, chaval!», su conciencia exhibía, a veces, dotes de ilustración). ¡Ah! ¡Las Cortes! («Eso sí, inspector, por lo de los tercios familiares: él, ella y la otra», replicó su martillo pilón). Cruzó el puente de Cantalojas y se dirigió con una cierta desgana a esa calle entre maldita y adorable.

Atardecía en Bilbao, aunque ni en verano se distinguían especialmente las tonalidades del cielo, que chocaban contra las paredes grises o negruzcas de los edificios azotadas por la contaminación. A pesar de ser un día negro o azul, o sea, laborable, había un cierto bullicio por la zona. Las mujeres se mostraban en la puerta de los locales con sus faldas cortas. A Anselmo le sorprendía la voluptuosidad de sus muslos. Siempre había pensado en mujeres o muy gordas o muy delgadas, casi famélicas, como las de las portadas de algunas novelas costumbristas de los años del hambre. Suponía que las putas baratas no tenían término medio. Eso quedaba para las señoras de compañía con piso pagado o para las *vedettes* a las que los señoritos de Bilbao hacían regalos caros a cambio de favores nunca reconocidos.

Adivinaba entre las voces de aquellas mujeres acentos andaluces, algunos leísmos al hablar que delataban su origen castellano. Otros acentos eran tan inconcretos que bien podían ser vascos, aunque costaba imaginarse a una vasca de la época dedicándose al fornicio. «Alguna habrá», pensó, «aunque aquí hay una parte de la emigración fracasada». «No todo este humo es orégano», le silbó su conciencia, muy animada discurriendo entre neones y mujeres. «A veces todo el humo es orgasmo», zanjó. Pasó junto a los míticos teatros de variedades, donde las mujeres parecían más discretas. Se notaba que los hombres entraban por sí solos, sin necesidad de demasiados reclamos. Dentro, eran presa fácil del entorno. Y se acordó de Balzac cuando decía que «la mujer se burla de los hombres como quiere, cuando quiere y mientras quiere». Claro que Balzac gustaba de mofarse de las mujeres o, al menos, de las mujeres de alta cuna y no era fácil discernir hasta dónde llegaba su misoginia y dónde empezaba su crítica social.

«Déjate de filosofía y mira ese cuerpo serrano, ahí, a la izquierda. Esa te estrena a ti y te deja como si el tren de La Robla te hubiera pasado por encima. Lo mismo te haces maricón después de la experiencia». Anselmo Vela se había fijado en ella. No porque le desconcertase su belleza, sino por la rotundidad de sus formas, carentes de sutileza, curvas, digamos, de puerto de montaña, como esos que subía Bahamontes rodeando las caderas del monte. La mujer encendió un cigarrillo y se acodó en la pared de la puerta. Fumaba profundamente, «como se fuma después de haber echado un polvo, chavalín. ¡Ah!, ¡ya!, que tú ni follas ni fumas», le aclaró su amiga interior.

Al instante, un hombre salió del portal, se acercó a la mujer y le dijo algo al oído antes de irse, mientras ella seguía mirando al frente y fumando como quien aspira el

aire tras salir de una cárcel. Aquel hombre era *el Dandy*. Anselmo tuvo la tentación de seguirlo, pero aquella tentación respondía más a una deformación profesional, propia de una película de serie B, que a una necesidad de la investigación. A fin de cuentas, sabía perfectamente a dónde se dirigía. «Dos contra uno a que va al bar de Remigio Urteaga, alias *el Químico*. Y de allí, a su casa, en la calle Ronda. O sea que llevamos caminos parecidos». Por si acaso, se dispuso a cambiar de acera para evitar que le viera, porque, en ese caso, *el Dandy* pensaría que le estaba siguiendo, no aquel día sino todos los días.

«Vista a la izquierda, *Velilla*, ¡enorme sorpresa!», le advirtió su conciencia. Anselmo pudo observar entonces que *el Zambo* Rober, su compañero de la Comisaría, agarraba por el brazo a la mujer que había visto con *el Dandy* y la introducía en el bar colindante al portal del fornicio. «Tú verás lo que haces, *Velilla*, o sigues al *Dandy* o esperas a tu colega». «No digas chorradas. Si *el Zambo* me ve por aquí, se va a mosquear. Además, igual ha venido solo al asunto». «Ya, y qué casualidad que elija a la misma que *el Dandy* para follar».

—¿Has dicho follar, moreno? Pues aquí tienes alojamiento —le dijo una madura rubia de agua oxigenada mientras se levantaba la falda y le mostraba el triángulo de sus bragas rojas.

—¡H ostia, un segundo más tarde y me crujen! Eran dos mastodontes y, por una vez, creo que la diferencia de kilos me ha salvado —dijo *el Púrpura* mientras se atragantaba con un vaso de agua que Aurora le había servido del mismo modo en que en las películas del Oeste se apresuraban a traer agua caliente cada vez que había que extraer a alguien dos balas. O tres. O cinco. Daba igual, el cuerpo era el mismo.

—A ver, Cardenal, llegas de noche, a nuestra casa, no a la tuya, corriendo, con unos mastodontes por detrás que no querían pedirte la hora, es decir, huyendo. ¿Qué ha pasado? ¿Tiene que ver contigo o con lo nuestro? Porque si es contigo, estás a salvo, pero si es con lo nuestro, estamos todos desnudos. Así que chamulla...

Aurora se apalancó en el pequeño sofá como si fuera a iniciar una clase de yoga, porque su cuerpo era el que proseguía al de un niño, por elasticidad y casi por tamaño. Puso la botella de gaseosa *La Jirafa* en un costado y se dispuso a escuchar.

—Ni yo lo entiendo. Yo estaba en el bar ese, bueno, ya sabéis... ese. Estaba en la esquina de la barra hablando con ese, bueno, ya sabéis, ese, y en el centro había dos tipos desconocidos. Ese y yo pensamos que eran forasteros y no sabíamos discernir si alguien les había mandado al lugar equivocado o eran plenamente conscientes de dónde estaban. Conclusión: si eran novios, lo disimulaban muy bien; si no lo eran, cabía la posibilidad de que hubieran entrado porque era el único lugar abierto.

—Vale, Cardenal, las disquisiciones sobran. Estamos en el último acto. ¿Qué coño hacías tú de mozo corriendo en el encierro de San Fermín y los otros dos de toros enrabietados?

El Púrpura se bebió el agua de un trago. Se atragantó, tosió, se retorció como los atletas tras correr 800 metros lisos sin desmayo —«si llego, llego; si me quedo, me quedo»—, cogió aliento y prosiguió:

—Mirad, me fui al váter, que estaba más cercano a su posición que a la mía. Y dejé la puerta entornada. Ya sabéis que no me gustan los pestillos. Encerrado, ni para cagar, esa es mi máxima. O mi problema, bueno, da igual. No hablaban ni alto ni bajo, es decir, no parecían demasiado preocupados porque alguien les escuchara. Oí que uno decía: «Lo mejor en estos casos es actuar como Domínguez Muñoz». «Hombre, eso es acción directa pura y dura, ¿pero dónde encuentras un suicida que quiera acabar como Domínguez Muñoz?», le contestó el otro. «Bueno, los tontos abundan, es cuestión de elegir bien. El hecho de actuar como Domínguez Muñoz

confundirá al Régimen y nos dará tiempo para ponernos a salvo», le dijo el primero. «Hombre, yo tengo un par de candidatos a los que no sería difícil convencer...». En ese momento, salí yo del váter. La conversación me estaba poniendo nervioso y me entró miedo, aunque no tengo ni idea de qué estaban hablando. Sin volver a mi sitio, me despedí de... ese, ya sabéis, en medio de un silencio total. Salí y aceleré el paso. A los pocos segundos salió uno de ellos y me siguió con la mirada. Aceleré más. No sé si me equivoqué, porque enseguida tuve a los dos siguiéndome a unos cuantos metros de distancia. Dejé el Campo de Volantín, me metí entre calles y comencé a correr en zigzag, aprovechando las esquinas, con la intención de perderlos de vista. Creo que ellos no conocían bien este barrio y tuvieron algunas dudas. Eso me salvó y pude llegar hasta aquí. Supongo que ellos siguieron escaleras abajo hacia el Ayuntamiento. Fue todo como de película. Me he sentido el ciclista atropellado en *Muerte de un ciclista*, la película de Bardem. Espero que vosotros no me escondáis, como hacen Lucía Bosé y Alberto Closas, para quitarme de en medio.

—Déjate de bromas, Cardenal. Tú no sabes quién fue Juan José Domínguez Muñoz, ¿verdad? —preguntó muy serio Emiliano.

—Pues no. ¿Cuántos Domínguez Muñoz hay en España?

—Pues este Domínguez Muñoz era un falangista, nacido en Sevilla, que protagonizó un atentado en 1942 en la basílica de Begoña.

—¡No jodas!

—Pues en eso estaba, pero no, ya no jodo. El tal Domínguez tenía buenas relaciones con Hitler, que barruntaba la posibilidad de invadir el País Vasco y después España, una idea que los falangistas, que en aquel momento estaban dolidos con Franco, apoyaban. Total que el tal Domínguez lanzó una granada de mano frente a la basílica que causó varias decenas de heridos. Dentro de la iglesia estaba el general Varela, que entendió que era un atentado contra su persona. Por eso Franco ordenó fusilar a Domínguez Muñoz, mientras Hitler, en cambio, distinguía al falangista con la Orden del Águila alemana. Curioso, ¿verdad? Franco lo ejecutó al mes siguiente y después se cargó la Falange. La historia es mucho más larga, pero a estas horas es suficiente para saber de qué hablaban tus amigos.

—O sea que... ¿alguien está preparando un atentado contra Franco desde dentro del Régimen?

—No lo creo. Más bien, alguien quiere hacer pensar eso al Régimen. Ellos mismos lo dijeron en la conversación que escuchaste mientras estabas cagando y antes de que te cagaras.

—Mira, Juan —terció Aurora, que no había pestañeado durante la narración de los hechos—. Puede que esos dos mastodontes no le den más importancia a lo sucedido o puede que te busquen para saber qué sabes y callarte la boca. Yo te recomiendo que no vuelvas a ese bar y te alejes lo más posible de este barrio. El del bar, sí, ese, ¿qué sabe de ti? Porque van a ir a por él, a indagar...

—Sabe cómo me llamo y poco más, que soy... eso... y que, de vez en cuando, él y yo... pues... eso. Pero no sabe ni dónde vivo ni a qué me dedico. No sé si eso me protege.

—Hombre, tienen algo por dónde empezar. Saber el nombre de las personas ayuda a encontrar personas si se tienen medios y paciencia. ¿Sabe cómo te apellidas? —insistió Emiliano en el interrogatorio.

—No, no. Lo nuestro es un asunto furtivo, a salto de mata.

—¿Ni que te apodan *el Púrpura*?

—No. Para él soy *Chiqui*, por razones obvias.

—¿Y algún otro de... esos... sabe cómo te llamas, dónde vives, en qué trabajas? Es decir, ¿sabe lo suficiente de ti como para que ahora suponga un problema?

—Hombre, algunos hay, dos o tres, no más. Uno, además, ahora vive en Barcelona. Otro va alguna vez por otro bar, pero no vive en Bilbao.

—Bueno. Tú aléjate de ese bar, de este barrio y déjate ver poco o nada por la calle. Yo me pasaré por el bar en unos días para ver si ha ocurrido algo que nos permita saber si te están buscando o han olvidado el incidente —sentenció Emiliano—. Ahora vamos a dormir.

Aurora dio un último trago a la gaseosa y desenredó sus piernas con la misma agilidad que las había anudado a su cuerpo. En pocos minutos, el silencio se adueñó de la casa. Juan Cardenal se metió en la cama y masculló: «Mierda, en mala hora comí aquella naranja. Siempre me da ganas de cagar».

El Dandy caminaba tranquilo, sin atender los reclamos de las prostitutas que le hostigaban a su paso. No transmitía la felicidad de los que han desfogado sus ansias, ni la infelicidad de quien regresa insatisfecho. Caminaba con levedad, la mano izquierda en el bolsillo y la derecha sosteniendo entre los dedos un cigarrillo recién encendido. Anselmo Vela caminaba por la acera contraria sorteando el bullicio de *la Palanca*, típico de un viernes entre la tarde y la noche. Las mujeres le incitaban a perder su virginidad. Si ellas lo supieran, la carcajada rompería los cristales de los edificios. Estaban acostumbradas a desvirgar machos, pero más jóvenes, generalmente mozalbetes de buena familia que escondían en las Cortes la irreverencia de los placeres mundanos. Allí comenzaban a hacerse hombres y terminaban de hacerse en el servicio militar. Las dos orillas de la masculinidad.

Los locales de la noche se mezclaban con los bares del día a día. Aquí un bar de putas, aquí una pollería, aquí un café cantante (con putas), allí una taberna que asaba chicharos y perfumaba la calle con un olor más natural y duradero que la colonia barata mezclada con sudor. Anselmo Vela descendía por Las Cortes mirando con un ojo a El Gato Negro, el Bataclán, el Novedades, el Palanca 34, el Shangai, y, con el otro, el caminar del *Dandy*, pausado, como de guerrero apaciguado o quién sabe si de amante rutinario. De pronto, hizo el gesto de girar la calle y bajar por Conde Mirasol hacia la calle de San Francisco. Anselmo Vela se acodó en una farola, en espera de acontecimientos y para guardar la distancia de seguridad. *El Dandy* dio media vuelta y volvió sobre sus pasos, desandando el camino. Anselmo Vela estaba desorientado pero decidió seguirlo. Se giró hacia el escaparate de una farmacia mientras su objetivo le volvía a sobrepasar por la acera de enfrente. Entonces volvió a cruzarse con las mismas mujeres que reclamaban su atención («¿Qué, muchacho, no te decides por ninguna?», le espetó una morena de pelo largo que exhibía la mitad de sus pechos mientras los pezones pugnaban por agujerear su camiseta de tirantes). Ahora *el Dandy* caminaba más ligero, como quien se ha olvidado algo valioso o impertinente en el lugar más inadecuado. *El Dandy* entró en el bar donde pocos minutos antes *el Zambo Rober* había introducido a la chica a la que presuntamente *el Dandy* le había introducido antes otra cosa. «*Velilla*, esto huele mal. Este triángulo no me gusta nada», advirtió a Anselmo su conciencia, que por vez primera había abandonado el humor para sumirse en la perplejidad. Toca esperar. Pasaron algunos minutos y nada

ocurría. «Yo que tú me metía en este bar y con un ojo vigilaba la puerta de El Tropical y con el otro investigaba los escotes de estas mujeronas».

—¿Que quiere tomar?

La pregunta del camarero le sacó de su aturdimiento. ¿Un té?, ¿una manzanilla? Lo que le gustaba le daba vergüenza propia.

—Un café solo, por favor.

—Lo siento, aquí no tenemos café.

—Hummm... anís, una copa de anís.

«¡Toma, *Velilla*! ¡Ya solo te falta echar un polvo! Pero recuerda que estás de servicio. De todos los momentos de tu vida, este es el más inadecuado para perder tu virginidad. Ahí enfrente está pasando algo gordo o quizás pueda pasar algo gordo, aunque entiendo que esa rubia de pelo corto te la esté poniendo gorda. Ahí te viene...».

—¿Sabes una cosa, cariño? No es bueno beber solo. ¿Qué estás tomando?

—Anís.

—O sea que te gustan las cosas dulces. A mí también. La muchacha cogió la copa y apuró un sorbo pequeño. «Así saben mejor los besos», le dijo antes de sellarle la boca con sus labios. Unos labios finísimos. La mezcla de anís y carmín le dejó a Anselmo Vela un sello imborrable. No fue un beso apasionado, ni fraternal. Estaba a mitad de camino entre el placer y la duda. Sabía que ese beso era como el sobre que escondía en el interior una carta de amor con factura incluida. Pero nunca olvidó ese sabor, una especie de mermelada amarga que discurrió unos segundos por sus labios cerrados. No era su primer beso, pero sí el más sorprendente. Ya había besado a aquella novia riosecana que ahora tenía como único objetivo en la vida cuidar de sus hijos y su marido.

—¿Ves cómo es mejor beber en compañía? Siempre es mejor tener compañía.

Anselmo Vela apuró un sorbo de anís que sintió circular por su garganta como si se hubiera tragado un haz de agujas. «Algo así deben sentir los faquires cuando tragan el fuego», pensó, mientras la chica deslizaba su mano por la entrepierna con la nada encubierta pretensión de alcanzar sus criadillas. Vela no dejaba de mirar a la puerta de El Tropical, mientras ella avanzaba con tacto firme y lento, jugueteando con su excitación, demorando el objetivo final que más tarde que temprano tenía que llegar. Sorbió un segundo trago con el ánimo de apaciguar su doble inquietud: ¿qué estaría pasando en El Tropical entre *el Dandy*, *el Zambo* Rober y esa prostituta? ¿Y qué le estaba ocurriendo a él, recto muchacho castellano, para estar bebiendo anís con la mano de una puta a punto de acariciarle el paquete? «Pues que te estás poniendo cachondo, *Velilla*, que, aunque tú no lo sepas, antes que policía eres un hombre y a todos los hombres les gusta tener la mano de una mujer acariciándoles la entrepierna», habló su conciencia.

—Bueno, ¿qué?, ¿te animas? Aquí arriba tú y yo nos lo podemos pasar muy bien. Igual hasta te enamoras de mí.

Por fin, la mano había llegado a su destino. Lo que tenía que pasar había sucedido y Anselmo Vela sintió la palma de aquella mano pequeña frotando su pene, que parecía decirle que lo librara de aquel pantalón de franela, que lo dejara salir a ver el mundo. «Claro, el pobre lo único que conoce del mundo son los mingitorios y la ducha. ¡Qué vida más perra!». Su conciencia estaba en su salsa. Había soñado tanto con este momento, que repicaba sin cesar. «¡Lástima que estés de servicio, que, si no, te la *quilabas!*, ¿a qué sí?». *El Dandy* le sacó del atolladero poniendo punto final a sus primeros instantes de pasión, a su bautismo hormonal. «Lo siento, chaval, te acabas de ganar un fuerte dolor de huevos. Pero lo primero es lo primero», dictó su conciencia.

—Lo siento, tengo que irme... Quizás otro día. Acaba tú la copa.

—Tú vuelves, pero yo igual ya no estoy —respondió la muchacha, demasiado acostumbrada a calcular las posibilidades de éxito y de fracaso ante un potencial cliente.

Anselmo pagó y se dirigió a la puerta, pero sin salir. *El Dandy* enfiló en dirección contraria a la de la vez anterior. Esta vez se dirigía hacia el puente de Cantalojas. Le dio un par de segundos y se dispuso a seguirlo por la acera contraria. Vuelta a empezar. Apenas había dado un paso cuando *el Zambo* Rober salió también del bar caminando en dirección contraria a la del *Dandy*. Anselmo dudó a quién seguir. Eligió al *Dandy* porque, si Rober lo descubría, la situación sería muy embarazosa, difícil de explicar. Lo tendría en contra y ese era un mal negocio. «Sigamos al *Dandy*. ¿Por qué habrá cambiado de recorrido? ¿Qué coño está pasando aquí?». «Coños hay muchos aquí, *Velilla*, pero yo creo que el coño que tienes que seguir es el de esa putilla, y no me refiero a la que te estaba tocando los cojones hace unos segundos, sino a la otra, la que está ahí, dentro de El Tropical, y quizás te esté tocando los cojones sin que te hayas dado cuenta». Su conciencia a veces abandonaba la ironía y hacía gala de su perspicacia. «De momento, sigamos al *Dandy*. Pero habrá que volver a El Tropical».

El Dandy caminó hasta el puente de Cantalojas, giró a la derecha y bajó por la calle García Salazar hasta Hurtado de Amézaga. Allí cruzó la calle y cogió Bertendona, donde estaba el teatro Campos Elíseos. Caminaba tranquilo. Ni una sola vez giró la cabeza, lo que hubiera puesto en apuros a Anselmo, porque no transitaba mucha gente por aquel Bilbao que agotaba su última luz. Volvió a girar hacia alameda de Urquijo, en dirección a la Gran Vía. Se hacía raro ver a Tasio Zabala de transeúnte por el Bilbao pijo y señorón. Por algo a la Gran Vía la llamaban *el Tontódromo* las gentes populares. Cruzó la Gran Vía y siguió por alameda de Mazarredo hasta la plaza del Ensanche. Se sentó en un banco y encendió un cigarrillo. En un par de minutos, un joven se sentó junto a él. Era un tipo delgado, con gafas. Anochece y Anselmo Vela, de lejos, no podía extraer muchas conclusiones sobre su físico. Apenas divisó lo de las gafas y que vestía un jersey de pico azul marino. Hablaron muy poco antes de que el joven le diera una pequeña bolsa que bien pudiera contener

papeles o fotografías. Algo pequeño. El chico se marchó por Ibáñez de Bilbao abajo. Anselmo Vela decidió cambiar de objetivo. Al *Dandy* ya sabía dónde encontrarle cuando quisiera, pero aquel joven podía esfumarse para siempre. Tampoco era cuestión de abordar a Tasio para ver qué había en esa bolsa. Quizás no fuera nada comprometedor. Ya lo sabría de una u otra manera. El joven caminaba ligero en dirección al puente del Ayuntamiento. El seguimiento era más sencillo porque suponía que ninguno conocía al otro. Lo siguió hasta que el muchacho se metió en un portal de la calle del Cristo. Anotó la dirección y decidió volver a la Comisaría. Era tarde, pero necesitaba repasar el expediente sobre la muerte de Ernesto Acevedo. Quizás se le hubiera pasado algo. Las cosas cambiaban a mucha velocidad. Demasiada. Caminó con calma hasta la Comisaría de María Muñoz y tardó unos quince minutos en llegar. Eligió la calle Viuda de Epalza en vez de la de la Esperanza porque le gustaba ver el Arenal con sus árboles y su kiosco de música en el que la Banda Municipal amenizaba los mediodías de los domingos con música clásica o popular. Había ido varias veces a escuchar esos conciertos callejeros a los que acudían principalmente gente mayor («para que luego digan que la música no tiene edad», solía decir). Las imágenes se mezclaban en su cabeza, haciendo ojos ciegos a los árboles. La mano de aquella prostituta, la cara de la otra, *el Dandy* y *el Zambo* Rober entrando y saliendo, aquel muchacho, la mano de aquella prostituta, la copa de anís, la mano de aquella prostituta, la mano de... «¡Ya vale, *Velilla*, que vas a mojar la franela!», le calmó su conciencia.

—Hombre, detective, ¿cómo usted por aquí? —le recibió Liborio.

—Ya ves, no puedo vivir sin ti.

—No me habrás traído flores. Lo digo porque vienes un poco empalmado.

—Es que es verte y...

—Por cierto, Rober ha detenido al *Dandy*. Están abajo... charlando.

Asesinar a Franco... La gran quimera. El gran momento de gloria de los parias de la tierra, de los hombres libres. ¿Cuándo?, ¿dónde?, ¿cómo? Asesinar a Franco es como cazar lagartijas, se te escapan nueve de cada diez, y a la que pillas apenas le cortas el rabo, que vuelve a crecer. Emiliano, el anarquista, piensa, elucubra, le cuadra el crucigrama. En su Arcadia feliz no cabe Franco y lo borra. ¿Cuándo? Ya se verá. Seguro que ya sabe cómo y, sobre todo, dónde, suponiendo que dónde coincida con adonde decida acudir *el Enano*. Porque cabe pensar que él, tan fervoroso, regresará alguna vez a la basílica de Begoña y esta vuelva a ser su sede espiritual, su mansión del poder conferido por Dios, como cuando la visitó en 1937, al día siguiente de la caída de Bilbao, bendecido previamente para poder acceder al templo con las botas rezumando el barro rojo de la sangre. No contento con su hazaña, con su profanación religiosa (y a mí qué me importa la profanación si la virgen es de mármol y los santos de lienzo pintado), su esposa, o lo que fuera esa esfinge cleptómana como un amasijo de huesos que se colgaba collares para saber dónde tenía el cuello, volvió el mismo año a la basílica a recibir la joyas presuntamente robadas por la República. ¡Coño, las robó ella, no el párroco Fortunato de Unzueta, ni el consejero de Finanzas del Gobierno Vasco, Eliodoro de la Torre, que trataron de protegerlas del expolio, en Suiza!

¿Cómo?, ¿dónde?, ¿cuándo? ¿Desde cuándo un anarquista ha tenido en cuenta esos pequeños detalles? ¿Y quién? ¿Quién ha decidido que sea yo? ¿Será que un amante de la poesía como *el Dandy* está inhabilitado para pegar un tiro? ¿Será que un joven anarquista está capacitado para construir bombas pero no para ponerlas? No es esa, que yo sepa, la tradición de los libertarios, siempre con el dedo en el gatillo, con la Revolución a punto de un sueño de verano. No, tú eres ese hombre, Ernesto Acevedo, el libertador, el hombre que pasará a la historia, vivo o muerto, el portuario, el borrachín, el padre de familia, un tipo tan especial al que ni siquiera le gusta el fútbol. Un tipo que desenfundó más rápido que el forajido requeté, un tipo al que ahora le piden que se convierta en Gary Cooper en *Solo ante el peligro*.

¿Cómo, dónde, cuándo, quién? Una bomba, en la basílica de Begoña, cuando venga *el Enano* —ni siquiera sabemos si va a venir algún día—, yo...

Las palabras daban vueltas por la cabeza de Ernesto Acevedo mientras portaba en su espalda los sacos de 50 kilos de cemento caliente hasta el pie de la escotilla. 15 metros que eran como un maratón, 15 metros interminables con el cemento

quemando la espalda como un castigo bíblico. Y *el Púrpura*, el atildadito mequetrefe que nunca está cuando se le espera, ¿por qué no vino ayer a escuchar al oráculo de Emiliano y a su mujercita preciosa, mínima y rocosa como una joyita de oro? Juanito Cardenal, el escapista, siempre escapando de sí mismo, siendo quien no es y no siendo quien es, tan comprometido siempre con el pasado, tan temeroso del presente, sin mirar nunca al futuro... ¿Por qué no Juanito, tan insignificante que bien pudiera pasar desapercibido entre la multitud, tan chico que bien pudiera ser un falso monaguillo, niño del coro, tan barbilampiño él? ¿Por qué no buscar la coronilla del *Enano* desde el coro? Ya, ya sé que estaría infestado de policías, pero un niño falso con sotana negra y roquete blanco tienta más al relajamiento de las medidas de seguridad. ¿Por qué no Juanito, tan relacionado con los curas, de los que reniega en público para hacer de asistente de sacristía el día del *Te Deum* y convertir, desde allí, los cantos angelicales de la Escolanía en estruendo de la libertad? ¿Por qué no Juanito, tan temeroso del futuro que nada pierde si muere en el intento, en el éxito o en el fracaso? ¿Qué más hermoso que un maricón acabe con la vida de un cabrón?

Un saco, otro saco, otro saco, 15 metros, 15 metros, 15 metros desde la bodega hasta la escotilla de aquel barco interminable. ¿Y por qué no *el Poncho*, el irónico adulator, amante del ponche, que es una bebida absurda, ni dulce ni amarga, que se desliza por la garganta con su caminar pastoso? ¿Por qué no Miguel Arévalo, *el Poncho*, el único que jamás ha pisado los calabozos de la Comisaría, buen hombre, mejor padre, fiel esposo, ayudante de ingenieros, de encofradores, de calorifugadores, ayudante, siempre ayudante? ¿Por qué no Remigio, tabernero, alquimista del vino y el agua, vasco de pro, con ese aspecto de curilla de pueblo, soltero y entero, al que no se le conoció mujer, ni comentario de mujer, ni chiste de mujer? ¿Por qué yo?, ¿porque fui el único que estuvo en el frente durante la guerra?, ¿porque sé lo que es disparar y ver al enemigo caer muerto a tus pies? ¿Por qué no esa mujercita anarquista que bien pudiera pasar por una monjita deseosa de tocar la mano de un caudillo que Dios ha enviado a España para salvarla del pecado y del ateísmo, de los masones y de los rojos, pirómanos de iglesias y violadores de sus compañeras mártires?

Juanito, *el Púrpura*, ¿por qué no estaba Juanito ayer? ¿Por qué tengo la sensación de que *el Dandy* y ese tal Emiliano habían hablado del asunto, y no una vez, antes de montar esta encerrona? Pero fueron bien servidos el anarquista y su muchacha, esos niños de la guerra que nunca oyeron silbar una bala. Y Tasio, *el Dandy*, el poeta putero, el chupaversos, el futbolero, el hacedor de soldados comunistas, también fue bien servido. Pero Juanito... ¿dónde estaba Juanito?, ¿por qué aparece en mi casa, aparentando tranquilidad? Nada hay más evidente que un cagado de miedo fingiendo normalidad.

El Púrpura se levantó después de una mala noche, soñando con mastodontes que devoraban naranjas defecando una mierda granate sobre su cabeza. Vuelta para aquí, vuelta para allá, y los mastodontes aparecían por aquí y por allá persiguiendo a una

naranja que rodaba con agilidad por las aceras, sorteando alcantarillas, derrapando en las esquinas, huyendo de aquellos perros enormes que buscaban sorber el zumo sanguinolento de aquella naranja sanguina después de haberla machacado con sus pezuñas como puños. Otras veces, los perros esperaban tranquilamente que la naranja saliera de su escondite mientras mostraban sus lenguas en forma de pistola como dragones contemporáneos. Emiliano y Aurora ya estaban desayunando cuando Juanito apareció en la cocina sudoroso, con sus delgadas piernas al aire de la mañana, la camiseta blanca de tirantes por encima de su calzoncillo también blanco, de los de toda la vida, con su huevera y todo, en la que no abultaba nada.

—Desfile de ropa interior, por el gran Juanito, el modelo escuálido —bromeó Emiliano.

—Déjate de chorradas. He pasado una noche horrible y me temo que no va a ser la única, soñando con perros, naranjas, sangre y mierda.

—Con menos que eso los americanos hacen una película de terror —añadió Aurora mientras echaba unos trozos de chocolate a un tazón lleno de leche.

—¿Y qué hago yo ahora? Menos mal que es sábado y no tengo que ir a trabajar...

—Puedes quedarte aquí un rato. Nosotros nos vamos ahora. Daré una vuelta al edificio a ver si los toros andan por ahí pastando. La ventana de nuestra habitación da a la calle. Vigila dese allí, pero sin correr las cortinas y sin encender la luz. Si ves que miro hacia la ventana, es que hay vía libre. Vete donde quieras menos a tu casa. Y vete en taxi. Si no miro, no salgas de casa y espera a que regresemos. Por cierto, parece que ha refrescado y mucho, así que, si te vas, coge lo que quieras de mi armario y mete tu ropa en el cesto de la colada mezclada con la nuestra. Es más fácil recordar la ropa que la cara.

Juan Cardenal, *el Púrpura*, el perseguido, eligió una taza de las medianas del armario de encima de la cocina y calentó un café de puchero mientras daba tiempo a que sus espías inspeccionaran el barrio, certificasen su limpieza o advirtiesen la basura a su alrededor. Mientras se calentaba el café de recuelo, borra incluida, se dirigió a la ventana de la habitación, se apalancó en un costado desde el que se divisaba la calle completa y esperó la señal. La positiva o la negativa. «¿Y si no mira hacia arriba, qué hago? Me cago, ¡vaya que si me cago! Esos bestias son capaces de tirar la puerta abajo. ¿Pero cómo van a saber en qué piso y en qué mano estoy? ¡Cómo van a tirar todas las puertas abajo! ¡No serán tan gilipollas! Simplemente esperarán a que salga, porque algún día tengo que salir, me meterán en un coche y me inflarán a hostias hasta que diga lo que quieren oír. Verdad o mentira, ¿qué más da? El problema es que a la cuarta hostia diré la verdad después de tres mentiras, o sea que mejor lo digo antes de la primera hostia y me ahorro tres, todo un descuento».

Emiliano pasó por la acera de enfrente y miró hacia la ventana con aire tranquilo y despreocupado. Vía libre. Ni perros ni naranjas. «Joder, no vuelvo a comer una naranja en toda mi puta vida», murmuró Juanito. «Pero demos tiempo al tiempo. Calma, Juanito, calma». Se sirvió otra taza de café con achicoria, dejó caer unas

pocas gotas de leche y apuró el brebaje como si fuera un jubilado recién liberado de los brazos de Morfeo. Con la taza entre las manos, curioseó la vivienda. No era un cotilla, ¿pero qué hacer para matar el tiempo? La pequeña sala, algo así como el centro de operaciones, estaba dominada por unas estanterías de madera clavadas a la pared al modo rudimentario. Ni un solo libro comprometido, algunos pequeños tiestos con tristes flores de plástico, una reproducción muy lánguida de la torre Eiffel y, entre los libros, los *Episodios nacionales* de Pérez Galdós, algunos poemarios de Gustavo Adolfo Bécquer, algunos álbumes de geografía y *La Historia de España contada con sencillez* de José María Pemán, donde el enamorado seguidor del Régimen no solo contaba su historia de España sino los muertos de cada batalla con exactitud aritmética: pocos españoles, muchos de los demás. Tebeos de *Hazañas bélicas*, de *El Jabato*, pequeños joyeros de nácar sin joya alguna, con algún imperdible, alguna aguja... «Si algún secreta entrara aquí, no dudaría de la culpabilidad de los inquilinos», pensó Juanito, abrumado por tal profesión de fe a los valores del Régimen. «Se han pasado», siguió pensando, «con un poco de Corín Tellado, algún libro de Aritmética, una enciclopedia al uso y, si quieres, el libro de Bécquer hubiera bastado. En fin, cada quién es cada cual». Paseó por la casa matando el tiempo para que el tiempo no lo matase de angustia. «¿Y a dónde voy cuando salga de aquí, suponiendo que me permitan decidirlo los mastodontes, que no me atrapen recién salido del portal y ellos decidan mi recorrido, o sea mi destino, o sea mi final?». Decidió ducharse en el pequeño cuarto de baño y no pudo reprimir el deseo de salpicarse unas gotas de colonia de Aurora, solo dos, un toque que no llamara la atención. A fin de cuentas, era una colonia barata que seguramente sucumbiría al viento de la mañana en breve plazo. Tomó una camisa de cuadros del armario de Emiliano y unos pantalones. Su amigo apenas le llevaba una talla, nada que no pudiera ocultar un cinturón bien ajustado. Una chamarra de pana ocultaría el exceso de tela sobre su cuerpo. Puso su ropa en el cesto de la colada y la envolvió con la de Emiliano y Aurora. Ya pasaría a recogerla más adelante. Era el momento de salir, de jugarse la vida por la vida, mejor dicho, de jugarse la vida por una naranja. Y luego dicen que las casualidades no existen... Una cosa es encontrar tu media naranja y otra, muy distinta, que una naranja te lleve al huerto, o sea, al camposanto.

Pasaron diez minutos, veinte, treinta... Tiempo suficiente. A fin de cuentas, nada es más inútil que aburrir a un vigilante aburrido. «Si Emiliano se ha equivocado y me están esperando, lo harán sin flaquear, turnándose, cagándose en la madre que me parió, lo que les hará más salvajes si llega el fatal desenlace». ¿A dónde ir? Reflexionó y, de pronto, se sintió solo, desnudo, una gota de lluvia en el océano. Los nombres de sus amigos revoloteaban en su cabeza exhibiendo más sus problemas que sus ventajas. ¿*El Dandy?*, volátil; *el Poncho*, lejano; Remigio *el Químico*... es una opción, pero estará en el bar y no es el lugar más recomendable para presentarme ahora; Ernesto... queda Ernesto, el bonachón, imprevisible, tan habitual de la Comisaría que nadie pensaría que recurriese a él. Ernesto, siempre Ernesto Acevedo,

Madame para los amigos, el rey de la solemnidad de las citas, el hombretón que soñaba con Rusia sin que Rusia jamás soñara con él y que dejó de soñar cuando se hartó de sucumbir a la realidad de una espera interminable.

Cerró la puerta con un golpe seco pero tímido. Bajó las escaleras. Salió del portal, miró a ambos lados de la calle, como los espías de las películas, y se abalanzó a la acera como quien llega tarde desde la línea de salida. Bajó hasta el Ayuntamiento y paró un taxi: «A Achuri, a la plaza de la Encarnación», le dijo al conductor del *vehículo*, un Renault Dauphine, porque todos los taxis eran de la marca Renault, especialmente el R-4CV (más conocido por *el cuatro cuatro*), al que se añadió este modelo. Juanito siempre tuvo alma de señor, aunque en este caso se trataba de un asunto de supervivencia. Se hubiera montado en una moto o en un carro de bueyes, llegado el caso. Pero fue un Dauphine, coche de taxistas o de la clase media alta, tan populosa en un Bilbao más industrial que industrial.

Bajó del taxi junto a la iglesia de la Encarnación, frente al restaurante Arandia. Taberna de Paloca, Arandia, alubias, olor a vida a través de la comida, y enfiló el callejón que concluía en las escaleras que llevaban a la plazuela de Artechu. En la mitad vivía Ernesto, que fue quien le abrió la puerta tras llamar suavemente al timbre.

—Coño, el niño perdido y hallado en el templo. Pasa, Juanito.

—Ya ves, no sabía qué hacer y se me ha ocurrido venir a verte.

—Ayer no viniste.

—No pude.

Un paripé, un puñetero paripé. *El Zambo* se encuentra con *el Dandy* en un bar de *la Palanca*, hablan, por lo que se ve, junto a una putita que ambos conocen. Se van uno por cada lado. *El Dandy* se encuentra con un tipo que le da algo en una bolsa y, minutos después, Rober detiene al *Dandy*. Un paripé, un puñetero paripé. «Mira, *Velilla*, te apuesto lo que quieras a que no se lleva ni una hostia y en unas horas sale por esa puerta compungido y doliente». A veces su conciencia y él coincidían, aunque generalmente eso solo sucedía ante situaciones obvias.

—¿Qué ha hecho esta vez don Tasio Zabala? —preguntó Anselmo a Liborio, fingiendo una sorpresa burlona.

—No sé, pero creo que Rober le ha pillado con algunos papeles comprometidos. No sé más. Mira, ahí sube Rober, pregúntaselo tú mismo.

—¿Qué pasa, Rober, ha habido caza nocturna? —preguntó Anselmo, a mitad de camino entre la rabia y la risa.

—Este hijoputa no para quieto y está metido en algo gordo. Le he pillado con unos papeles: unos planos de la basílica de Begoña, la sacristía, el altar, el coro, las tomas de electricidad, las tomas de agua... todo, todo, todo.

—¿Y él qué dice? —insistió Anselmo Vela poniendo un tono de estupefacción en sus palabras.

—Ha cantado como un jilguero feliz. No ha hecho falta ni una hostia.

—¿Y?

—Voy a contárselo al comisario. Si quieres, luego hablamos.

«Te lo dije *Velilla*, ni una hostia. Unas horas en el calabozo y el jilguero vuelve a volar, a presentarse como la víctima de la tortura, un mártir obligado a cantar la música que le dicta la Policía. Me parece, detective, que aquí hay muchos gatos encerrados y que el que está metido en algo gordo eres tú». Anselmo y su conciencia bailaban el vals de una gran mentira que sobrevolaba sobre su cabeza. «O el comisario es muy tonto, cosa improbable, o me ha puesto aquí como escudo casi invisible para que no estalle ninguna bomba, y no precisamente en la basílica de Begoña. Empiezo a pensar que esa banda de locos es eso, una banda de locos, tristes marionetas en manos desconocidas que bailan una música que otros interpretan. Ellos, como mucho, no hacen sino tocar los platillos para, con su estruendo, ocultar la melodía».

—¿Qué tal tu investigación, *Marlowe*? —susurró Liborio con su habitual mal humor.

—Enfangada —respondió Anselmo, más preocupado por observar la conversación entre *el Zambo Rober* y el comisario. No había gestos de extrañeza, ni nervios, ni aturdimiento.

—O sea, que no avanzas.

—No. Enfangada significa metida en el fango.

—No sé por qué me da que Rober va a esclarecer esta situación antes que tú —se carcajeó Liborio.

—Elemental, querido Watson —respondió Anselmo y se arrepintió al instante, pero dicho estaba. Liborio lo confirmó: volvió a sus papeles con la atención que un contable pone en las hojas de cálculo cuando se acerca el final de la jornada. Anselmo también abrió el informe de las muertes de Ernesto y *el Púrpura* y se aplicó oficialmente a la tarea, aunque su ojo izquierdo estaba más atento a la cristalera del despacho del comisario.

Quince minutos después, poco más o menos, Rober salió de la charla con el comisario Andrade y se dirigió a Anselmo, que hizo un esfuerzo para mostrarse sorprendido.

—Velilla, ¿qué sabes tú de las andanzas del *Dandy* y compañía? —preguntó mientras aposentaba el culo encima de la mesa de Anselmo. Estaba claro que pretendía medir el grado de conocimiento que este hubiera podido atesorar en los últimos días. Anselmo rememoró en un instante las imágenes de *El Tropical*: uno que sale, otro que entra y, luego, una conversación y una detención. Estaba claro que *el Zambo Rober* era, en esos momentos, cualquier cosa menos un aliado.

—Poca cosa, Rober. Quiero decir que esta cuadrilla es poca cosa. Cada vez me inclino más a pensar que lo de Ernesto fue un asunto personal y lo del *Púrpura*, pues cosa de maricones. Ya sabes que ese mundo es muy cerrado y muy dado a los rituales.

Anselmo era consciente de que esa respuesta le perjudicaba como investigador, pero, si le contaba a Rober sus verdaderas impresiones, le perjudicaría como persona.

—¿Y *el Dandy*? Me ha dicho el comisario que te encargó que siguieras sus andanzas, más allá de los casos que te ocupan —requirió Rober, sin darse por vencido. «Está deseando darte una hostia, *Velilla*. Si pudiera, lo haría», le avisó su conciencia.

—Nada de nada. Su cuadrilla, sus bares, sus putas. Bueno, según creo, solo visita a una. No me consta que vaya de cazador furtivo por *la Palanca*. Igual está enamorado —añadió para que el cebo tuviera todo el envoltorio de la ingenuidad. A fin de cuentas, era notorio que, en cuestión de putas, él era un perfecto ignorante.

—¿Y cómo se llama esa putita? —insistió Rober, inconsciente de que ese diálogo era un juego de equívocos sobreactuados.

—Espera que lo miro... —y se dirigió a su cajón fingiendo un desinterés calculado.

Antes de volver a la Comisaría, Anselmo Vela había rehecho el camino hasta *la Palanca* y había entrado en El Tropical. A fin de cuentas, aquella morena de enfrente le había robado la virginidad intelectual, que es la más difícil de vencer. «Cuando el cerebro descansa, el nardo se levanta», le convenció su conciencia, atrevida, como todas las conciencias que se precien. Deshizo el cortinón que ocultaba la entrada, como en los *cabarets* de tronío, y se topó con una barra repleta de comensales de ilusiones y de platos desaliñados. En el interior, aquí la barra, allí unos sillones para agilizar las manos y robar besos. Olía a ese perfume que sirve por igual para las ladillas que para los sudores. Olía como en los cines de barrio, pensó Anselmo Vela, mitad zotal, mitad abrótnano macho; mitad DDT, mitad perfume a granel. Vasos de tubo de colorines para ocultar el dudoso origen de las bebidas. Mujeres semidesnudas que exhibían como trofeos sus enhiestos pezones, como chupiteles de agua, caños marrones de barro como aquellos en los que apagaba la sed en Medina de Rioseco. Mientras se sentaba en un taburete, recordó los pechos pequeños y redondos de María, la chica de la pensión, pechos ingenuos, seguramente intactos, redondos como una luna lejana, como un ovillo pequeño y resuelto tras pasar por sus manos.

—Anís, por favor —respondió al camarero grandullón que requería el peaje de la entrada. La consigna era: si no consumes, no miras. Seguramente estaban hartos de mirones que asomaban los ojos para retener unos cuerpos con los que dar sentido a otra noche vacía. ¿Anís?, Sí, anís. En asuntos de alcohol no conviene cambiar de bebida. «Joder, *Velilla*, cualquiera diría que es la segunda copa de toda tu vida... Por cierto, la que buscas está tres taburetes más allá, a tu izquierda. Y está sola. ¡Vamos, valiente! Si quieres que una puta se fije en ti, mírala a los ojos. Ella sabe que no te estás enamorando, sino que quieres algo más. Es su trabajo y ahora, el tuyo».

—Hola, chaval, ¿te divierte beber solo? Porque, si es así, me voy y te dejo pensando. Pero recuerda que se hace camino al andar...

—Vaya, ¿te gusta la poesía?

—Bueno, digamos que aquí se aprende de todo.

—La escuela de la vida, supongo.

—Sí, pero aquí solo vienen los torpes. ¿Por qué no me invitas a una copa?

—Prefiero follar, si es posible.

—Directo al asunto. Esto es lo que le gusta a mi jefe, pero a mí me deprime un poco. Ya sabes, a vosotros os gusta creer que nos habéis cautivado y a nosotras, pensar que os hemos puesto a cien. Pero en fin... vayamos a hacer nuestro trabajo: tú el tuyo y yo el mío...

—Milagros, así se llama —le contestó al *Zambo* Rober, tras revolver aleatoriamente unas páginas de su libreta—. Es guapa la muchacha, está ajada, pero

es guapa.

—¿Has hablado con ella, por si sabe algo del *Dandy*? —requirió Rober, tratando de controlar su inquietud.

—No, no me parece que sea trascendente. *El Dandy* se desfoga con ella, pero no creo que el asunto vaya más allá.

Iba. Estaba claro que iba más allá. Más allá de las sábanas que compartía con *el Dandy* y, quizás, con Rober, convertidos en clientes preferentes, acaso necesarios. Y la recordó desnuda, allí, sobre la cama, las piernas encogidas, esperando a un guerrero que estaba derrotado de antemano, el sable enhiesto, pero la voluntad perdida. ¿Cómo explicar que era, a su edad, la primera vez? ¿Cómo señalar que era un acto de servicio cuando en realidad era ella quien servía a su señor por unas pocas monedas? El mundo del revés, el silencio como garantía del éxito y del fracaso. Porque fue un fracaso, como fracasan todas las primeras veces. Los matorrales, en estos casos, no ocultan las vergüenzas y el miedo al fracaso impera en los estrenos de los cazadores furtivos. La mujer objeto, pensó, la mujer deseo, la mujer preciada, es decir, tasada en un puñado de monedas, la mujer rendida... o el hombre rendido a sus pies, siguiendo sus instrucciones como se atiende a un médico... inspire, expire, inspire, expire. Sin besos ni abrazos, sin miradas, sin palabras, solo jadeos, cansancio, ella mirando al techo, él al suelo, examinando la alfombra de colores imposibles. Ella y él eran cualquiera en ese momento, ya no eran ellos. Si por arte de magia ella se hubiera convertido en otra, Anselmo Vela no se hubiera dado cuenta, trotando desbocado hacia ninguna parte conocida. Y llegó el final, ella cansina, él cansado. Fue algo breve, como cuando tardas menos en tomar el café que en servírtelo. Y sintió aquel líquido desconocido tropezar contra el recinto de goma que nunca supo cuándo Milagros se lo puso. Y pensó en la primera vez que fue al mar y vio morir las olas atrevidas de Asturias, la *playa lejana* de Medina de Rioseco. Las veía morir y siempre pensó que esos gorgoritos que hacían junto a la orilla parecían espermatozoides que buscaban el óvulo arenoso de la playa: ese ha llegado el primero, ese otro debe esperar el siguiente viaje. La playa de Llanes era una playa fecunda, de arena insinuante que provocaba a las olas incitándolas a seguir el ritmo de la vida. Entonces, cuando era un muchacho, cuando sus padres lo llevaron donde la tía Cándida, entendió lo que significaba el mar vivo. Con Milagros supo lo que era el mar muerto.

—¿Era tu primera vez o me equivoco?

—No, no. Es que hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer. Y en estos asuntos, como en la vida, se hace camino al andar.

—¡Vaya, otro poeta! Debo ser la musa de la poesía. ¿A ti también te gusta el Machado ese?

—Machado, Antonio Machado. ¿Qué pasa?, ¿te lo recitan a menudo?

—Es que tengo un cliente, bueno, ya es más que un cliente, que no para con el Machado ese. La verdad es que hace que me sienta importante. Entre el Machado y

su colonia me aturulla, pero por unos minutos me olvido de que soy una puta y parezco una musa. Ya sabes, el mundo está hecho de mentiras, de promesas incumplidas, de direcciones prohibidas. Ahora, que te digo una cosa: todos los poetas habláis muy bien, pero folláis muy mal. Aunque, si tú quieres, eso te lo arreglo yo en unas cuantas lecciones... «Te la ha clavado, *Velilla*, creías que eras tú el espadachín y ella con una daga pequeñita te ha roto el corazón. Todo sea por la patria, digo por la causa, chaval», reaccionó su conciencia, que hasta entonces había permanecido dormida entre los pliegues de aquellas sábanas desgastadas.

—Liborio, tú que eres experto en putas, ¿no la conoces? —preguntó Anselmo Vela evitando el interrogatorio y añadiendo contertulios que rebajasen la tensión.

—El día que sepas cómo tiene las tetas, me lo preguntas. No trabajo el género chico.

Rober se batió en retirada, aunque estaba claro que volvería a la carga. Anselmo Vela esperó a que saliera de la Comisaría para ir al despacho del comisario.

—¿Tiene un minuto?

—Pasa, *Velilla*, pero rapidito, que mañana salgo para Madrid y necesito llevar muchos papeles.

—Ya, por lo del DRIL, supongo.

—El DRIL, los de la boina, los nostálgicos, yo qué sé... ¿Cómo va el asunto, *Velilla*?

—Me acaba de contar Rober lo del *Dandy* y sus papeles. ¿Se acuerda de la llamada anónima que recibí sobre el atentado al Caudillo?

—Mira, *Velilla*, una cosa es *el Dandy* y otra Ernesto o *el Púrpura*. *El Dandy* es un visionario infeliz, maleable, moldeable. Tasio tiene poco que perder, por eso es como el camino de Garbancito, lleno de migas de pan que puede llevarnos a la cueva de los ladrones. Ernesto era un borrachín y *el Púrpura*, un maricón. ¿No ves la diferencia?

—A veces las diferencias son de matiz y a veces los diferentes se necesitan. Aquí está pasando algo gordo. Dos muertos tan seguidos en una cuadrilla tan vulgar resulta extraño y más en una ciudad que no nos da mucho trabajo.

—Cuando tengas una conjetura razonable me la cuentas. Las intuiciones no me sirven.

—¿Lo del DRIL es una conjetura o una intuición?

—No me toques los cojones, *Velilla*.

La frase, en el lenguaje del comisario Andrade, significaba «déjame en paz», a buenas, o «vete a tomar por el culo», a malas. Sonaba a lo segundo, así que dio media vuelta y cerró la puerta con suavidad.

—*Marlowe*, ¿cómo tiene las tetas?

—Una en cada lado, Liborio.

—O sea, ni puta idea. Como en el caso de Ernesto y *el Púrpura*.

—Más o menos, Liborio, más o menos. Ya sabes, no hay dos tetas iguales y todas guardan alguna sorpresa.

Fernanda se fue a comprar el pan. «Luego iré a misa a San Antón», le dijo a Ernesto, que contestó con sarcasmo: «A ver si le vale la casulla a don Claudio o se tiene que poner una sábana». Fernanda no replicó. Cerró la puerta y su taconeo contra la escalera de madera retumbó como de costumbre. En ese portal era difícil pasar inadvertido.

—¿Sabes una cosa, Juanito?, la reunión de ayer parecía una encerrona. Te voy a hablar sinceramente. Emiliano y Aurora son dos anarquistas que hasta el policía más tonto detectaría en un tumulto. *El Dandy*, como maestro de ceremonias, tiene menos arte que un donjuán calvo, *el Poncho* es el segundo cero de la izquierda. Mira, Juanito, todos hablaban por boca de alguien que no estaba. Si Franco nos hubiera detenido por contubernio, hubiera tenido razón, pero por contubernio del malo. Y eso es lo que me preocupa. Nadie en su sano juicio pensaría en nosotros, en mí concretamente, para llevar a cabo una acción de esa envergadura. Mira, Juanito, yo cuadro en el perfil de un loco, de un desencantado al que la Policía, ya sabes, Andrade, el Rober, Liborio, no le toman en serio. Trabajo, estoy casado, tengo un hijo, o eso creo, no me voy de putas, los curas me respetan como se respeta a un niño díscolo que tarde o temprano se arrepentirá de sus pecados o a un monaguillo cuya única culpa es vaciar las vinajeras por el amor de Dios.

—Me estás asustando, Ernesto. Hablas de una encerrona entre nosotros...

—Juanito, aquí hay algo muy oscuro y voy a llegar hasta el final. Fíjate qué cosas tiene la vida: igual el Caudillo tiene que agradecerme que siga viviendo.

—Estás loco, Ernesto.

—Tú sabías lo que me iban a proponer en la reunión, ¿verdad?

—Te voy a ser sincero: conozco a Emiliano y a Aurora desde hace algún tiempo. Ya sabes que yo me relaciono más con Bakunin que con Lenin y eso me ha llevado a tener contactos con ese mundo. Son buena gente. Vale que el anarquismo para ellos es literatura, pero el Ejército Rojo para ti es una aventura del Capitán Trueno. En eso, estamos igual. Pero lo cierto es que Emiliano y Aurora se la juegan cada día por un ideal libertario. Entre ambos le planteamos al Caudillo un interrogante difícil de resolver: ¿a quién odia más, a los anarquistas o a los comunistas?

—Hombre, nosotros tenemos media Europa y vosotros un par de libros.

—Pero vuestra historia comenzó con *El Capital* y la nuestra con *La conquista del pan*. ¿Observas la diferencia?

—No divagues, Juanito. Aquí hay gato encerrado. Cuando le dije a Emiliano que, si lo tenía todo tan pensado por qué no lo hacía él, miró al suelo, se levantó y se fue. *El Dandy* sonrió y *el Poncho* ni se inmutó. Me parece que alguien quiere sacrificar un señuelo para cazar el ciervo.

La pequeña sala pareció más estrecha y más delgada que nunca. Juan *el Púrpura* quería salir, pero sabía que fuera le esperaba la inquietud y un desasosiego mayor del que le producía Ernesto con sus indagaciones y sospechas. Había que elegir entre Ernesto y los mastodontes, entre la desazón y el miedo. «El miedo es libre», pensó.

—Ernesto, me tengo que ir. Yo que tú dejaba en paz el cerebro y las cavilaciones. Nadie te va a obligar a hacer lo que no quieras.

—¿Tú lo harías, Juanito?

—Los maricones no existimos, *Madame*.

—Por eso. Nunca podrían atraparte. Y si lo hicieran, imagínate el titular: «Un maricón asesina a un cabrón».

Ya en la calle, descendió la veintena de peldaños que llevaban al callejón que a su vez conducía a la plaza de la Encarnación. A pleno día, se sentía invulnerable. Cuando se despertó, solo recordaba el golpe en la cabeza, un golpe seco, bien dado, que no había dejado ni una gota de sangre en su camisa. Aturdimiento. Confusión. Ni un espacio, aún, para el miedo. Miró a ambos lados y entrevió lo que pudiera ser una nave medio vacía, un almacén abandonado o un garaje en desuso. La penumbra no ayudaba a discernir dónde se encontraba, maniatado en una silla de madera apoyada contra una pared. El instinto de supervivencia le llevó a intentar frotar la cuerda que le atenazaba contra la pintura rugosa de aquella pared llena de grumos. El valor es siempre el primer recurso de los cobardes humildes. El valiente oficial indaga, estudia, analiza, discrimina posibilidades, se sitúa, se resitúa, piensa y luego actúa. Juanito, *el Púrpura*, solo quería huir sin pensar dónde estaba, sin grabar en su cerebro puertas y ventanas. Su lucidez era fruto del aturdimiento. Frotó y frotó, manoseó la cuerda que le ataba pies y manos, recostó la silla contra la pared y frotó y frotó. La recostó más y más y cayó al suelo, la espalda en el suelo y las piernas levantadas.

—Estos maricones, siempre con el ojete al aire —la voz del mastodonte sonó como un estruendo, pero, a pesar del aturdimiento, Juanito advirtió su acento árabe. Cuando se acercó para levantarlo del suelo, sus rasgos confirmaron su origen.

—Hombre, *Chiqui*, ya has dejado de hacer *lolitos*... —dijo el segundo hombre, un poco más bajo que el anterior, pero más ancho—. Igual podemos hablar un ratito, ¿no te parece?

—Miren, yo no sé quiénes son ustedes, pero yo no he hecho nada. Todo debe ser un error —balbuceó Juan Cardenal incluyendo las palabras entre el escaso espacio que le iba de un aliento al siguiente. «No puede ser que por escuchar una conversación me vea ahora aquí con estas dos malas bestias», pensó mientras examinaba a aquellos hombres que le miraban con una mezcla de compasión y desprecio.

No sabía dónde estaba, aunque el inconfundible olor de la Ría le hacía pensar que no se encontraba muy lejos de esa arteria amarillenta que partía Bilbao en dos. Siempre había pensado que tanto cántico a la Ría solo podía provenir de un espíritu masoquista más que de una fanfarronería empecinada en loar las grandezas de la basura. ¿Cómo hubiera pintado Goya la Ría de Bilbao? Seguramente con desgana, y, sin embargo, nosotros nos empecinábamos en cantar sus alabanzas. Olía a la Ría, eso estaba claro, o sea que estaría recluso en alguna nave o taller de las que poblaban su orilla izquierda, quizás frente al mercado de la Ribera, quizás más arriba, es decir, debajo de la calle de San Francisco, esa frontera entre el bien y el mal oficiales para la que no hacía falta más que un poco de dinero y mucha necesidad para cruzarla. Pero, a fin de cuentas, qué más daba dónde estuviera. Cualquier sitio es malo para morir o para recibir una paliza. Las hostias duelen igual en la iglesia que en una nave abandonada.

No había mobiliario. Algunas cajas al fondo, apiladas desordenadamente, medio llenas o medio vacías, sin poder saber qué contenían, una cómoda olvidada, quizás llena, quizás vacía. Un jergón que le sugería una larga estancia, como un secuestro o algo parecido. Las paredes, sin embargo, exhibían un papel pintado que parecía nuevo, quizás porque nada lo rozaba, nada lo inquietaba, nada lo molestaba. Sin duda era un lugar circunstancial. La puerta de la estancia, cerrada, le impedía saber si más allá había más habitaciones, si era un piso, una nave, un almacén o un amplio zaguán.

—A ver, *Chiqui*, o *Púrpura*, ¿cómo prefieres que te llame? —le dijo el que era menos alto y más ancho, sentándose frente a él con aire paternal—. Esto puede durar cinco minutos, cinco horas o una eternidad. Depende de ti. Mira, es muy fácil: ¿qué está tramando Emiliano?

—¿Qué Emiliano? —se sorprendió *el Púrpura*, pero una bofetada brutal del árabe le sacó del aturdimiento—. Vale, vale. Emiliano es un amigo anarquista que ha preparado un plan para asesinar a Franco cuando venga a Bilbao. Pero yo creo que en realidad es como un juego. Él no pertenece a ninguna organización, que yo sepa, y ha pensado en nuestra cuadrilla de amigos para llevar a cabo el atentado. ¡Ya ven qué tontería!

La voz salía aflautada por el miedo, como un hilillo similar al que dibujaba la sangre que brotaba de su nariz y se deslizaba por la barbilla. Antes de que manchara su camisa, el que preguntaba la secó con un pañuelo. El árabe, el del bofetón, sacó de la cómoda un poco de algodón y lo introdujo en la nariz de Juanito para frenar la hemorragia. Estaba claro que no querían rastro alguno. Eso le hizo pensar que no estaban por la labor de matarlo, que creían que tenía información valiosa para ellos. Lo difícil sería convencerlos de que no la tenía.

—Muy bien, *Chiqui*, porque así te llama tu novio, ¿no? —dijo el que llevaba la voz cantante; el otro no hablaba, solo miraba y golpeaba—, ahora te voy a decir exactamente lo que tienes que hacer. No preguntes, ni pienses, ni quieras explicarte nada. Simplemente haz lo que tienes que hacer y todo volverá a la normalidad.

Podrás seguir jugando a los espadachines con tu noviete —el árabe soltó una carcajada imaginando, sin duda, ese duelo fálico que incomodó al que hablaba—. ¡Tú cállate, que si te dejo a solas con él seguro que te lo follas! —le espetó, y volvió a dirigirse a Juanito *El Púrpura*: —Si no haces lo que te digo, te doy a elegir: ¿quién quieres que te mate, este o yo?

Caminaba hacia la pensión y Anselmo Vela observaba los bares abarrotados del Casco Viejo. Había un murmullo permanente que hacía difícil atender las conversaciones. De vez en cuando, algún grupo de parroquianos («*chiquiteros*, los llaman aquí, *Velilla*, que no te integras», corrigió su conciencia) se arrancaba con una bilbainada, ese estilo particular que agotaba el diccionario cantando las loas de Bilbao, como si *el Bocho*, así llamado por ser un agujero entre montes, fuera un pequeño París o una miniatura de Londres donde el sirimiri, la lluvia fina, hacía las veces de la niebla londinense o el aguacero parisino. Sin embargo, había algo en esa ciudad que le cautivaba. Quizás era la calma o ese silencio monótono, solo roto por los cánticos en los que los *chiquiteros* hacían múltiples voces, emulando a una coral, y en los que siempre había alguien que se autoproclamaba director y marcaba con los brazos el compás, o algo parecido, de los cantantes. Otros se afanaban por dar el do de pecho más alto, más fuerte y más largo, lo que otorgaba una condición de predominio en el grupo. Se había fijado que, generalmente, los contendientes del do de pecho eran siempre los cantantes más bajitos, mientras los más altos competían en las voces graves y se afanaban por llegar más abajo en la escala vocal de los sonidos. A veces componían un grupo armónico más que notable; otras veces, la voluntad escondía la falta de armonía. En una ciudad donde prevalecía la calma, nadie se quejaba por esas horas de ruido o de música, que de todo había. A cada canción proseguía un rato de conversación regada por el vino tinto de la Alhóndiga, un vino rugoso que se servía en los famosos vasos bilbaínos de chiquitos —así se llamaba cada consumición—, una obra maestra de cristal gordo que apenas dejaba un pequeño cuenco donde depositar el vino. Pero el color se filtraba por los gruesos espejos del vaso promoviendo un crisol desvaído. Pesaban como diablos, pero, por lo visto, facilitaban que en cualquier circunstancia siempre se salvara el vino, que era lo importante, como subrayaba aquel chiste de aquel borracho que gritó: «¡Por Dios, que sea sangre!». Aquel borracho seguramente pertenecía a lo que en Bilbao se definía como *chirenes*, personajes sin mucho conocimiento, divertidos, carne de callejuela, capaces de realizar lo inimaginable y cuyas hazañas eran celebradas por ricos y pobres, a los que pertenecían por igual.

Sería la calma, sí, que en cierta medida a Anselmo Vela le recordaba a Medina de Rioseco, donde la rutina era tan habitual como necesaria. La calle Mayor venía a ser como una miniatura del Casco Viejo. O serían las iglesias bilbaínas, tan austeras. Las

había recorrido todas, no por convicción cristiana sino por amor al arte o, quizás, por la calma que ofrecían y que le permitía pensar, discurrir, ajeno al mundo. De entre ellas, tenía especial predilección por la de los Santos Juanes, en la confluencia de las calles Ronda y de la Cruz. Era una iglesia del clasicismo barroco, con varias capillas. Estaba enamorado de su retablo principal. La iglesia de San Antón le parecía muy solemne y ahora además le recordaba el trabajo, desde que asistió al funeral por Ernesto Acevedo. Y la Catedral... «Las catedrales son todas iguales, inspector, demasiado grandes», le recordó su conciencia, que en asuntos tales solía aletargarse como mareada por el incienso. La basílica de Begoña era un símbolo y, como tal, en ella prevalecía lo accesorio sobre lo artístico. Una iglesia grande con una virgen pequeña a la que los *chiquiteros* rendían pleitesía una vez al año tomando vino a su salud. Vino sin bendecir, o bendecido por el agua con el que los taberneros como *el Químico* solían bautizarlo. «¿Te has fijado, *Velilla*, que desde que has tomado un par de copas de anís y has echado un polvo, perdón, te han echado un polvo, no piensas más que en el vino? Mira, el bar de Remigio; anda, entra y tómate un chiquito, valiente».

Anselmo Vela hizo caso a su conciencia, como siempre, y entró. Era la hora punta y Remigio se afanaba derramando el vino en aquellos vasos tan toscos como bellos. Se abrió camino hasta la barra y fue a dar hombro con hombro con *el Dandy*. Estaba solo, serio, y pudo notar una cierta tristeza en sus ojos, raro en alguien que hacía de la alegría y la ironía un escudo y una lanza para sobrevivir.

—Hola, Tasio, qué rápido te han soltado...

—Se ve que no soy santo de su devoción —respondió *el Dandy* moviendo ligeramente la cabeza con desgana.

—Estoy al tanto de lo ocurrido y por eso me extraña verte aquí tan pronto. Hasta donde yo sé, lo que ha pasado ha sido grave como para ventilarse con un día de calabozo.

—Pregúnteselo a su colega.

—Mira, Tasio, todo esto es muy raro. Tú sabes más de lo que dices o aparentas.

—Y usted, no se ofenda, se hace el tonto por conveniencia —le cortó *el Dandy*, preocupado como no lo había visto jamás.

—Dejémonos de monsergas. Aquí hay gato encerrado y mucho me temo que, si tardamos en cazarlo, se va a convertir en un tigre que no se conforma con atrapar ratones.

—Joder, inspector, parece Samaniego contando fábulas...

—Tonterías, las justas, Tasio. Es fácil suponer por qué estás fuera y no dentro.

—Perdone, pero yo no me he escapado. Ustedes me han soltado, así que ustedes sabrán.

—Hablemos en otro lugar, Tasio.

—¿Estoy detenido otra vez?

—Déjate de chorradas. Digamos que estás requerido, que es más poético.

Salieron del bar, codeándose con el gentío. Fuera, en la calle Somera, la gente entraba y salía de los bares. El trajín del Casco Viejo tenía ese aire plácido de las muchedumbres que saben a dónde van. Nadie caminaba por caminar con ese aspecto de quien se ha perdido aunque, simplemente, ocurre que no va a ninguna parte. En Bilbao, todo el mundo iba a alguna parte: al trabajo, al bar, a casa, a la tienda de ultramarinos... al Mercado, al que todo el mundo llamaba *la Plaza*, donde los pescados parecían nadar en un mar de puestos de venta y brillaban frente al tono turbio de la Ría que pasaba a su lado. Verlos brillar así era como la venganza de esa Ría tan maltratada por los residuos industriales. Había carnes, rojas como amapolas en carne viva, blancas como la nieve que muy de cuando en cuando se dejaba caer por esta ciudad de tonos tenues y grises. Tenía Bilbao ese color grisáceo de la nieve cuando se pisa y deja salir el agua que lleva dentro. Había embutidos, quesos olorosos, panes de caserío, orondos y altos, con la miga abundante peleando con la corteza por salir a la luz. Y frutas y verduras, jaleadas por las aldeanas, mujeres recias de manos agrietadas y callosas, manos de azada y sarde; verduras tiesas como chicharros recién pescados y frutas olorosas, manzanas verdes y reinetas, aptas para la compota, un dulce clásico de Bilbao que llenaba de olores las cocinas humildes y las aristocráticas, las del Ensanche y las de Achuri. El mercado de la Ribera, *la Plaza*, era la metáfora de la abundancia de un Bilbao tan laborioso que a veces se olvidaba de vivir, que vibraba con el fútbol o, mejor, con su equipo, el Athletic, cuyas gestas, sus éxitos y sus fracasos sacaban de la rutina a una ciudad que bien podía estar en la Renania alemana o en Leicester o en Leeds de la adorada Inglaterra.

Corría un airecillo leve que balanceaba las gotas de agua del sirimiri y el suelo de Somera resbalaba ligeramente con esa pátina que la lluvia deja en el embaldosado típico de las calles bilbaínas. Anduvieron unos metros hasta alcanzar la plaza Nueva y Anselmo Vela vio que en el café Bilbao había poca gente. Entraron. *El Dandy* pidió un vino y Anselmo otro. No tenía intención de bebérselo pero buscaba la complicidad de su acompañante. El vino era el primer tratado de amistad, condición *sine qua non* para transmitir normalidad y no generar extrañezas. «Déjate de hostias, *Velilla*, que *el Dandy* no necesita estas chorradas. Lo que pasa es que te has aficionado a beber... y a follar», le recriminó su conciencia.

En aquel rincón del bar, con el murmullo justo para envolver la conversación, Anselmo Vela decidió poner algunas cartas sobre la mesa.

—Conozco por qué te han detenido, lo que llevabas, y ese es un tema grave. Tú sabes que un asunto así se paga muy caro y, sin embargo, estás aquí sentado conmigo tomándote un vino. Está claro que eres un señuelo. La pregunta es: ¿de quién?

—¿Y por qué no se lo pregunta a su compañero? Él me ha detenido y él me ha puesto en libertad —respondió *el Dandy* con los ojos fijos en el vaso, como si buscara el reflejo de su cara en el cristal.

—Eso es lo que me interesa, qué ocurrió entre lo uno y lo otro, entre la detención y la libertad. Tengo la sensación de que ese pacto jamás me lo contará mi compañero

y, si no me lo cuentas tú, tendré que detenerte yo y eso te va a traer problemas. Sabes que puedo hacerlo con cualquier excusa —aseguró Anselmo Vela poniendo energía en cada una de las palabras.

—Vaya, veo que la poesía la deja para los ratos de ocio. Yo creía que a usted sí le gustaban los poetas —reaccionó Tasio levantando la vista y mirando fijamente a los ojos del policía.

—«Poetas, con el alma atenta al hondo cielo, en la cruel batalla o en el tranquilo huerto». Antonio Machado —recitó Anselmo Vela para rebajar la tensión.

—No sé si en la Comisaría les gustará que lea a Machado, suponiendo que sepan quién es —dijo Tasio Zabala con una leve sonrisa.

—Al grano, *Dandy*. Machado puede esperar.

—Bueno, supongo que ya sabe que queríamos urdir un plan para asesinar a Franco. Ya ve, tan viejos y tan ingenuos... En realidad era un juego que comenzó echando una partida de mus. Fíjese, preparando un atentado a Franco sin saber siquiera si visitará Bilbao en algún momento. Hasta ahora solo ha venido una vez y fue tras la caída de la ciudad en 1937. Jugábamos a eso como juega tanta gente en la intimidad de sus sueños. Perdona que le hable así, pero es la verdad.

—Pero a ti te han pillado con planos de la iglesia de Begoña. Y, que yo sepa, eso no se utiliza para jugar al mus —le interrumpió Anselmo Vela para agilizar el relato.

—Es cierto. Un día vino al bar de Remi un joven, un tanto misterioso, que quería estar conmigo. Me habló de fútbol, al principio, pero no sabía ni lo que era un *orsay*. Después fue al grano. Nos conocía a todos. A Ernesto, al *Púrpura*, al *Poncho*, a Remi. Me dio un vuelco el corazón. Comprenderá que me imaginé lo peor.

—Pero no era policía.

—No. Era un anarquista que sabía de nuestro juego. Y me propuso ayudarnos si realmente queríamos dar un paso adelante.

—¡No me jodas, *Dandy*, que no comprobaste quién era!

—Me ofende usted. Somos cuerdos con un punto de locura, no locos con un punto de cordura. La comprobación fue sencilla: se llamaba Emiliano y era amigo del *Púrpura*. Había sido el propio Juanito, que no sé si sabe usted que era anarquista, quien le había puesto en antecedentes. Y Emiliano comenzó a diseñar el plan para el supuesto de que Franco visitase Bilbao. Hay rumores de que, si viene, acudirá a la iglesia de Begoña, lo cual es más que probable.

Poco a poco el bar se iba despoblando. Bilbao se acuesta pronto y, antes de que muera el día, parece una ciudad dormida, suspendida en el tiempo, quieta como un perro de caza cuando intuye la pieza, en su caso, la nueva jornada. *El Dandy* relataba la historia con un tono cansino, sin mover el cuerpo, los dedos acariciando el vaso. Su gran estatura había empequeñecido como por arte de magia. Encorvado sobre la mesa parecía un reo declarando ante el juez.

—Hasta ahí es el relato de una aventura de locos. Aun así, el solo intento te hubiera llevado a la cárcel —intercedió Anselmo Vela para que *el Dandy* recuperase

el aliento y acelerase el ritmo de la narración.

—Mire, señor Vela, todo se ha complicado a raíz de la muerte de Ernesto y luego de Juanito. El juego se ha convertido en una ruleta rusa que alguien maneja sin que nosotros sepamos qué demonios está pasando. Pero, de verdad, señor... ¿Vela?

—Puede llamarme Anselmo.

—Bueno, pues de verdad, Anselmo, ¿podríamos seguir mañana? Se ha hecho tarde, ha sido un día complicado y yo mañana madrugo. Si no le importa, quedamos mañana a las ocho en la cafetería Lepanto. Para hablar de estas cosas, es mejor hacerlo en la zona de los ricos. Son más banales y, por eso, más discretos.

Anselmo Vela dudó entre aceptar la proposición u obligarlo a continuar. Le daba pena quedarse a medias de lo que podía ser la clave de la encrucijada y le daba miedo que de un día para otro *el Dandy* pudiera volverse atrás o que todo diese un giro de 180 grados. Pero tampoco quería someter a Tasio a un tercer grado. Se había ganado su confianza y no convenía perderla. Habría que correr ese riesgo. Salieron del bar y cada uno caminó en dirección opuesta: *el Dandy*, hacia la calle Ribera, y Anselmo Vela, hacia la calle de la Cruz, en dirección a la pensión.

La joven María fregaba en la cocina. La cena había terminado, aunque seguramente doña Sabina, siempre pendiente de él, habría reservado algo.

—Don Anselmo, ¡siempre trabajando! Le he guardado sopa del cocido del mediodía y un poco de carne con tomate y pimientos. ¡Maritxu, ponlo a calentar, que ya está aquí don Anselmo!

Se sentó en la mesa rectangular y no pudo evitar clavar su mirada en María, que se afanaba en la chapa de carbón sobre la que había colocado dos cazuelas. Ella atizó el carbón de antracita con unas largas tijeras y Anselmo pudo observar los rescoldos del fuego que bordeaba las ascuas. María le pareció más pura, más intacta y, por lo tanto, más inalcanzable que nunca. Cómo podía soñar con una mujer así después de haber entregado su virginidad a una prostituta en un lecho tan poco romántico, en una situación tan poco romántica y con un placer tan inmediato y perecedero, tan escaso. Comió despacio, con la mirada clavada en aquella muchacha que, de pronto, se convertía en la peor de sus conciencias «Un respeto, *Velilla*, un respeto, que la fidelidad tiene un precio», clamó la conciencia original. «A ver, que ha sido un polvo en acto de servicio, nada más. Un profesional. Seguro que ella lo entendería, ja, ja, ja». Apartó la mirada como los niños que no quieren ver el fantasma de sus sueños y la fijó en la pared, en el típico cuadro de ciervos y perros, ciervos que año tras año, década tras década, salvan el pellejo porque el pintor (o lo que fuera) se murió o encontró un trabajo en el Ayuntamiento y colgó los pinceles en la frasca de la leche, harto de ciervos, lobos, zorros, frutas y jarras de vino. ¡Lástima que nunca se supiera quién pintó esos cuadros que se vendían en cualquier sitio! A fin de cuentas, también Rubén Darío escribió «la primavera ha venido y nadie sabe cómo ha sido» y le dieron el premio Nobel de Literatura. Recordó el cuaderno de notas de Ernesto Acevedo cuando escribió: «La primavera ha llegado y nadie sabe cómo ha sado». ¿Por qué no?

Ese ciervo y esos perros, detenidos, suspendidos en el tiempo, eran la metáfora de la ingravidez sutilmente captada por ese artista irreconocible y no reconocido que acabó funcionarizado por el desamor. Anselmo Vela se dio cuenta, por fin, de que el perro nunca cazaría al ciervo y se apoderó de él una sutil melancolía. El anónimo pintor quizás le estaba mandando la señal de su fracaso: «¿Quién soy yo, el ciervo o el perro? Y qué más da si ninguno consigue su objetivo, condenados ambos a un presente interminable».

—Don Anselmo, ¿ha terminado?

—Sí, María, sí —contestó atolondrado, sorprendido, incluso asustado—. Estaba todo buenísimo, en fin, como siempre. Ya se me agotan los adjetivos. Muchas gracias, María, y perdón otra vez por venir tan tarde.

—No se preocupe. Buenas noches.

—Buenas noches, María.

Anselmo Vela se levantó cuidadosamente, casi sin hacer ruido, para no rasgar la suavidad con la que María convertía cualquier hecho rutinario en un acto solemne. Tanta fragilidad le conmovía, incluso le derrotaba, le anulaba, le convertía en un ser mínimo, y más ahora que la culpa le atormentaba, no por la conciencia del pecado sino por traicionar su argumentario pasional, el orden establecido y, en cierto modo, por traicionar a María, encarnación de lo que necesariamente tenía que ser su recorrido emocional. «Antes de la P, siempre la M», pensó, mientras se dirigía a su habitación. «Antes María que las putas», se mortificó. «Antes María que Milagros». «Velilla, a lo tuyo —cacareó su conciencia—, que a este paso te conviertes en un monje. A lo hecho, pecho, chaval. Ella piensa que eres un chico excelente, porque eres un chico excelente y siempre lo serás».

La habitación, llena de detalles, le pareció más vacía que nunca. Se tumbó en la cama («como hacen los buenos detectives») y abrió los cuadernos de Ernesto Acevedo, *Madame*, el marido de Fernanda, el padre de Francisco, el filósofo ocasional, el estibador («demasiadas cosas a la vez»), el bravo detenido... «demasiadas cosas a la vez, demasiadas aristas para una línea recta».

Repasó una a una otra vez las frases que Ernesto había apuntado. Primero, las copiadas de otros autores. Había algunas ajenas al asunto, como la del abate Prévost, todo un clásico, que decía que «el amor es un juego en el cual hay dos que pierden, el hombre y la mujer, y uno solo que gana: la especie». Y otras parecidas, ingeniosas, irónicas, absurdas, de todo un poco. De pronto, CICERÓN, así escrito en mayúsculas, junto a la frase «la verdad se corrompe tanto con la mentira como con el silencio». Y más adelante Ortega y Gasset: «El mayor crimen está ahora no en los que matan sino en los que no matan, pero dejan matar».

—Está claro. Ernesto sabía que le iban a matar, porque le iban a traicionar, de eso no hay duda. Pero ¿quién y por qué? —se convenció Anselmo Vela mientras recostaba el cuaderno contra su frente buscando el pálpito que iluminara su mente, que le sacara de ese ostracismo en el que nada cuadraba y todo se revolvía contra el

orden establecido. ¿Quién? ¿Por qué? ¿Y *el Púrpura*? ¿Quién? ¿Por qué? ¿Y Rober? ¿Y la putita que le había desvirgado? ¿Y el tal Emiliano, anarquista de libro, al que había seguido hasta la calle del Cristo («tiene cojones, *Velilla*, el Cristo, San Francisco, ¡cómo está Bilbao!», refunfuñó su vieja amiga) como quien sigue a un fantasma?

En un ejercicio de deducción —siguiendo a Cicerón y su reflexión sobre el silencio—, pensó en *el Dandy*, un tipo que sin duda guardaba demasiados trucos como para ocultarlos todos en su chistera. Pensó en Ortega y Gasset y directamente le vino a la cabeza el nombre de Emiliano, el inductor, el que no mata pero deja matar. ¿O sería otro? ¿Rober? «¡No, por Dios, Anselmo, Rober es un bruto, no un asesino!». ¿Quién? ¿Por qué? ¿Quién? ¿Por qué? Y la noche le envolvió en un sueño lleno de preguntas sin respuesta.

El coche se paró en Deusto, después de atravesar el puente, el mismo que cuando se abría para que pasase algún barco convertía Bilbao en un espectáculo. Al poco de comenzar la avenida del Ejército se detuvo junto a una acera. *El Púrpura*, que había hecho todo el trayecto con la cabeza entre las piernas, se bajó del Seat 1400, tan señorial, tan imponente, y se puso de espaldas a él, como le había indicado el árabe, el mismo que le había puesto una venda en los ojos antes de salir de aquella habitación, zaguán, nave, almacén o lo que fuera, y no se la había quitado hasta que, ya en el interior del automóvil, le ordenó que metiera la cabeza entre las piernas.

El Púrpura comenzó a caminar en sentido contrario a la dirección del automóvil. El árabe le había advertido que hasta que transcurrieran veinte segundos no mirase atrás. Cuando transcurrieron, tuvo miedo de hacerlo. Tuvo miedo de que la mujer de Lot se reencarnara en él y, en vez de en estatua de sal, se convirtiera en el cuerpo rígido de un cadáver. Otros diez segundos, otros diez más. Casi en el recodo anterior al puente de Deusto, se dio media vuelta y respiró al no ver aquel coche del que desconocía modelo, marca, matrícula. Solo sabía que era espacioso y tenía alfombrillas negras. O sea, como todos, como cualquiera, un coche grande con tapicería de escay. Como tantos, como cualquiera. Caminando, tenía la sensación de que podría tocar el cielo, un extraño cielo azul, que parecía caer sobre su cabeza, un cielo agobiante que amenazaba con aplastarlo y confundirlo con las baldosas de la acera. La chaqueta de pana pesaba como el sol. Cuando llegó a la mitad del puente, en la hendidura que quedaba entre las dos hojas que se levantaban para que pasasen los barcos por la Ría de vez en cuando, deseó que alguien pulsase el botón, se separaran y él cayese al agua, de donde nunca regresaría.

Siguió caminando hasta el parque de doña Casilda, donde se detuvo. Siempre le había parecido un lugar muerto, donde la gente iba a echar migas a los patos, que tenían la comida asegurada y disponían, por la fuerza de la costumbre, de la habilidad de elegir el pan de su gusto. Le hacían más gracia aquellos enormes triciclos que se alquilaban en el quiosco y le daban un toque parisino al recinto, una postal de las lánguidas tardes otoñales en las pequeñas ciudades industriales.

Pasó una hora tratando de que su cabeza volviese a su cuerpo y se liberase de aquella nave en la que había vivido los peores momentos de su vida. Lo único que había resultado positivo de aquella tragedia es que podría seguir comiendo naranjas. Nada había sido casual, si acaso solo el desliz de los mastodontes al hablar de aquel

falangista que lanzó una bomba al interior de la basílica de Begoña. Decidió volver a casa. Su hermana, Goyita, estaría preocupada, aunque no era la primera vez que no iba a dormir sin previo aviso.

Mientras miraba la felicidad rutinaria de aquellos patos presos en el estanque, se acordó de Maite, aquella muchacha que quizás le quiso, pero que, sin quererlo, le hizo ver que no se puede ser lo que no se es, y que después se casó con un policía y se fue a Madrid, donde la imaginó feliz con su rutina. Como los patos, presa en la cocina y en la alcoba, pariendo hijos como ordena la Santa Madre Iglesia. Pero feliz, ajena a la incertidumbre, cubierta del polvo que deja la calma de los días y la estampida de los años.

Caminando, llegó hasta su casa. Subió las escaleras como las sube un viejecillo que conoce sus limitaciones, abandonada a su suerte la prisa del tiempo. Abrió la puerta y vio a Goyita en la sala de estar, hojeando una revista en clara actitud de espera. Como tantas veces. «Mala vida te estoy dando, Goyita», pensó. «Está claro que no sé hacer feliz a las mujeres».

—Otra noche loca, ¿no?, Juanito —Goyita ni siquiera alzó los ojos de la revista para dirigirse a su hermano.

—Sí, me he perdido un poco —contestó *el Púrpura* con la desgana habitual, ahora preso del cansancio y la ansiedad.

—Ningún perdido se pierde —replicó Goyita.

—Cierto. Me voy a la cama.

Emiliano retiró el segundo rollo de *Horizontes de grandeza*, mientras la gente abandonaba el cinema Gayarre, en la confluencia de las calles Prim e Iturrubide. Las películas del Oeste tenían un público fiel y Gregory Peck era un gancho perfecto. Su belleza lacónica, sin concesiones, endulzaba a las mujeres el carácter duro de los *westerns*. Jean Simmons era la elegancia hecha mujer, con una mirada profunda. Cuando posaba ante la cámara, más que mirarte parecía advertirte de que se ve pero no se toca, lo que excitaba la imaginación de los hombres. Se había estrenado en España hacía dos años, pero, en los cines de reestreno, el tiempo se detiene.

Recogió sus cosas, se puso la chaqueta, apagó las luces y salió a la calle. Descendió brincando los ocho escalones que alzaban el cine de la acera y se dirigió al bar... ese..., como decía *el Púrpura*. Necesitaba saber qué había ocurrido con el amante ocasional de Juanito Cardenal, y la noche, que ya se asomaba en Bilbao, era el mejor momento para adivinarlo. Durante el día... ese... seguramente dormía. Cogió el trolebús —un autobús con dos pértigas en el techo que se enganchaban a un tendido eléctrico— y se dirigió a la alameda de Recalde.

La noche había despoblado las calles, con apenas unos cuantos resistentes que apuraban el domingo hasta el último sorbo. En el bar de... ese..., apenas quedaban cinco parroquianos —¡vaya eufemismo!, pensó— o mejor habría que decir que acababan de llegar. La noche en Bilbao era el territorio de los desheredados sociales, de las putas y los invertidos —como decían los religiosos adúladores del Régimen,

tan generosos ellos que evitaban decir maricones porque las palabrotas eran pecado venial.

—Una cerveza, por favor —le dijo al camarero, un hombre de mediana edad al que el cabello le empezaba a abandonar sin remisión.

—Perdona, ¿ha estado *Chiqui* por aquí? —preguntó con la única pretensión de saber si estaba hablando con la persona que buscaba—. Me llamo Eugenio —cambió su nombre; total, a él qué más le daba— y soy un compañero de trabajo —seguramente solo él le llamaba *Chiqui*, así que no habría duda.

—No le he visto desde ayer por la noche, pero, bueno, él suele venir más tarde.

Estaba claro que era el amante furtivo del *Púrpura* y que los mastodontes no le habían visitado. Eso le tranquilizó.

—Se lo preguntaba porque había quedado con él para comer hoy y no ha aparecido. Tampoco estaba en su casa y, la verdad, me he preocupado —volvió a mentir Emiliano con el objetivo de que el camarero... ese... se ganase su confianza y, quién sabe, si se le soltaría la lengua—. ¿No sabrá si tuvo algún problema ayer o anteayer?

—No, que yo sepa. Bueno, anoche sucedió algo extraño, pero sin más. *Chiqui* se marchó de una forma un tanto acelerada tras ir al váter y dos clientes salieron un poquito después. No le di importancia, pero, una hora después o así, uno de los clientes volvió. Se tomó dos pelotazos seguidos sin decir nada, pendiente de todo lo que yo hacía. Se fumó unos cuantos cigarrillos, observó todo el bar y luego se fue —comentó el camarero, ya algo inquieto por las preocupaciones de Emiliano—. ¿No le habrá pasado algo?

—No, no creo. O eso espero. Pero ese cliente, cuando volvió, ¿no le preguntó nada? —insistió Emiliano, ahora realmente sorprendido por la revelación del camarero. La tranquilidad de saber que nada le había ocurrido al amante del *Púrpura* se convirtió en desasosiego, al saber que uno de los mastodontes había vuelto al bar. ¿Para qué, si nada preguntó? Si habían perseguido a Juanito, no podían pensar que volvería al menos inmediatamente al bar donde todo había comenzado. ¿Entonces?

Salió del bar y la noche le envolvió con esa pequeña luz que a veces alumbraba Bilbao, una luz tímida, tan poco acostumbrada a mostrarse que la llenaba de rubor. Tomó el último trolebús que le dejaba en el Ayuntamiento y desde allí caminó hasta su casa, pocos metros más arriba.

Aurora leía, en posición de yoga sobre el sofá, *Guerra y paz*. La literatura rusa la conmovía y en especial León Tolstoi, «el burgués más crítico con la burguesía, el mejor cronista de la decadencia de la aristocracia», se repetía una y otra vez. «Lo único malo que tiene es el nombre», solía decir, por la coincidencia con León Trotski, por el que sentía una especial animadversión. Las historias de los Bolkonski y los Rostov la tenían atrapada y la sinceridad de Tolstoi le resultaba sobrecogedora.

Cuando oyó el ruido de la llave en la puerta, cerró el libro, dejando a Boris conversando con Rostov tras su ascenso a general. Le atraía el inicial ninguneo de los

rusos hacia Napoleón. «Quizás nosotros estemos haciendo el camino al revés y estemos dando más importancia a Franco de la que tiene», pensaba mientras desenredaba sus piernas para no caer de bruces al suelo donde la delgada alfombra no evitaría un chichón.

—¿Qué tal le ha ido esta vez a Gregory Peck? —ironizó antes de besar a Emiliano suavemente en los labios.

—Ya sabes que el cine es ciencia ficción y por eso los buenos siempre ganan —contestó Emiliano mientras dejaba su chamarra de escay sobre el respaldo de una de las butacas de la sala.

Aurora se dirigió a la cocina y colocó sobre la mesa un plato de anchoas rebozadas con unos cuantos pimientos verdes. Sabía que a Emiliano le costaba decidir cuál de los dos alimentos le gustaba más. Mejor, pues, no elegir.

—Me han llamado los *directores*. Hemos quedado mañana por la tarde y les he visto muy preocupados —dijo Emiliano mientras sostenía un pimiento con dos dedos de una mano y una anchoa con dos dedos de la otra, mientras decidía cuál de los dos bocados sería más apropiado para iniciar el festín.

—Los *directores* —dijo Aurora arrastrando las letras con desprecio—. Nunca he entendido esa terminología tan impropia de un movimiento anarquista. Bueno, en realidad nunca les he entendido a ellos, tan lúgubres y tan huecos. En realidad no sé si son quienes dicen ser.

—No te montes más películas, Aurora. La clandestinidad tiene sus códigos y la seguridad se basa en parecer que eres quien no eres. Supongo que quieren saber si el plan para acabar con *el Enano* está concluido, quién será el brazo ejecutor y si yo tengo ultimada toda la estructura, ya sabes, los planos, las salidas, la retaguardia, la huida, los pisos francos. Mira, hablando de terminología, lo de los pisos francos tiene guasa.

—Pues a ver qué piensan cuando les digas que Ernesto se borra y que a Juanito, *el Púrpura*, le han seguido por medio Bilbao dos tipos con muy malas intenciones. Precisamente, dos tipos que estaban rememorando el atentado de Domínguez Muñoz en la iglesia de Begoña en 1942. Mira, Emiliano, creo que todo esto nos sobrepasa. Aquí hay muchos gatos encerrados y me parece que tú y yo somos dos pardillos en una gatera.

—Déjate de conspiraciones, Aurora. Solo necesitamos convencer a Ernesto o buscar otro Ernesto para llevar a cabo el plan. En cuanto a Juanito, hoy he estado en el bar de su amante y nadie le ha hecho nada. Lo único que me ha inquietado es que me ha dicho que uno de los mastodontes que le siguieron regresó al bar. Pero no preguntó nada, solo observó un buen rato y se fue.

—Esto huele mal, muy mal —insistió Aurora.

—Pues estas anchoas huelen bien, muy bien —dijo Emiliano antes de engullir una de ellas con un pimiento encima para celebrar su hermanamiento culinario.

Aurora no pegó ojo en toda la noche.

—Avisa a todos que tengo algo importante que contarles —le dijo Ernesto Acevedo a Remigio *el Químico* en el bar. Los lunes, los encuentros eran ocasionales. *El Dandy* tenía clases nocturnas y, cuando el dinero lo permitía, era el día preferido para sus encuentros poético-sexuales con Milagros en *la Palanca*. «Los lunes son días tranquilos para el amor», pensaba, porque se reducía la clientela y los frotamientos adquirirían un rango superior al de los que solo pretendían desfogarse o celebrar una victoria rojiblanca los domingos. *El Poncho* solía dedicar los lunes al cine, acompañado por su mujer, alternando las películas policíacas con las de amor, para equilibrar gustos. Juanito *el Púrpura* tenía todos los lunes ocupados, no se sabía en qué aunque todos lo suponían sin saber por qué. Los lunes eran el descanso dominical de una tropa que se bebía los domingos como un náufrago en el desierto.

—El miércoles por la tarde, aquí —insistió Ernesto Acevedo—, y que Juanito se lo diga también al Emiliano ese y su chica.

—Coño, Ernesto, me das miedo. ¿Qué es eso tan importante que tienes que comunicarnos?

—El miércoles, Remi, el miércoles. Y no lo olvides.

La calle se hizo más ancha cuando salió del bar. Somera, tan recóndita, se le antojaba la avenida Lenin en Moscú. En vez de hacer el recorrido de siempre hacia la Ribera y luego hacia la plaza de la Encarnación, tomó el sentido contrario y recorrió una a una las Siete Calles del Casco Viejo. Sentía la necesidad de andar, como hacen los reos puestos en libertad y los perros cuando les sueltas la correa y corren y corren sin dirección ni sentido. De vez en cuando, miran hacia atrás y vuelven a correr, y regresan y se vuelven a ir. La libertad, por escasa e inesperada, provoca estados eufóricos similares a los que produce el alcohol, y las resacas también son similares.

Caminó sin prisa, como quien cuenta las baldosas de las aceras o las ventanas de los edificios. Pasaba de una calle a otra sin sentir sus pisadas, sin ver los escaparates. Solo giró la vista para ver de lejos al hombre de la farmacia con las tripas fuera que tanta gracia le hacía. Saltaba de Somera a Artecalle y luego a Tendería, después a Belosticalle, a Carnicería Vieja, a Barrencalle y a Barrencalle Barrena. No entró en ningún bar. Ni en La Guerniquesa, ni en La Zornozana, ni en El Marqués («Hay que ver qué amor tiene la gente a sus patrias chicas», pensó). No era día de bares, sino de aire libre. Necesitaba pensar, en vez de no pensar, que era lo que había venido haciendo tanto tiempo de su vida. Tanto tiempo ocultando su pensamiento en frases de personajes, muchas veces desconocidos, cuyas vidas no las había vivido. Y, sin embargo, le vino a la memoria una cita que leyó en un libro de su hijo. Francisco había escrito: «La desobediencia es el verdadero fundamento de la libertad». Henry David Thoreau. ¡Quién coño sería ese tipo y de dónde lo habría sacado su hijo! Estaba claro que no conocía a Francisco y que nunca lo conocería. Esa era otra batalla perdida.

«El elegido, Ernesto, el elegido. *Madame*, el rey de las citas, el bruto ilustrado por el revés de los calendarios, en los que abundaban santos y mártires con citas absurdas

y ñoñas. Ernesto, el ángel exterminador, el libertador... ¿Cómo pueden ser tan ilusos como para no pensar que el más tonto del pueblo se daría cuenta de que todos son víctimas de una trampa, títeres de un titiritero que juega con sus sentimientos, sus pasiones, sus ilusiones y su imbecilidad? No hay tontos útiles. El problema es que los tontos siempre han sido útiles. Ya es hora de acabar con esta farsa y, como en las películas, poner a cada personaje el nombre del actor que lo encarna. Y el del director».

La Ría bajaba mansa, sin ruido alguno, amarillenta, como solía, dejando sus restos negruzcos en el hormigón de sus riberas. Cruzó la calle de la Ribera y se acodó en el puente de San Antón. Por detrás, la iglesia parecía amansar aún más el agua que discurría con rutina. Miraba a la Ría y sentía que todo Bilbao se reflejaba en ella, un Bilbao laborioso y pertinaz, rutinario, que subía y bajaba cada día, una Ría sucia pero elegante como un frac con lamparones (a fin de cuentas, un frac siempre es un frac y un buzo siempre será un buzo). Permaneció allí unos minutos antes de retomar el camino hacia su casa, sintiendo por primera vez en muchos años el aire como una caricia y no como una bofetada.

—Fernanda, ya estoy aquí —dijo tras cerrar la puerta con suavidad.

—Ya te veo.

—Te ha dejado tu hijo alguna dirección en Huelva.

—Sí —balbuceó Fernanda entre la sorpresa y el miedo.

—Voy a escribirle una carta.

—Tú has bebido, ¿no?

—Ni una gota.

Sentado en la cafetería Lepanto, Anselmo Vela estaba convencido de que *el Dandy* no aparecería. Seguramente le habría ido con el cuento a su compañero Rober y el investigado iba a ser él. «Ahora resulta que el policía es *el Dandy* y el sospechoso soy yo. Nunca debí ser piadoso con él. Tenía que haberle apretado las tuercas ayer. Si estaba cansado, que se hubiera jodido. Ante dos muertos no hay cansancio que valga». «Un poco tarde, chaval. ¡Si vieras la pinta que tienes de *pringao*! Pareces James Stewart, con esa cara de tonto, espiando desde su ventana indiscreta». Su conciencia aprovechaba cualquier debilidad para hacer mella en sus pensamientos. Pero seguramente tenía razón: Solo a un *pringao* se le ocurre aplazar una conversación más que prometedora. «¿Sabes lo que pienso? —insistió su conciencia—, que *el Dandy* ese es un calentapollas. Te la ha puesto dura y ahora te duelen los huevos».

Rodeado por aquellos matrimonios aparentemente tan bien avenidos que removían el café produciendo un molesto tintineo de cucharillas contra las tazas, como quien remueve el hastío para ocultar cualquier poso de amargura, Anselmo Vela se sentía insignificante. En aquellos momentos, hubiera preferido ser el camarero o la señora de enfrente que leía una historia ejemplar del *Reader Digest*. Cualquier cosa menos el policía engañado, cornudo y apaleado por un borrachín putero que citaba a Machado igual cuando follaba que cuando mentía. «Maldito *Dandy*».

—Ese soy yo, sí señor, un maldito y un *dandy*.

—Creía que no venías. Si te soy sincero, te imaginaba con Rober rindiéndole cuentas de nuestra conversación de ayer.

—Soy maldito, sí señor, pero no soy un hijo de puta. Mi madre era una santa, pero murió joven. Después de ella, solo las putas me han tratado bien. Digamos que, a estas alturas de mi vida, a mis años, soy un hijo de santa y un padre de putas.

—Vamos al grano, *Dandy*. Si quieres, otro día jugamos a las palabras. Me dijiste que el tal Emiliano os convenció para convertir un juego en realidad. Pero no me vale, tenía que haber algo más que el puro hecho de que un loco convenciera a otros locos.

—Por partes, inspector. Emiliano era amigo del *Púrpura*, lo cual era una garantía. Juanito, el pobre, me lo contó a mí. Me dijo que Emiliano y su chica, Aurora, eran tipos de fiar, dos idealistas pero con los conocimientos suficientes para ir más allá de

lo que para nosotros era un juego. Nos repartimos los papeles: Emiliano se encargaba de idear el operativo y yo me encargaba de convencer a la tropa, principalmente a Ernesto. Yo estaba seguro de que solo él era capaz de llevar a cabo el plan. Había hecho la guerra, era valiente y, a pesar de ser un habitual de la Comisaría, como ya sabrá, no inspiraba ningún temor a sus compañeros. Hasta el comisario le tenía aprecio.

—Me consta —asintió Anselmo Vela, que esperaba el momento para plantear la extraña relación entre *el Dandy* y Rober, pero necesitaba darle tiempo, darle carrete, como decía su madre.

—Pero Ernesto nos falló. No es que se acojonara; sencillamente, no lo veía claro. En realidad, pensaba que matando a Franco nada cambiaría, que España estaba condenada a perder la guerra todos los días. Que aquella derrota era para siempre. Intenté convencerlo por todos los medios. Hicimos una reunión con Emiliano y Aurora, pero Ernesto volvió a decir que no, incluso le propuso a Emiliano que, si tan claro lo tenía, lo hiciera él. Aquel día le noté un resquemor especial contra Emiliano. Aurora le caía mejor, no hacía más que mirarle los pechos.

—¡Qué casualidad! Ahora Ernesto y *el Púrpura* han sido asesinados. Uno, el que os puso en contacto con Emiliano y, el otro, el elegido para llevar a cabo el asesinato. No es una coincidencia. Y resulta que Emiliano te pasa unos planos e inmediatamente después te detiene Rober, que, increíblemente, te pone en libertad a las pocas horas —Anselmo Vela se mordió la lengua cuando estaba a punto de recordarle que Rober y él compartían putita. ¿O quizás era algo más? No era el momento. Eso le hubiera puesto en guardia, le hubiera llenado de miedo. Demasiado riesgo.

—Ya le he dicho, inspector, que por partes. No tengo ni idea de quién los mató, se lo juro. En eso, poco le puedo ayudar. Lo único que le puedo decir es que Ernesto comenzó a desconfiar de todo el mundo. No era el mismo. Se hizo más huraño. Cada vez que sacábamos este tema, se evadía, a veces, literalmente.

La cafetería se iba despoblando. Se notaba que era un local de gente mayor y gente de orden, gente que huye de la noche y luce por el día. Gente de café sin copa, un ejército de trajes y corbatas, de faldas plisadas, siempre discretas, con la elegancia humilde de los grandes paños. Trajes de sastre o modista, camisas a medida y gemelos por botones. Gentes con zapatos de piel, mocasines en verano, abotinados en invierno. A medida que la cafetería se despoblaba, *el Dandy* bajaba la voz. Los camareros nunca han sido de fiar. Cuando se quería saber algo de alguien, bastaba con localizar su bar habitual y preguntar al camarero. Luego se desbrozaba la mala hierba y quedaba el retrato fiel del individuo.

—Remi, el del bar, ya sabe, me dijo un día que Ernesto le contó que había recibido una visita en casa que le había aclarado la vista. No me pregunte más sobre eso porque, según Remi, Ernesto no le quiso dar más explicaciones. Ernesto había bebido y Remi lo atribuyó a las visiones que produce el alcohol.

¿Por qué Fernanda, la mujer de Ernesto, no le había hablado a él, Anselmo Vela, de esa visita? Quizás ella no estaba en casa o quizás era alguien conocido y no le dio más importancia. Si fuera así, está claro que alguno de la cuadrilla sabía más de la cuenta o no era quien parecía. El inspector iba grabando en su memoria cada palabra del *Dandy*. «Suéltalo ya, *Velilla*, que se te escapa otra vez vivo con cualquier excusa», le avisó su conciencia.

—Investigaré esa visita. Pero ¿por qué te soltó Rober? Tú sabes que te podía haber caído la *intemerata* al sorprenderte con esos planos.

—Mire, inspector, hace tiempo que vengo trabajando para Rober. Digamos que soy su topo, el encargado de controlar a Emiliano y sus relaciones con otros anarquistas, que últimamente se están reorganizando en pequeños grupos. La Policía tiene miedo de que anarquistas y nacionalistas hagan frente común. Ya ve qué matrimonio de conveniencia. Los comunistas hemos pasado a la retaguardia para ustedes. La verdad es que ahora pienso que Ernesto tenía razón, permítame la sinceridad.

—Ahora mismo las monsergas políticas no me importan. Quiero saber quién o quiénes mataron a Ernesto y al *Púrpura* y por qué lo hicieron. ¿Desde cuándo eres el topo de Rober? —retomó el hilo Anselmo Vela, al que las cosas se le acumulaban peligrosamente. Por momentos, pensó en sacar la libreta gris de Malumbres y tomar nota, pero eso no procedía, porque pondría demasiada distancia entre *el Dandy* y él.

—Desde hace un año, aproximadamente, y me convertí en su confidente por amor, inspector, por amor. Yo encontré el amor en *la Palanca*. Ya sé que pensará que confundo el amor con el sexo. Y si así fuera, ¿qué más da? Lo cierto es que, después de mucho andar saltando de una puta a otra, encontré a Milagros. Ni la más bella, ni la más dulce, pero encontré algo en ella que me hizo quererla. Siempre se dice que los hombres buscan en las putas una mujer que les escuche. Luego echan un polvo, pero es solo el final de la conversación. En mi caso fue al revés, era yo quien escuchaba a Milagros, quien sabía de sus andanzas, de sus penurias, de sus problemas. El sexo produce confianza y supe que había colaborado en pequeñas células comunistas, más por curiosidad que por compromiso, y eso, al final, llegó a los oídos de Rober, que la amenazó con detenerla si no le daba nombres de sus antiguos compañeros. Y le procurase sus favores, claro. Fui a hablar con Rober para convencerle de que Milagros era una inocente metida en una aventura que duró muy poco tiempo. A cambio de que la dejara en paz, me convertí en su topo.

—Lo que no entiendo es para qué te detuvo oficialmente Rober. Si lo que quería eran esos planos, se los podías haber dado tú mismo de forma discreta.

—Me parece, señor inspector, que está usted a dos velas, y no es un chiste fácil sobre su apellido.

—A eso he venido, a que me ilumines, y no es un chiste fácil sobre vuestro grupo de iluminados —respondió Anselmo Vela con notable enojo.

—Nadie en la Comisaría sabe que yo soy un topo de Rober. Los planos, si me lo permite, son una chorrada. Con cuatro datos sobre la basílica de Begoña bastaría para preparar un atentado. Las entradas, las salidas, el acceso al coro, al camarín de la Virgen, la sacristía... cuatro pijadas que se aclaran con una visita un poco atenta y nada más. Lo que pretendía Rober con mi detención era salvar la clandestinidad de nuestra relación, incluso a los ojos del comisario Andrade, y centrar todas las miradas en Emiliano. Y ahora me preguntará usted por qué —Anselmo Vela fijó los ojos en los del *Dandy*, esperando la respuesta que comenzase a aclarar un misterio cada vez más extraño y rocambolesco—. ¡Pues no tengo ni puta idea! —sentenció *el Dandy* echando su cuerpo hacia atrás en la butaca de escay de aquella cafetería noventayochesca.

—¡No me jodas, *Dandy*! ¡No te quedes conmigo! Llevas un año colaborando con un policía, has trabado amistad con un anarquista loco, han matado a dos miembros de tu cuadrilla de iluminados y ahora dices que no tienes ni puta idea de qué busca Rober ni qué pinta el tal Emiliano en una historia en la que quisiste implicar a tu mejor amigo... De verdad, puedo creer que seas un tipo zumbado, pero sé que no eres tonto. Te lo pondré más fácil: ¿qué quiere Rober que hagas ahora? —El silencio, que se había adueñado ya de la cafetería, solo roto de vez en cuando por el sonido del agua en la fregadera o el tintineo de alguna cucharilla golpeando contra la taza, se apoderó del *Dandy*, que alargó una pausa teatral que incomodó a Anselmo Vela—. Te he hecho una pregunta —insistió el inspector en un intento por recobrar el principio de autoridad que parecía perdido.

—Sé que Emiliano mantiene reuniones periódicas con una gente que yo no conozco. Tengo que conseguir que me invite a esas reuniones, lo cual, como puede imaginarse, no va a resultar nada fácil.

—Hay una cosa que no me cuadra. Si su objetivo es Emiliano y los suyos, se supone que todos anarquistas, ¿por qué no eligió como topo al *Púrpura*, que era amigo de Emiliano y compartía su misma ideología? —se preguntó en voz alta Anselmo Vela, al que la historia no le cuadraba por ningún lado.

—¿Y quién le dice que no lo hizo?

Caminaba y caminaba Ernesto Acevedo como no solía, incapaz de ser un transeúnte sin más, un individuo sin más, uno más de los que deambulaban por el Casco Viejo sin más destino que el de siempre, sin más vocación que su destino. Caminaba y caminaba y por primera vez sonreía, acostumbrado como estaba a reír o blasfemar, a desatar su ira o repartir consejos, a alabar a Rusia, a maldecirla de tanto esperarla mientras pasaban los trolebuses que iban siempre al mismo sitio, que volvían siempre del mismo sitio. Caminaba y caminaba mientras la luz languidecía, euforia sin alcohol, silencio estridente, pura mirada, paso cansino. Caminaba y caminaba, aquí torcía, aquí seguía en línea recta, aquí volvía a torcer. El Casco Viejo era grande como la avenida Lenin, como el bosque donde murió aquel requeté. ¿Dónde fue? Qué más da, qué más da dónde mueres si no te enteras, ni siquiera cierras los ojos, pero no ves. ¿Qué más dan los ojos cuando mueres? ¿Qué más dan las gafas cuando te quedas ciego? Caminaba y caminaba como quien desbroza su pasado con la mirada, ajeno al presente y al futuro. Las luces de los escaparates le iluminaban el camino, señales de un trayecto. Los escaparates son luces que no llevan a ninguna parte. Podrías dar vueltas y vueltas a Bilbao siguiendo las fluorescentes de los escaparates y siempre te parecerían los mismos, salvo el de las tripas fuera, a ese no le hacía falta ninguna luz. Ese sería siempre la referencia en la calle Correo, la guía, el monumento, el alfa y el omega, las tripas ahí afuera, intactas, incólumes, exuberantes, retadoras. «Esto es lo que tienes por ahí adentro, chaval. Esto es lo que te da la vida y esto es lo que se comerán los gusanos. Este eres tú, lo que ve tu médico, tu cirujano, el circuito de tu anís, el trayecto de tu euforia y de tu desesperación».

Caminaba y caminaba hasta que alguien le tocó el hueso del hombro que avisa de lo inesperado.

—¿Cómo está usted, *Madame*?

Juanito Cardenal, *el Púrpura*, le pareció infinitamente pequeño tras su espalda. Lo notó encogido, frágil, débil. Nunca fue un hombre de porte ni de deporte, pero tampoco era apocado. En ese momento, sí lo parecía.

—¡Coño, Juanito! ¿Qué haces por aquí?

—¿Y tú? Te he visto hace un rato y te has saltado media docena de tabernas. No estarás enfermo...

—Beber es un placer, Juanito, no una obligación —respondió Ernesto, que a su felicidad había añadido la condescendencia.

—Me ha dicho Remi que nos has citado a todos el miércoles para contarnos algo importante. ¿Algo grave?

—No te adelantes a los acontecimientos. Hay que vivir la vida mientras se pueda o mientras nos dejen. ¿Sabes una cosa, Juanito? Ahora me da exactamente lo mismo que me peguen un tiro. Me importa por Fernanda y por mi hijo, pero a mí me trae sin cuidado —reflexionó Ernesto mientras pasaba su brazo por los hombros del *Púrpura*, cada vez más encogido.

—Hubiera preferido que estuvieses borracho para no dar importancia a lo que dices. Pero así, sereno, me das miedo. Te voy a contar algo, Ernesto, que debe quedar entre tú y yo. El otro día, me persiguieron dos tipos desde un bar en el que coincidí con ellos. Por suerte pude evitarlos y esconderme en casa de Emiliano.

—¿Tienes alguna idea de por qué te perseguían? —requirió Ernesto.

—Mientras estaba en el váter, les oí hablar de un falangista que cometió un atentado en la basílica de Begoña. Salí del bar y, al poco, ellos también salieron y comenzaron a perseguirme. Sé que se referían a un falangista que cometió un atentado porque me lo explicó después Emiliano. Yo no tenía ni puñetera idea de quién hablaban.

—¿Y los has vuelto a ver?, ¿te han seguido? —preguntó Ernesto.

—No —respondió *el Púrpura* tras un breve silencio que se hizo eterno.

—El miércoles saldrás de dudas, Juanito. El miércoles.

Se despidieron en la calle Jardines y ambos caminaron en direcciones opuestas. Ernesto con su paso cansino, las manos en los bolsillos, viendo pasar las tabernas como si circulase en un tren mirando por la ventanilla. *El Púrpura*, más rápido, como si huyera de sí mismo; llevaba la prisa de los fugitivos metida en el cuerpo.

Ernesto caminaba entre calles sin un orden lógico para llegar a su casa. Recorrió la Siete Calles y sus transversales como un turista perdido en un casco antiguo, siempre intrincado, pequeños laberintos que han vencido al paso del tiempo. Las ciudades tienen un orden bastante lógico que las hace manejables, penetrables. Uno puede equivocarse en una calle pero enseguida recupera el rumbo a poca orientación que tenga. Pero los cascos viejos pertenecen a otro tiempo donde existía otra lógica que respondía a otras necesidades. Ernesto no se equivocaba, simplemente caminaba como si en vez de vino quisiera beberse el Casco Viejo.

Por fin llegó a casa. Miró al bar de *Cagancho* y sonrió. Entró en el portal. Subió las escaleras con calma. Al entrar en casa, percibió el olor que anunciaba una porrusalda. Siempre se preguntaba qué le gustaba más: el olor o el sabor de los puerros, un olor denso pero suave, profundo, y un sabor que, endulzado por la zanahoria y espesado con la patata, creaba un placer misterioso. Había quien aplastaba todos los ingredientes del plato con el envés del tenedor para crear una especie de puré. Él prefería dejarlos intactos y mezclarlos en la boca. Culminado el

placer de la ingesta, el olor de los puerros permanecía en la cocina, alargando la bondad de tan humildes alimentos, que Fernanda compraba en el Mercado de la Ribera a las aldeanas que instalaban sus puestos en el último piso.

—Gracias, Fernanda, nada mejor que una porrusalda para ser feliz.

—Ni que fuera una novedad —respondió su mujer—. Por cierto, ¿ya has escrito a tu hijo?

—Aún no he acabado la carta, pero mañana la termino y la echo al correo el miércoles.

—Hijo mío, ni que fuese una novela.

—Algo así, Fernanda, algo así.

Anselmo Vela tenía la sensación de que *el Dandy* jugaba con él: ahora te digo, ahora te sugiero, ahora callo, ahora hablo. Sin duda, sentirse protegido por *el Zambo* Rober le permitía manejar la conversación a su antojo. Estaba claro que decía la verdad, pero callaba más de lo que contaba.

—Mira, Tasio, vamos a dejarnos de jueguecitos. Voy a ser claro. El comisario tiene prisa por resolver este asunto. Si voy y le cuento lo que tú me estás diciendo, ¿quién crees que saldrá perdiendo?, ¿Rober o tú? Apostaría mi sueldo a que pierdes tú. Así que responde: ¿por qué había tanto interés en controlarlos a todos, a ti, al *Púrpura*, a alguno más?

Anselmo Vela estaba perdiendo la paciencia, algo que ocurría pocas veces, pero, en esos casos, adquiría un tono violento. «Así, muchacho, así, puro castellano recio de los de lanza en astillero», le animó su conciencia, soliviantada también por el papel de ratón al que *el Dandy* sometía a su dueño. Se habían quedado casi a solas en aquella cafetería con el lujo raído por los años, como si la lluvia le hubiera desconchado el maquillaje. Solo permanecía, unas mesas más allá, un hombre mayor vestido con sus mejores galas leyendo el diario *Hierro*, un vespertino en el que prevalecían las noticias de deportes y cine con algunos asuntos locales de última hora.

—Perdone, pero el inspector es usted, no yo. Aun así, le voy a dar un dato y una opinión. A Rober le preocupaban dos personas: Emiliano, el joven anarquista, y Ernesto. ¡Sí, Ernesto, el borrachín! Yo puse la misma cara que usted cuando me dijo que lo vigilara de cerca. «Pero si Ernesto es como una mosca, cansino pero inofensivo», le dije. Y él me agarró por el pecho y me dijo: «¡Haz lo que te digo y no preguntes ni pienses!». De no haber estado en un lugar público, creo que me hubiera golpeado. Ese es el dato. Si quiere mi opinión, se la doy, pero es tan solo una opinión: creo que Rober no quería llegar a ningún sitio a través de esos dos, sino evitar que alguno de esos dos llegara a algún sitio. Me preguntará usted que a cuál: no lo sé. ¿Sabe lo que escribió Machado en su *Introducción*?: «El alma del poeta se orienta hacia el misterio. Solo el poeta puede mirar lo que está lejos dentro del alma, en turbio y mago sol envuelto».

—Machado aparte, ¿me estás diciendo que Rober creía que Ernesto sabía algo que no debía saber?

—Le he dicho que es una opinión. Ernesto nunca militó en ningún partido, era descreído. Cuando perdió la guerra, perdió la esperanza. Cuando estaba borracho, pensaba que el Ejército Rojo liberaría España. «Cuando vengan los míos, os vais a enterar», solía decir. Pero los suyos no estaban aquí, sino a miles de kilómetros de distancia. Era un trabajador intachable, padre y esposo. Nunca se fue de putas y, aunque bromeaba a menudo sobre los maricones, sentía especial predilección por Juanito *el Púrpura*. ¿De verdad podía creer Rober que era un tipo peligroso o que era la hebra que le llevaría a desenredar algún ovillo?

Otra vez la madeja y el ovillo, el recuerdo de su madre; allí, él y ella, sentados frente a frente, viendo cómo aquella lana se desanudaba y se alisaba como si sus brazos fueran mágicos, y que luego se convertía en jerséis coloridos que eran la envidia de sus amigos en Medina de Rioseco. ¿Quién tendría los brazos adecuados para desenrollar esta madeja que le atormentaba desde que a Ernesto le pegaron un tiro, solo uno, seco y ruidoso, y al *Púrpura* lo tiraron a la Ría desnudo, atado de pies y manos y con los dientes partidos? Una madeja que no se convertiría en un luminoso suéter, pero que una y otra vez se anudaba más y más y le aprisionaba los brazos.

—Hay algo más que debe saber —continuó *el Dandy*, tras apurar de un trago el último sorbo de anís que quedaba en su copa—. A Ernesto lo mataron el mismo día en que nos había convocado a todos los de la cuadrilla a una reunión para contarnos, según le dijo a Remi, algo importante. Pudo ser una casualidad, pero es un dato. Y ahora, si no le importa, tengo que marcharme. Mañana toca madrugar y, además, creo que no tengo ya nada más que contarle.

—Solo una última cosa, Tasio, ¿por qué me dijiste aquel día en el calabozo que, si quería atrapar al asesino de Ernesto, buscarse entre quienes odian a los poetas?

—¿Yo le dije eso? ¡Qué tontería! ¡Todo el mundo odia a los poetas! ¿Por qué cree que no los lee nadie?

El Dandy salió de la cafetería despacio mientras Anselmo Vela trataba de contener su ira y convertirla solo en estupefacción. Cualquiera que observase la escena pensaría que quien se iba era el policía y quien se quedaba, el malhechor. Necesitaba una copa y volvió a pedir anís. Al menos era dulce, algo necesario en ese momento de amargura. Bebió la mitad de un trago y repudió el resto. Pagó y salió del bar. Trataba de ordenar las explicaciones del *Dandy*, pero se lo impedía su última frase. La llevaba clavada como una ofensa. Cruzó la alameda de Urquijo y bajó por la Gran Vía camino del Arenal en dirección a la pensión. Bullían demasiadas preguntas en su cabeza. Si *el Dandy* era el topo de Rober, ¿por qué el comisario Andrade le había encargado a él que lo vigilase? ¿Qué trataba de conseguir o evitar su compañero Rober? ¿Quién había visitado a Ernesto y había aclarado todas sus dudas o había refrendado sus sospechas? ¿Con quién se reunía Emiliano si *el Púrpura* lo había presentado como un idealista? Del mismo modo que Ernesto se sentía traicionado por alguno de los suyos, ¿quién le traicionaba a él en la Comisaría?

«Maldito el día que salí de Medina de Rioseco, de la sosegada rutina de la calle Mayor, del bar Nacional o de El Estrecho (llamado así por razones obvias), de las fundiciones o de las plantaciones de trigo y cebada, de la fábrica de harina o del canal de Macías Picabea, que moría allí, en la dársena, con la mansedumbre de los ríos muertos que dan la vida al campo, del frío recio, de las heladas y la escarcha, del sol justiciero, de la Semana Santa de gremios y cofrades silenciosos portando esculturas sin saber el valor de lo que portan, de lo que significan. Maldito el día que al comisario se le ocurrió encargarle el caso de un borrachín asesinado por un tipo que circulaba en moto». «Tienes que encontrar esa moto, chaval, y dejar de pensar en tu pueblo. Ahora mismo no hay nadie allí que esté pensando en ti, ¿sabes? Y aquí, en cambio, sí», le anunció su conciencia, avisándole de la presencia de María, nada más atravesar la puerta de la pensión adonde había llegado sin fijarse en nada ni en nadie.

—Hola, María.

—Hola, don Anselmo.

—No me llames don Anselmo, ¿o tan viejo me ves?

—No, no, pero es la costumbre con los clientes. Tengo patatas en salsa verde, si quiere cenar.

—No pensaba cenar, pero las patatas en salsa verde son mi perdición. Pero no me pongas mucho, María.

Anselmo recordó la broma que solía hacer Liborio cada vez que decía sí a algo: «¿Esto también nos tiene que gustar?». Las patatas habían sido siempre su devoción. Patatas con carne, con berza, con huevos fritos, tortilla de patatas. En Bilbao había descubierto las patatas en salsa verde, con la merluza casi desmigada y sus guisantes, y el caldo untuoso al matrimoniarse con la patata y el aceite, y el perejil que le daba el verdor que justificaba su nombre. Siempre que comía patatas en salsa verde recordaba las patatas a la importancia, nacidas para sustituir a la carne en las casas humildes pero más sabrosas que los filetes, tan rutinarios, tan básicos.

—Si quiere más, me lo dice.

—Gracias, María, pero será más que suficiente.

María volvió a la cocina. Su cuerpo se movía con agilidad entre pucheros y cubiertos, con la escoba o con el trapo. Daba la sensación de que, en vez de trabajar, volaba lentamente por aquella cocina o después por el comedor, o limpiando el aparador con un trapo que en sus manos parecía una gasa. «Tú no lo sabes, María, pero te he sido infiel. En un prostíbulo, nada menos, y no, no fue un acto de servicio ni una exigencia de la investigación. Primero, aquella prostituta acariciándome los genitales; después, la otra poseyéndome, porque yo no la poseí a ella, eso te lo puedo jurar, María, fue un dejarse llevar, un perder el sentido. ¿Sabes?, yo era virgen, y quizás aún lo sea, porque aquello no fue perder la virginidad, sino perder la cabeza. Sé que tú, tan frágil, nunca podrás llevar ese peso, te vencería y caerías al suelo vencida, derrotada...». «Déjate de chorradas, *Velilla*, tú nunca le dirás todo eso, porque nunca le dirás que estás enamorado hasta las cachas, porque eres un *cagao* y

las mujeres te asustan. Si sigues así, te vas a quedar para vestir putas, como *el Dandy* ese, que seguro que les recita versos de Machado mientras la Milagros de turno masca chicle y cuenta los minutos como si fueran horas. Tú nunca harás feliz a María. Bueno, hay algo positivo en ello: tampoco la harás infeliz». Llevaba tiempo su conciencia en estado de relax y su despertar fue como un sobresalto. Una vez más, tenía razón. Mejor hubiera sido meterse cura, en vez de policía. «Tú confesando a las putas, me gusta la idea», sentenció su vieja amiga.

—Don Anselmo, perdón, Anselmo, es para usted —le avisó María, que sostenía el teléfono con su pequeña mano. Anselmo Vela ni lo había escuchado, abstraído en la confesión de sus pecados y vislumbrando su hipotético futuro como confesor de prostitutas, mientras iba engullendo las patatas con más lentitud de la acostumbrada.

—Gracias, María. ¿Dígame? ¿Quién es?

—Ya le dije que esos locos pretendían matar a Franco. Son unos pirados, pero los tontos pueden ser peligrosos.

—¿Pero quién es usted?

—Eso no tiene importancia. En un desguace del barrio de Recalde le está esperando una moto que quizás pueda llevarle a algún sitio. No me dé las gracias.

Empezaba a inquietarle esa voz que sonaba un poco distorsionada, como si se ocultara detrás de un pañuelo, un truco absurdo que a veces cumplía su cometido. Si así fuera, se trataba de alguien conocido que intentaba evitar ser reconocido. Un nudo más en la madeja, una nube más en una tormenta permanente. Una voz que le dirigía o le confundía, un lazarillo leal o tramposo...

—María, puedes retirar el plato. Me voy a mi habitación, estoy un poco cansado.

—Buenas noches... Anselmo.

Desde la ventana de su cuarto se veía el edificio de la Bolsa, realmente llamado el palacio John, un barroco extraño en Bilbao cuyo origen se desconocía. Anselmo Vela, recostado en el ventanal, pensó que ese palacio era la metáfora perfecta del caso que lo atormentaba: algo incomprensible, algo misterioso que, sin embargo, está a la vista de todos. «Como la poesía», pensó mientras seguía acodado en la ventana observando la noche que vaciaba la calle, y su silencio solo lo rompía el ruido de las persianas que cerraban los bares, antes tan vivos, ahora tan muertos. De todas formas, Anselmo Vela odiaba los bares recién abiertos, con ese olor a humedad, esa mezcla de olores que combinaban el tabaco, el vino, la lejía y la ginebra MG que se usaba para abrillantar el aluminio de la barra. ¡Que contradicción: bares limpios que huelen mal! Sin embargo, soportaba bien el olor de los extraños ambientadores de los cines de barrio, mezcla de zotal y colonia, parecido a la mezcla de sudor y colonia de las prostitutas; aunque solo hubiera conocido dos en toda su vida, suponía que todas olían igual. Seguramente, todas usaban la misma colonia; el sudor dependía del trajín de clientes que les hicieran el favor de llevarlas al catre unos minutos.

«Algo misterioso que está a la vista de todos», se repitió, como la poesía, que necesitas leer varias veces para llegar al tuétano de lo que cuenta. «Quizás yo esté

ante una metáfora que no acabo de descifrar y que, sin embargo, es clara como el agua», se lamentó mientras fijaba sus ojos en las típicas baldosas de las calles de Bilbao. «Vete a dormir, *Velilla*, y sueña con tu muchachita, a ver si te levanta... la moral. Y mañana, con la moral levantada, te esperan ese desguace y esa moto. ¡Anda que si la poesía fuese esa moto...!, ¿cómo se llamaría?, ¿poesía sobre ruedas?», le animó su conciencia, que comenzaba a entornar los ojos. Anselmo Vela cerró la ventana, se desnudó, se embutió en el pijama y, antes de esconderse entre las sábanas, dobló perfectamente la ropa, como hacía cada noche, incluso cuando la dejaba para que María la incluyese en la colada.

Nadie en la Comisaría conocía su afición por la poesía y, por lo tanto, menos aún por su paisano Jorge Guillén, cuyo libro *Cántico* se escondía entre los jerséis de punto que reposaban en su armario. Le producía pavor que sus compañeros se enterasen de su afición por la poesía, no de que su autor preferido fuera Jorge Guillén, al que desconocían por completo. Tomó el libro y leyó *La sangre al río*, deteniéndose en una estrofa: «Encrespándose en viento el crimen sopla. Lo sienten las espigas de los trigos, lo barruntan los pájaros, no deja respirar al transeúnte ni al todavía oculto, no hay pecho que no ahogue: blanco posible de posible bala». Siguió leyendo. Cuando se despertó, el libro descansaba sobre su pecho. Ninguno de los dos se había movido.

La reunión con los *directores* se antojaba peliaguda. Nadie conocía a nadie, se conocían sus rasgos, su manera de hablar, su indumentaria, su papel, este el duro, ese el blando, sus acentos, aunque Emiliano no alcanzaba a distinguir entre los gallegos y los portugueses, en aquella reunión en la que prevalecían las ideas por encima de los nombres. Nadie conocía a nadie, pero todos se conocían, es decir, sabían cuál era su palo y su rol, y nadie alteraba la conjunción de los astros en aquel ecosistema matemáticamente organizado. Se reunían por primera vez en Bilbao sin que ni siquiera Emiliano supiera de dónde venían. En realidad, solo conocía a cuatro, de anteriores reuniones, más informales, menos herméticas, pero le extrañó esa suma de acentos galaicos cuyo origen no acertaba a adivinar. Uno era *el Zarpas*, al que así había apodado él por razones obvias, cuyo hablar pausado le sugería algo parecido a un poeta que escribiese con punzones en vez de bolígrafos. Era un tipo grande, que sobresalía más por la anchura que por la altura. Solía hablar poco, pero cada una de sus intervenciones pretendía zanjar las discusiones con sentencias definitivas: «Cuando no hay cojones, no hay soluciones», solía decir para resolver la evanescencia de los discursos. Otro era *el Mudo*, al que también llamaba así por razones obvias. Le extrañaba que tomara notas y más notas de cuanto se decía y, una vez concluida la reunión, hiciera añicos los papeles y los quemase en un cenicero para esparcir los restos en distintas papeleras. «Debe ser un mnemotécnico empedernido», pensaba Emiliano, que alguna vez se había sentado a su lado para mirar de reojo sus apuntes: no, no pintaba muñequitos o cuadraditos encadenados como hacen los ociosos y aburridos, sino que realmente tomaba notas que luego condenaba al fuego del olvido. Los otros dos eran dos gemelos que a menudo se llevaban la contraria, como si uno hubiese heredado el gen impulsivo frente al gen reflexivo del otro. El resto eran desconocidos, suponiendo que alguien fuera conocido en ese ambiente de sombras que habían hecho de la clandestinidad un mundo acogedor en el que parecían sentirse felices.

—Comprenderéis que esta reunión no debe alargarse mucho tiempo por razones de seguridad. Así que mejor nos ahorramos los discursos teóricos y vamos directamente al grano. *A priori* este es un lugar seguro, pero todos sabéis que la seguridad en este país es algo muy fugaz —quien hablaba era un hombre enjuto, con la piel reseca, con la mirada cansada, como si lo hubiese visto todo y ya nada lo sobresaltase—. Tengo entendido que los planes para acabar con Franco cuando

visitase Bilbao se han ido al traste por la negativa del brazo ejecutor. Reconozco que la idea de encomendar el asunto a un grupo de inofensivos revolucionarios de coñac y garrafón me pareció genial. La Policía siempre ha pensado en anarquistas y nacionalistas como potenciales artífices de lo que ellos llaman un magnicidio. ¡Tiene gracia, tratándose de un enano! Pero probablemente no medimos la distancia que separa las palabras de los hechos.

El hombre enjuto hablaba sin levantar la mirada de la mesa, algo que siempre produce inquietud entre los oyentes, por más que el tono de sus palabras fuera suave. «Cuando alguien mira al suelo, nunca sabes si está midiendo las palabras o pensando, más allá de las palabras, lo que va a hacer», reflexionó Emiliano, que había visto esa escena en casi todos los *westerns* que poblaban la cartelera del cine Gayarre. «El malo, en el *saloon*, siempre mira al suelo, antes de sacar el revolver».

—Lo de menos, en este caso, es que el plan se haya frustrado. A fin de cuentas, tampoco estábamos seguros de que Franco fuera a venir a Bilbao. Lo que sí sabemos es que no es fácil matar a Franco, por eso, la opción de los activistas anónimos resultaba tan cautivadora. ¿Quién mejor que un borrachín, habitual del calabozo, casi un ser querido para policías aviesos y traviesos, un juguete con el que entretener sus noches de hastío, para emprender el enanicidio? Pero nuestro hombre, aunque él no lo sepa, se ha cagado. No hemos sabido controlar la lucidez que habita en los márgenes de las borracheras. De todos modos, ese no es el problema. El asunto es que, realmente no sabemos por qué ese tal Ernesto Acevedo se ha rajado y por lo tanto estamos todos ahora pendiendo de un hilo.

—Yo pongo la mano en el fuego por Ernesto Acevedo —las palabras de Emiliano sonaron como un disparo en el ambiente gélido de aquel taller de ebanistería lleno de enseres, apenas iluminado por una leve lámpara más propia de una sala de interrogatorios—. A Ernesto no le ha podido el miedo, ni me consta que la Policía haya seguido sus pasos hasta acorralarlo. De haber sido así, seguramente yo no estaría aquí, sino recibiendo hostias en la Comisaría de María Muñoz, y quién sabe si algunos de vosotros tampoco estaríais en esta reunión. En esa lucidez de la que hablas, Ernesto llegó a la conclusión de que matar a Franco era un asunto tangencial. Él es un hombre atormentado por la guerra, por la postguerra, y se siente un perdedor por los siglos de los siglos. No creo que el asunto vaya más allá. Solo borracho podría matar a Franco, pero, en tales condiciones, seguramente mataría al párroco.

La sala enmudeció. Solo uno de los gemelos, el más reflexivo, le miraba a los ojos intentando adivinar en sus pupilas el grado de sinceridad de sus palabras. Por un momento, Emiliano se sintió como James Stewart, el actor aturdido, acobardado y envalentonado a partes iguales, pero convencido de que no había marcha atrás. A fin de cuentas, estaba entre desconocidos, cuyas reacciones no podía prever. «Solo ante el peligro», se dijo, como Gary Cooper, e inmediatamente se autoconvenció: «Los *westerns* siempre acaban bien».

—Supongo que tú eres el que mejor conoce al tal Acevedo, pero la intuición no suele ser buena consejera en nuestro caso. La Policía puede detener y torturar por intuición. Le avala el poder. Para nosotros, en cambio, la intuición es un riesgo que no nos podemos permitir —el hombre enjuto hablaba por primera vez mirando a los ojos de Emiliano, quien, intuitivamente, bajó los suyos a la altura de la mesa, como si, ocultando la mirada, evitase escuchar lo que inevitablemente venía a continuación—. Ernesto Acevedo era nuestra solución. Ahora es nuestro problema.

El hombre enjuto señaló con la mirada la puerta de salida. Emiliano, los gemelos y el mnemotécnico se levantaron y se fueron. Los otros cuatro se quedaron arremolinados en torno al hombre enjuto.

Emiliano y los otros tres abandonaron el edificio en intervalos de dos minutos. Era de noche y no circulaba nadie por la calle Prim, mal iluminada. Los gemelos se dirigieron hacia la plaza de los Auxiliares. Emiliano ascendió por Prim para descender después por Iturribide en un rodeo de seguridad. El mnemotécnico le seguía a unos cien metros, hasta que se metió en uno de los muchísimos bares de Iturribide que habían dado a la calle el sobrenombre de «la senda de los elefantes». Todo a cien metros de la Comisaría. Nada más seguro que la cercanía para poner distancia con el peligro. Detrás, en el taller de ebanistería, Ernesto Acevedo se jugaba la vida sin saberlo.

Emiliano llegó a casa y se acurrucó entre los brazos de Aurora conteniendo un llanto incontenible. Aurora no preguntó, lo llevó a la habitación y lo convenció para que se metiera en la cama. Bajó un poco más la persiana y luego se enredó entre sus piernas. «No hables, no duermas. Piensa». Y luego apagó la luz.

A Juanito *el Púrpura* le dio por trabajar. Su hermana se extrañaba de esos horarios estajanovistas, tan impropios en él, siempre dispuesto a manejar las manecillas del reloj a su antojo. Muchas veces le había recriminado, sin éxito alguno, sus escaqueos, sus disculpas, su desobediencia a las normas. Pero el reloj de Juanito corría ahora a velocidad de vértigo. El trabajo era su refugio desde que los mastodontes lo secuestraron durante unas horas en aquella lonja donde olía la Ría como en sus mejores tiempos. El trabajo era una cárcel de oro y, si por él fuera, se hubiera quedado a vivir allí como un anacoreta laboral, como un portero de guardia con un ojo abierto y el otro también.

Los mastodontes le habían metido el miedo en el cuerpo y la última conversación con Ernesto, cuando coincidieron en la calle Somera, le había generado un desasosiego infinito, una desazón que más que granos producía llagas. Nada que rascando pudiera evitarse. Ernesto parecía un hombre feliz, un hombre libre, lo más parecido a esos bebés que miran las luces adivinando un mundo de colores que no saben interpretar más allá de la felicidad que producen.

Juanito había decidido ausentarse de las relaciones sociales. Tampoco quería hablar con Emiliano, para no comprometerlo, aunque suponía que ya estaba comprometido, pues aquellos mastodontes sabían que había estado en su casa a pesar de que no se lo dijeron. Pensaba que sabían todo de su vida, como si lo hubieran vigilado desde el día de su nacimiento. Seguro que sabían también que había tenido una novia a la que quiso como solo un sarasa puede querer a una mujer, a la que hubiera deseado agradecer los servicios prestados —el cariño, la paciencia, la comprensión, la connivencia cultural, el refugio— frente al creciente desamparo de un entorno hostil. Y sabrían, seguro, que esa novia, Maite Echevarría, vivía en Madrid y se había casado con un inspector de Policía. Y que tantas veces deseó volver a verla para darle las gracias, aunque seguramente él no ocupaba ni la millonésima parte de sus recuerdos.

Juanito *el Púrpura* miraba el reloj y o no corría o lo hacía a la velocidad de Jesse Owens. Y volvía a los papeles para que el reloj no lo encontrase. Su hermana miraba y callaba, mordiéndose los labios, porque sabía que, en esos casos, su hermano, más que una tumba, era de ultratumba. En esos casos, lo compadecía: no debe ser fácil ser sarasa en un mundo lleno de uniformes. Tampoco para ella era fácil vivir en un mundo de esposas y maridos.

Cuando salió del trabajo, ya vencida la tarde, a Juanito Cardenal le recorrió el cuerpo un escalofrío cuando un dedo le tocó el hombro por la espalda. Se dio la vuelta y le devolvió el ánimo ver que era Emiliano quien reclamaba su atención.

—Juanito, tenemos que hablar. Es muy urgente. Tú baja por la Gran Vía y yo voy por la paralela. Nos vemos en el café La Concordia.

—¿Pero qué pasa? —balbuceó *el Púrpura*, ahora más sofocado.

—Se trata de Ernesto.

Anselmo Vela cerró el libro de Guillén, se levantó y lo depositó en el lugar habitual, a recaudo de cualquier curioso que escudriñase su gusto por la poesía, algo que hasta ahora solo conocía *el Dandy* e intuía Milagros, la prostituta. Mientras se duchaba en el baño comunitario de la pensión, pensaba en las bromas que Liborio, si se enterara, podría escarbar de su escueto cerebro. Último libro de Anselmo Vela: *Poesía en la Comisaría* o, quizás, *El gozo del calabozo*. Se reía de sí mismo, imaginando frases que Liborio no podría ni soñar, pero que le cauterizaban, por si alguna vez el pintor de brochazos adivinaba su secreta pasión. Mientras desayunaba, se quitó a Liborio de la cabeza y lo sustituyó por la Derbi que le esperaba en el desguace de Recalde, salvo que su anónimo informante le hubiera gastado una broma de mal gusto o, peor, le hubiera confundido para desguazarlo a él. Debería llamar al comisario para avisarle de que llegaría tarde. Desechó esa posibilidad, por si creaba expectativas que luego no pudiera cumplir.

—¿Más café, Anselmo? —preguntó con ánimo mañanero doña Sabina, mientras María se afanaba en la cocina separando las lentejas de las piedras para esa comida a la que él casi nunca asistía, aunque la Comisaría estaba a apenas doscientos metros de la pensión. Solo cenaba y, si acaso, algún domingo de hastío y libranza se daba a la frugal tarea que proponía una cocina guisada por doña Sabina, pero laborada previamente por las sutiles manos de María. Cuántas veces deseó ser el pan que partía con tanta delicadeza, el aceite del pilpil que agitaba de forma tan cadenciosa para sacar a flote la gelatina.

—Sí, un poco. Gracias, doña Sabina.

—¿Le espera un día largo, Anselmo?

—Desgraciadamente, todos los días son largos y las noches demasiado cortas —respondió, mientras se acercaba la taza de café a los labios temiendo que estuviera tan caliente como siempre.

El inspector Vela se dirigió a la calle con premura, como si quisiera bajar con rapidez su habitual desayuno: pan con nata y azúcar y café con leche doble. La nata era una deferencia para con él de doña Sabina, que la recogía con cuidado de la leche hervida y la extendía sobre el pan con sumo cuidado. Así, a Anselmo Vela solo le quedaba esparcir el azúcar por encima. Era la leche de todos, pero la nata era suya, aunque siempre supuso que doña Sabina y quizás María también tenían su ración particular en la cocina en la que desayunaban, comían y cenaban.

Tras salir de la pensión, tomó el trolebús número cuatro, que le llevaba hasta Recaldeberri, un barrio obrero del confín de Bilbao, donde, según le habían dicho en la Comisaría, cuando llegó, vivían muchos rojos y era un nido del Partido Comunista. «¡Hala!, chavalín, a buscar un desguace, porque ese informante tuyo te da las noticias a medias, aunque, si miras el lado positivo, es más fácil encontrar un desguace que el bar Manolo. ¿Te has parado a pensar cuántos bares hay en España que se llaman Manolo?». Su conciencia se había desperezado después de muchas horas escondida tras los pensamientos de su dueño o, mejor, su jefe o, aún mejor, su criado. El trolebús circulaba con lentitud. El cielo comenzaba a descorrer el velo de las nubes y se adivinaban islas azules, un azul desvaído y tímido que no se animaba a mostrar su plenitud. Nada que ver con el azul potente de Medina de Rioseco, donde las nubes encontraban difícil acomodo y se cuidaban de rasgar ese lienzo uniforme y compacto. Pero hacía un buen día en Bilbao y eso era más meritorio que el mejor cielo azul del mundo.

En Bilbao, a esas horas, la gente caminaba sin prisa, pero a buen paso, de tal forma que por el cristal pasaba un buen tiempo desde que avistabas un peatón hasta que desaparecía de la imagen. Ir desde el Casco Viejo hasta Recalde era atravesar todo el sistema nervioso de Bilbao, ver cómo cambiaba el paisaje urbano y, por lo tanto, las gentes que lo habitaban o que lo laboraban: aquí, las calles estrechas; aquí, los bancos que los bilbaínos, por pura denominación, sentían como propios, aunque fueran de una aristocracia que vivía en los palacios de Las Arenas o Neguri, mirando al mar; aquí, las tiendas de ropa con ese clasicismo bilbaíno que lo mismo se veía en la alta burguesía que en la clase trabajadora; aquí los cines de estreno, las cafeterías de sillones ingleses; allí, ya en otro barrio, las quincallas, las mercerías tan necesarias para las modistas o las esposas afanadas en zurcidos interminables. Se viste bien en Bilbao, pensaba Anselmo Vela, mientras veía pasar esas gentes de ropajes discretos con la raya recta de los pantalones o las faldas sin vuelo que constreñían la figura sin remarcarla. Eso le gustaba, denotaba orden, sencillez, cada cosa en su sitio sin mezclas estridentes, «pasando desapercibido, como te gusta a ti, que te pones nervioso en cuanto María te dice si quieres cenar», le advirtió su conciencia como si viajara en el asiento contiguo de aquel trolebús que se iba llenando en cada parada. «Supongo que el día que te follaste, perdón, te folló, la putita aquella estabas borracho, porque tú con una copa de anís estás más trompa que el tal Ernesto con siete coñacs».

Tras llegar a Recalde, Anselmo Vela preguntó al primer policía municipal que vio en la plaza dónde había un desguace de vehículos. El hombre, ya maduro, le indicó el camino. Debía seguir todo recto y tomar la tercera calle a la izquierda; luego, dos calles más a la derecha, y desde allí ya vería el montón de chatarra.

—Pregunte por Bonifacio. Si no se encuentra enfermo, estará allí, seguro, porque, si por él fuera, dormiría entre la chatarra. También le digo: si lo que busca no lo tiene él, no siga buscando porque no existe.

Bonifacio era un hombre menudo, de espalda ancha. Bajo la *txapela* no se escondía el pelo, sino la calvicie. Vestía un buzo azul, clásico, y llevaba botas de monte, las clásicas chirucas, repetidas una y otra vez en los uniformes de trabajo de fábricas, talleres y oficios varios.

—Buenos días, me llamo Anselmo Vela, soy policía —le mostró la placa, un gesto que odiaba pero que funcionaba como una pértiga para saltar todos los muros.

—Oiga, perdone, pero este es un negocio honrado, con todos los papeles en regla.

—Lo sé, lo sé. No se trata de eso. Simplemente quiero ver una Derbi roja que, según tengo entendido, se encuentra aquí. ¿La recuerda?

—Ahora mismo, no. Pero voy a mirar en los libros. Si está aquí, tiene que figurar en los libros. Ya le digo que este es un negocio honrado.

—No se preocupe, que ya le digo que no lo pongo en duda. Pero es muy importante que compruebe todos los datos porque se trata de un asunto trascendental.

—No me asuste, señor. Aquí compramos coches, motos, camiones, aprovechamos lo que está en buen estado y el resto va a la chatarra. ¿Sabe?, vienen muchos taxistas, camioneros y mucha otra gente a comprar piezas de segunda mano, porque las de fábrica a veces son muy caras. Ellos ahorran y yo vivo de esto, honradamente.

La mesa de la pequeña oficina estaba medio sepultada entre papeles que Bonifacio movía como solo puede hacerlo quien tiene un absoluto control del desorden. El único calendario de la pared llevaba una fotografía del Puente Colgante, una obra maestra que unía las dos márgenes de la Ría, más separadas por la condición social que por el agua.

—¡Epa! Aquí está el libro. ¿Sabe cuándo pudo haber llegado esa moto aquí, si es que ha llegado?

—Lo único que puedo decirle es que a partir del viernes pasado.

—Bueno, es un dato. Tampoco crea que nos llegan cientos de vehículos al día. Esto es Bilbao, no Londres. Repasemos...

Bonifacio iba deslizando su dedo índice, gordo, con la uña bien recortada, sobre las líneas del libro, mientras Anselmo Vela notaba que crecía su inquietud a medida que pasaban las hojas sin el resultado apetecido. Una, dos, tres... Le consolaba ver que cada adquisición ocupaba varias líneas, en las que figuraban el precio pagado, el nombre del vendedor y su dirección. Cuatro y...

—A ver, a partir de aquí comienza el listado de los vehículos adquiridos desde el viernes. Veamos... —otra vez el dedo índice deslizándose por el papel. Anselmo Vela sentía que aquel dedo determinaba su destino. ¿Quién le iba a decir a él, un señor inspector, que dependía de aquel dedo, algo así como el dedo de Colón indicándole el camino a seguir o llevándole al naufragio? O descubriría América o acabaría en Waterloo—. ¡Aquí está! Tenía usted razón. Una moto Derbi 250, matrícula BI-27814 y roja llegó el día 1 de julio, el viernes.

Justo el día que asesinaron a Ernesto Acevedo. «Si es la moto en cuestión, es muy probable que el asesino la trajera al desguace tan pronto como cometió el atentado,

seguramente con la intención de que fuera destruida antes de que pudiéramos dar con ella», pensó Anselmo Vela, a quien las ideas se le amotinaban en la cabeza.

—Veamos, Bonifacio. Esto es importante. ¿La moto existe o ya ha pasado por las prensas y ha sido destruida?

—¡Coño! ¡Ya sé qué moto es! Perdóneme, no quería mentirle, es que no me acordaba. ¿Ve aquí? Pone «rentable». Eso significa que, gastando previamente un dinero, podría repararse y venderse o, simplemente, podría obtenerse un beneficio vendiéndola por piezas.

—¿Estaba, o está, en buen estado? —preguntó Anselmo Vela deseando una respuesta positiva.

—Mire, fue un caso raro. El motor estaba jodidillo, pero, en general, en buen estado. Lo mismo que muchas de las piezas. Sin embargo, el carenado tenía golpes por todos los lados, el faro estaba roto y el manillar doblado.

—¿Fruto de algún accidente?

—Si le soy sincero, demasiados golpes para un accidente. De todas formas, puede verla usted mismo. Está junto a otros vehículos en aquella pequeña lonja. Ni la he tocado, porque aún no había decidido qué hacer con ella, si arreglarla o despiezarla.

—Ahora la vemos. Pero antes necesito saber quién era su propietario y cuándo se dio de baja la moto.

—¡Ahí estamos! Andrés Barrientos Esteban, nacido en Sestao, casado, hijo de Francisco y Josefina, domiciliado en calle La Iberia, etcétera, etcétera. Mire, aquí lo pone. En realidad, fue él mismo quien trajo la moto. Y la baja se registró el día anterior. Todo en orden.

—¿Le dijo por qué quería desguazar la moto?

—Recuerdo que cuando le dije que podía arreglarse, me contestó que le traía malos recuerdos. Pensé en alguna fatalidad y no quise hurgar en la herida. Aquí somos honrados, pero no cotillas. Me dejó los papeles y en paz.

—¿Puede decirme qué aspecto tenía el tal Andrés Barrientos?

—Estatura media, o sea, más alto que yo y menos que usted. Con gafas. Llevaba chaqueta y corbata. No de las caras, quiero decir que no era un señorito o no lo parecía. Estaba muy compungido y tenía prisa por saldar el asunto cuanto antes.

—¿Alguna característica especial? No sé, al hablar, en los ojos, alguna marca... usted ya me entiende.

—Déjeme pensar... No, nada especial.

—No se preocupe. Teniendo sus datos, nos pondremos en contacto con él. Vamos a ver la moto.

La Derbi reposaba apoyada en una pared y su estado era el que había descrito Bonifacio. Por otra parte, estaba claro que su anónimo informante telefónico sabía lo que hacía, aunque él no supiera por qué lo hacía.

—Voy a avisar para que vengán a recoger la moto. No se preocupe, sigue siendo suya, pero es importante que no permanezca aquí ni un minuto más. Necesitamos

examinarla, usted ya me entiende...

—Sí, sí, lo que ustedes quieran. Pero ¿ha pasado algo grave?

—No se lo puedo decir. Pero, cuando todo se aclare, yo mismo le explicaré lo ocurrido. ¿Puedo usar su teléfono?

—Claro.

Anselmo Vela telefoneó a la Comisaría. Descolgó Liborio. De lo malo, lo mejor. Peor hubiera sido que lo hiciese el *Zambo* Rober. Que si «Liborio, ¿está el comisario?»; que si «¡Coño, *Velilla*, cómo te echo en falta! Cariño, me tienes abandonado, *mister Marlow*, ¡no me quieres nada!»; que si, de nuevo, «¿está el comisario?»; que si «¿ya solo hablas con los jefes?»; que si «déjate de chorradas, Liborio»; que si «que sí, que sí está, te paso, vaya carácter, está claro que sigues sin follar».

—Dime, Anselmo, ¿que pasa?

—Que he encontrado la moto desde la que asesinaron a Ernesto Acevedo.

Y le cuenta lo sucedido, obviado que todo es fruto de una voz anónima que le guía por donde quiere y cuando quiere. Y que necesita que los municipales vengán a por ella para llevarla al depósito. Y que después irá para la Comisaría. Y el comisario Andrade le felicita como se felicita a un aprendiz por haber cumplido con el primer trabajo encomendado.

Por la cabeza de Anselmo Vela circulaban las deducciones como el Ferrari que conducía Fangio, como los caballos más lozanos y sin silla de los indios en las películas del Oeste. Estaba claro que ese DNI era más falso que un sol de medianoche en la Gran Vía. Pero tenía la motocicleta, su matrícula, es decir, a su dueño real, fuera quien fuera, y la descripción, bien es cierto que somera, de quien la había llevado a aquel desguace. Estaba claro que los desperfectos de la moto habían sido producidos deliberadamente, a martillazos o empotrándola contra una pared o arrojándola por un terraplén. O las tres cosas a la vez. Quizás los cerebritos científicos encontrasen huellas dactilares que llevasen a alguna parte. Sentía que estaba perdiendo la calma mientras esperaba la llegada de la grúa municipal que se llevase esa moto a lugar seguro, aunque seguramente quien la condujo hasta allí contaba con que hubiese sido pasto de las prensas del desguace. Por primera vez sintió la inquietud del investigador, la confusión del policía que advierte la luz en la misma medida que el túnel se alarga.

—Bonifacio, quiero que haga buena y mucha memoria, que repase todo lo que ocurrió cuando le trajeron esta motocicleta, palabras, gestos, imágenes... Hágalo con calma y anote todo lo que recuerde y no me haya dicho. Yo volveré mañana para hablar de nuevo con usted. Si recuerda algo importante, no dude en ponerse en contacto conmigo en la Comisaría de María Muñoz. Pregunte por Anselmo Vela.

La grúa se llevó la motocicleta a un depósito municipal. Anselmo se despidió de Bonifacio y, aunque le apetecía andar, prefirió dirigirse a la parada del autobús. Necesitaba hablar cuanto antes con el comisario Andrade.

—¡Señor! —la voz de Bonifacio le frenó en seco—. No sé si tiene importancia, pero recuerdo que quien trajo la moto, cuando salió de aquí, se subió en un coche que estaba en el carril de vuelta.

—¿Recuerda qué coche era?

—¡Cómo no! Un Seat 1400. No hay muchos por aquí.

—Muchas gracias, Bonifacio.

Juanito *el Púrpura* descendía por la Gran Vía como un sonámbulo. Comenzaba a oscurecer y su pequeño cuerpo aún resultaba más menudo, una mínima sombra sobre aquel asfalto que empezaba a despoblarse mientras los comercios se apresuraban a bajar la persiana. Cerrar, abrir, cerrar, abrir, como si la vida fuera un parpadeo continuo. «Sí, eso es, un parpadeo continuo hasta que, una vez, sin darte cuenta, se te pegan los párpados y, por más que lo intentas, no puedes volverlos a abrir», pensó Juan Cardenal, Juanito, *el Púrpura*, el maricón, el ilusionado anarquista que soñaba con un mundo libre, sin Estado, sin amos, sin criados, sin ataduras sexuales. «Sí, eso es, sin ataduras sexuales», se decía a sí mismo. ¿Qué pasaba con Ernesto? «¿Qué más puede pasar con Ernesto?», se preguntaba. «Pero si Ernesto es una hoja ya caída, amarillenta, incluso ya pisada, incapaz de provocar un resbalón siquiera», se respondía. «¿A qué viene esta importancia de llamarse Ernesto, si el buen hombre no tiene nada de joven caballero ni se ha inventado el nombre para engañar a nadie?», se volvía a preguntar. «¿Qué tiene que contarme Emiliano? ¿Y qué le cuento yo?», insistía sin encontrar respuesta.

Emiliano descendía por la calle Hurtado de Amézaga, las manos en los bolsillos de los pantalones, como un aburrido paseante que iba del mismo lugar al mismo sitio de siempre. Pero por dentro le carcomía la incertidumbre. «No se puede matar a un hombre por decir que no, no se puede dudar de un hombre por decir que no». Y pensaba en la película *El americano impasible* que dos años antes había estrenado Joseph Mankiewicz, una manipulación sutil del libro de Graham Greene. Bastó con cambiar la profesión del personaje, que pasó de ser un agente de la OSS, predecesora de la CIA, en Vietnam a convertirse en un agente comercial. El resto del libro permanece intacto, pero la esencia cambia radicalmente: la crítica de Graham Greene al intervencionismo estadounidense pasa a ser un alegato a favor de esa política. «Y todo por un cambio de profesión», y veía a Ernesto Acevedo como una reedición del agente Alden Payle: de ser el agente especial que podía acabar con Franco a ser un peligro para la Revolución. «Y todo por decir que no, cuando tantos y tantos han dicho que no. Cuando yo he dicho que no. Cuando ni siquiera sabemos si Franco visitará Bilbao algún día y preparamos un atentado teórico por más que cuatro lumbreras digan tener datos fidedignos de que eso ocurrirá en breve». Caminaba despacio. Deseaba que Juanito llegase antes a la cafetería. Suponía que habría

ocupado un lugar tranquilo y alejado de la gente, que muy probablemente discutiría sobre otro gol de Uribe o la última faena de Diego Puerta.

Tanto Emiliano como *el Púrpura* pensaron lo mismo y ambos llegaron casi al alimón. La discreción, muchas veces, es lo más indiscreto del mundo. Pero la cafetería era un lugar poco sospechoso. Ni tan lleno de viejos para que extrañasen a un joven y un maduro, ni tan elegante como para extrañar a la clase media. Se sentaron en una mesa del fondo. Delante de ellos, dos matrimonios hacían de parapeto y se apuraban tanto en sus conversaciones (ellos por un lado, ellas por el otro) que difícilmente pondrían la oreja a dos hombres tan vulgares que, seguramente, como sus maridos, hablarían del último gol de Uribe o de la última faena de Diego Puerta.

—Dos *garveys*, por favor —solicitó Emiliano al camarero, que lucía la demasiado habitual chaquetilla abotonada de arriba abajo, ribeteada en verde botella en mangas y cuello—. Ya ves, Juanito, vestigios del inglés que vino a Bilbao. Has venido con calma, ¿eh? Joder, me has tenido diez minutos dando vueltas mientras te esperaba.

El camarero depositó sobre la mesa las dos copas, pequeñas pero panzudas, y se fue como llegó, sin decir palabra. La verdad es que Emiliano tampoco le había dado opción.

—Vamos al grano, Juanito. El otro día tuve reunión con los *directores*. No me preguntes cuándo ni dónde porque...

—No soy bobo, Emiliano.

—Perdona. Al grano. Están convencidos de que Ernesto, con su negativa, es un peligro para la organización y van a decidir qué hacen con él. ¡Te lo puedes imaginar! Yo había pensado que...

El Púrpura apuró de un trago el *garvey* y, con aire urgente, pidió otro al camarero, que secaba copas y vasos con la parsimonia del cansancio o la indolencia.

—Decía que... había pensado que... quizás tú... puedas hacer algo. Tú tienes más fácil acceso y podrías intentar convencerlos de que están a punto de cometer un terrible error. De lo contrario, habrá que avisar a Ernesto de lo que sucede.

Juanito tenía la mirada puesta en el fondo de la copa, donde se balanceaba el *garvey* como una ola suave que a veces rozaba los bordes amenazando con derramarse sobre la mesa.

—¿Qué pasa?, ¿no dices nada? —reclamó Emiliano, desconcertado.

—Mira, creo que estas decisiones se toman tan lejos de ti como de mí. Tú sabes como yo que, al amparo de la clandestinidad, de la seguridad, se cometen muchas tropelías y, al final, las decisiones asamblearias consisten en el debate de uno consigo mismo. Si deciden quitarlo de en medio, Ernesto tiene los días contados. Si no se les adelanta alguien en el camino...

—¡Que dices, Juanito!

El Púrpura, balanceando el coñac, aunque sin el depurado estilo de los borrachos para controlar el oleaje, relató a Emiliano lo sucedido tras abandonar su casa cuando

los mastodontes le persiguieron por Bibao. Que le dieron un golpe, que fue trasladado a un lugar desconocido, que sus captores eran dos, que uno de ellos era de aspecto árabe, que estuvo retenido una hora o dos y que...

—Me dijeron que debía convencer a Ernesto de que lo hiciera y que yo debía darles puntual cuenta de lo que sucedía a medida que él iba incrementando su papel de héroe de la última revolución. Que lo tuviera todo preparado, hiciera lo que hiciera. Ese era el trabajo. No hace falta que me lo preguntes, yo también pregunte por qué y para qué, si Ernesto era solo el pincel y jamás soñó con ser pintura de nada, retrato de nada. Sí, yo también les dije que todo era un juego... Pero parecía que lo sabían todo. El que no parecía árabe me cogió por el cuello y me dijo: «Mira, tú mejor te callas, porque, si quieres, te hago hablar a hostias y eso sería una pérdida de tiempo, porque ya sé lo que vas decir, aunque no te niego que me daría un cierto placer. Haz tu trabajo».

Los matrimonios que estaban a sus espaldas se levantaron entre grandes risas, como si alguien hubiera contando un chiste de éxito o quién sabe si alguna maledicencia típica sobre algún vecino, familiar o compañero de trabajo. O sobre ellos mismos, porque la impostura es una postura más estoica que el enfado, siempre mal visto, obsceno, sin nobleza. El silencio envolvió a Juanito y Emiliano, aunque no era el mismo silencio: el del *Púrpura* era el silencio de la desolación; el de Emiliano, el de la sorpresa. En realidad, no hay dos silencios iguales, como no hay dos besos iguales ni dos disparos iguales. En realidad, nada es igual a nada por más que nos empeñamos en encontrarle parecido a todo.

—¿Has hablado de esto con Ernesto? —preguntó Emiliano tras ahogar el silencio a través de la saliva.

—Dudé mucho, pero al final lo hice —las palabras de Juan Cardenal sonaban a la resignación que siempre conlleva la duda, «porque dudar es de sabios», había pensado cuando, tras hablar con Ernesto, *el Púrpura* no podía quitarse de la cabeza la interrogación que le perseguía: ¡cuántas veces había soñado que la interrogación se convertía en un signo de admiración!

—¿Y qué te dijo Ernesto? —le urgió Emiliano, a quien la interrogación le producía escalofríos.

—¿Que qué me dijo?: «Juanito cuida tu culo, y perdóname la metáfora que ya sé que te da por el culo. Del mío ya cuido yo. Diles que sí, que acepto el trato, que volveré a ser el héroe virtual que pasará a la historia irreal de un atentado teórico. Y que salga el sol por Antequera». Era otro hombre, otro Ernesto. Utilizaba las mismas palabras, los mismos sarcasmos, pero era otra persona. Después me lo encontré por la calle y era un hombre feliz, un paseante feliz, pero con una felicidad sin excusas. No era el pobre al que le toca la lotería y le cambia la vida, sino el hombre al que le cambia la vida y es capaz de romper el décimo de lotería en cien pedazos. Fue el mismo día que me dijo lo de la cita del miércoles, lo más parecido a un cónclave para elegir al Papa. De verdad, Emiliano, más que alegría, sentí miedo.

—¿Se lo comentaste a tus, digamos, secuestradores?

—Sí.

—¿Y?

—Nada.

—Tengo que hablar con Ernesto para contarle lo mío. ¡Joder!, dicho así, suena fatal. ¿Sabes?, creo que voy a contarle toda la verdad y, efectivamente, que salga el sol por Antequera —zanjó Emiliano, que había sustituido el interrogante por la exclamación.

—Por Antequera será, porque aquí debe estar acusado de subversivo.

Salieron del local y se despidieron junto a la puerta con un abrazo tan fingido como el que se dan los que se despiden y no los que se encuentran. Circularon en dirección contraria. Emiliano no quería mirar atrás y prefería mirar al suelo, como si las baldosas bilbaínas, con su juego de circulitos, le hubieran abducido. En realidad, miraba al suelo como si quisiera pisar la tristeza que no le cabía en el cuerpo. En la plaza del Ayuntamiento se paró ante el quiosco de rigor donde compraba los sobres de tebeos. Era una de sus pasiones, pero también una obligación nada inocente.

—¿Han llegado sobres nuevos? —preguntó Emiliano.

—Llévate estos dos. Te los recomiendo —le respondió el quiosquero, un hombre maduro que pasaba las horas muertas en aquel habitáculo minúsculo como un muerto en vida. Allí, rodeado de los auténticos *best sellers* de la época, las novelas de vaqueros, todas ellas firmadas con nombres anglosajones que no eran sino pseudónimos de autores españoles. Solo Marcial Lafuente Estefanía o José Mallorquí, de entre los grandes, ponían sus nombres de pila. El resto eran Silver Kane, Curtis Garland o Edward Goodman, pero en realidad eran Francisco González Ledesma, Juan Gallardo Muñoz o Eduardo de Guzmán. Novelitas que se alquilaban y se devolvían después.

Un sobre estaba cerrado. El otro, abierto. Abrió el cerrado. «Coño, siempre *El Jabato*». Hizo como que abría el abierto: «Esta vez, *El capitán Trueno*». En el fondo del sobre, un papel. Pequeño. Doblado en dos partes. Lo guardó en su bolsillo, con un cierto disimulo, aunque disimular ha sido siempre un arte casi imposible. «Yo creo que todos los trucos para disimular han sido ya inventados, utilizados y quemados», le dijo una vez a Aurora, «incluso el de no disimular y actuar como lo haría cualquier ciudadano. ¿Qué haría si se encuentra un sobre abierto y dentro, un papelito doblado en dos partes? Extrañarse, leer el papel y quejarse al quiosquero. Todo, todo eso, resultaría ridículo y se notaría tanto como cuando algunos actores esperan las palabras del apuntador y arrastran las frases a regañadientes».

Entró en el portal y, en el primer rellano de las escaleras, sacó el papel del bolsillo de la chamarra. Lo leyó: «La vida es bella salvo cuando alguien se cae».

—**A** ver, *Velilla*, ¿qué pasa con esa moto?

—He hecho que la transportaran al depósito para que la analicen los peritos. Está claro que la llevaron al desguace después de haberla golpeado —y le fue relatando todo lo que Bonifacio le había contado desde que aquel hombre la dejó allí hasta que se marchó a bordo de un Seat 1400.

—El propietario del desguace me dio el nombre y el DNI de la persona que depositó la moto. Evidentemente será un carnet falso. Pero quizás la matrícula nos pueda llevar más lejos —señaló Anselmo Vela tratando de contener una ansiedad incontenible.

—Tranquilo, *Velilla*, seguramente será una moto robada. Pero es una pista. De todas formas, ¿por qué estás tan seguro de que esa moto fue la utilizada en el asesinato de Ernesto?

—Muchas casualidades: Derbi, roja, llevada al desguace la misma tarde-noche que mataron a Ernesto. Si la identidad de aquel hombre es falsa... verde y con asas, puchero. Y si fue robada, más que leche, cueceleches.

—Si se confirma. No vaya a ser que...

—Hay algo más, señor comisario. La pista me la dio un informante anónimo que me llamó a la pensión. No es la primera vez que lo hace y tampoco sé por qué lo hace, pero lo cierto es que acierta en todas sus informaciones. Está en el ajo, eso está claro. El asunto es cuándo dejará de llamar.

—Eso, por lo que veo, no depende de ti. Así que ponte a comprobar los datos de que dispones para despejar las primeras incógnitas.

—Ahora mismo, comisario.

Cuando se sentó en su mesa, Anselmo Vela se sintió extraño. Hacía varios días que pasaba muy poco tiempo en Comisaría, después de haber calentado esa silla con tantas horas muertas como para resucitar a un muerto. Se dio cuenta de que tenía pocos papeles, lo que le alejaba mucho del estereotipo del intrépido inspector al que se le acumula el papeleo atrasado y para quien el orden no forma parte de su código de conducta. «Hijo, si eres ordenado, lo serás toda tu vida, del mismo modo que el que es tonto no lo es solo durante un cuarto de hora», le decía su padre con esa filosofía castellana tan directa como irónica.

En las oficinas del DNI trabajaba Virgilio, nacido en Torremormojón, un pequeño pueblo que distaba unos 15 kilómetros de Medina de Rioseco. A Anselmo Vela, nada

más llegar a Bilbao, le habían dado referencias suyas. Era un hombre con experiencia, al que una bala en un tiroteo con unos atracadores le dejó cojo. Entonces ofrecieron a Virgilio regresar a Valladolid, pero él prefirió seguir en Bilbao, donde estaba destinado en las oficinas del DNI. La primera vez que Anselmo se presentó ante él, esperaba encontrar a un hombre hundido, sin esperanza, ahorcado por los recuerdos, por el recuerdo. Y se encontró a un hombre que había salido a flote, aunque nadaba un poco a la deriva, con la esperanza justa para seguir viviendo, que había borrado el recuerdo o, mejor, los recuerdos. No era lo mismo, aunque a simple vista pudiera parecerlo. Virgilio le confirmó lo esperado. El carnet era falso por la sencilla razón de que el tal Andrés Barrientos, nacido en Sestao, etcétera, etcétera, no existía. El número del DNI coincidía con el de una señora domiciliada en Bilbao. «Y, si tuviera que analizar la huella dactilar, ya te digo yo que sería la de algún gatito». «Gracias, Virgilio, ya contaba con ello». Habría que pedir a Bonifacio que se acercase a la Comisaría para intentar establecer un retrato robot del tipo que le llevó la moto.

La moto. Quedaba la moto. Seguramente sería robada. Pero algo no concordaba. Si había sido utilizada en el asesinato de Ernesto y, poco después, conducida al desguace, ¿cuándo se tramitaron los papeles de su baja? Habló con Tráfico y le aseguraron que en un par de horas le aclararían las dudas. Decidió pasear un rato por el Casco Viejo, sin rumbo fijo, girando a derecha o izquierda, como cuando los niños deciden qué baldosa pisan y cuál no. Acabó llegando a la calle de la Ribera y caminó en dirección al Mercado, a *la Plaza*. Pensaba si hacía bien en volcarse en los asuntos técnicos, la moto, el tipo aquel, el DNI falso, o si debía retomar una investigación más sociológica, volver al principio, al libro de citas de Ernesto, a las conversaciones con su mujer o con la hermana de Juanito *el Púrpura*, a la cuadrilla de ambos, al *Dandy* atrapado en su propio laberinto, a Herminia Garay, la de la mercería, la que más vio de cuanto sucedió el día del asesinato... «Ya, y, de paso, a la putita que te calentó la franela y a la que te folló sin darte cuenta. La putita ha venido y nadie sabe cómo ha sido», le reprochaba su conciencia, harta de tantas dudas, tantos soliloquios silenciosos. Anselmo recordó lo que le dijo un amigo: «Fíjate si las palabras son importantes, que una sola puede estropear un poema». «Déjate de chorradas —le dijo su conciencia borrándole una tímida sonrisa—. Creo que te están llamando».

—¡Comisario, comisario! —la voz de Herminia le llamaba desde la puerta de la mercería, sin gritar, con un susurro alto, suficiente, aunque inoportuno.

—Hola, Herminia. Le agradezco su empeño por ascenderme a comisario, pero con inspector ya vale. ¿Qué tal le va?

—Bien, bien. La gente sigue cosiendo y remendando. No sé si eso es bueno para el país, pero para mí, sí. Quería decirle una cosa.

—Diga, diga.

—Al día siguiente de hablar con usted en la Comisaría, vino a verme a la mercería un hombre, a quien yo no había visto nunca, que dijo ser amigo de Ernesto. Me preguntó si había reconocido la moto desde la que le mataron y le respondí que lo

que tenía que decir se lo había dicho ya a la Policía y que no había nada más. Él insistió en que los amigos estaban muy cabreados con el asesinato y que no confiaban en la Policía.

—Herminia, esto que me cuenta es muy importante. O puede serlo. Ahora tengo un poco de prisa. Pero esta tarde vuelvo. ¿A qué hora cierra usted?

—Sobre las ocho y media.

—Muy bien, estaré aquí unos minutos antes. Necesito que me haga una comprobación...

Curioso. Todo muy curioso. Había alguien que le marcaba el paso, vía telefónica, y alguien que le pisaba los talones, que seguía sus pasos, no para aprovecharse de sus investigaciones sino para controlar su territorio. Por vez primera se dio cuenta de que estaba metido en un laberinto de traiciones mareante, asfixiante, sin encontrar hilo del que empezar a tirar. ¿Pero quién coño era Ernesto Acevedo, el Lenin de Bilbao o el ideólogo militar de las JONS? ¿El terrorista más buscado, el malo de todas las películas o el superhéroe de todos los superhéroes? «¿Qué me ocultas, Ernesto? ¿Qué sabías que yo no sé pero que varios sabían que tú sabías?». Toda la compasión que había sentido por él comenzaba a convertirse en desasosiego, lo que acaba conduciendo a la rabia y de ahí a la maldición. Estaba a un paso de maldecirlo, de abandonarlo al silencio de los muertos. Seguramente, la solución estaba delante de sus ojos, burlándose de él. Tenía cada vez más claro que todo el mundo le engañaba, salvo Bonifacio, que no sabía qué coño pasaba con aquella moto, y Herminia Garay, que no sabía qué coño pasaba con aquella muerte pero tenía el coraje suficiente para no asustarse ante nadie.

Volvió a la Comisaría a paso más ligero. Sonó el teléfono: una voz joven preguntó por él...

—Sí, soy yo.

—Ya tenemos los datos de la moto que nos solicitó.

—Díganme, apunto.

—Emiliano Sagasta Alcaide es el propietario. O, mejor dicho, era, porque la moto fue dada de baja hace más de seis meses. Exactamente seis meses y doce días. No le escucho, ¿ha apuntado? —Anselmo Vela se había perdido en el silencio o, mejor, en la estupefacción.

—Sí, sí, gracias, perdonen.

Pensó en solicitar más datos, pero realmente no hacía falta. Por fin podría cerrar el primer círculo.

Era martes, o sea un día tonto que solo se hace famoso cuando cae en 13, o sea muy pocas veces. Está lo suficientemente lejos del fin de semana, pasado o por llegar. Si hay un día rutinario, ese es el martes, porque el miércoles y el jueves hacen de colchón y el lunes tiene reservado el papel de perezoso oficial. Era martes y en Bilbao no hacía ni frío ni calor, es decir, la temperatura habitual. Sobresalía como cualquier día la humedad relativa del aire, que era así como se referían a la sudorosa humedad los del parte meteorológico. Ernesto estaba acodado en la barra de su parroquia favorita, es decir, el bar de Remi, observando la quietud del vino en los típicos vasos de chiquitos de grueso cristal. Fuera, el trasiego era notable entre chiquiteros, amas de casa que iban o venían de quehaceres cotidianos, trabajadores que iban o volvían de su rutina a su monotonía. Era media tarde cuando sonó la campanilla del viático, que se dirigía a dar la extremaunción a algún moribundo víctima del cólico miserere o de la edad o del cansancio.

El bar estaba anunciando su apogeo, que solía llegar a eso de las ocho de la tarde, porque beber en Bilbao tenía su liturgia y sus horarios: blancos al mediodía, copa a primera hora de la tarde, vino tinto al caer la tarde y al anochecer. Los domingos, en la calle de la Ribera existían unos puestos que vendían caracolillos, quisquillas y *karramarros*, servidos en cucuruchos de papel. Pero era martes, día laborable, y los laborables eran días de arenques colocados perfectamente en cajas redondas de madera para equilibrar la acidez del vino con la salazón del pescado.

—Hola, Ernesto, a ti te venía buscando —la voz de Emiliano sonaba demasiado seria como para ser solo un cumplido.

—Pues no te habrá costado mucho encontrarme —respondió Ernesto con una sonrisa pícara.

—Tengo que hablar contigo, pero no aquí. Mejor, paseamos un poco.

Ernesto apuró el vino de un trago y salieron. Giraron a la izquierda y se adentraron por una calle más tranquila, aunque demasiado corta para una conversación. No importaba, las Siete Calles de Bilbao eran en realidad veinte o treinta, con sus callejuelas y callejones. Caminaban despacio mientras Emiliano le fue relatando lo sucedido en la reunión de los *directores* en el taller de ebanistería y, finalmente, el mensaje recibido con aquel tebeo por el que le comunicaban que le habían dado una vida condicional: si callaba, viviría; si hablaba, un tiro y se acabó.

—Supongo que es una buena noticia, porque, si te soy sincero, estaba convencido de que querían darte matarile y por eso iba a avisarte de que te fueras de Bilbao, no sé, a algún lugar perdido, extraño.

—Huir para vivir... ¿qué vida es esa? —dijo Ernesto, que había permanecido callado y sonriendo mientras Emiliano le relataba con pelos y señales todo lo ocurrido—. ¿Sabes, Emiliano? Desde que este juego comenzó, juego de viejos derrotados, de soñadores sin sueños, sin más pesadillas que un pasado hueco y un futuro nefasto; desde que esto empezó, siempre pensé que acabaría mal. ¿Sabes que a Juanito le secuestraron y le han pedido que me convenza de que diga que voy a matar a *Patascortas*, aunque no lo vaya a hacer?

—Lo sé. Me lo contó Juanito y me dijo que había hablado contigo y, al parecer, no le habías dado mayor importancia.

—Se la doy, Emiliano, se la doy. Lo que no me dan es miedo, ni los tuyos ni los suyos, si me permites hablar así. Pero me importa por mi familia. Si estuviera soltero, me liaba a tiros con el primero que me mirase mal. O raro. ¿Sabes lo que creo, Emiliano? Que somos putas marionetas de unas bandas de locos. Que nosotros somos los cuerdos y los cuerdos siempre molestan cuando parecen locos. Mira, Emiliano, creo que tus ebanistas y quienes secuestraron a Juanito son los mismos, aunque ellos no lo sepan.

—No puedes decirme eso, Ernesto —le cortó en seco Emiliano—. Sería tanto como acusarme a mí y tú sabes que eso no es cierto.

—Tranquilo, muchacho. Mañana lo entenderás todo. Ahora tengo que dejarte porque quiero acabar algo que he dejado a medio hacer en casa.

Ernesto se alejó por Belosticalle en dirección a Achuri mientras Emiliano caminaba despacio sin saber qué hacer ni a dónde ir. Ensimismado, a punto estuvo de pasar de largo por el cinema Gayarre, donde esa vez le tocaba proyectar *El rebelde orgulloso*, dirigida por Michael Curtiz, con el guaperas Alan Ladd como protagonista. Mientras padre e hijo realizaban su viaje lleno de problemas y dificultades, Emiliano tendría tiempo para pensar en lo que le había dicho Ernesto Acevedo.

Este, por su parte, subió las escaleras del portal hasta el segundo piso silbando, algo que a Fernanda, su mujer, le ponía sobre aviso de una posible borrachera a la vista. Pero esta vez Ernesto silbaba bien, entonaba *En el frente de Gandesa*, que era, o eso creía, su ritual contra la melancolía.

—Déjame adivinar —dijo parándose en el pasillo antes de llegar a la cocina—. Has hecho pisto. Espero que lo hayas coronado con un huevo roto para hacer el mejor honor a las verduras...

—Veo que no has perdido el olfato. No sé, te noto extraño. Incluso silbas bien.

—Qué va, siempre silbo bien, lo que pasa es que me gusta cambiar el original.

—¿Ya has acabado la carta a tu hijo?

—En cuanto cenemos, la termino y mañana mismo la echo al buzón.

—No sé, Ernesto, ahora te has vuelto músico, escritor, padre. Demasiadas cosas en poco tiempo.

En la radio sonaba el parte, con su habitual sobredosis de inauguraciones, buenos augurios, toreros en racha... La radio estaba encendida porque Ernesto y Fernanda eran de poco hablar y el silencio resultaba demasiado tenso presuponiendo que algo ocurría entre ambos, cuando en realidad no ocurría nada. Nada.

Ordenados los datos, repuesto de la sorpresa, Anselmo Vela supo que Emiliano, además de vivir en la calle del Cristo, trabajaba en el cinema Gayarre. Un buen lugar, la cabina de proyección, para hablar con él con hora y media por delante. Además, para un amante del cine como él, una cabina de proyección es lo más parecido a un santuario, Hollywood aparte. Lo suyo hubiera sido detenerlo directamente, llevarlo a Comisaría, interrogarlo y seguramente condenarlo y asunto liquidado. Demasiado fácil y demasiado inútil. Tampoco quería que Liborio o *el Zambo* Rober supieran de sus asuntos. Necesitaba ganarse la confianza de Emiliano, quién sabe si llegar a algún pacto que deshojara por fin esta margarita negra. Miró la cartelera y vio que a las ocho de la tarde proyectaban *El hombre que sabía demasiado*, de Alfred Hitchcock, una buena película, aunque James Stewart siempre le había parecido un actor muy soso y Doris Day, una mujer fingidamente exuberante. Decidió que iría a comer a la pensión. Allí no solo comería bien sino que contrastaría la voluptuosidad de la actriz americana con la belleza frágil de María, que definitivamente se había instalado en sus pensamientos de una forma tan sigilosa como invasora. La había visto por la mañana, en el desayuno, y ya la echaba en falta. Cuando el caso de Ernesto y *el Púrpura* se tomaba un descanso en su cerebro, María se apoderaba de él como esas canciones que no puedes quitarte de la cabeza. Ni siquiera el recuerdo de aquel amor fugaz con Milagros, la prostituta que le desvirgó sin darse cuenta, la borraba de su cabeza. Entonces María le parecía fuerte y Milagros, frágil. Casi ni recordaba aquellos pechos que le parecieron demasiado grandes en una mujer delgada y eran derrotados por los pechos menudos e intactos de María.

—Hombre, Anselmo, qué sorpresa. Pero de las buenas, ¿eh? —la voz de doña Sabina, la dueña de la pensión, tenía la calidez habitual y sonaba sincera. Al principio pensaba que su amabilidad estaba en total correspondencia con su condición de policía, aunque el tiempo le había demostrado que doña Sabina le había cogido cariño y, seguramente, con él en la pensión se sentía más segura—. Hoy tengo carne guisada, pero de la buena, ¡eh!, de zancarrón —con el tiempo, Anselmo había aprendido que en Bilbao llamaban zancarrón a lo que en Medina de Rioseco llamaban morcillo. Y la verdad es que a doña Sabina y a María, porque cocinaban ambas, les salía perfecto: la carne melosa, untuosa, las patatas doradas y la verdura recia, con

esos guisantes que salpicaban la carne como gotitas verdes de alegría—. De primero le doy a elegir: puré de calabacín o, si prefiere, una ensalada...

—Con la carne será suficiente, muchas gracias.

—Bueno, pero unas hojitas de lechuga siempre vienen bien —respondió doña Sabina, que no podía concebir que el menú se redujera a un solo plato—. ¡María, prepárale la mesa a Anselmo!

Allí estaba ella, con su camisa blanca, siempre limpia, y su falda azul marino, todo discreto, al más puro estilo bilbaíno. No sabía casi nada de ella y tenía la sensación de saberlo todo. Le bastaba con su imaginación, o prefería la imaginación a la realidad, de la que uno nunca se puede fiar. «¿Sabes, *Velilla*?, más que un poli pareces un colegial enamorado de su maestra». Su conciencia se había desperezado. «Tú, tan recto, tan ordenado, y resulta que ahora mismo te podrías caer al suelo si te dijera hola».

—Hola, Anselmo.

—Hola, María —y Anselmo pensó que la silla se movía. Pero se enderezó y mantuvo el tipo. Ya no le llamaba don Anselmo. Una luz, un requiebro del destino—. La verdad es que debería venir a comer más a menudo, pero el trabajo, ya se sabe...

—Pero para trabajar hay que comer. Si no se come, no se rinde —contestó sonriendo María mientras preparaba su cubierto en la mesa, la de siempre, junto al aparador.

Comió despacio, un ojo en la carne de ternera, otro ojo en la carne de María, carne cruda, intacta, sin arañazos, carne blanca que contrastaba con su melena lacia de un negro riguroso, cayendo mansa hacia el principio de la espalda, como cae la tarde en Medina de Rioseco, desmayada como una muleta. Nada de postre, que luego pesa en el cuerpo y en la mente, nada de vino, aunque el alcohol ya había entrado en su vida sigilosamente, porque convenía mantener la buena imagen en la pensión y, sobre todo, se lo debía a María, aunque ella nada le exigiera...

Quedaba mucho tiempo hasta la cita con Emiliano y decidió airear las ideas paseando por el Casco Viejo.

La tarde estaba templada, con un sol suave por tímido, distante. Soplaban un viento ligero, de los que acarician. Caminó en dirección contraria a la Comisaría, por la calle del Perro, luego giró hacia Bidebarrieta, más tarde cruzó calles y cantones. Miraba los escaparates con la desidia del paseante, la indiferencia de quien ve sin observar. Entre corseterías y zapaterías, solo se detuvo ante la paragüería Leoz, en Belosticalle. La lluvia en Bilbao había creado una cultura del paraguas que hacía de este complemento algo entrañable, una prolongación de la mano, algo así como el sexto dedo. Caminaba en zigzag con el único objetivo de matar el tiempo.

—¿Qué, de compras, señor inspector? —la voz del *Dandy* fue como un trueno en su pálida monotonía—. Le invito a un café.

—Acepto la invitación —respondió Anselmo Vela, casi agradecido por el encuentro, aunque *el Dandy* no fuera en ese momento el protagonista de sus desvelos.

Solo cuatro jubilados jugaban a las cartas en el bar de Remigio Urteaga. Anselmo y *el Dandy* se apalancaron en la barra, porque sentarse era solo para jugar al mus y, si no, denotaba debilidad y falta de dominio de las reglas del bar. De hecho, muchos pensaban que los auténticos bares, como lugares de tránsito que eran, no debían tener mesas.

—¿Alguna novedad? —preguntó *el Dandy*.

—Eso digo yo, ¿alguna novedad? —respondió Anselmo Vela.

—Si se refiere a Rober, nada nuevo bajo el sol. Salvo que verle tan tranquilo pueda ser una novedad.

—¿No te pide cuentas de tus asuntos? Eso me extraña.

—Bueno, le he comentado que Emiliano no ha hecho nada singular y que espero que en breve me convierta en uno de los suyos, pero que eso no se consigue en un día. Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un leninista entre en el reino de los anarquistas. Creo que él no entiende nada, pero me comprende. Por eso digo que está extrañamente tranquilo. Si no, me hubiera puesto fecha y hora para conseguir lo que quiere y, de lo contrario, pues...

—O sea que Rober está tranquilo, que Emiliano también está tranquilo... Todo el mundo está tranquilo. ¡Qué felicidad!

—Ya sabe lo que escribió Machado: «El ojo que ves no es ojo porque tú lo veas, es ojo porque te ve». *Proverbios y cantares*. Se lo recomiendo.

—«Mas busca en tu espejo al otro, al otro que va contigo». *Proverbios y cantares*. Te lo recuerdo.

—Coño, inspector, le hacía yo más de Pemán. Pero la vida no deja de sorprenderme. Ahora que estoy preso de Rober, resulta que me siento más libre. Puedo decir que soy comunista, que leo a Machado, que mi musa es una prostituta excomunista y que me tomo un café con un inspector que lee a los poetas prohibidos. La verdad es que no está mal esta cárcel de las ideas.

—«Conversación de gitanos: para rodear, toma la calle de en medio, nunca llegarás». *Proverbios y cantares*. Aplícate el cuento, *Dandy*.

Anselmo Vela salió del bar dejando la cuenta al debe del *Dandy*, que se quedó pensativo, como si un rayo le hubiera partido en dos. Aquel jodido inspector que jamás le había puesto la mano encima, que leía a Machado y al parecer a otros poetas, le intimidaba más que las manoplas del *Zambo* Rober y Liborio juntas.

Anselmo Vela se fijó en la mercería de Herminia, que estaba vacía, y entró.

—¿Qué tal, señora Herminia? ¿La molesto?

—No, hijo, no. Estaba aquí matando el rato con esta chaquetita para mi último nieto. Ya sabe, los viejos no podemos estar quietos. Si nos paramos es como si se nos fuera la poca vida que nos queda.

—Está usted como una rosa, Herminia. Si algún día tengo un hijo, le encargaré una chaquetita, pero cuídese, que la cosa va para largo...

—¡Qué va, hijo, si es usted buen mozo y no le faltarán muchachas donde elegir! Pero elija bien y no se deje engatusar, que ya sabe que, para mucha gente, entre el amor y el dinero, lo segundo es lo primero.

Cuando le llamaba «hijo», le recordaba el habla de Medina de Rioseco, donde todos eran «hijos», un latiguillo utilizado por jóvenes y viejos. En Villabrágima, a unos seis kilómetros de su pueblo, el «hijo» se convertía en «galán» y todos eran «galanes», aunque causara hilaridad entre los riosecanos, obviamente, enemigos de sus más cercanos vecinos. Anselmo siempre se preguntaba cómo puede cambiar tanto el habla, el tono y el acento en tan pocos kilómetros de distancia.

—Ya sabe, Herminia, que este trabajo no deja tiempo libre y los amoríos requieren paciencia y calma. Pero, en fin, todo se andará. Quería que me contase con más detalle lo de esa visita que tuvo tras declarar en Comisaría. ¿Le sonaba de algo la persona que vino a preguntarle sobre la moto?

—Pues la verdad es que no.

—¿Cómo era?, ¿cómo iba vestido? Cualquier detalle me vale.

—Era un hombre alto, de unos cincuenta años o así. Tenía el pelo negro, con amplias entradas en la frente. Vestía chaqueta de cuadros y un pantalón oscuro. La corbata también era oscura. Me fijé que tenía las manos grandes y con dedos peludos. Me llamaron la atención cuando las puso sobre el mostrador.

—Mire, Herminia, sé que lo que le voy a pedir es muy difícil. Usted dijo que, antes de que le dispararan, Ernesto, al salir del bar, se chocó con un hombre y que, después del disparo, otro hombre salió corriendo. ¿Podía ser alguno de esos hombres el que la visitó?

—El que se chocó con Ernesto, no, porque era de su misma altura, aunque no pude verle la cara. Al otro, al que salió corriendo, solo lo vi de espaldas, pero, por la altura y el corpachón, pudiera ser.

—¿Usted conocía a los amigos con los que Ernesto solía reunirse en el bar de Remi?

—Bueno, les veía entrar y salir. A uno lo conozco porque da clases en la Escuela de Artes y Oficios. Creo que le llaman *el Dandy*, pero no sé nada más. Aunque usted no lo crea, no soy una cotilla que se pasa el día mirando por el cristal.

—No, por Dios, Herminia, yo no pienso eso. O sea que quien la visitó no era ninguno de la cuadrilla, aunque se presentara como amigo de Ernesto.

—Yo creo que no, pero, ya le digo, tampoco estoy todo el día espiondo.

—Muchas gracias, Herminia. Si recuerda algo más o vuelve a presentarse ese amigo desconocido, no dude en llamarme.

—Y usted acuérdesese de la chaquetita, pero no tarde mucho, hijo, que una ya no está para muchos trotes.

Bilbao comenzaba a pintarse de ese azul mahón que precedía al negro del anochecer. Cuando tomaba ese color, parecía la ciudad más bella del mundo, una ciudad imposible que de vez en cuando espantaba el humo y escondía el gris

negruzco de sus paredes en el color azul mahón de los buzos de los obreros. Era la hora en la que comenzaba a bullir el Casco Viejo. Un poco más tarde se escucharían los primeros orfeones, unos más afinados que otros, en los que quienes hacían de bajos intentaban llegar lo más abajo posible del pentagrama de las notas musicales, como prueba de hombría, y quienes ejercían de tenores se rompían las cuerdas vocales estirando el cuello y echando la cabeza hacia atrás para dar el do de pecho más alto y más timbrado, como prueba de gallardía.

Anselmo Vela caminó por la calle Somera hasta llegar a la plaza de los Santos Juanes. Decidió pasarse por Comisaría antes de acudir a la cita con Emiliano en el cine Gayarre. Eran las siete y media de la tarde y la película no se proyectaría hasta las ocho y media. Convenía llegar antes. El suspense era cosa de Hitchcock, no de la Policía.

El Casco Viejo le provocaba una doble sensación. Le parecía su casa, como si la plaza de los Auxiliares fuera el salón; la plaza Nueva, su cocina; la calle del Perro, el pasillo que conducía a la pensión, y la plazuela de Santiago, junto a la Catedral, su habitación. Todo eso se le ocurría cuando, tumbado en la cama, miraba al techo. Pero el Casco Viejo era también como una cárcel de la que no podía escapar, como si le hubiera atrapado en el tiempo colocando una barrera en el puente del Arenal. A fin de cuentas, la vida tenía lugar en el Casco Viejo; por fuera, solo «transcurría», andaba de aquí para allá, generalmente por los mismos sitios.

Cuando se encontró ante la Comisaría, enfrentado a su fachada, sintió vértigo. Por primera vez, la sintió inútil, inadecuada para resolver un asunto que se jugaba en lugares extraños con personas extrañas. Sintió que la vida palpitaba en los bares situados a su espalda mientras que en el interior del edificio la vida se detenía y se convertía en un dictado sin emoción alguna, donde todo estaba pautado. Allí no se investigaba: se corroboraba lo predestinado. Estuvo a punto de dar media vuelta y volver a girar por la noria de las calles estrechas viendo paraguas, chaquetones oscuros, pantalones de mil rayas, mocasines, zapatos de rejilla... todos los elementos bajo los que ocultaban las personas su monotonía. Pero entró. A fin de cuentas, era su puesto de trabajo.

—Hombre, *Marlow*, qué raro tú por aquí. Desde luego, no me quieres nada. ¿Qué te he hecho, cariño, para que me trates así? —la voz de Liborio sonaba tan densa como siempre; hablaba como si al mismo tiempo masticara un trozo de bacalao que se pegaba a la bóveda del paladar, como si se resistiera a ser ingerido.

—Liborio, ¿has engordado o es la ropa que no te hace justicia? —Anselmo Vela sabía que llamarle gordo era algo que le irritaba profundamente, tanto como dudar de su habilidad con los pinceles—. ¿No será que estás embarazado?

—No, cariño. Ya sabes que solo tú serás el padre de mis hijos, pero me parece que tu pilila solo sabe mear. Y el pis no fecunda, a ver si te enteras. Por cierto, Rober está en el calabozo con el anarquista ese, amigo del *Dandy*. Me parece que ese

gilipollas se va a pasar un buen tiempo en la cárcel. ¿Sabes si está casado? Yo podría consolar a su mujer en su ausencia...

—Liborio, los anarquistas no se casan —Anselmo Vela sintió que todo su trabajo amenazaba ruina, que *el Zambo Rober* se le había adelantado y estaba a punto de mandarlo todo a la mierda. Ya no le preocupaba quedar como un imbécil, como un mierda de investigador, sino que el tiempo se detuviera como cuando empieza a llover y parece que no sucede nada más en el mundo. Todos corren. Se encogen, se agachan, se esconden, murmuran, blasfeman, lamentan, se resignan. Alguien le había dicho una vez que en Dinamarca o en Noruega, cuando llueve, la gente sigue charlando en mitad de la calle sin paraguas por la sencilla razón de que, cuando llegan a casa, se secan con una toalla, se cambian de ropa y a otra cosa. Ahora o nunca, pensó. El final del asunto o el principio de mi final. «Ahí te quiero ver, supermán. Valeroso, inteligente, bravo, mano a mano con *el Zambo Rober*, preso del año, a punto de ser expolicía, a punto de no ser nada», le inquietó su conciencia, que llevaba días desorientada. La moto, Emiliano, *el Zambo*, María... demasiado para su crucigrama vital. Demasiadas palabras encadenadas. Y Anselmo Vela se fue al comisario Andrade: o fin o principio.

Y punto final. La carta más larga de mi vida. Me ha costado una vida y a poco no llego a escribirla. Bueno, lo importante es llegar, aunque a veces creo que lo importante es partir, porque esto es voluntario y lo otro circunstancial. Tardé, sí, pero cómo conocerte si no me conocía ni a mí mismo, cómo hablarte de mi vida si mi vida no era sino un antes sin después. Sabía quién eras, pero sin conocerte, ni a tu madre, ni a tus abuelos. Nunca supe quién me rodeaba. Estabais ahí, como *el Dandy*, *el Púrpura*, *el Poncho*, Remi y todos esos. Todos estaban ahí, pero no estaban. Paseaban por la vida y yo paseaba con tropezones, sí, borracho, pero así solo hay peligro de caerse. Sí, se ríen o te compadecen o te insultan o incluso, llegado el caso, te temen. Pero la vida pasea a tu lado y no la ves, no la sientes, la percibes como un yo distinto a ti, transfigurado, ajeno, distante. Eres el otro, el que no existe, el más visible, el más cobarde, el más ausente. El valiente murió un día sin darse cuenta y se enterró bajo una acera harto de buscar a los suyos, a los otros, llamándoles a voces a Leningrado, a Moscú, a Varsovia, a Bucarest. Y el eco rebotaba en los Balcanes y se perdía y no se escuchaba. Pero ya está. Todo está dicho. Tarde, pero dicho, hijo. ¿Te he llamado hijo alguna vez antes de ahora? Creo que no. Quizás no encontré una frase hecha para mi cuaderno azul. No hubo una puta frase con esa palabra en el calendario que no fuera una frase de Dios a sus hijos. Él, intacto, sin más amor carnal que el que le profesó la Magdalena, una puta, siempre las putas atendiendo a los iluminados, como *el Dandy*, con un cuchillo en la bragueta y ese tal Machado en la cabeza.

Pero ya está. Todo está escrito. Ahora ya lo sabes. No tenía otra cosa que dejarte. Bueno, si acaso, quédate con la petaca o con el reloj o con el cuaderno azul donde está lo que pensaron los demás que fue mi vida. Alguna frase es mía, aunque no lo parezca. Ya sabes todo de mí, ya ves que es poco, un par de páginas oscuras, un final apresuradamente absurdo, una ilusión abandonada, una derrota eterna, huyendo cada día de la vida cotidiana. Pero ya está. Ya lo sabes. No te entristezcas. Quizás a partir de ahora me tengas más cerca que nunca.

Dobló la carta por la mitad. Y otra vez por la mitad. Era una carta larga y le dio tiempo a dudar por última vez si enviarla o no. La introdujo en el sobre, puso el sello, escribió la dirección de su hijo... y siguió dudando. Aún había tiempo de arrepentirse. Dio la vuelta al sobre y escribió lentamente el remite. Humedeció el borde de la solapa con la lengua y lo aplastó con la parte lateral del puño como quien golpea el pasado, el presente y el futuro. «Ya está. Mañana, al buzón. Mañana, miércoles».

—Comisario, con el debido respeto...

—Déjate de hostias, *Velilla*, ¿qué pasa?

—Me ha dicho Liborio que Rober ha detenido a Emilano, el anarquista al que *el Dandy* le dio los planos de la iglesia de Begoña. ¿Puedo saber por qué?

—A ver, señor inspector, planos de la iglesia, anarquista, tú mismo me dijiste que la moto desde la que se asesinó a Ernesto había sido suya. Verde y con asas, puchero, ¿no te parece? Alguien estaba utilizando al pobre Ernesto, no sé por qué, y, llegado el momento, se lo cargó. Está claro que ese Emiliano sabe mucho de lo ocurrido. No digo que él sea el matarife, pero sabe qué está pasando. Y, si no es así, nunca está de más detener a un anarquista. Digamos que es un auxilio social.

La duda es el instante más largo de la historia. ¿Qué hacer?, pensó Anselmo Vela que por un instante se acordó del libro de Lenin y lo borró de un plumazo de su conciencia. No lo había leído, pero sabía de su existencia. Solo faltaba que... ¿Qué hacer? En Bilbao comenzaba a atardecer, un espacio temporal que nunca supo descifrar entre el final de la tarde o el principio de la noche. Así se sentía, en ese limbo de la inteligencia donde se cometen los grandes errores o se embarazan los grandes aciertos. De perdidos al río, o mejor, a la Ría, con los ahogados taciturnos, con los borrachos mal meados, con los suicidas que se acunaban en sus lodos a salvo de la luz del día.

—Tengo que hablar con él, comisario. Creo que, si hablo con él, puedo resolver el caso, y le ruego que no me pregunte por qué.

—Coño, *Velilla*, nunca te había visto tan excitado. En fin, hagamos las cosas bien. Dejemos trabajar a Rober y mañana podrás hablar con él. Esta noche la pasa en el hotel y luego ya se verá. ¿De acuerdo?

«Un farol. Te has marcado un farol, muchacho, y le queda poco gas para alumbrar. Los faroles son así, penumbrosos, para valientes. Eso me gusta, no puedo negarlo. Hay veces que un hombre tiene que cruzar la carretera sin mirar a los lados porque la verdad está en la otra acera y va corriendo como alma que lleva el diablo. Sí, me gusta. Ya está bien de atardeceres rutinarios, de charlas interminables, de libretas ordenadas, de camisas bien planchadas. ¿Recuerdas cuando te folló esa prostituta? Milagros era, ¿no? Ahí te vi bien, valiente, irreverente, como ahora. O Rober o tú. Él tiene poca jugada y tú ninguna. ¿Y qué? Él no lo sabe y el comisario no sabe a qué jugáis. Me gusta, Anselmo, me gusta. Principio o fin». Seguramente, su

conciencia le guiaba por el camino equivocado, pero los otros caminos conducían a un callejón sin salida. Qué más daba equivocarse en un sentido o en otro.

—De acuerdo, comisario.

Volvió a su mesa de trabajo y la sintió inútil, inservible, un mueble en el que depositar papeles, frustraciones, anotaciones huecas y archivos desangelados. Allí no había nada que aclarase el caso. Debajo del culo, una silla de brazos metálicos, cuadrada, con el escay desgastado. Un vestigio. Abrió el archivador del caso de Ernesto Acevedo y Juan Cardenal, *el Púrpura*, y, mientras pasaba las hojas, las letras bailaban con la mansedumbre de un vals, con la rutina de un chotis y el vaivén de una jota castellana. Parsimonia. Pensó que nunca había entendido la danza y que nunca la entendería, a pesar de su gusto por el ritmo y la armonía, por la melodía, pero su afición al solfeo le había llevado a concebir únicamente el baile de las fusas y semifusas, de las corcheas, y de los dedos de los guitarristas transcurriendo por el mástil como moscas en verano, abejas de un zumbido maravilloso. No había nada en esa mesa que le hiciera sentirse útil mientras Emiliano era presa del *Zambo Rober*, que le arrancaría una confesión indiscutible. No había nada en esa grapadora que archivaba los casos perdidos y los resueltos, ni en esos bolígrafos que garabateaban atestados rutinarios. Ni en ese teléfono tan negro como las noticias que anunciaba...

—¿Señor Anselmo Vela?

—Sí, soy yo.

—Soy Fernanda, la mujer de Ernesto.

—Ya, ya le había conocido por la voz. ¿En qué puedo ayudarle?

—En nada. Creo que quien puede ayudarle soy yo. ¿Puede venir a mi casa? Prefiero no pisar la Comisaría.

—Ahora mismo voy.

Guardó las carpetas de los casos abiertos en el archivador de la cajonera metálica y, al cerrarla, el estruendo despertó a Liborio del letargo de su rutina.

—Coño, *Marlowe*, ¿quién te ha llamado, los del premio Nobel de literatura?

—Perdona que me haga el sueco, Liborio. Ya... ya sé que no lo entiendes. Otro día te lo explico.

Se puso su chaqueta de entretiempo y repasó los bolsillos. Todo en su sitio: bolígrafo, libreta, cartera, la placa de rigor (¿para qué?, el reglamento) y salió a paso ligero. Frente a la Comisaría había poca gente. Como siempre. No era un lugar de ambiente, aunque a escasos metros, en la plaza de los Auxiliares, que así la llamaba la gente, aunque se denominase plaza de las Brigadas de Navarra, bullía el inicio de Iturribide, lugar de asueto y ronda del alcohol, donde las tabernas hacían las veces de confesionarios, coros o pequeñas ciudadelas del entretenimiento. Tomó la calle Ronda sin detenerse ante El Buen Gusto. No andaba, volaba. Intuía que, si esa mujer, Fernanda, hierática, poco dada a los aspavientos y menos aún a las convulsiones sentimentales, le había hablado de esa manera, era por algo. Cruzó la calle Ronda, hasta la Ribera, giró a la izquierda. En un pispás se plantó frente a la escuela García

Rivero, sobrepasó la Escuela de Artes y Oficios, donde trabajaba, o así, *el Dandy*. Voló como quien persigue a un fugitivo, aunque en realidad perseguía una esperanza que le sacase de un atolladero demasiado grande para su tamaño de inspector. En la plaza de la Encarnación tomó resuello y, ya en el callejón, sintió el frescor húmedo, tan insano pero en esta ocasión profundamente reparador. Sí, le helaba el sudor, algo que su madre siempre decía que era el preludio de un gran constipado, incluso de una pulmonía. Pero le supo a gloria, aunque de pronto sintiera las axilas congeladas bajo la chaqueta y su camisa, demasiado espesa para la humedad de Bilbao. Pero aquel vientecillo permanente que vivía en el callejón los 365 días del año le dio el impulso suficiente para encarar los tres tramos de escalinatas que precedían al portal de Ernesto, o sea de Fernanda, o sea de su salvación. Quizás, quién sabe...

—Perdone, Fernanda, he venido lo antes que he podido. Bueno, en realidad he volado para llegar hasta aquí porque deduzco que tiene algo importante que decirme.

—Pase, pase... Por Dios, viene usted sudando como si huyera de alguien...

—De alguien no, Fernanda; de algo, probablemente sí.

—Siéntese. ¿Le traigo un vaso de agua o vino con gaseosa? Supongo que no le apetece un café...

—Agua, eso estará bien.

Fernanda caminó despacio desde la sala hasta la cocina, que estaba al fondo del piso. Anselmo Vela no se atrevió a quitarse la chaqueta, adivinando que los sobacos serían un homenaje a la humedad impropio del decoro exigido a cualquier persona. Escuchó el chorro fluyendo del grifo e intuyó que, como su madre, Fernanda dejaba correr el agua antes de llenar el vaso, para garantizar su limpieza y frescor. Escuchó sus pasos regresando a la pequeña sala donde se apilaban algunas labores de punto. Sobre una cómoda, una fotografía, que supuso de su hijo Francisco, poco tiempo después de nacer. Ni un vestigio de Ernesto.

—Beba, inspector. ¿O era comisario?

—Inspector, pero llámeme Anselmo.

—Seré breve. No tengo nada importante que decirle, pero sí algo importante que darle —y le extendió un sobre—. Le ruego que lo abra cuando se haya ido. Solo le diré que es la carta que Ernesto le escribió a su hijo y que no llegó a enviar. No sé el porqué, pero, conociéndole, lo más probable es que la olvidara. La encontré hace apenas unas horas, en la mesilla, cuando la vaciaba de objetos ahora más inútiles que nunca. Sabía que existía porque él mismo me lo dijo, pero pensé que la había echado al buzón. Ernesto no transmitía ni sus emociones ni sus pensamientos, solo su rutina. Verá que la he leído, como puede imaginarse, no solo porque el sobre esté abierto y medio roto, sino porque era mi obligación. Léala usted y discúlpeme por no haberla encontrado antes y ahorrarle, así, muchas horas de trabajo. Léala y todo habrá terminado, aunque a mí, si le soy sincera, me da igual que termine de una manera o de otra, porque todo terminó el día que le dispararon. A partir de ahí, para mí todo es pasado. Y ahora váyase y haga su trabajo.

Anselmo Vela no entendía nada, pero supo que tenía que irse. Se levantó despacio, notando cómo la camisa se despegaba a duras penas de las axilas. Extendió su mano hacia Fernanda reprimiendo el deseo de darle un abrazo aun sin saber si aquella carta era un auto sentimental o la prueba definitiva de un caso inexplorable.

—La llamaré si tengo alguna duda, Fernanda.

Se despidió con una mezcla de estupefacción y deseo por alcanzar la calle cuanto antes para abrir aquel sobre misterioso. Sin embargo, cuando pisó la acera, dudó entre leer la carta allí mismo o esperar a llegar al bar de *Cagancho*, donde tantas veces Ernesto habría tomado la espuela para acabar el día o escribir el prólogo del siguiente, casi siempre a trompicones. Optó por lo segundo, lo que le obligó a esperar algo más para poder satisfacer su necesidad de saber. Por fin atravesó la puerta del bar, pidió una copa de anís y abrió el sobre:

Bilbao, 28 de junio de 1960.

Querido hijo...

Emiliano era un mar de dudas. A pesar de su larga militancia en el anarquismo, heredada de su padre, solo había pisado la Comisaría un par de veces, siempre por pequeños asuntos, alguna manifestación o algún *salto* lanzando panfletos. Se había llevado un par de guantazos, que venían a ser como un convenio entre la necesidad de asumir el golpe, por su parte, y la obligación de ejercer la autoridad del policía de turno. Ahora era distinto, había dos muertos de por medio y todo podía acabar mal. ¿Cuánto tiempo podría resistir sin hablar de los *directores*, de la ebanistería, de sus reuniones con Ernesto Acevedo, de la militancia de Juanito *el Púrpura*?, ¿una hostia, dos, tres... siete? A estas alturas, Aurora ya se habría enterado de que algo malo sucedía. La Policía le había detenido cuando se dirigía al cine Gayarre. Iba con tiempo, pero ahora ya no lo tenía para reunir todos sus pensamientos, ordenarlos y sacar alguna conclusión, una estrategia ante la violencia como única estrategia de su interrogador.

—Mira, chaval, esto puede ser muy largo o muy corto. Depende de la labia que tengas, pero no te marques un discurso, que ya sé que los anarquistas sois capaces de hablar más que una cotorra borracha. No te voy a negar que una hostia te vas a llevar en cualquier caso...

La vista se le nubló y tuvo la sensación de que le explotaba el hígado. Se quedaba sin aliento. Si hubiera querido hablar, habría sido imposible. Cuando recuperó la vista y le volvió el aire a los pulmones vio al *Zambo Rober* con una sonrisa burlona mientras crujía los nudillos con un sonido desagradable.

—¿Sabes?, a los borrachos, cuando les das en el hígado, ven las estrellas. Veo que tú no bebes. En fin. Ya imaginas que esto solo ha sido un aviso, un telegrama, pero, si quieres, te escribo un libro completo. A ver. Dime: ¿por qué mataste a Ernesto Acevedo? Aquí le teníamos mucho cariño. Conocía este calabozo mejor que su habitación y era un tipo duro y bravo.

—Yo no maté a Ernesto. ¿Por qué iba a matar a un buen amigo? Eso no tiene ningún sentido.

Esta vez sintió que le explotaban los testículos cuando el pie del *Zambo Rober* se estrelló contra su entrepierna. Emiliano se fue al suelo, otra vez se quedaba sin aire, mientras un dolor intenso le recorría todo el cuerpo, especialmente el estómago. Mareado, tenía ganas de vomitar, pero pudo evitarlo. Hubiera sido un signo máximo de debilidad.

—Mira, chaval, lo tengo todo. Sé quién eres, que perteneces a un grupo anarquista, que planeaste un atentado contra Franco, que Ernesto era tu instrumento y que lo mataste porque se rajó. Tengo testigos que lo confirman y puedo demostrar que lo hiciste desde tu propia moto. Hay que ser gilipollas para usar tu propia moto. Pensaba que los anarquistas erais más inteligentes. Lo tengo todo. Solo me falta que confieses y asunto liquidado. Será mejor para ti, no lo dudes.

—Todo eso es mentira. Además, yo estaba...

La segunda patada lo tumbó. En ese momento se abrió la puerta y entró Liborio con la misma sonrisa burlona de su compañero.

—No quieres perderte el baile, ¿eh?

—La verdad es que no encontraba nada mejor que hacer, Rober. Veo que tienes al anarquista a tus pies. O sea que no ha cantado la gallina...

—Nada me gusta más que ver a un cobarde haciéndose el valiente. Liborio, te concedo el honor de seguir la música. Vamos a tocar a cuatro manos.

Fue lo de siempre. Violencia, risas, golpes calculados siguiendo el manual del buen torturador. La violencia también tiene su tacto: hay que saber cuánto, cómo y dónde golpear, dar respiros, ni tan cortos que impidan recuperarse, ni tan largos que curen el dolor. Emiliano iba notando cómo el dolor vencía al temor, prelude inevitable de ese momento en el que el dolor pasa a ser una figura retórica porque el cuerpo se encoge sobre sí mismo y resiste, y cada golpe duele menos que el anterior y anuncia el sueño de la inconsciencia. Se lo habían dicho muchas veces los compañeros que habían pasado por ello y poco a poco habían construido un manual de supervivencia. Algo parecido a cómo sobrevivir en los calabozos de una comisaría. Venían a decir que, por mucho que torturasen, el poder del torturador apenas se manifestaba en 15 o 20 minutos. En ese breve espacio de tiempo se manifestaba su poder frente a tu debilidad. Luego, ellos se aplicaban al placer del dolor, el mismo que a ti te daba la vida, aunque estuvieras a punto de perderla. Cuanto más durase su violencia, más ganaba tu inconsciencia y más a salvo estaba tu silencio. Por eso, había quienes paraban, te dejaban resucitar, te mandaban al «poli bueno» para darte el resuello necesario y volvían después a por otros 15 o 20 minutos de poder supremo. Si eran inteligentes, vencerían, pero, para entonces, quizás tus compañeros estarían ya a salvo y tu delación perdería todo el valor, un cabo roto que obliga a comenzar el jersey desde el principio.

—Creo que nos hemos ganado una cerveza, Liborio. El muchacho tiene que dormir y no seremos nosotros los que le quitemos el sueño —dijo *el Zambo* Rober mientras reorganizaba sus nudillos con ese chasquido brutal al que algunos llamaban sacar novias.

—Yo creo que sí le estamos quitando el sueño —señaló Liborio—, pero igual así se acuerda mejor de lo que ha hecho. Por cierto, *Velilla* ha estado hablando con el comisario y le noto nervioso. Alguien le ha llamado y ha salido volando.

—Deja que vuele. Nosotros preferimos estar con los pies en la tierra. Te apuesto las cervezas a que este anarquista canta a la segunda vuelta...

—Verás, Rober, si quieres que pague yo, solo tienes que decírmelo. No hace falta apostar...

Anselmo Vela apuró de un trago largo la copa de anís mientras recogía la carta por los dobleces marcados y la introducía en el sobre. Pidió otra copa. De pronto, la taberna, un pequeño lugar, un rectángulo sin más decoración que un calendario, unas fotografías de futbolistas del Athletic y otras de unos montes que habían amarilleado su verdor con el paso del tiempo, de pronto aquel bar se le hizo grande como un descampado. Estaba solo, ni siquiera un viejo cansado daba cobijo a su sensación de soledad. Otro trago, y la copa de anís se vació para arder en su garganta y en su estómago. Estaba claro que le faltaba mucho tiempo para acomodarse al alcohol y quizás estaba aún a tiempo de mandarlo a hacer gárgaras. Pagó y se marchó sin que el tabernero le diera ninguna importancia ni a lo uno ni a lo otro.

El callejón no refrescó su calor interno, aunque sentía la humedad como un cuchillo que asomaba por una de las bocacalles. Ya no corría, solo caminaba. Tenía la sensación de que el Casco Viejo se había convertido en un laberinto al que comenzaba a ver la salida. Por primera vez sintió que poseía algo que los demás desconocían, incluido su misterioso informante telefónico. Y sentía muy cerca a Ernesto Acevedo, oficialmente el borrachín vociferante, el pendenciero, el comunista desamparado, el juguete policial con el que paliar la monotonía, el rey de las citas célebres que iban retratando su estado de ánimo y adquirirían ahora todo su sentido.

«Chaval, no sé si has desenredado la madeja o estás a punto de ahorcarte con ella. Yo que tú, iba en busca de Milagros y le echaba un buen polvo, pero esta vez tú a ella, no ella a ti; luego cruzaba la acera, buscaba a aquella moza que te palpó la entrepierna y le daba un buen revolcón, y, después, le pedía matrimonio a la dulce María, me la llevaba a Medina de Rioseco y a detener ladrones de ganado o descuideros de poca monta, que dan poco trabajo y justifican el sueldo». Su conciencia le invitaba a descansar, a rendirse a la evidencia, a asumir su propio rol de perdedor en un país de perdedores. Uno más no se notaría y la vida transcurriría con la placidez de una tarde de otoño junto al campo.

Al pasar por el bar de Remi no pudo evitar entrar. Su caso y la vida de Emiliano habían empezado y acabado allí, al mismo tiempo. Pidió un café solo con la intención de disolver el anís que aún correteaba por su estómago como una hoguera de San Juan.

—Remi, no le cobres. Yo invito —en la mesa de la esquina derecha del bar, Tasio *el Dandy* se encontraba junto a Miguel Arévalo, *el Poncho*. Cuando Anselmo interrogó al *Poncho* en la típica ronda tras el asesinato de Ernesto Acevedo, le pareció un tipo insignificante, sin ficha policial alguna, lo más parecido a un miembro de la cuadrilla pero no del grupo. Un accesorio—. ¡Cuánto tiempo sin verle! Permítame que le invite al café. Estábamos aquí *el Poncho* y yo charlando un poco. A él también

le gusta el fútbol, o sea el Athletic, pero más los defensas que los delanteros. Es un *amarrategi*, ¿sabe lo que significa?

—Sí, creo que sí —mintió—. Ahora no tengo mucho tiempo, pero nos veremos en breve.

—¿Ya ha resuelto el caso? —medió *el Poncho*.

—No os preocupéis. Seréis los segundos en saberlo. Y muchas gracias por la invitación.

Enmudecidos, *el Dandy* y *el Poncho* vieron salir a Anselmo Vela con un aire que no sabían descifrar entre la suficiencia y la calma.

Había llegado el día de la reunión y Ernesto Acevedo se sentía aliviado, aun sabiendo que quizás fuera el último que le tocara vivir o, en el mejor de los casos, el principio del fin. Se desplazaba pausadamente, a mitad de camino entre la tranquilidad de las decisiones asumidas y el cansancio derivado de acarrear fardos en el muelle. Eligió vino para los últimos tragos, en una versión apócrifa de la última cena. Pensaba que los barcos no le echarían en falta. A fin de cuentas, había cola para vender la espalda por un puñado de pesetas. Su hijo hacía tiempo ya que no le echaba en falta y andaría por Huelva, propagando la versión andaluza de la liberación vasca. A pesar de la Revolución de Asturias, siempre le había parecido que Andalucía reunía todas las condiciones para un levantamiento popular. Quizás reunía tantas que las unas chocaban con las otras y acababan anulándose. Su mujer, Fernanda, tan abnegada como recia, le echaría en falta, pero probablemente respiraría aliviada, con tiempo aún de convertir su vida en algo más solitario, pero más plácido. Recordó una frase célebre de las que guardaba en su libreta, atribuida a Lord Byron: «Solo salgo para renovar la necesidad de estar solo». Ahora ambos estarían solos pero separados, ajenos a esa soledad compartida que era solo la ficción absurda de la compañía. Ni siquiera lloraría, pensó, o lloraría por dentro, que es más doloroso. Siempre se habían querido, aunque solo se lo habían dicho un par de veces en su vida: la primera, por devoción, cuando decidieron casarse; la segunda, por obligación, cuando nació su hijo.

Apuró un par de vinos en dos tabernas previas a la de Remi, donde le esperaba el sanedrín que él mismo había convocado. Le divertía aquel halo de misterio que le había dado a la cita y que tanto inquietaba a los contertulios. Sería porque de niño soñó alguna vez con ser comediante, influido por aquellos cómicos que de cuando en vez visitaban los pueblos con espectáculos callejeros y con sus gestos exagerados e histriónicos. También había soñado con ser torero, una profesión cargada de heroísmo en la que el toro, se dio cuenta después, solo era el pincel del artista, «como las personas», solía decir cuando pensaba en ello.

«Quizás cuando me maten me encuentre en alguna parte con aquel requeté al que le abrí la cabeza de un disparo. Es curioso, era más joven y ahora estará más viejo que yo, o quizás la eternidad le mantenga bien conservado, como el formol. “Hombre, tú por aquí —me dirá—, te esperaba hace tiempo pero veo que te has hecho de rogar. ¿Sabes? Desde aquel día he seguido todos tus pasos, así que no tienes

que contarme nada de lo ocurrido. Qué pena. ¡Al menos a mí me mató el enemigo! Pero en fin, ya hablaremos más despacio. Tenemos mucho tiempo”».

—Pues ya estamos todos, así que deja la jarra, Remi, que nos va a hacer falta —dijo Ernesto como si inaugurase una sesión de procuradores en Cortes.

—Falta Juan Cardenal —advirtió Emiliano, flanqueado por Aurora y *el Dandy*.

—Seguro que no viene —vaticinó *el Poncho* mientras servía los primeros vinos.

Se habían reunido en una pequeña habitación donde Remi almacenaba los víveres de bar. Había cajas de vino, azules como el mahón de los buzos, de guindillas para hacer gildas, de arenques (que a Ernesto le apasionaban, fuera por su sabor o por sus reminiscencias soviéticas), de aceitunas, el gran aperitivo de los domingos junto a los grillos: patata cocida, lechuga y cebolla, con aceite, vinagre y sal, pero tan recogido que, en vez de una ensalada, parecía una obra de arte en miniatura. Sencilla, por eso era una obra de arte.

—Nos hemos reunido aquí para inaugurar este pantano. Sí, no os riais, es un pantano y en este momento yo soy Franco. Sí, soy yo, más alto, más ancho, pero igual de derrotado, aunque él no lo sepa. Y voy más lejos, yo soy Jesús en la última cena, repartiendo el vino. Seguramente el de la última cena era mejor que el de Remi, pero esto es lo que hay.

El Dandy miraba a la pared, Emiliano al suelo, Aurora al techo, Remi a la jarra de vino, para servir, *el Poncho* a los ojos de Ernesto. Faltaba un rayo, un trueno para que el ambiente tuviera el espesor de un torrezno, de los buenos, ni gordo, ni flaco, dorado pero manteniendo el blanco del tocino que equilibra las hebras de la carne. Ernesto apuró el vaso casi de un trago, como si necesitara aliento, como si necesitara humedad en la garganta, como si necesitara la valentía que el alcohol te procura en un sorbo. El estallido emocional que transmite perfectamente las emociones.

—Sabéis que jugábamos a matar a Franco, de la manera más miserable posible, jugando al mus. Sabéis que *el Dandy*, el representante de colonia, lo soñaba pero nunca se veía en sus sueños: él nunca estaba. Debía de ser una colonia barata, que no duraba, o como cuando Zarra le pegaba con la uña y no acertaba con la portería del rival. Sabéis que Emiliano estaba convencido de que querer es poder, pero él no se sentía capaz de poder y solo aspiraba a querer, que es como soñar despierto mientras tu intestino suelta el sobrante que no le cabe. Sabéis que Remi, en la barra del bar, soñaba con el día después, que en el mus nunca tiraba el caballo, renunciando al rey, porque las figuras son las figuras y no hay que despreciarlas. Sabéis que *el Poncho* prefiere el ponche Caballero, porque siempre ha sido un caballero. Sabéis que todos somos unos gilipollas aburridos, viejos cansados, vencidos, sobrepasados por los acontecimientos, ridículos si me lo permitís, que me habéis elegido a mí porque os parezco el más bruto, el más irascible, por mi pasado, porque ya he matado, porque hice la guerra, porque pienso lo justo. Y sin embargo no habéis pensado por qué queremos matar a Franco, sin saber siquiera si va a venir, ni cuándo, ni por qué, ni para qué. Remi, pon más vino que estoy seco...

—A ver, Ernesto, esto parece un acertijo y, sinceramente, no creo que sea un asunto de broma. Aquí todos nos jugamos mucho.

—Razón tienes, Emiliano. ¿Sabes qué no has entendido? Que hay muchas maneras de matar a Franco y no todas conducen al mismo cementerio. Remi, pon más vino, que el gaznate no es menos que el corazón. Queridos hermanos, que diría el cura de mi pueblo: hay quien piensa que Franco debe morir por sus crímenes y quien cree que debe sobrevivir por los que debe hacer. Y a mí me han ofrecido ambas cosas: sacrificarme o sobrevivir. Y he decidido que no voy a matar a Franco, si pudiera hacerlo, ni le voy a hacer vivir. Eso es el fin, no el suyo, el mío. Y he elegido el fin. Si la vida viene así, ¿qué vas a hacer? Yo he elegido una muerte digna en vez de una vida atormentada. A fin de cuentas, misión cumplida.

—¿Nos estás acusando? —clamó *el Poncho*—. ¿O a quién te refieres?

—Mira, Ernesto, vale que te gusten las citas, incluso los acertijos, pero esto es un asunto muy serio —terció *el Dandy*, visiblemente molesto con los comentarios de su amigo—. Esto no es una partida de mus, Ernesto. Estás sembrando dudas.

—Duda siempre de ti mismo, Tasio, hasta que los datos no dejen lugar a dudas. Lo dijo Pasteur, te advierto.

—Déjate de chorradas, Ernesto.

—No son chorradas, chaval. El otro día, no diré cuándo, recibí una visita que me abrió los ojos. ¿Te acuerdas, *Dandy*, de aquel que nos vigilaba en las partidas de mus y que nos parecía un sinsorgo, un imbécil en busca de delincuentes para llenar su historial? Pues no era un sinsorgo y tampoco nos quería detener. Quería algo más. Mejor dicho, quería mucho más. Nosotros jugábamos al mus, con señas falsas, pero él estaba jugando al póker. ¡Remi, pon más vino!

—Ernesto, ¿se puede saber qué pintamos nosotros en todo esto? —clamó *el Dandy*.

—Tranquilo, colonias, lo malo no es tener un pasado sino tener un presente. El pasado existió, el presente existe. Y tú sabes de qué hablo. ¡Viva Rusia! —exclamó Ernesto, dando muestras de que el vino comenzaba a mezclar ese efecto extraño entre la valentía necesaria para dar el primer paso y la imposibilidad de dar el segundo, «aunque tropezar y no caer es adelantar camino», solía recordar cuando las sillas entorpecían su camino.

—Yo no he venido aquí para que me sueltes un sermón de borrachera —afirmó *el Poncho*, y se fue. Lo mismo hizo *el Dandy* tras espetarle «hay veces que no me explico por qué somos amigos». Aurora se fue sin decir nada. Remi regresó a la barra del bar con el gesto huraño de los taberneros disgustados. Solo Emiliano resistió el envite en un último intento de entender qué estaba queriendo decir Ernesto Acevedo, su amigo, su mirlo blanco.

—Ernesto, no entiendo nada. Creo que, después de tanto misterio, solo te ha dado un ataque de melancolía.

—La melancolía es la tristeza de los ricos; la tristeza es la melancolía de los pobres —y, como siempre, apuró el vaso de vino, tropezó con la banqueta vacía de la barra y se fue.

—Ve con Dios, Ernesto.

—Y tú con tu puta madre.

Y el disparo. Y la sangre. Y la moto. Y la muerte. Y la paz, quizás la paz.

Espero que al recibo de la presente te encuentres bien; yo estaré bien.

Así comenzaba la carta que Anselmo Vela leía como si Ernesto, en vez de a su hijo, se la hubiera escrito a él.

Sé que esta carta llega tarde, tarde para ti y para mí. Cuando tú la recibas, no podrás hacer nada y yo he perdido todo el tiempo del mundo para evitarte ese trago. No hay reproches, las cosas solo acaban bien en el *Reader Digest*, cuando otro escribe por ti, se imagina tu historia y la resuelve de forma conveniente. Es lo bueno de decidir sobre los demás, que controlas el tiempo, las emociones, las flaquezas, las sensaciones, las pones en un puchero y sale una porrusalda, y, si no te gusta, tomas otro vino y aparece el arco iris que hace olvidar la tormenta.

Anselmo Vela decidió sentarse en un recodo de la iglesia de los Santos Juanes, en cuya plaza decía la canción que hubo revendedores que nunca pagaron al Ayuntamiento la contribución. Él tampoco podría pagarle a Ernesto Acevedo el sello de aquella carta que nunca llegó a su destino.

Te escribo porque sabes que hablar, hablo poco y gritar, grito mucho. Aunque estuvieras aquí, quizás también te escribiría. Me falta valor para enfrentarme a tu mirada y eso me dejaría mudo y estaríamos en las mismas. Al grano. Sabes que nuestro grupo de chiflados, como tú nos llamabas, soñábamos con matar a Franco aprovechando nuestra aparente incapacidad y lo minúsculos que éramos en un territorio tan conflictivo como este. Luego vendrían los míos y pondrían las cosas en su sitio. Quizás no sepas que yo era el elegido para hacer el sueño realidad. Te aseguro que estaba dispuesto a ello, sin pensar en lo que pudiera pasarme. Tampoco ansiaba la gloria, ni pasar a la historia como Ernesto *el Liberador*. En realidad solo pretendía hacerme justicia a mí mismo, pasar de las palabras a los hechos por una vez desde que acabó la maldita Guerra Civil. Un anarquista, amigo de Juan Cardenal, *el Púpura*, seguro que lo recuerdas, se encargaría de la logística y yo me aprovecharía de mi amistad con el párroco de Begoña para acceder a la iglesia y colocar la bomba que pondría fin al cautiverio español. Sí, ya sé que registrarían minuciosamente la iglesia, pero no levantarían una a una las losas de la basílica y yo sé de algunas que son fáciles de levantar. Colocaría la bomba en el hueco y las volvería a dejar como estaban.

Anselmo Vela leía la carta sin pestañear. Solo alzaba la vista para pensar que, si hubiera llegado antes a sus manos, el caso se habría cerrado muy pronto. O quizás no. A fin de cuentas, aquellas líneas aún no desentrañaban el misterio del asesinato de Ernesto Acevedo.

Pero un día, alguien que se presentó como miembro de la Político-Social me abrió los ojos. Te ahorraré los detalles, pero supe que estaba envuelto en una farsa de la que todos mis compañeros eran juez y parte por distintos motivos. Resulta que estaba rodeado de confidentes, voluntarios o forzosos, de reductos anarquistas, fascistas o grupos parapoliciales tan infiltrados que no era fácil separar el grano de la paja. Sé que me van a matar. Hoy, mañana, pasado, ¿qué más da? Ya sabes, la gente sirve hasta que sabe demasiado. La sabiduría no está bien vista en este país. Pero tengo muy claro que yo no seré confidente de nadie, ni delator de nadie, ni partícipe de nada que se enfrente a mi conciencia. Solo te pido que cuides de

tu madre mejor de lo que yo lo he hecho. Esto no te resultará difícil, porque he sido cualquier cosa menos un buen marido y un buen padre. Un abrazo.

Anselmo Vela retuvo la carta en sus manos con los ojos fijos pero vacíos en aquellas letras con buena caligrafía y una literatura poco acorde con su fama de hombre rudo y poco instruido. «*Velilla*, no sé si estás al final de la carretera o en el comienzo del precipicio», le dictó su conciencia, que observaba últimamente signos de cansancio. «Tengo que interrogar a Emiliano sí o sí, y tiene que ser ya», pensó Anselmo mientras guardaba la carta en el bolsillo interior de la chaqueta y caminaba ligero hacia la Comisaría, apenas a cien metros de distancia.

—Ya sabes, *Velilla*, Emiliano ha confesado —bramó Liborio nada más ver entrar a Anselmo Vela.

—¿Qué ha confesado?, ¿que no va a misa? —respondió el inspector Vela presuponiendo otra de las bromas habituales del pintor de las manos gordas.

—Hablo en serio, *Velilla*. Ha confesado que fue él quien mató al bueno de Ernesto. *El Zambo* ha concluido tu trabajo. Los viejos métodos siempre funcionan, chaval.

Anselmo Vela se encaminó sin responder hacia el despacho del comisario Andrade. *El Zambo* Rober se encontraba dentro y sostenía un papel que debía de ser la declaración de Emiliano confesándose culpable del asesinato de Ernesto. Llamó a la puerta y la abrió al mismo tiempo y se sintió como si entrara por sorpresa a una reunión clandestina.

—Siéntate, Anselmo —le dijo el comisario restando importancia a su manera brusca de interrumpir la reunión—. Parece que el anarquista le dio matarile al comunista...

—Ya me ha informado Liborio. Supongo que ahora no habrá inconveniente para que hable con Emiliano... —solicitó Anselmo Vela.

—Hombre, inconveniente no hay, pero necesidad tampoco —terció *el Zambo* Rober.

—Ya, pero me quedaría más tranquilo. ¿Y por qué lo hizo?

—No te lo vas a creer. Dice que Ernesto era un confidente nuestro para dismantelar su grupo anarquista. Dice que incluso le vieron hablando con un miembro de la Político-Social. Pobre Ernesto, muerto por la locura de unos chiflados... —respondió Rober sin reprimir una carcajada.

—En fin, voy a hablar un momento con él. Porque aún queda por resolver el asesinato de Juan Cardenal —señaló Anselmo Vela mientras se levantaba de la silla.

—Eso huele a asunto de maricones —volvió a terciar Rober. Anselmo no respondió.

—Ve, Anselmo, si así te quedas más tranquilo, pero esto a lo que huele es a caso resuelto.

—Gracias, comisario.

Anselmo Vela se dirigió a los calabozos entre un mar de dudas. ¿Quién coño era ese miembro de la Político-Social del que hablaba Ernesto Acevedo y al que se refería Emiliano en su confesión? ¿Eran la misma persona? Estaba claro que el de Ernesto era real o eso le hizo creer a él. Nunca mentiría a su hijo en una carta de despedida. Pero ¿por qué confesaba ahora Emiliano? ¿A cambio de qué?

—Vaya, no tienes buen aspecto. Veo que te han hecho bailar. Sé a ciencia cierta que tú no mataste a Ernesto Acevedo —mintió Anselmo Vela, convirtiendo su intuición en un hecho probado—. No puedo decirte por qué, pero lo sé. Puedo hacer dos cosas: dar por buena tu confesión e irme a cenar, porque mañana será otro día y condenar a un anarquista siempre tiene buena prensa, o aclarar de una vez este caso y evitar que te comas un marrón importante mientras alguien brinda a tu mala salud en el bar de Remi, por ejemplo.

—¿Quién es usted? —preguntó Emiliano en voz baja.

—Soy el inspector Anselmo Vela, el encargado del caso. Un compañero se me adelantó y te detuvo cuando yo esperaba para hablar contigo en el cine. Me han dicho que has confesado que lo mataste porque era un confidente nuestro que quería dismantelar tu grupo anarquista. Tú, como yo, sabes que eso es ridículo y yo, como tú, sé que estás protegiendo a alguien. ¿Quizás a Aurora, tu compañera?

—Ella no ha hecho nada. Además, supongo que ya estará muy lejos. Había quedado con ella en el cine. A veces me acompaña en la cabina cuando damos alguna película que le gusta. Hoy poníamos *El hombre que sabía demasiado*. Es lista: como no he llegado al cine, habrá supuesto lo peor. Estamos entrenados.

—Mira, condenarte a ti es muy fácil. Has confesado y, además, la moto utilizada en el asesinato te delata. La verdad, así, cualquiera te condena. Te aseguro que solo yo puedo salvarte, aunque, dicho así, parezco Jesucristo en vez de un policía. Pero es la verdad.

Emiliano se quedó en silencio mirando fijamente a los ojos de aquel «salvador». Ya le habían hablado del poli bueno y el poli malo, un juego demasiado infantil para que surtiera efecto. Pero este policía no trataba de convencerlo de que confesara sino precisamente de lo contrario. No cuadraba en el viejo esquema de las comisarías.

—¿Por qué debo confiar en usted?

—Porque no hay nadie más en quien puedas confiar. O eso o pudrirte en la cárcel. Te voy a hacer una pregunta, aunque creo que ya sé la respuesta: ¿tú sabes quién mató a Ernesto Acevedo?

El silencio invadió la Comisaría con una densidad casi insoportable. Anselmo Vela entendió que aquel silencio solo era el envoltorio de una respuesta afirmativa. Un «no» hubiera sido inmediato, contundente, aunque fuera falso. Emiliano seguía mirándole a los ojos como buscando en las pupilas la luz que necesitaba para responder sí o no. Anselmo le aguantaba la mirada a sabiendas de que un leve parpadeo podía alterar el rumbo de la respuesta. Hay segundos como días, instantes eternos. En aquellos instantes, por la mente de Emiliano debió pasar media vida

cuando leyó por primera vez *La conquista del pan*; cuando el anterior proyccionista del cine le introdujo en los movimientos anarquistas; cuando gracias a eso conoció a Aurora, aquella mujer de aspecto angelical pero que parecía estar hecha de pedernal, su único amor, la que borró de un plumazo sus amores infantiles y los de la adolescencia; cuando el despuntar de los pezones sustituyen al brillo de los ojos y los de la primera juventud; el amor por Bakunin, por los anarquistas franceses... Ante Aurora, solo resistían los sueños de libertad, que, junto a ella, parecían menos incómodos, menos lejanos, menos tortuosos. En un instante, el mundo puede dar dos vueltas y media como si todo hubiese acabado y se volviera a empezar. Tras la última media vuelta, el silencio se rompió:

—Sí —respondió Emiliano, que por vez primera bajó la cabeza y la escondió entre las manos—. Siéntese inspector, es una larga historia...

En la Comisaría reinaba el silencio. El despacho de Andrade estaba vacío. Cuando salió a la calle, Anselmo Vela vio a Liborio y *el Zambo Rober* apurando dos cervezas en el bar de enfrente. Les gustaba ese bar porque todo el mundo sabía que eran policías y su autoridad imponía un discreto silencio. Decidió caminar y lo que iba a ser cuestión de minutos se convirtió en un largo paseo sin rumbo fijo, uno de esos paseos que lo mismo da hacerlos por Bilbao que por Nueva York. Paseos a ciegas que convierten las ciudades en descampados, los edificios en hojas de papel negro, las gentes en árboles caídos. Ya no había nada en qué pensar. ¿Qué estaría haciendo María, tan ajena a los problemas que circulaban como tranvías del destino? Estaría preparando la cena que un día más él no probaría. Quizás pescadilla en salsa verde, o rebozada (albardada, decía ella). Se imaginaba sus manos embadurnadas en harina, con esos grumos que, en su caso, le daban un aire aún más angelical. ¿Le echaría en falta? Quería creer que sí, pero jamás lo sabría. Desde aquella tarde con Milagros, cuando perdió su virginidad sin darse cuenta después de que la otra prostituta descubriera la vitalidad de su entrepierna, María se convirtió en una nube inalcanzable: acariciarla, rozarla siquiera, sería lo mismo que arañar el algodón, desvanecerla. La querría toda su vida, pero no la merecería jamás.

Se imaginó a Aurora temblando de pánico en algún cuartucho olvidado, ajeno o no a los conocimientos de Liborio o *el Zambo Rober*, en manos de unos compañeros que igual podían salvarla que utilizarla de carnaza para los peces hambrientos. Si tenía suerte, la trasladarían a Francia, donde iniciaría una nueva vida; de lo contrario, su futuro sería tan negro como su presente. Quizás ella aún no sabía que su grupo anarquista, su reducto libertario, estaba compuesto al cincuenta por ciento por los que luchaban con ella y los que luchaban contra ella. Ojalá no lo supiera nunca.

Bilbao languidecía con los atardeceres plomizos del verano. «¡Maldita humedad!», pensó, y su cabeza viajó en un instante a Medina de Rioseco, donde seguramente a esas horas haría un calor de justicia, pero seco. ¿Por qué se decía un calor de justicia si era un calor injusto? Estaba claro que la justicia nunca había

estado bien vista, resultaba algo increíble, una palabra reluciente y seca como el sol, calurosa en los discursos, pero gélida en los calabozos y en los tribunales rutinarios.

Caminó y caminó hasta que encontró el rumbo. Tras llegar a la plaza de España, siguió por Hurtado de Amézaga hasta la plaza Zaballuru. Se paró un instante. A la izquierda, en la calle de Las Cortes, Milagros estaría seguramente fornicando con *el Dandy* mientras este le recitaba versos de Machado que ella nunca entendería. Quizás después llegaría *el Zambo Rober* a mezclar su sudor con el olor a loción dejado por su confidente. Milagros había asumido su destino. Dos hombres y un destino, dos hombres que eran presos de sí mismos, carne de cañón de una soledad irreductible. *El Dandy* seguiría informando a Rober a cambio de una libertad vigilada, y Rober mantendría intacto su papel de poli malo, implacable con el débil, triturando las cabezas que se agachan.

El portal estaba abierto. Subió al segundo piso y tocó el timbre. La puerta se abrió tras unos segundos y después de que se abriera y cerrase la mirilla.

—¿Se acuerda de mí? Soy el inspector Anselmo Vela.

—Sí, claro. Pase usted.

Las mismas reproducciones de Goya, el mismo aspecto sombrío del pasillo y un cierto olor a cerrado, quizás debido a que más de medio piso era interior.

—¿Ya sabe quién mató a mi hermano? —preguntó sin énfasis Gregoria, mientras se sentaba frente a una fotografía de Juan Cardenal, *el Púrpura*, de adolescente, un chico guapo y triste, delgaducho, que miraba a la cámara con desgana.

—Sí y no. Quizás si me responde a unas preguntas con sinceridad, al final seré mucho más concreto.

—Ya le dije todo lo que sabía.

—Probablemente sí, pero no me dijo lo que ocurrió después de hablar conmigo. Me contó que su hermano Juan tuvo de joven una novia que después se casó con un policía y que ahora vivían en Madrid. Lo que no me dijo es que ese policía había estado en esta casa hablando con su hermano, que se reunían a menudo y que, tras la muerte de Juan, no le ha vuelto a ver.

—Mi hermano me dijo que jamás hablara de ello con nadie.

—Mayor motivo para habérmelo contado después de que lo asesinaran.

—No me gusta remover las tumbas de los muertos, inspector. Mi hermano y yo compartíamos cariño, amor, si quiere llamarlo así, pero nada más. Entre su vida y la mía había un muro demasiado grueso que yo siempre achaqué a su condición de homosexual. Ya ve, dicen que los invertidos, como los llaman, se llevan mejor con las mujeres, pero en mi caso creo que me veía como una madre y pretendía que no sufriera. No sé nada de sus andanzas ni con ese policía ni con nadie. En fin, ¿sabe usted quién lo mató?

—Sí y no. La verdad es que no ha sido usted muy explícita.

—Pues mira quién lo dice.

—En breve tendrá noticias mías.

Desde el tren, los ojos fijos en la ventanilla, Anselmo Vela iba viendo cómo el paisaje cambiaba bruscamente de color y de tamaño. Tras el ruido monótono del tren que le devolvía a Valladolid veía el espíritu camaleónico del paisaje, que pasaba bruscamente de los verdes a los marrones, de la altura a la llanura. Solo alguna pequeña colina y algunos trigales verdes se rebelaban contra el mapa monocorde entre el regadío y el seco. El viaje era largo y no sabía elegir entre las sensaciones que le asaltaban. Volvía a su tierra, viviría en Valladolid, donde, según le habían prometido, en breve alcanzaría el grado de comisario, y tendría su refugio en Medina de Rioseco. Su padre se sentiría orgulloso: tan joven y ya comisario, seguro que con el tiempo llegaría a ser alguien importante.

Cuando le comunicó a Andrade que había resuelto los casos de Ernesto Acevedo y Juan Cardenal, que en el fondo eran el mismo, y que los hechos nada tenían que ver con el final previsto por *el Zambo Rober*, que había conseguido que Emiliano se autoinculpara, el comisario le dijo: «Mira, *Velilla*, hay veces que la oscuridad es más útil que la luz. A veces basta con saber quién es el culpable sin necesidad de que trascienda y sea castigado. Has hecho un buen trabajo, Anselmo. Quédate con eso y disfruta de Valladolid. Cásate. Ten hijos y ten la conciencia tranquila. No revuelvas más porque solo te traerá disgustos».

El tren avanzaba por la provincia de Burgos como corren los galgos en los canódromos, pero más lento. En Medina de Rioseco seguro que estaban los mismos que dejó. Quizás alguno habría emigrado, quién sabe si a Bilbao, en busca de las fábricas convertidas en templos redentores de un campo que pedía más de lo que daba. Algunos habrían muerto, cumpliendo la ley de la vida. No habrían cerrado ningún bar, si acaso, habrían abierto algún otro. Allí estaría poderosa la torre de la iglesia de Santa María, la maciza iglesia de Santiago, la señorial Santa Cruz y la dársena del Canal de Castilla, donde el agua nace y muere cada día frenada en seco después de su incansable recorrido. Y la calle Mayor, donde la vida era más bulliciosa, como en la Gran Vía de las ciudades. Iba repasando uno a uno los centímetros de su pueblo natal, desde la dársena al Moclán, el de la famosa batalla contra los franceses que los riosecanos recordaban año tras año, a pesar de su sonora derrota. Pero entre un edificio y otro se mezclaban las imágenes de Ernesto Acevedo, de Juan Cardenal, del comisario Andrade y su rictus invariable mientras le contaba la resolución de un caso que había comenzado como un juego y había concluido en

tragedia. «La suerte elige a los afortunados y a los desafortunados. Estos eran todos unos perdedores», le dijo el comisario nada más comenzar su relato de los hechos.

«Estos locos jugaban a matar a Franco sin saber cómo ni cuándo ni dónde, como se juega a algo desconocido. Digamos que el placer de jugar era lo más parecido al placer de vivir. Así vivieron sus años de borracheras, los goles del Athletic, las discusiones sobre el ponche Soto y el ponche Caballero, los versos de Machado, las citas de calendarios, los amores prohibidos, las putas y todo eso que da sentido a la rutina. Emiliano y su novia Aurora fueron quienes dieron el primer paso, quienes lanzaron la caña, y el pez que picó fue el más grande: Ernesto Acevedo, un hombre aturdido, siempre a mitad de camino entre sus reflexiones y sus decepciones. Él fue el único que no veía lo que había detrás de aquella absurda verdad».

El tren se paró en Venta de Baños como se detiene el tiempo cuando se para el reloj. En ese maldito nudo ferroviario nunca se sabía cuándo el reloj volvía a ponerse en marcha. Por el andén, un vendedor ofrecía refrescos y copas de coñac o anís. Pidió un sol y sombra que el hombrecillo le acercó a la ventanilla del tren. «No se vaya muy lejos», pensó, porque aquí nunca se sabe cuándo se reinicia la marcha.

—Emiliano no mató a Ernesto Acevedo, señor comisario. De hecho fue el último en salir de la reunión en la que el bueno de Ernesto desenmascaró al grupo pero sin acusar a nadie. Huyó a sabiendas de que nosotros llegaríamos en breve y su condición de anarquista le conduciría a la Comisaría inmediatamente. ¿Sabe? En el grupo le conocían como *Judini* por su facilidad para desaparecer en los momentos importantes. Quien mató a Ernesto fue Juan Cardenal, *el Púrpura*, como lo apodaban por su condición de homosexual y su apellido.

—¿Juanito, el maricón?

—Sí, señor comisario. Nadie pensaba en matar a Franco, pero había mucha gente interesada en repetir el atentado falangista en la iglesia de Begoña en 1942. Los anarquistas de Emiliano querían sembrar el terror y nada mejor que una misa del Régimen para demostrar su fortaleza. El problema es que ese grupo estaba infestado de confidentes, policías y mercenarios capaces de jugar a todas las bandas. Emiliano era el encargado de que ese atentado se llevase a cabo y eligió a Ernesto como cabeza de turco. *El Dandy*, ¿le conoce, verdad?, era el hombre de Rober, a quien informaba de todos los movimientos, y tenía como misión ganarse la confianza de Emiliano para llegar al selecto grupo de la dirección anarquista, a los *directores*. *El Poncho*, supongo que también le conoce, era el enlace con los infiltrados de nuestro Cuerpo y los mercenarios, que también eran partidarios de que el atentado se realizase para que el Régimen endureciese su postura ante lo que consideraban riesgos aperturistas. Nadie quería matar a Franco, comisario, solo querían coagular la sangre de la muerte que les había dado la vida eterna. Quiénes fueran los muertos daba igual. Ernesto debía aprovechar su buena relación con el párroco para colocar la bomba en la iglesia cuando Emiliano se lo dijera. Luego alguien la activaría el día de la misa y solo Ernesto correría el riesgo de ser descubierto. Pero Ernesto dijo no.

El hombre del andén seguía recorriendo las ventanillas del tren, que permanecía inmóvil como si una barrera le impidiera moverse. Era noche cerrada, pero ningún viajero se inquietaba por la tardanza. Era lo habitual, como si la máquina, más que el maquinista, se tomase un respiro, como descansan los caballos con la cabeza gacha rumiando las hierbas del campo, agotados pero majestuosos. Anselmo Vela adoraba los caballos, tan maltratados por esos panolis que consideraban a los cisnes los aristócratas de la elegancia animal. Pidió otro sol y sombra que se bebió de un trago, firmando definitivamente su pacto con el alcohol.

—¿Juanito, el maricón? —insistió el comisario Andrade.

—Señor comisario, solo hay una cosa más fuerte que la lealtad: la vida propia. Aunque al pobre Cardenal no le sirvió de nada. ¿Sabe por qué dijo no Ernesto Acevedo? Porque un policía de la Político-Social, que dirigía las investigaciones sobre el grupo anarquista, está casado con una antigua novia de Cardenal y, por amistad, les advirtió tanto a él como a Ernesto de que se apartasen del asunto. Quería salvar a ambos y, paradójicamente, los condenó. Juan Cardenal fue secuestrado por unos mercenarios que le obligaron a elegir entre su vida o la de Ernesto, si este se negaba a culminar su acción. Necesitaban quitárselo de en medio porque estaba dispuesto a poner todo patas arriba y, ciertamente, comisario, el Cuerpo no saldría muy bien parado del asunto. Convenció a Emiliano de que le prestara la moto, que estaba dada de baja y escondida en una lonja, tras haber sido utilizada en un atraco del grupo, y la utilizó para disparar contra Ernesto y salir huyendo. Sus secuestradores se ocuparon de falsear los papeles y hacerla desaparecer, como hicieron desaparecer la pistola. Luego, para que el trabajo fuera completo, le hicieron desaparecer directamente a él, fingiendo un ajuste de cuentas sexual. Hay más detalles que relataré en el informe definitivo, al que adjuntaré esta carta de Ernesto a su hijo que nunca llegó a su destino.

—No habrá informe oficial, Anselmo. Si te encargué el caso es porque estaba convencido de que, con un poco de ayuda, llegarías hasta el final y que luego entenderías que no siempre es necesario que la verdad salga a la luz, pero debe ser conocida al menos por un grupo de leales. Y tú seguro que eres leal con el Cuerpo y con el Régimen. Probablemente, algún día, quién sabe si en breve, algunos deberán pagar por lo que hicieron, pero ese día no ha llegado. El Cuerpo es lo primero, aunque a veces parezca el cuerpo del delito.

—¿O sea, comisario, que todo esto también ha sido un juego?

—Del que tú has salido victorioso, *Velilla*, aunque solo lo sabremos tú y yo. Por cierto, ¿nunca reconociste mi voz?

El tren arrancó lentamente en la oscuridad, sin mirar atrás. Los dos sol y sombras comenzaron a hacer efecto y el sopor se adueñó de Anselmo Vela con la suavidad con la que te envuelve el alcohol antes de agitar la respiración. El ruido del tren hizo de nana, con su tono cansino. Antes de entregarse al sueño, recordó el final de la conversación.

—*Velilla*, no te preocupes por Emiliano. Una condena por el asesinato de un borrachín, bien tratada en el Tribunal —de eso se encargará Rober—, siempre será mejor que una condena por terrorismo. Por eso ha firmado Emiliano, estate tranquilo por él. Y tú disfruta de tu próximo ascenso. La vida continúa. ¡Y cástate, que se te pasa el arroz!

Le despertó el frío del amanecer. Tantos años después, le pareció una caricia cotidiana. En Valladolid se apeó del expreso y tomó el que llamaban tren burra, que lo conduciría a su localidad natal. Y cerró los ojos. No dormía. Apenas se había despedido de María con un par de palabras. Ni siquiera un beso en la mejilla. «El beso de Judas hubiera sido», pensó. Tras bajar de aquel tren burra aún más cansino, más familiar, recorrió con la maleta las calles de Rioseco. Al ver la torre de Santa María comprendió que nada había cambiado. Por la calle Mayor vio pasar a Eugenia, su antigua y única novia, que no advirtió su presencia. De nuevo solo, pero más vacío.

—¡Alto, policía! —se escuchó como un bramido a dos voces.

Zósimo Hernández y Eutiquio Henares, sus antiguos amigos, se desternillaban sobre los adoquines. Definitivamente, el tiempo se había detenido.